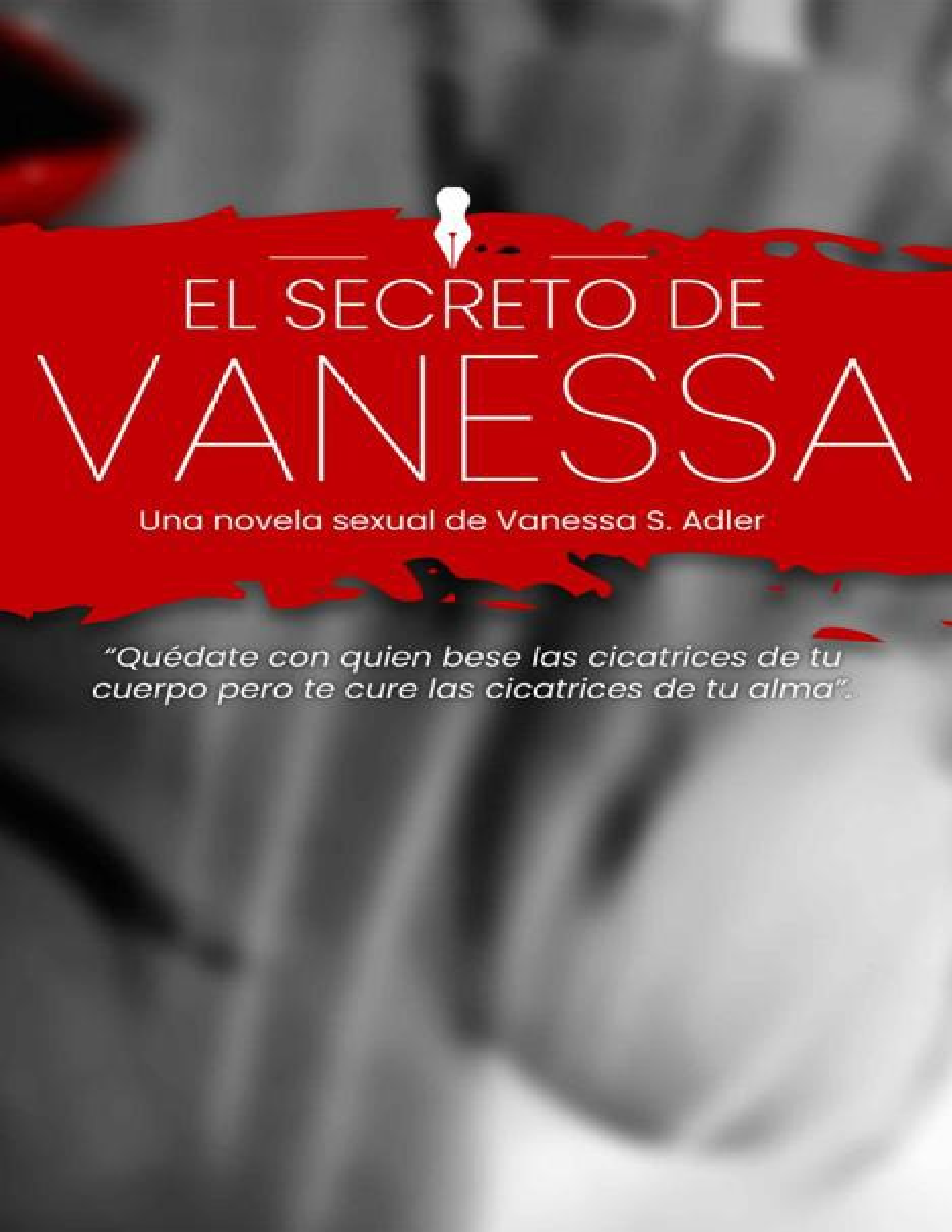

EL SECRETO DE
VANESSA
Una novela sexual de Vanessa S. Adler
"Quédate con quien bese las cicatrices de tu cuerpo pero te cure las cicatrices de tu alma".

EL SECRETO DE VANESSA

—Despertar—

Vanessa S. Adler

DERECHOS DE AUTOR

El Secreto de Vanessa
-Despertar-

© 2023 Vanessa S. Adler.
Primera edición: junio 2023.
ISBN: 979-83-947-07-049
Asiento registral: 04 / 2023 / 1921

Portada: Vanessa S. Adler.
Edición y maquetación: Ramón Calatayud.

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

GRACIAS...

Gracias a Laura. Me salvaste
de un agujero de baja autoestima.
Sin ti no sería tan *yo*.

———

Gracias eternas a mi inefable *pequeñita*.
Gracias, por tanto, aunque ya no quieras estar.

———

Gracias a ti he conseguido terminar algo en la vida
y no se trata solo de estas vivencias.

Quédate con quien bese las cicatrices de tu cuerpo,
pero cure las cicatrices de tu alma.

Para ti — Amor por y para siempre.

ÍNDICE

EMPEZAR.

EL DESCUBRIMIENTO.

CUANDO LO RECIBÍ POR PRIMERA VEZ.

ME CORRÍ EN LA CARA DE SU AMIGA.

EL VESTIDO AZUL.

EN EL SÓTANO DE LA IGLESIA.

PRIMOS.

LA CHICA DE TWITTER.

LAS DOS HIJAS DE MI JEFE.

LA PLAYA QUE ME BAÑÓ.

ALMA Y EL *LIVE SHOW*.

COINCIDENCIAS SATISFACTORIAS.

¿CUENTA O NO CUENTA?

LA LIMPIADORA SUSTITUTA.

NO TOMARÁS EL NOMBRE DE DIOS EN VANO.

PLACER EN EL COCHE CON HELENA.

NO HAGO PORNO CON RAZÓN.

SOY DEMASIADO PERVERTIDO PARA TI…

HELADO DE PLACER.

DESESCALADA EN LA OFICINA.

GATILLAZO.

AMOR Y SEXO.

EL ENCUENTRO EN MADRID.

LA MULTA.

EL TRÍO DE DOS.

EL DISCURSO, EL FIN… Y LO QUE SIGUE.

¿QUÉ TE HA PARECIDO?

LOS JUGUETES DE EL SECRETO DE VANESSA.

B.S.O. DEL LIBRO.

EMPEZAR.

No sé cuándo llegué a ese punto. No lo sé. Increíble. Si lo llego a ver en una bola de cristal no lo creería ni por un segundo.

Yo, que soy una chica tan normal. Me considero íntegra, fuerte. Con las ideas muy claras además de inteligente.

Me gusta el deporte, me gusta salir con mis amigos a tomarme unas copas y a bailar. Me gusta fumarme un porro de vez en cuando para aliviar tensiones o por diversión.

No tengo pareja, ni quiero de momento, y sí, tengo mis *folloamigos* para cuando quiero o necesito sexo... o me masturbo viendo el porno que me gusta.

Me miro al espejo cada mañana, sobre todo cuando me lavo los dientes, los que cuido con esmero, por cierto. Me alegro de lo que veo y siento:

Me considero una mujer equilibrada, con un buen trabajo, una casa que me encanta, el coche que me gusta, con una familia genial. No hay vida perfecta, pero la mía es la que siempre he querido tener.

... pero cuando Andrés llegó a mi vida, cuando se instaló en el piso de al lado y lo conocí a fondo, todo cambió... y lo recuerdo como si fuese ayer.

Él y yo nos conocíamos desde hacía mucho tiempo. Estuvimos en el mismo colegio, aunque no en la misma clase. Éramos de la misma edad. Como decían en el pueblo de mi abuelo: *un quinto*[1].

Siempre fue el buenazo con el que algunas veces se metían por no devolver las bromas o por no pillarlas. Ahora lo denominarían el *pagafantas.*

En el patio del colegio siempre andaba detrás de Carmen, que era su prima, o de Raquel. Decía que eran sus dos amores, así abiertamente y que algún día se casaría con las dos.

Cosas de críos.

Además, cuando jugábamos a *el conejo de la suerte*[2] y le tocaba besar a una chica, lo hacía sin pensárselo... un beso a cada una cada vez que le tocaba. Decía que todas las mujeres se merecían un beso suyo por lo menos una vez en la vida y siempre aclaraba que era un beso de cariño y amistad.

Además, era un luchador de causas perdidas, un *Quixote* que decía mi padre.

Siempre que alguien se metía con la fea o la gorda de la clase allí estaba él para defenderla.

Más de una vez se llevó alguna somanta de hostias de algún chico mayor por ayudar a un compañero o compañera de clase.

En dos años se puso fuerte, aunque no grande. Apenas nadie se metía con él, no es que lo respetasen, que también, sino que se hizo amigo de todos, por eso el día que murió su madre, con cincuenta y dos años, todos los compañeros del colegio, aun estando a punto de entrar a la universidad acudieron al funeral. Le apreciaban, valoraban su amistad y además era recíproco.

Le perdí la pista cuando entré en la Facultad de Periodismo. Yo me fui a Granada a estudiar y él no sé a qué se dedicó hasta que hicimos una fiesta de antiguos alumnos y lo volví a

ver. Tenía la misma cara de inocente.

Andrés decidió no hacer una carrera universitaria para quedarse cerca de su padre y su hermana cuando sucedió lo de su madre. Una vez más dejando a un lado su vida para ayudar a los demás.

Empezó con pequeños trabajos en hostelería hasta que, viendo su valía y que era una persona muy inteligente, lo hicieron encargado de un restaurante de cierto prestigio y bastante conocido en Málaga.

También sé que trabajó en algo de una constructora o algo así relacionado con el mundo inmobiliario, pero no duró mucho.

En verano además echaba una mano a su tío que tenía varias tiendas de tecnología: ordenadores, móviles, etc. Eso siempre se le dio bien.

Yo era, y soy, amiga de su prima Carmen, una de las chicas populares del colegio y nunca habíamos perdido el contacto. Algunas veces hablábamos de él, y allí, en la fiesta de exalumnos estábamos las dos:

—¡Mira! Por allí llega tu primo Andrés. ¡Qué recuerdos! Está más canijo.

—Jajajaja, con su sonrisa característica en la boca —contestó Carmen.

—Oye, Vanessa, ¿a ti no te gustaba mi primo? —me preguntó mientras bebía un sorbo de mojito—. Algo me quiere sonar...

—No, la verdad es que no. Siempre me pareció el típico chaval majo que puede ser tu mejor amigo.

—Alguien que estaría en la *friendzone*[3], ¿No? —dijo mientras se reía.

—Más o menos.

Andrés se acercó y abrazó fuertemente a Carmen mientras sus manos acariciaban su espalda. Se denotaba un gran cariño por su familia. Siempre le pasó. Era el típico niño que cuando veía a sus padres en la puerta del colegio corría a abrazarlos y a darles cientos de besos.

—Prima, me alegro de verte. Parece mentira que vivamos en el mismo pueblo —le dijo agarrando sus mofletes con una sola mano—. ¡Vanessa! Con doble ese, ¿verdad? —me sorprendió que recordara ese detalle.

—Mira, Andresito. Tu amor platónico. Mayte —le dijo Carmen mientras le daba golpecitos con el codo.

—Bah, la veo casi a diario y le saludo todo lo efusivamente que puedo, pero ella solo hace un gesto con la cabeza. No dice ni adiós —recriminó entre sonrisas—. Menos mal que no ha sido mi novia —se rio.

—Yo creo que deberías de salir con Vanessa... ¡Está soltera!

—Vanessa es demasiado buena para mí —dijo mirándola—. Mírala. Mujer de éxito. Premios periodísticos —alzaba un vaso de agua a modo de brindis.

—Anda, anda. Déjate de rollos y dame dos besos.

Olía a limpio... siempre olió bien, desde aquella famosa colonia *Chispas* y ahora a ese perfume que llevaba. Creo que hasta cerré los ojos cuando me centré en su olor.

—¡Qué bien hueles! ¿Qué perfume es?

—Perfume dice... —se reía—. Es una simple colonia. *Don Algodón*.

Y mírame ahora, con un tarro de esa colonia encima de mi mesita de noche el cual huelo sin cesar cuando quiero masturbarme pensando en él.

La abro, me echo un buen chorro por encima. Mis manos la reparten por todo mi cuerpo y hace que la piel se me erice.

Me centro en mis pezones que dejo entre mis dedos para pellizcarlos mientras que mi otra mano baja a mi coño que ya está húmedo.

Me rozo, me toco, abro bien las piernas y con dos o tres dedos froto mi clítoris y penetro mi vagina hasta conseguir correrme pensando que lo hago sobre su cara. Como lo he visto cien veces. Como lo he escuchado narrarlo otras tantas.

Solo quiero correrme con su boca entre mis piernas y que luego me folle a cuatro patas como si el mañana no fuese a existir. Quiero gritar *¡Me corro!* Quiero jadear.

Quiero que cuando él se corra me llene el cuerpo de su esperma. Que se mezcle con su colonia. Limpiarle la polla dentro de mi boca mientas las últimas gotas de su leche llegan al fondo de mi garganta.

Y dormir abrazado a él para seguir sintiendo su polla clavada en mi culo.

[…]

—¡Andrés! ¿Qué haces tú aquí? —dije mientras cerraba la puerta de mi casa y echaba la llave.

—¡Vanessa... con doble ese! ¿Vives aquí? —preguntó—. No te veía desde la fiesta de exalumnos —habían pasado unos seis meses.

—¡Claro! Desde hace cuatro años ya —dije orgullosa.

—No me extraña, es un sitio genial... y ahora lo va a ser más —me dijo con una sonrisa en los labios—. Vas a tener el gran privilegio de ser mi vecina.

—Jajajajajaja. ¡Qué arte que tienes! —me reí a carcajadas—. Recuerda que yo estaba aquí antes así que más bien tú serás mi vecino.

Quedamos esa misma tarde para tomar un café y ponernos al día.

Andrés me contó que actualmente trabajaba en una empresa que abarcaba muchas áreas: inmobiliarias, constructoras, promotoras, tiendas de ropa, aunque su punto fuerte actual era el del mundo de la restauración de lujo, proveyendo a personajes adinerados, como jeques árabes que visitaban Málaga, de impresionantes cáterings y de experiencias gastronómicas de lujo.

Yo le comenté que seguía trabajando en el periódico en el que empecé y que ahora era jefa de redacción. Le conté que me encantaba tener a toda la gente que me había hecho zancadillas o tratado mal bajo mi mando. Ese comentario no le hizo gracia, aunque intenté suavizarlo diciendo que no era vengativa ni le hacía la vida imposible a nadie, sino que solo quería estar ahí por demostrar quién era.

Creo que él lo vio como orgullo.

—¿Y cómo es que te has venido a vivir aquí?

—Pues la empresa me ha subido de categoría y el sueldo. En vez de andar yendo y viniendo cada día desde Rincón de la Victoria, prefiero comprar algo aquí.

—Es lo lógico —le respondí—. Debo irme, Andrés. Cualquier cosa en la que te pueda ayudar o lo que necesites, solo tienes que llamar a la puerta de al lado.

—Muchas gracias, Vanessa. Me alegra mucho tener a alguien conocido cerca. El cambio es menos drástico.

Aquella noche llegué a casa bastante tarde para lo que venía siendo habitual, sobre las once y media. Me di una ducha rápida, puse la televisión y me serví una copa de vino. Era viernes y no tenía ganas de ir a ningún sitio.

En la casa de al lado se escuchaba levemente a los *Rolling Stones*, no era mi tipo de música, pero no molestaba, más que nada porque con la televisión apenas se escuchaba. De repente oí lo que parecía una discusión.

No le di más importancia, pero los gritos se oían cada vez más y lo que me preocupaba es que procedían del piso de Andrés.

No me suelo meter en estas cosas, pero ya cuando escuché la palabra *cabrón* y algún *hijo de puta* me preocupé un poco.

Siguiendo a lo que escuchaba mi oído me dirigí hacia la pared de mi salón, el cual lindaba con el de Andrés. Intentando escuchar lo mejor posible, mis pasos me llevaron cerca del armario de la entrada que usaba como vestidor de abrigos y donde guardaba algunos zapatos junto con la tabla de planchar. Lo abrí y metí la cabeza.

Lo que parecían gritos de pelea enseguida se tornaron en jadeos, gritos y gemidos de placer acompañados de esos insultos que oí.

—Métemela más, cabrón. Así, en el coño —mis ojos se abrieron y mi mano tapó mi boca casi sin querer—. Fóllame contra la pared, Andrés.

Un golpe seco se escuchó justo a mi lado, a través de los muros y los jadeos parecieron estar junto a mí. Se escuchaban las embestidas del que supuse era mi nuevo vecino y cuando me quise dar cuenta estaba tan atenta al polvo y con una sonrisa en los labios pensando: *¡Olé, toma ahí el nuevo vecino! Joder con Andresito.*

Acerqué más aún la cara a la pared hasta que mi oreja se apoyó sobre el fondo del armario revestido con papel estampado, pero noté una sensación rara.

El papel estaba como reblandecido y también frío. Apoyé el dedo y fui bajando hasta que llegué a una altura de algo más de un metro desde el suelo y me di cuenta de que había una bolsa de aire en él. Cuando me quise dar cuenta estaba arrancando ese trozo de papel con las uñas y un diminuto agujero apareció.

Entre aquellos jadeos y gritos de placer pensé *Mierda, me acabo de cargar la pared*.

Una sombra se cruzó frente al pequeño agujero abierto por accidente que no tenía más de medio centímetro de diámetro.

Acerqué el ojo y miré.

A la altura a la que me encontraba veía perfectamente a una mujer arrodillada pero no podía comprender como ella no me veía a mí. Luego pensé que, ni ella sabía de la existencia de la improvisada y accidentada mirilla, ni tampoco creo que pudiese notarlo por el tamaño.

Sus caderas estaban sujetas por unas manos y una figura oscura se veía detrás de ella, penetrándola a un ritmo brutal.

Sus pechos grandes se movían hacia delante y hacia atrás con cada embestida y su cara era de absoluto placer mientras un hilo de saliva caía de su boca al suelo.

Sus gritos sonaban a mi lado, como si la tuviera enfrente de mí.

—¡Mi coño, Andrés! Me voy a correr... no puedo más.

Andrés se retiró de ella y un chorro de líquido salió de la entrepierna de ella haciendo un gran charco en el suelo. La mujer cayó encima de él sin dejar de temblar.

Tragué saliva sin creer lo que estaba viendo.

Siempre pensé que el tema de las corridas femeninas era una especie de mito, pero aquella mujer se había corrido de una forma descomunal y ahora se encontraba tumbada y disfrutando de un baño de placer en sus propios fluidos.

Andrés se quedó allí, de pie, con la polla aún dura mientras se la acariciaba con la mano. Jadeaba y observaba a la chica que aún se seguía corriendo. Él tenía una mirada entre ternura y lascivia pervertida.

La chica intentaba incorporarse como podía, pero el temblor de su cuerpo y la respiración entrecortada se lo impedían. Se resbalaba en la humedad del suelo.

Él se acercó y la cogió suavemente por su nuca, ayudándola a incorporarse quedándose de rodillas frente a él. En ese momento, de una forma brusca, Andrés le guio la cabeza a su entrepierna mientras le metía la polla en la boca empezando así una mamada brutal.

Abrí mis ojos en exceso por la impresión y pensé: *Joder, ¡Qué bestia!*, pero al ver a la mujer incorporarse, cogiendo de las piernas a mi vecino y seguir el ritmo que le impuso me di cuenta de que a ella le gustaba tanto o más que a él.

Los ruidos que salían del fondo de su garganta eran gemidos de placer ensalivados y llenos de lujuria. Ella misma agarraba el culo de Andrés y apretaba con todas sus fuerzas para que su polla llegase lo más dentro posible.

—Eso lo hago yo y me asfixio —susurré en voz baja hablando conmigo misma.

De repente me retiré del agujero y pensé que qué coño estaba haciendo. Que por qué estaba mirando aquello si a mí ese tipo de sexo ni me iba ni me venía… y menos sin participar, pero por alguna razón quería saber cómo terminaba.

Volví a acercarme a la pared.

Los jadeos seguían y aquella mujer de curvas marcadas y pelo rubio corto seguía con la polla de Andrés metida en el fondo de su garganta.

Enseguida pensé que ese ritmo al que mamaba, pocos hombres aguantarían más de un minuto en correrse.

Y así fue.

Andrés se la sacó de la boca, se masturbó frente a su cara y salpicó de esperma por todos sitios a su amiga mientras que gemía y gruñía.

—Llénname la cara de lechita —le decía ella.

¿Qué mujer que se precie puede pedirle eso a un tío? ¡Es asqueroso! Pero a ella parecía gustarle, tanto que incluso lamió y relamió toda la polla de Andrés hasta dejarla limpia y sin ninguna gota de corrida.

—Me gusta que me des mi premio.

Andrés la ayudó a ponerse de pie y la besó. Tomó su mano y se dirigieron a otra habitación.

Yo, sabiendo cómo soy, seguía pensando que era extraño haberme quedado mirando aquello, que normalmente soy de las que casi vuelven la cabeza cuando dos personas se besan enfrente de mí. Una especie de vergüenza ajena. Pues fíjate que cuando me fui a levantar noté que estaba muy mojada.

Mi entrepierna estaba caliente y más temblorosa de lo normal. No me lo podía creer. Estaba muy cachonda y no me había dado ni cuenta.

Me fui a la ducha y me masturbé con un juguetito nuevo que acababa de comprar… Mi

recién descubierto *Domi*[4]. No recordaba la última vez que lo hice con esa intensidad tan fuerte. Tres veces llegué al orgasmo en menos de 10 minutos con la vibración tan potente de aquel juguetito.

En la ventana de mi dormitorio me encendí un cigarro. Llevaba sin fumar desde el lunes, pero estaba agitada y no podía relajarme. Salí a la escalera de incendios trasera donde tengo una silla y una mesita intentando estorbar lo menos posible el paso. Es mi rincón de pensar, leer y fumar. También tengo algunas plantas, sobre todo hierbas aromáticas.

Muy americano todo.

Al final de la plataforma vi la ventana de Andrés. Tenía una luz tenue azul que brilla en la noche. Eran casi la una y no podía dormir. *Menos mal que mañana no se trabaja*, pensé.

Me mordí el labio, le di otra calada al cigarro y me pregunté si seguirían los dos follando como animales y sin darme cuenta mi imaginación me mostró encima de la cama de Andrés con las piernas muy abiertas y usando un consolador de una forma que hasta a mí me pareció obscena.

A mi lado él, follándose a esa mujer a cuatro patas mientras la agarraba del pelo. Ella tenía la cara muy cerca de mi coño. Casi le podía salpicar además de sentir su respiración cálida en mi entrepierna.

—Joder, pero ¿Qué coño estás pensando? —dije en voz baja mientras golpeaba mi cabeza y retiraba la mirada de la ventana.

Me levanté para entrar en casa, pero un gemido me hizo volver a mirar hacia aquella tenue luz azul.

Pegué mi cuerpo contra la pared. Mi respiración se agitaba. Empecé a dar pequeños pasos hacia la ventana de mi recién llegado vecino y cuando me quise dar cuenta estaba al lado escuchando de nuevo gemidos y palabras soeces.

—Déjame que te la meta, puta —gritaba él—. Me encanta ese coño tan mojado que tienes.

Yo no daba crédito a esas palabras que salían de su boca. No le pegaban. No eran las palabras de esa persona afable y sonriente que luchaba siempre por todos y que besaba a cada chica para que no se sintiera ofendida.

—¡Pégame cabrón! ¡Reviéntame el culo, joder! —recriminaba ella mientras los azotes se escuchaban claramente en el silencio de la noche.

Acerqué mi cabeza lentamente a la ventana y de nuevo Andrés se la estaba follando a cuatro patas a un ritmo frenético. Los azotes eran descomunales, pero siempre les seguía un *Así… así sí* por parte de ella.

—Me voy a correr otra vez, Andrés. No aguanto. Se me va a salir todo —ella lo miraba desesperadamente.

En ese momento él se la sacó y la empujó encima de la cama.

—Esta vez no. Esta vez lo quiero todo para mí o te volveré a castigar —dijo Andrés mientras se tumbaba en la cama bocarriba y se pajeaba.

La mujer sonrió y soltó un ¡*cómo me gusta que seas tan cerdo!*

En ese momento ella se sentó a horcajadas sobre su cabeza y puso su coño encima de la cara de Andrés.

Comenzó un movimiento hacia delante y a hacia atrás que hacía que su entrepierna rozara toda la cara de mi vecino, aprovechándose del frotamiento con su nariz, sus labios y de su lengua

para su propio placer.

Él jadeaba y solo podía decir a duras penas *así* porque en boca estaba tapada por el coño de aquella chica rubia que ahora cabalgaba como una amazona su cabeza. El ritmo de sus movimientos subía a la vez que él subía el ritmo de la paja que Andrés no había dejado de hacerse en ningún momento.

Cuando los jadeos de aquella comenzaron a resonar fuertemente de nuevo en el silencio de la noche, separó su entrepierna de su boca y empezó a acariciar muy fuerte su clítoris alternando los roces con penetraciones de sus dedos.

—¡Ya! ¡Ya! —repetía una y otra vez mientras sus ojos se giraron volviéndose blancos—. ¡Ahora! ¡Toma!

De nuevo el líquido transparente volvió a brotar desde el coño de la mujer rubia y la intensidad con la que frotaba su clítoris se volvió tan frenética que apenas se podía distinguir su mano al moverse.

Aquella abundante corrida empezó a caer encima de la cara de Andrés quien había abierto la boca y sacado la lengua esperando recibirlo todo. Él movía su cabeza queriendo que todo aquel líquido le mojara lo máximo posible.

—Así, así. Córrete en mi cara.

—Chupa, chupa. Ahí lo tienes. Cómetelo, por favor —le decía la muchacha mientras le acercaba la entrepierna al rostro.

Andrés seguía pajeándose y yo no podía dejar de mirar cómo su coño podía tener tantísimo líquido y no comprendía cómo lo conseguía. Con la mano que le quedaba libre, él agarró su culo empujando las caderas de la mujer hacia su cara, rebañando los últimos chorros de placer que caían sobre su rostro.

La chica cayó desfallecida encima de Andrés después de semejante orgasmo húmedo. Él aprovechó y siguió succionando su entrepierna mientras su cara, llena de placer y fluidos, degustaba el coño de su compañera.

Mientras ella jadeaba tumbada bocarriba sobre el cuerpo impregnado de mi vecino, él empezó a correrse, cayendo su lefa sobre el cuerpo de Helena —más adelante supe su nombre—. Se dio la vuelta como pudo, aún temblando, se abrazaron y se besaron.

¿Pero qué coño me pasa? pensé. *Mi cuerpo tiembla*.

Me di cuenta de que mi mano estaba en mi coño y mojada. ¡Joder! Me había estado masturbando mientras los espiaba. *Esto no es propio de mí* pensé sin dejar de frotarme y meterme los dedos mientras seguía escondida detrás de la ventana.

Y me corrí con uno de los mejores orgasmos que he tenido ahogando los gritos en la noche. Convulsionando y vibrando de placer mientras notaba la brisa fría en mi cuello. En mi mente solo aparecía Andrés, su polla y aquellos chorros llegando a su cara.

EL DESCUBRIMIENTO.

Pasaron cuatro o cinco días hasta que volví a ver a Andrés. Su sonrisa afable y su mirada amigable seguían pareciendo reales y sinceras. Parecía no haber cambiado nada, pero es que realmente no lo había hecho.

—¡Vecina! Buenos días. A ti te buscaba yo —me dijo apoyando su mano en mi hombro —. Esta noche doy una fiestecilla para inaugurar el piso. Me gustaría que vinieras. Solo vamos a ser unos cuantos amigos y tú, si quieres.

—No lo sé, Andrés. No sé a qué hora llegaré—le dije excusándome—. Si no vuelvo muy tarde me pasaré.

—¿Te pasa algo, Vanessa? Te noto un poco tensa.

—Nada, que llego tarde, vecino —le dije mientras me despedía con un toque en su brazo —. Adiós.

¿Por qué coño me encontraba tan incómoda? No era nada más que sexo, pero es que aquella forma de disfrutar, aquellos chorros, aquella corrida… Esas palabras tan soeces para mí… pero cada vez que las recordaba me ponía muy cachonda y me tenía que masturbar.

Además, fantaseé con que Andrés me pillaba y me follaba allí mismo en la ventana. Ufff.

Esto no puede superarme. Esta noche cuando llegue a casa iré a la fiesta y me demostraré que un solo acto sexual no me puede llegar a obsesionar de esa manera, pensé para mí misma.

Y así hice.

Con la cantidad de trabajo que tenía en el periódico no tuve tiempo ni para pensarlo, y a las ocho de la tarde, cuando di de mano, paré en la tienda de bebidas de camino a casa y compré una botella de *Hendrix*, mi ginebra favorita.

Antes de llamar a su puerta me pasé por casa y me duché rápidamente, me puse algo de ropa casual y me planté delante de su puerta.

Tres veces llamé al timbre como viene siendo habitual en la ínfima parte *TOC*[5] que hay en mi cabeza. La puerta se abrió y allí estaba ella, aquella mujer de aquella noche de aquella pasión incontrolada que seguía dando vueltas en mis pensamientos.

En mi mente solo recordaba su cara de placer extremo, con los ojos en blanco, la boca extremadamente abierta. Su lengua en una de la comisura de los labios y su garganta emitiendo esos sonidos de éxtasis que no decían nada, pero a la vez lo decían todo.

Abrió la puerta con una sonrisa en sus labios rojos carnosos y sus ojos verdes se clavaron en los míos de una forma que no me esperaba. Probablemente fuese mi parecer ya que toda la noche ella interactuó conmigo de forma muy afable y correcta.

—¿Sí? —me dijo después de un mini silencio incómodo para mí.

—Ho… hola soy…

—¡Vanessa! —apareció Andrés desde detrás de la puerta—. ¡Pasa, pasa! Pensé que no ibas a venir, te noté rara... ¿Estrés quizá? Ella es Helena. Es una antigua compañera de trabajo.

—Encantada —dije esbozando una sonrisa y tendiéndole la mano para saludarla.

—¡Dame un abrazo!

Helena era una mujer muy efusiva al contrario de lo que creía sobre las mujeres de los países del este. Siempre las tuve como personas secas, sin humor.

Es lo malo de los *típicos tópicos*.

Pero Helena era todo lo contrario. El abrazo que me dio me pareció muy cálido a nivel humano y además hizo que me relajara y disfrutara de una agradable velada.

—Vanessa es una antigua compañera del colegio y además muy amiga de mi prima Carmen —dijo Andrés.

—¡Ah, Carmen! ¿Va a venir al final? —preguntó Helena.

—No lo sé, no me ha contestado. ¿Eso es para la fiesta? —dijo cambiando de tema sin dejar de mirar la botella que tenía en la mano.

—Sí, toma.

Le di la *Hendrix* a Andrés que la llevó a una mesa grande que había en el salón.

La casa tenía una entrada preciosa con una pared del tipo muro de piedra horizontal con niveles irregulares. Las piedras tenían un color gris claro mezclado con amarillo ocre que daban una luminosidad especial a la entrada aun sin haber ventanas en ese lugar.

Había una mesa tipo entradita de cristal azulado con una réplica de la escultura de la *Venus de Willendorf* que acompañaba al estilo tribal del acceso al piso de una forma elegante.

Desde ahí se accedía al salón, muy grande, muy luminoso, pintando en ocre pastel.

Los muebles eran más oscuros para contrastar, pero de un tipo minimalista que daba más amplitud a la sala. Pocos detalles y adornos encima de ellos.

Muchos libros de todo tipo de géneros literarios: Entropías y distopías en gran parte. Ciencia ficción. Aventuras. Ensayos. Algo de poesía del *27*.

En las paredes solamente tres cuadros, eso sí, reproducciones de muy buena calidad: *Los Girasoles, El Beso* y un cuadro que no acertaba a reconocer pero que se firmaba un tal *Leonid Afremov*… y ese era original.

Me enseñaron el resto de la casa: Los dos baños, el dormitorio que ya conocía de mi incursión *voyeur* y otros dos dormitorios: uno a modo de despacho y otro para invitados.

Me sorprendió el despacho tan grande y los equipos informáticos tan nuevos y modernos. A mí Andrés siempre me dio la sensación de ser un poco antiguo, pero resultó ser un hacha con las nuevas tecnologías.

Su casa era más grande que la mía, era genial y me daba bastante envidia sana de cómo había conseguido decorar el espacio.

Me presentaron al resto de compañeros, la mayoría de su actual trabajo, el resto de empleos anteriores y algún amigo del pueblo al que reconocía de vista. Todos eran muy cordiales y enseguida me sentí muy bien acogida.

Sinceramente se me pasó por la cabeza que aquello iba a desembocar en una bacanal de orgías, sexo desenfrenado y otras lindezas, pero al ver aquello tan *normal* me quedé muchísimo más tranquila disfrutando de una velada encantadora.

—¿Y para cuando te echas novia, Andrés? —preguntó una voz desde el fondo de la mesa.

—O novio —dijo Ramón riéndose mientras pasaba el brazo por encima de forma sensual a Antonio, su pareja.

—Ya estamos con que la abuela fuma marihuana—contestó Andrés con un tono de hastío en su voz. Parecía que le molestaba.

Helena lo miró riéndose, con complicidad, y no pudo evitar soltar una carcajada que todos escucharon y que contagió a los comensales.

—Bueno, y con lo bien que tú cocinas. ¿Por qué has encargado la comida a un cáterin?

Otra pregunta incómoda más.

—Entre veganos, celíacos, intolerantes y alérgicos iba a estar cocinando tres días. Así que me he decidido por lo cómodo. ¿Algún problema? —preguntó Andrés dando un largo trago a su agua fría con mucho hielo.

Decidí entrar en la conversación:

—Es que te has buscado unos amigos muy raros, vecino —todo el mundo se miró riéndose sin parar mientras ayudábamos entre todos a recoger la mesa para pasar a las copas.

Una de las risas de Helena fue muy ruidosa y su similitud con uno de los gritos orgásmicos que recordaba de ella llevó de repente mi cerebro de nuevo a la noche *voyeur*. La imagen que me vino fue en el salón, a cuatro patas y corriéndose a chorros. Me estremecí y enseguida pensé: *A todo esto ¿cómo es que pude ver a través de la pared?*

Me puse a recordar y a calcular dónde estaría mi vestidor tras aquel muro, calculé y pensé en la altura y el lugar que veía desde ahí y con el pretexto de revisar los libros de los muebles que había cerca, me aproximé a la zona.

Más o menos coincidía con un conjunto de enchufes de pared que se encontraban allí.

Disimuladamente acerqué mi mano a los alrededores de estos y pude notar como una pequeña parte de la zona superior solo era el papel de la pared y nada más detrás.

Sin embargo, de su casa a la mía no se veía nada. Qué extraño. Yo seguí inspeccionando más esa zona con la mano y mi di cuenta que parecía un error de obra.

—¿Qué? ¿Te gustan los enchufes?

—¡Joder, qué susto, Andrés!

—Jajajajaja, es que te veo absorta en ese cajetín de enchufes. A lo mejor tienes alguna obsesión con ellos.

—No, jajajaja —trataba de disimular lo mejor que podía, pero mi nerviosismo era evidente—. Pensaba que estos justamente, de este color y en grupos de 6 me vendrían genial para ciertas partes de mi casa.

—Pues oye, si quieres te paso el contacto de la persona que me ha hecho la instalación. Es muy profesional.

Sí… con el agujero que te ha dejado ahí detrás y desde el que te veo follar… muy profesional el hombre pensé y casi me río en su cara, pero bebí un sorbo de mi copa y me centré.

—Por cierto, qué buena está esta ginebra. Y lo del rollo de ponerle unas tiras de pepino le da un puntazo. Un descubrimiento.

—Es mi favorita. A tus amigos veganos les estará encantando.

—Es verdad, están comiendo más pepinos que bebiendo. Si por ellos fuera se comían hasta las macetas.

La conversación banal seguía mientras inconscientemente un paseo por todos los muebles de la casa comenzó. Seguía observando más enchufes y tocándolos alrededor ya sin ningún disimulo delante de Andrés, descubriendo que la mayoría tenían aquel *defecto de obra*. ¿Se vería también a través de ellos? En el salón, en su despacho al que me escabullí cuando me excusé para ir al servicio, y en baño también.

Ahora tenía ganas de ir a casa a ver si ocurría en esos lugares también, pero claro, debía de coincidir que en mi casa también estuvieran esos defectos como el que había descubierto

casualmente en el vestidor de la entrada.

La velada terminó de forma muy placentera. Conversaciones muy interesantes sobre trabajo, vacaciones, cine, lectura. Me encontraba realmente a gusto con todos ellos y me dio pena que la reunión terminase, aunque ya eran cerca de las cuatro de la mañana.

Llegué a casa y me desvestí, me desmaquillé y me duché.

Mientras estaba sentada en el inodoro escuché cómo Andrés encendió la ducha tras la pared ya que el baño era una de las salas del piso, junto con el salón y su despacho que estaban adosadas unas con otras, aunque simétricas. El plato de ducha quedaba en extremos opuestos y mi espejo quedaba junto al suyo al otro lado.

La pared de mi baño era de gresite gris, acerqué mi oído ella y escuché el agua caer. Quería saber si, detrás de ella, que era donde se encontraban los dos enchufes del baño, también podía ver a través de ellos.

Abrí el cajón del mueble del lavabo y busqué algo que me sirviera para raspar las juntas de cada una de las placas de veinte centímetros del gresite y con la punta de la herramienta extra que suelen venir en los cortaúñas conseguí quitar el pegamento que las unía levantando la plaquita por completo.

Seguí raspando un poco más de material hasta que ¡SORPRESA! Lo mismo que en su salón. Podía ver parte del baño de Andrés y él estaba allí, en la ducha.

¿¡Qué coño estás haciendo?! me dije. Apresuradamente puse de nuevo la plaquita y me noté totalmente enrojecida, acalorada. A mi mente solo venían de repente imágenes de su polla, de él corriéndose sobre Helena y aquella cara de placer extremo, llena de saciedad sexual, rendida al orgasmo y al vicio.

Mi coño se calentó también y mi mano inexplicablemente volvía a estar en él, acariciándolo suavemente.

—¡Qué hostias…! —exclamé musitando—. Yo quiero correrme.

Me acerqué de nuevo a la pared y retiré la placa y miré queriendo encontrar de nuevo la imagen de mi vecino desnudo. A ver si había suerte y él también se masturbaba.

Allí estaba él y su polla enjabonada. La imaginación solo me enseñaba imágenes de él. Yo de rodillas, con su polla en mi boca mientras me cogía del pelo y me obligaba a tragármela entera llegando hasta mi garganta.

El ritmo frenético de mi mano rozando mi clítoris no era suficiente. Abrí un cajón del mueble y saqué un cepillo del pelo con el mango suficientemente bueno para masturbarme con él. Le eché aceite de baño y lo metí de golpe.

Mientras con una mano la fricción era exagerada con la otra me metía aquel mango fálico que hacía de polla en aquel momento de necesidad.

Los ruidos de la humedad de mi coño eran cada vez más. Notaba como parte del aceite caía al suelo, pero seguía echándole un poco más de vez en cuando y a causa de eso se resbalaba de mi mano mi consolador improvisado.

Andrés empezó a frotarse la entrepierna con la esponja y mis ojos se abrieron más al ver la gran atención que su polla recibía. No podía parar de mirarla y no podía parar de subir el ritmo de mis manos.

Un gemido ahogado salió del fondo de mi garganta entremezclado con un *CABRÓN* y me pareció que Andrés miró hacia donde yo estaba espiándolo… y aun así no dejé de tocarme.

Me volví a imaginar frente a él, semitumbada en una cama haciendo lo mismo que estaba haciendo ahora, pero con la diferencia de que Andrés estaba de rodillas delante de mí esperando

a que me corriera mientras su mano acariciaba mis muslos.

Me iba a correr ya y solo me venía a la mente Helena teniendo aquel *squirt*[6] sobre la cara de mi vecino y yo quería lo mismo en ese momento y así se lo hice saber a mi cabeza.

Me imaginé llenando la cara de Andrés con ingentes cantidades de corrida mientras él las recibía con gusto, gimiendo. Luego lo imaginé acercando su polla a mi coño para mojársela y pajearse mientras con ella me rozaba suavemente el clítoris y haciéndome gritar sin contenerme. Y una vez hecho todo esto caer los dos encima de la cama desfallecidos y jadeantes mientras mirábamos al techo y terminábamos aquel húmedo espectáculo.

De repente volví en mí y salí de mi mundo de ficción al sentir que la ducha de al lado ya no sonaba.

Me vi sentada en el suelo, jadeando, sudando, enrojecida. Con mi mano aun sujetando el chorreante cepillo del cual todavía tenía el mango metido en el coño. Mi otra mano acariciaba uno de mis pechos con el pezón aún duro.

Y en la pared, frente a mí, el espejo de cuerpo entero donde me miro cada mañana me mostraba la cara de placer de haberme corrido.

Decenas de *microorgasmos* fueron sucediendo hasta que casi me dormí.

Una ducha y a la cama.

[…]

— Sé que me has estado espiando. Te oigo jadear detrás de las paredes —me dijo en voz baja mientras inclinaba su cuerpo hacia delante y cogía la copa de vino—. Te oigo gemir cuando te corres y eso es más excitante aun cuando me espías follando con mis amigas.

¿Me había descubierto? ¿Acaso sería él quién colocó los puntos estratégicos desde donde lo miraba y oía cada noche? No podía ser, yo vivía allí antes que él.

—No sé de qué me…

—¡No! No insultes mi inteligencia —dijo muy serio echándose a reír enérgicamente a continuación—. Jajajajaja, me ha quedado muy Marlon Brando en *El Padrino*, ¿no?

Mi cara debió ser un poema, mezcla de indignación y de vergüenza, pero como decía un conocido monologuista: *SE NOTA*

—Tranquila. No me importa. Puedes mirar cuanto quieras. Y ahora que sé que lo haces, deberías admitirlo. Será liberador. Además, ahora lo haré adrede.

—¿Para eso me has traído a cenar a uno de los mejores restaurantes de Málaga? ¿Para ponerme en evidencia? —dije enfadada, indignada y un poco excitada.

Me temblaba el cuerpo y quería llorar.

¿Cómo puede ser que Andrés, *Andresito*, me hiciese sentir tantas cosas contradictorias a la vez? ¿Sabría él lo que estaba sintiendo? ¿Sería uno de esos hombres que casi pueden leer el pensamiento o simplemente se dejaba llevar a ver qué pasaba?

—No te confundas, Vanessa. No quiero que te sientas incómoda con esto, aunque sé que siendo como eres estarás una temporada sin hablarme, pero un día no podrás dejar de pensar en si estaré follando detrás de la pared y tendrás que ir a averiguarlo.

—¿Cómo se puede ser tan prepotente? Eres un creído, tío.

—Sabes que no es así. Que te haya dicho la verdad no es malo, solo que la verdad suele molestar más que las mentiras piadosas y eso no debería de ser.

—Bueno, mejor me voy —dije con tono serio mientras tiraba la servilleta de tela sobre la

mesa.

—No, por favor. Tengo algo que proponerte. Es un tema laboral —comentó mientras hacía el típico gesto de comillas con los dedos.

—Mira, Andrés. De verdad. Prefiero ahora…

—Quiero que escribas y transcribas mis vivencias sexuales.

Otra vez mi cara pasó a ser un poema.

El calor de mis mejillas crecía. El temblor de mis piernas aumentaba y el cruce de estas bajo el mantel era más fuerte y sentía que de un momento a otro mi entrepierna iba a empezar a gritar por si sola.

¿Por qué ejercía aquel efecto sobre mí? ¿Por qué no podía negarme? ¿Por qué solo pensaba en deslizarme debajo de la mesa y comerle la polla hasta que se corriera?

—Algunas las tengo escritas, otras grabadas en audio y otras te las contaré directamente a ti.

—Lo sé, Andrés. Me he corrido varias veces escuchando cómo las grababas en tu ordenador —le dije con la mirada baja.

Su cara fue de asombro por unos momentos debido a la sinceridad que mostré sin esperarlo y menos después de mostrarme indignada, pero enseguida esa sonrisa afable, que detrás escondía una perversión dulce, retornó a sus labios.

Volví a colocar la servilleta sobre mis piernas y noté el calor que salía por debajo de la mesa.

—Sí, lo haré —le dije—, pero tendré mis condiciones.

—Lo imaginaba. No podía ser de otra manera. Tú dirás.

—Ya las pensaré. Ahora ve pidiéndome un tiramisú de postre que tengo que ir al baño. ¡Ah! Pagas tú.

Mi tono era serio, más de lo habitual y rozaba una indignación forzada. Pero solo era fachada.

Me dirigí al baño. Me miré al espejo y vi como los habituales tonos pálidos en mis mejillas eran ahora casi carmesíes.

Entré a uno de los inodoros, cerré el pasador de la puerta, me apoyé en ella y respiré agitadamente mientras analizaba la situación.

Me quité las bragas. Estaban empapadas.

No pude evitar acariciarme un poco, notar mi clítoris hinchado y sentir mi mano mojada enseguida. Necesitaba correrme, aunque no era ni el lugar ni el momento.

Pero no había manera de controlar mi mente.

Me imaginé a Andrés …al hijo de puta de Andrés, entrando al baño y cerrando la puerta tras de sí. Quedándose a cierta distancia. Mirándome con esa sonrisa tan amable y diciéndome *Quítate las bragas*.

Y yo obedecía sin poner pegas.

Se aproximaba lentamente. Me agarraba de la cintura y me acercaba hacia él. Juntaba sus labios con los míos mientras buscaba mi lengua para compartir la suya. Sí, esa que me hacía salivar solo de pensarla.

Me daba la vuelta y me levantaba la falda larga para apoyar mi culo sobre su abultado paquete y hacía que me rozase con él.

Se sacaba la polla y notaba esa deliciosa fricción en mi culo y en mi coño.

Me arrodillaba y le lamía desde los huevos hasta la punta de la polla donde me

encontraba con mi propio sabor de haberla mojado antes con el roce. Eso solo hacía ponerme más caliente aún.

Su rabo llenaba mi boca y la penetraba hasta correrse llenándome la cara, la ropa, la boca… y yo hacía por tragar, pero era imposible bebérmelo todo.

—¡Me corro! —musité en voz baja mientras un orgasmo me recorría todo el cuerpo.

Y me encontré de nuevo en la realidad y en la soledad de aquel baño donde imaginé que Andrés se corría en mi boca sin parar.

Fue tan real que casi sentía el sabor de su lefa y el olor de su colonia.

Me recompuse un poco, me refresqué la cara y me arreglé el pelo. Unas gotas de perfume y un recolocado de tetas para que todo estuviera en su sitio.

No pasaron ni tres minutos desde que entré hasta que salí. Me senté de nuevo.

—¿Por dónde íbamos? —pregunté.

—Acabas de correrte en el baño.

Me quedé helada. No me moví. No pestañeé. Intenté tragar saliva que no tenía.

—Se te nota. Traes las mejillas más sonrosadas que antes, el pelo más arreglado. Y un brillo en los ojos que siempre imagino cuando te corres mientras me espías creyendo que no te oigo —prosiguió.

—Pero ¿cómo lo sabes?

—Hoy estoy peliculero. Antes he hecho referencia a *El padrino*, pero ahora voy a hacer referencia a *El secreto de los corderos*: Vanessa. Desde aquí huelo tu coño.

La copa de vino de la que estaba intentando beber casi se cae de mis manos, pero conseguí controlarla no sin dejar caer algunas gotas sobre el mantel.

En ese momento el camarero nos puso los postres por delante.

—¿Y ahora cómo me como yo esto?

— Fácil. Coges la cucharilla y la clavas así. Te la llevas a la boca y lo disfrutas —contestó sabiendo que no me refería a eso ya que una vez dicho solo pude pervertir cada una de las instrucciones que me dio.

Solté un suspiro entrecortado mezcla de hastío y excitación.

Me gustaba esa mezcla.

Terminamos el postre casi sin hablar. Casi sin mencionar nada. Solo cuando estábamos llegando a nuestro edificio le pregunté:

—¿Y cómo lo hacemos?

—Como tú quieras, Vanessa. Ya hablaremos de honorarios, de reglas y demás.

CUANDO LO RECIBÍ POR PRIMERA VEZ.

Uno de los primeros relatos que Andrés me envió por audio fue la historia de cómo descubrió su filia sexual más intensa y que la que más mes sorprendió cuando le espié aquella noche por la ventana de su cuarto mientras follaba con Helena.

El *squirting* o corrida femenina son eyaculaciones de líquido que una mujer, no todas, producimos normalmente acompañando a un orgasmo.

Andrés, al pasarme esta experiencia que os transcribo ahora quiso darme a entender de dónde venía este peculiar gusto.

——— RELATO ———

Hace ya años de eso, cuando recibí mi primer *squirt* en la cara y grabado a fuego en mi memoria lo tengo. Es más, nunca había visto uno ni si quiera en las películas porno. Esa buena chica, que vivía detrás de la barra de un bar y que conocí en una iglesia donde todos ocultaban sus verdaderos motivos ante dios[7] me descubrió un mundo en el que nunca pensaba que me iba a ahogar, algunas veces casi literalmente.

Cuando la vi por primera vez la sujetaba de la mano su novio. Larguirucho y de pocas luces, pude oler que era el rival más débil. Ese fue mi pensamiento con la inmadurez propia de la edad que tenía entonces. Ahora esos tipos de razonamientos no los tengo, creo que algo he madurado.

Fue fácil convencerla para ir a cenar y vernos luego en su trabajo para que me invitara a unas cuantas copas. La verdad es que era preciosa y más cuando se arreglaba para trabajar.

Cuando vivíamos juntos me quedaba las horas muertas viendo cómo se maquillaba, me encantaba, pero volvamos a cuando lo hizo, cuando abrió la Caja de Pandora de mis filias preferidas.

A mí nunca me había importado comer coños, la verdad es que me gustaba porque sabía que las chicas a la que se lo hacía acababan gritando o gimiendo y eso era lo que más me ponía: saber que se habían quedado satisfechas. Y no era por una cuestión de hombría, sino porque siempre me he sentido feliz cuando las personas a mi alrededor son felices y ¿quién no es feliz con un orgasmo?

La primera noche que nos fuimos juntos dijimos que no iba a pasar nada hasta que hablara con su novio y dejaran la relación, ya que no era justo... yo lo vi bien: *No le hagas a los demás lo que no quieres que te hagan a ti* y yo puedo estar orgulloso porque nunca le he puesto los cuernos a ninguna de mis parejas y no es mi idea hacerlo.

Eso sí, nunca sabes lo que puede pasar en la vida, así que no lo aseguraré al cien por cien. Pues bien, las ganas eran tantas que se fue a verlo ese mismo día y cuando volvió, entró en el

coche y me dio a entender que ya era libre.

No aguanté más: Maquillada de batalla, con ropa totalmente *sexy* como su trabajo lo requería, me besó y yo a ella, pero no sé por qué, de lo único que tenía ganas era de hacer que se corriera.

Desabroché su blusa y le bajé el sostén que se quedó por debajo de sus duras tetas haciéndolas más grandes de lo que ya eran. Las lamí y sus pezones casi no cabían en mi boca. Ella me agarraba de la cabeza y me apretaba contra sus pechos.

Aun con sus pezones chorreando y mi boca succionando todo lo que podía, le metí mi mano debajo de su minifalda y le arranqué el tanga minúsculo que tenía y le acaricié su entrepierna… sin pelo, ni uno, recién depilada… y era mi primera vez con un coño rasurado.

Paré de golpe levanté la falda y encendí la luz del coche:

—Esto tengo que verlo.

Pero antes de mirar su entrepierna, le miré a los ojos… esos marrones y grandes ojos que solo tenían lujuria y calentura dentro.

—Eres un cerdo— me dijo mientras se tapaba.

—Quita la mano que quiero verlo, es mi primer coño depilado, quiero mirarlo y saborearlo.

La quitó poco a poco y vi, el que ha sido para mí, hasta la fecha, el coño más bonito que recuerdo. Supongo que pienso eso por ser el primero: sin vello, los labios externos muy gorditos en entre ellos asomaban los internos y ya se veían relucir los flujos de estar tan lubricada.

Acerqué mi boca, besé sus ingles, y se me ocurrió algo:

—¿Por qué no me tumbo bocarriba y me dejas que te lo coma así?

—¿Sabes lo que es una corrida femenina? — me preguntó sin contemplaciones.

—Más o menos —le dije—, pero no sé muy bien de qué se trata.

—Es como cuando tú te corres, pero a mí el líquido me sale del coño… m-u-c-h-o líquido y a presión.

Joder que directa fue. Me lo dijo, me lo imaginé y os juro que casi me corro de pensarlo.

—Entonces me voy a quitar la ropa para que no se moje —me reí por dentro pensando en que no podía ser tanto… iluso de mí.

Se sentó sobre mi cara con su coño ya mojado y empezó, literalmente, a follarme y a cabalgarme la boca.

Por aquel tiempo llevaba perilla, y ya estaba mojada simplemente con su excitación, que fue tanta, que al minuto escaso empezó a gemir como una loca y a decir toda clase de cosas que se le venían a la cabeza.

—Dime que te lo vas a beber. Dime que vas a tragarte todo… ¡DÍMELO, HIJO DE PUTA!

—¡Sí, joder! —apenas sabía qué decir. No sabía lo que me esperaba.

Y no dio tiempo a más.

Se levantó de mi boca, puso sus dedos encima de su clítoris y se masturbó con rabia.

Un increíble y brutal chorro de líquido transparente y caliente salió a una presión increíble de su coño yendo a parar contra el cristal de la ventanilla mientras gritaba *toma hijo de puta, toma. Me corro.*

El segundo chorro fue aún más grande, y traía más cantidad y ese, justo ese fue el mejor. Se me llenó la boca casi hasta arriba de sus fluidos incesantes. Me mojó toda la cara y el pelo. Más de medio cuerpo empapado mientras sus gritos no paraban de sonar en el coche a la vez que

de su boca salían las palabras más increíbles y sucias que había escuchado hasta ese momento.

El tercer chorro fue más pequeño y fue a parar a mi polla que estaba a punto de correrse solamente con todo lo que estaba sintiendo. Ella había apuntado adrede su coño hacia ahí… era como si no quisiera dejar nada sin mojar.

No paraba de temblar, de gemir y de correrse.

Cuando le fallaron las fuerzas se cayó encima de mí y se abrazó a mi cuerpo, rozándonos, compartiendo su corrida.

—Lo siento, no… es que siempre he… querido hacerlo y no me he atrevido. Perdóname.

Yo solo la miré y qué cara no me vería que me preguntó de nuevo:

—¿Estás bien?

—Sí —contesté—. A partir de ahora quiero esto siempre, por favor.

Me besó y me sonrió mientras bajaba sus manos a mi polla para hacerme una paja que terminó en una corrida muy placentera.

ME CORRÍ EN LA CARA DE SU AMIGA.

Una de las noches en las que no podía dormir me acerqué a uno de esos *voyeurs*[8] *spots* (así los nombré: Puntos *voyeur*) y vi a Andrés sentado en su dormitorio solo con un pantalón de chándal puesto que además no dejaba mucho a la imaginación.

Con una cerveza encima de la mesa de su escritorio y a media luz conectó unos auriculares con micrófono a su ordenador y puso en él una película porno que apenas podía distinguir.

Mientras Andrés la miraba, empezó a narrar una de sus experiencias en audio en una grabadora digital de mano.

Tuve la suerte de conseguir esa grabadora y poder escuchar decenas de relatos.

Andrés contaba con su propia voz esta experiencia, que fue la primera que oí, mis manos ya empezaron a hacer su trabajo y comencé a masturbarme mientras no podía quitarle los ojos de encima.

Él, mientras narraba esta historia tan caliente, también se masturbaba y tenía que parar algunas veces de hablar ya que sus suspiros se mezclaban con expresiones que hacían alusión a sus recuerdos. Eso me ponía aún más y tenía que ahogar mis gemidos para que no me descubriera.

Este relato en especial, mientras lo transcribía, me pareció excitante al contar algunos temas más escabrosos (uso esta palabra ni ser cierto todo su significado).

Hacía que mi excitación fuese mucho más intensa de lo habitual y más habiendo vivido esa época con él. No sabía de quién se trataba aquella vivencia tan caliente, pero al dejar volar mi imaginación acababa creyendo que era yo a quien se le corrían encima.

——— RELATO ———

Una de las cosas que más tiempo me ha hecho perder en mi vida ha sido la iglesia. No el edificio como tal, sino la comunidad de personas que realizaban actividades religiosas como excursiones, salidas, etc. ¿Creo en dios? Sí, pero a mi manera. Dios no me va a castigar por follarme a quien quiera o por hacer lo que me dé la real gana.

También he de reconocer que muchos de los mejores polvos de mi vida han sido gracias a estas reuniones sociales, ya fuesen en acampadas, en convivencias, etc. Recuerdo que con 16 años me acosté con una monitora de 25, Noelia, que me enseñó realmente lo que era ser follado salvajemente.

Ahora que lo pienso, qué pena que no hayamos vuelto a quedar.

Tengo esos momentos grabados en mi memoria como si fuera ayer y a veces me pajeo pensando en aquellos polvos en medio del campo, lejos de las tiendas de campaña donde nadie

podía escuchar los gemidos ni los suspiros que me regalaba Cristina... y fue en una de estas convivencias donde ella hizo una de las cosas que más me han gustado en mi pervertida vida.

Tenía yo 18 años recién cumplidos y ella un par más. Se veía a la legua que ella era muy sexual. Ese pelo rubio y rizado de película, esos ojos azules llenos de lujuria y perversión, sobre todo cuando te miraba cegada por el sol y los entornaba para verte.

Esas tetas de la talla ciento veinte totalmente naturales. Esa cintura con unas curvas que, cada vez que cierro mis ojos para recordarlas, aun siento en mis dedos en ellas rozándolas y dibujándolas con las yemas.

Tenía un coño realmente precioso y delicioso, con un vello suave y rubio que me encantaba tener entre mis dedos. Uno de los más deliciosos que he probado. Siempre le decía que sabía a almendras y se lo devoraba hasta que se corría con mi lengua.

Una vez, en un bosque al lado de las tiendas de campaña, recuerdo que Cristina se había corrido ya un par de veces y me hizo la mamada perfecta con mi primera corrida en la cara de una mujer. De hecho, alucinó, porque cuando me corro lo hago en mucha cantidad y con bastante fuerza. Ahí descubrí lo que era un facial.

Si estoy más de 5 días sin correrme y se acumula lo suficiente, soy capaz de tapar casi toda la cara a una chica y los orgasmos que tengo son increíbles. Pues en ese bosque me corrí tanto que, al verlo, ella se excitó y metió mi polla en su preciosa boca de labios rosados carnosos. Se tragó absolutamente todo, y lo que cayó en su cara lo arrastro con mi rabo hasta su boca.

Además, me encantaba Cristina, porque ha sido una chica de las que más guarrerías ha gritado (cada cual más burda y excitante) y más cosas sexuales me ha dejado hacerle. Siempre he pensado que haríamos una pareja perfecta y era así pero solo en el ámbito sexual.

La historia no es esta gran corrida en el bosque, que podría ser. La historia sucedió en la noche en que ella me invitó a su tienda de campaña a pasar un buen rato, pero la estúpida (y tremendamente preciosa) de su amiga Celia no se quería marchar de allí, pero como mi amada ninfómana era como era, se lo dijo bien clarito:

—Mira, Cristi, nosotros vamos a follar. Si quieres quedarte, allá tú. Luego no te quejes.

Como eso me excitó una barbaridad, decidí que esa noche nos quitaríamos toda la ropa además de no usar los sacos de dormir para taparnos.

Que se viera todo.

Celia, a regañadientes, se dio la vuelta para no vernos, se puso los auriculares de su *discman* para no oírnos, y nosotros empezamos a la faena no sin antes poner el candado a las cremalleras de nuestra tienda.

Desnudé a Cristina. Estuve un buen rato acariciando, besando y pasando la lengua por su voluptuoso cuerpo. No sé por qué, pero me encantaba lamerle, tenía un sabor delicioso. Cuando lo hacía se escuchaban unos gemidos muy excitantes que me ponían muchísimo más caliente haciendo que mi polla se pusiera dura enseguida.

Cuando le comía el coño me encantaba mirar para arriba y ver esa cara de placer y maldad mientras se apretaba con fuerza sus enormes pechos y se pellizcaba esos pezones rosados que tenía, hasta ponérselos muy duros.

Al cambiar de posición mi mirada se dirigió hacia donde se encontraba Celia y, como el

que no quiere la cosa, uno de los auriculares ya no estaba en su oreja. Además, estratégicamente había aparecido un espejo de mano que apuntaba directamente hacia nosotros encima de su mochila. En él pude ver reflejados sus ojos y ella nos veía a nosotros.

En su saco de dormir se observaban movimientos leves y sospechosos: ¿Se estaba masturbando viéndonos follar? Sí, y eso me puso tan excitado que intenté darlo todo.

Abrí las piernas de Cristina todo lo que pude mientras ella estaba bocarriba y empecé a follármela como si me fuera la vida en ello. Se tapaba la boca para evitar emitir gemidos que nos delataran. Su coño se humedeció muchísimo. Coloqué sus piernas sobre mis hombros y mordí suavemente sus dos pezones lo que le hizo querer gritar. Se mordió los dedos para no hacerlo.

Me tumbé sobre ella, me acerqué a su oído y le dije: *Mira tu amiga, creo que se está masturbando mientras nos ve follar*.

Me miró con la boca entreabierta y con mucha más lujuria. Cristina me obligó a tumbarme bocarriba. Se sentó sobre mi polla y empezó a cabalgar a un ritmo fuerte y se empezaron a escuchar los golpes de su culo contra mi cuerpo.

Su pelo se movía, sus tetas gigantes rebotaban, sus curvas hipnotizaban y de repente su amiga se dio la vuelta y empezó a mirarnos.

Le guiñé un ojo a Cristina mientras le indicaba con un gesto de mi cabeza que mirase a Celia. Lo hizo y le sonrió.

Celia estaba roja, sudaba y jadeaba sutilmente.

Se estaba masturbando y nos miraba con aquellos ojos tan grandes mientras follábamos como salvajes a su lado.

Cristina empezó a moverse de forma muy bestia como si quisiera demostrarle algo a su amiga. Con tanta excitación yo estaba a punto de correrme porque notaba los huevos sobrecargados. Cristina no aguantó más y se corrió mientras decía una de sus frases pervertidas:

—¡Me voy a correr, cabrón! —gritó intentando ahogar las palabras—. ¡Celia, mira cómo me corro!

Y lo hizo. Mucho. Retorciéndose, sin parar, clavándose mi polla hasta lo más profundo de su coño mientras sujetaba y apretaba con la mano sus preciosas tetas.

Ella, aun habiéndose corrido y estando excesivamente húmeda, no paró de cabalgarme.

Los ruidos de sus fluidos cada vez que mi polla entraba y salía eran una sinfonía que llenaba mi mente pervertida, y en ese momento ya no lo pude aguantar más. Intentando no gritar dije:

—¡Me voy a correr yo también, no te pares! ¡Aquí viene!

Cristina se sacó mi polla de su coño, se humedeció la mano con sus fluidos, que eran excesivos y se puso detrás de mí de rodillas. Empezó a pajearme con todas sus ganas enfrente de su amiga Celia quien miraba la escena sin perder detalle.

De repente cerró los ojos y empezó a jadear y a gemir. Los volvió a abrir al igual que su boca y empezó a temblar de placer. Nos estábamos corriendo los dos a la vez.

No aguanté más y cerrando los ojos dejé salir toda mi leche mientras intentaba no gritar a todo pulmón porque nos podían oír.

Con el primer chorro de lefa, abrí los ojos y en ese momento vi como Cristina apuntaba mi polla hacia su amiga y ahí fue donde toda la corrida acumulada de aquella situación tan sexualmente excitante salió sin control, llenado la cara de Celia, su saco de dormir, nuestros sacos y las mochilas. Mi semen estaba por todas partes.

El gesto de Celia era de incredulidad mientras con las yemas de los dedos se tocaba la boca y la cara, donde le había caído mi esperma.

Me miró con una cara, mezcla de asombro y excitación… y sonrío. Celia me sonrió.

En ese momento pasó una de las cosas más calientes que recordaré en mis experiencias sexuales:

Cristina se acercó a su amiga y empezó a lamerle y a limpiarle con la lengua cada gota de la lefa que tenía en la cara. Yo, ante tal escena, me pajeaba, pero era imposible volver a correrme. Estaba literalmente vacío… de momento.

Celia limpió como pudo intentando no mirarnos y se echó a dormir haciéndolo en pocos minutos.

Cristina y yo nos abrazamos metidos dentro del saco de dormir, pero en media hora yo ya estaba preparado para la acción otra vez. Se acercó a mí y me susurró al oído:

—Ponte de rodillas que vas a volver a correrte en su cara.

Después de un rato de comerme la polla profundamente y de una paja enérgica, me volví a correr en la cara de Celia mientras dormía y cuando Cristina volvió a lamerle todo el semen que cayó en el rostro de su amiga, se despertó, se besaron y volvieron a limpiarlo todo.

Esa noche dormimos profundamente por el cansancio y estuvimos los diez días de campamento con sonrisas cómplices. Sobre todo, cuando Celia estaba con su novio.

Cristina y yo aún seguimos viéndonos de vez en cuando y hemos recordado aquellos días con mucha excitación… Algunas veces hemos pensado en volver a hablar con Celia para repetir algo similar, pero se casó con una de las personas que peor me caen del mundo y ahora vive lejos. Aun así, algún encuentro más volvimos a tener los 3, uno de ellos en sótano de la iglesia, pero eso ya es otra historia.

EL VESTIDO AZUL.

Una de las primeras veces que quedé con Andrés en persona para que me narrara directamente una de sus experiencias, porque yo quería escucharlas sin estar detrás de una pared, me preguntó que qué tipo de historias me gustaría conocer, que si tenía alguna predilección sexual especial o algún tipo de filia.

Esa pregunta me pilló desprevenida, porque en toda mi vida de periodista siempre iba con el guion estudiado y preparado, pero esta vez consiguieron descolocarme.

Lo primero que me pasó por la mente fue de dónde coño viene toda esa perversión —depende de cómo y quién lo mire— y si hubo alguien que marcó un antes y un después en su forma de ver el sexo.

Pero me imaginé a *Andresito* en su trabajo, en su día a día.

En si alguien sabía de su secreto que yo estaba descubriendo poco a poco. Me preguntaba si tenía confidentes en su vida a quienes contarles todas sus vivencias sexuales.

Se lo pregunté sin tapujos.

Me contestó con un rotundo *NO* y me explicó que nunca jamás alardeaba de sus vivencias porque eran eso: vivencias. Que eran para él, para guardarlas en su memoria y quizá un día escribirlas en un libro para quedaran siempre plasmadas.

—¿Por qué no me cuentas alguna experiencia con alguien del trabajo?

—Bueno, aunque intento no mantener relaciones con la gente de mi entorno laboral, alguna ha habido, no lo voy a negar. Intento seguir lo mejor que puedo eso de *donde tengas la olla*...

—Pero bueno, Helena es compañera de trabajo ¿no?

—Excompañera. Follamos el día que se fue de la oficina.

—¿Y Natalia?

—No hemos follado nunca.

—¿Y Lourdes? Con ella casi seguro…

—Vanessa, ¿quieres escuchar la historia o no?

—Sí, sí, perdona, pero es que pensé que te follabas a todo lo que se movía.

—No tengas ese concepto de mí, de verdad. No soy de esas personas que follan con cualquiera, aunque visto desde fuera por ti, podría entender esa forma de verlo.

—Vale, Andrés, cuéntame lo que quiera —dije encendiendo la grabadora y poniéndome cómoda en el sofá de su despacho.

——— RELATO ———

Nunca he sido un hombre de empleos cortos. Siempre me ha gustado luchar por mantener mi puesto de trabajo y esforzarme para que la empresa en la que estoy funcione lo mejor posible y entre esos esfuerzos estaba en repetirme diariamente (y más cuando llegan la estación de calor) *Donde metas la olla no metas la polla.* La verdad es que siempre lo he llevado bastante bien... a excepción de casos inevitables, claro.

La primera vez que rompí esa regla fue con Lola, mi jefa. Pasó en mi primer trabajo de oficina teniendo yo 19 años y ella 37. Además, su marido era mi jefe: putero reconocido y *corneador*[9] que no se ocultaba y claro, la pobre Lola encontraba en mi joven polla el consuelo y todo aquello que no tenía con su esposo:

En el escritorio. En el patio del edificio. En el balcón de la oficina. En la mesa de su marido... follamos diariamente todo ese verano e incluso algunos fines de semana quedábamos para vernos en algún hotel de Marbella, el cual ella pagaba gustosamente.

Pero Lola no es la historia en este relato. Ese fue mi primer trabajo y ya ha pasado tiempo.

La protagonista es mi querida *Angie* (realmente es María Ángeles, pero la llamamos igual que la canción de los *Rolling Stones*). Dos años mayor que yo y llevábamos prácticamente el mismo tiempo en la empresa.

Yo trabajaba en una oficina de un inversor que se dedica al mundo del deporte. Soy el informático, por explicarlo de una forma rápida, ya que lo mismo diseño una web, que arreglo un ordenador, que le pongo tóner a una fotocopiadora. Es lo que se denomina un *mandado*.

Cuando entré a trabajar en esa oficina, *Angie* salía con Fermín, un capullo esteticista y musculitos que defendía por activa y por pasiva que cualquier país era mejor que el nuestro. Un buen día, mi compañera llegó a la oficina con mala cara, despeinada y con los ojos rojos. Yo sabía desde hacía tiempo que no andaban bien y más después de ciertos rumores sobre los cuernos de Fermín con otro hombre.

A los pocos meses, mi compañera, que pertenecía al departamento de secretaría situado junto al mío en la segunda planta del edificio, superó la ruptura y como suele pasar en estas cosas, intentó *volver al mercado*, como hemos hecho todos. Hay un momento en que tu cuerpo y tu mente te piden pasar página.

Su pelo era liso y teñido de rojo. Unos ojos verdes que cuando te miraban te hacían quedar boquiabierto y estupefacto. Su piel, blanca como el nácar, hacía que sus iris claros resaltasen más y su pelo diera una nota viva de color entre las paredes oscuras del trabajo.

Resulta que *Angie* siempre ha sido de pensamientos un tanto *antiguos* para una chica de su edad, o por lo menos eso me parecía a mí si lo comparaba con los míos.

La mujer en casa con los niños y el hombre, a trabajar. A mi ese pensamiento no me parece mal siempre y cuando sea por decisión propia y no por una imposición de la sociedad.

Referente al sexo solo podía ser en pareja y hablar sobre él lo justo para resolver alguna pequeña duda.

El caso es que quedamos un par de veces para salir a cenar. Ha sido de las pocas ocasiones que salía con alguna chica sin ninguna intención extra y poco a poco se fue abriendo

en lo personal conmigo.

Nos contamos casi todo, aunque lógicamente no iba a decirle que era un pervertido ni que hacía cosas que para ella seguro que eran pecado. Terminó convirtiéndose inevitablemente en una de mis mejores amigas.

Una mañana se acercó a mi mesa a preguntar un par de cosas sobre unos ordenadores nuevos y vino con un vestido azul oscuro precioso.

Era de tela gruesa, ceñido a la cintura y con un vuelo increíble en la falda, por eso el más mínimo movimiento al andar hacía que se balanceara y se moviera muchísimo.

En uno de esos giros hacia mi mesa, se levantó más de la cuenta y vi que *Angie* venía unas bragas rojas de tipo brasileño que hacían juego con su pelo. Dejó ver unos glúteos redondos perfectos y blancos. Intenté disimular y lo conseguí, porque cuando se terminó de dar la vuelta yo ya estaba mirando aquellos ojos verdes.

En ese momento sentí ese cosquilleo que se te pone entre las piernas y que es claro síntoma de que te excita lo que tienes delante.

Fui con ella a su mesa, se sentó en su silla con las piernas entreabiertas como siempre hacía, la espalda extremadamente recta. Yo me quedé de pie justo detrás de ella para que me explicara que le pasaba a su ordenador.

La vista desde donde yo estaba era espectacular. Sus pechos eran redondos y de buen tamaño para mi gusto, pero como nunca se había puesto ropa ajustada no me había dado cuenta.

Entre sus tetas había un abismo que se volvía negro y donde seguro que si se iluminaba con una linterna se vería su precioso tanga rojo, pero ¿sin sujetador? No me lo podía creer. ¿Era esa la *Angie* que diariamente veía?

Cada vez que ella movía el ratón del pc, la voluptuosidad de su escote se hacía notar y aquellos movimientos me tenían absorto, tanto, que cuando me quise dar cuenta ya tenía una erección brutal. El bulto de mi entrepierna rozaba con el respaldo de su silla y en ese momento, sin esperármelo se giró sobre su asiento y rozó sin querer sus enormes tetas contra mi polla que iba a reventar el pantalón.

Cuando *Angie* se percató abrió la boca estupefacta y me miró con una cara mezcla de asombro y de complicidad.

Se mordió el labio de medio lado.

—Perdona —le dije muy avergonzado y cabizbajo—, esto es extremadamente inadecuado, pero te prometo que no me he dado cuenta. Te lo juro, Angie.

Ella seguía sin articular palabra. Solo me miraba a los ojos a través de sus gafas de secretaria *sexy* como las que salen en las películas eróticas.

En ese momento se levantó, se acercó un poco a mí con cara de enfado y pensé *La jodí. Me van a echar por acoso sexual*.

Pero no.

Mientras me miraba callada puso mi mano sobre mi polla mientras la acariciaba y la apretaba. Se acercó a mi oído y me dijo:

—Esto le hace sentir a una que aún es deseada. Es un halago.

Y se marchó a seguir con sus tareas.

No me lo creía.

Esa mujer, de pensamiento tan antiguo me había sobado la polla y me había dejado con una empalmada de cojones.

La seguí con la mirada y cuando vi que entraba en el despacho del jefe —de vacaciones en ese momento— me atreví a seguirla y a entrar yo también.

No estaba, ¿dónde había ido *Angie*?

La puerta se cerró detrás de mí y cuando me quise dar cuenta estaba de puntillas intentando juntar sus labios con los míos. Nuestros cuerpos se empezaron a rozar.

Nos besamos con mucha calma, sin prisas.

Ella me empujó contra la mesa del jefe y se quedó a cierta distancia. Alargó su mano, cogió la mía y poco a poco la acercó a su entrepierna.

Llevando ella el ritmo me di cuenta de que estaba ya mojada cuando le toqué el coño. *¿Y su ropa interior?* me pregunté. Acercó la otra mano a mí y me metió sus bragas rojas en la boca y me dijo:

—Toma, un regalo, para que te acuerdes de mí siempre que quieras… compañero —dijo esto último con sarcasmo.

—*Angie*, no me esperaba esto de alguien como tú —dije.

—Ni yo —contestó tapándome la boca de nuevo con su tanga—, pero al ver tu polla dura dentro del pantalón, uffff... nunca me había puesto tan caliente en la oficina.

No aguanté más.

Me puse de rodillas frente a ella mientras aún estaba a medio apoyar en la mesa redonda de reuniones. Un vistazo a mi alrededor para ver que la puerta estaba cerrada y las persianas bajadas bastó para que nos lanzáramos a por todas. Solo la luz de una lámpara de mesa nos iluminaba a los dos.

En menos de un segundo ya tenía mi lengua lamiendo en su coño mientras una de sus piernas pasaba por encima de mi hombro y se enroscaba en mi cuello.

Su coño solo tenía una línea vertical de vello hacia arriba. ¡Cómo me gustaba devorar coños depilados! Sin nada que estorbe a la hora de comer. Solo lengua, saliva y fluidos en mi boca... y hablando de fluidos, el coño de *Angie* ya empezaba a soltarlos.

Eran muy ácidos pero agradables. El suyo olía a limpio y era suave. Su clítoris, que ya se había hinchado, era bastante grande lo cual invitaba succionarlo, primero despacito y luego con más fuerza y mientras permanecía dentro de mi boca, lo rozaba con la lengua con la cual empecé a penetrarla, sacando los fluidos de su vagina para poder saborearlos.

Angie empezó a jadear fuerte y de vez en cuando se escapaba un gemido o un *Así*, algún *joder* y también varios *cómeme*.

Comenzó a temblar y yo, sin dejar de lamerle su delicioso coño empapado, miré hacia arriba y vi sus preciosos pechos que, por un lado, se habían salido del precioso vestido azul con tanto movimiento y, por otro, mostraban sus pezones oscuros y duros.

Levanté mi mano para masajearlos, tocarlos y pellizcarlos suavemente y automáticamente

ella metió dos de mis dedos en su boca de la que chorreaba saliva y que resbalaba hasta sus tetas.

En ese momento los temblores pasaron a convulsiones, los ahogados jadeos a respiraciones más fuertes y los gemidos casi a gritos incontrolados:

—Cabrón, que bien sabes comerme —decía intentando no subir la voz—. Lámemelo que me voy a correr.

Insultos y más insultos salían de entre sus labios. Jadeos y temblores que a mí me sobrexcitaban hasta casi el límite.

De repente, se echó hacia atrás arqueando la espalda, levantando sus enormes y redondas que por la postura parecían más grandes.

Agarró con una mano mi pelo y con la otra mi barbilla y empezó a rozarse violentamente con movimientos ondulantes contra mi boca y mi lengua hasta que un grito ahogado salió de su garganta

—Me corro, me corro, joder, sí, sí... hijo... de... p.... ummm— dijo ahogadamente.

Los movimientos de caderas cesaron y solo quedaba un ligero temblor en su mojadísima entrepierna.

Yo, que mientras estaba siendo invitado a devorar semejante delicia había empezado a masturbarme ya tenía la polla fuera. Me levanté y me la agarré junto con los huevos. Empecé a rozarla poco a poco contra su coño para humedecérmela. Había fluidos de sobra.

Cuando mi rabo estaba bien mojado, *Angie* se tumbó bocarriba en la mesa dejando su cabeza fuera del borde. Abrió los brazos, me agarró del culo y me acercó bruscamente contra su boca, entrando mi polla de golpe en ella.

No pareció inmutarse cuando se la tragó.

La tuvo metida en su boca, durante unos 20 segundos. No se movía, solo estaba allí quieta.

Sentía el suave tacto junto con algunas pequeñas convulsiones de su lengua. Su saliva que se acumulaba dentro y envolvía toda mi verga. Lentamente la sacó y me dijo.

—¿Me follas la boca? Como si fuera un coño, por favor. Cuando te apriete las piernas me la sacas para que pueda respirar.

No le contesté con palabras y tan solo asentí con un ligero movimiento de mi cabeza.

La metí lentamente y empecé a follarme su boca, pero enseguida ella se puso a marcar el ritmo. Un ritmo trepidante, increíble, rápido... mucho más rápido que algunos coños que me había follado.

Los ruidos que oían eran muy excitantes. Una mezcla entre humedad, falta de respiración y gemidos de placer que sonaban con cada embestida que daba.

Además, sus enormes tetas seguían fuera de su ropa y cada vez que se la metía más adentro, se movían hipnóticamente al mismo ritmo que las penetraciones orales.

Cada cierto rato sacaba mi polla de su boca y respiraba durante unos cinco segundos para volver a metérsela. En una de esas embestidas me quedé quieto, inmóvil y de repente salió su lengua por fuera. Excitante y excitado... y ni una arcada.

Impresionante.

Mi polla se hinchaba por momentos al igual que notaba como el semen iba llenándome los huevos para salir en cualquier momento. Yo no podía pensar en nada, solamente en usar la boca de *Angie* como un coño muy húmedo y estrecho.

Tenía que decirle que me iba a correr por si acaso no se lo esperaba o no lo quería en su boca... *¿Y si se atraganta?*, pensé.

—Joder, *Angie*. Me corro. Me corro... no puedo más —dije con voz entrecortada intentando no gritar.

En ese momento, me agarró del culo otra vez y me empujó con tanta fuerza hacia ella, que creo que hasta mis huevos acabaron dentro de su boca.

Estaba todo tan mojado que sentía cada roce de su garganta, sus labios y su lengua en mi polla. Y entonces noté como toda la leche acumulada salía en un solo chorro brutal.

De tanto que salió, chorreaba por fuera de sus labios y comenzó a caer por su cara.

La saqué solo un poco, pero ella volvió a abrazar mis piernas y me obligó a embestirla. Mi polla se volvió a quedar dentro su garganta de nuevo y salió el segundo chorro de leche.

Angie abrió mucho los ojos, con gesto de asombro, pero con cara de placer y sonó el característico ruido de tragar con ganas.

Mi éxtasis era tal que me dejé llevar, así que saqué mi polla aun corriéndose y un tercer y brutal chorro de semen le cayó dentro de la boca, en los labios, en la cara y en su cuello.

En las sucesivas eyaculaciones, ya con mucha menos cantidad de lefa le terminó de mojar bien la cara.

—Bébetelo. Así… todo… todo… —le dije mientras restregaba mi polla por su cara y sus preciosos labios ahora manchados por mí—. ¡Vaya corrida!

Se entretenía en agarrar mi polla con su mano y jugar con los restos de leche que había en su cara. Cuando mi orgasmo se acabó la miré.

—No te muevas —le dije.

Busqué en mi bolsillo ese paquetito de pañuelos de papel que siempre me acompañaban en los días alérgicos de primavera. Saqué uno, dos, tres... y al cuarto todo quedó medianamente limpio. Me arrodillé, acaricié su cabeza con mis manos y la besé con toda la ternura y satisfacción que pude.

Hubo posteriores encuentros con folladas increíbles y corridas impresionantes, muchos de ellos en sitios escondidos del edificio de oficinas donde trabajábamos.

Además, recuerdo que un fin de semana en un SPA de Huelva conseguí que tuviera un *squirt* después de mucho trabajarlo.

Luego decidimos dejar de vernos de ese modo ya que en la empresa no miraban bien las relaciones entre el personal ¡Ah! y porque ella conoció a alguien con quien se casó y con quien es muy feliz.

Seguimos viéndonos a diario y es de las pocas personas con quien tengo confianza de contarle todas mis cosas. Quién sabe, quizá algún día volvamos a rememorar fantasías, pero de momento no sacamos el tema. ¿Quizás por miedo a volver a caer en las tentaciones?

Quizás. Pero eso ya sería otra historia.

EN EL SÓTANO DE LA IGLESIA.

Andrés me contó en varios de nuestros encuentros, que durante muchos años perteneció a una comunidad cristiana por imposición de sus padres.

Cuando sacaba este tema se notaba que tenía una mezcla de emociones buenas y no tan buenas, de sentimientos encontrados que confundían su mente cada vez que hablábamos sobre ello.

Mientras pertenecía a esta comunidad, mi morboso vecino fue descubriendo otros mundos como el *BDSM*[10], los intercambios de pareja o incluso el mundo del porno.

Todo esto lo llevaba al terreno de la comunidad y hacía que fuese uno de los chicos del que hablaban siempre, tanto mal como bien.

Pronto quiso salir de ahí y dejar toda aquello relacionado con el mundo eclesiástico, pero por miedo a sus padres no lo hacía y creo que esta vivencia que me pasó por audio fue el punto clave para decidir abandonar aquellas reuniones de esa secta.

Este fue el primer relato que Andrés me mandó por audio a través de un correo electrónico con un simple: *espero que lo disfrutes…* y eso hice, disfrutarlo mucho.

Al abrir el audio se escuchó:

Ya estás puesta en antecedentes sobre todo aquello que viví, sobre cada experiencia que descubrí. Sobre cada uno de los confusos pensamientos que me inculcaron y la represión personal, de libertad y sexual que allí había.

Guardo buenos y malos recuerdos porque como me gusta repetirme a mí mismo, todo tiene su parte buena y su parte mala.

De estos días me quedo con los descubrimientos sexuales en las acampadas, en las excursiones, en la misma iglesia.

Me quedo con aquel miedo de ir al infierno si me pillaban metiéndole la polla a una amiga o de que me expulsaran por comerme un coño.

Llegar a pensar que el sexo es sucio y malo (al no ser que se haga dentro del matrimonio) es realmente penoso, pero gracias a mí mismo y a mucha gente que conocí en mi vida, aquí estamos.

Gracias por escucharme, Vanessa.

——— RELATO ———

Como ya os he contado en alguna de las historias anteriores, he estado mucho tiempo metido en la comunidad de una iglesia. Sectas a mi forma de ver. Hay gente buena y gente que no lo es, como en todos los rincones del mundo.

Reconozco que la mayoría de las reglas éticas que promulgan no son malas, como cualquier ética normal y cabal de la sociedad, pero hay puntos, como en la sexualidad, donde dan un paso al infierno, y claro, con 18 o 19 años que te digan que solo puedes follar en el matrimonio y con las hormonas revolucionadas, pues como que no.

Todos teníamos los *picores* propios de la edad. Algunos ya con experiencias vividas (sí, lo digo por mí), otros viviéndolas y otros muchos haciendo caso sobre sexualidad a un sacerdote que, por mucho que dijera que *hay que ser cocinero antes que fraile*, no se había comido una rosca en su puta vida.

El caso es que, por aquel tiempo, yo ya tenía fama de me gustaba comer coños y de ser más experimentado en sexo que la mayoría de mis amigos. Por eso, varias de mis amigas me preguntaban sus dudas pensando que yo lo sabía todo. Nada más lejos de la realidad. Ahora, a punto de cumplir 40, sigo apenas sin saber nada.

Había estado con algunas chicas mayores, muy abiertas de mente a la hora de hablar y tener sexo, y gracias a ellas y a sus entrepiernas, pregunté y aprendí. Desde aquí: GRACIAS, aunque no sepáis quién soy.

Quizá mi edad sexual con dieciocho años era la de alguien con veintiocho o treinta y de verdad os prometo que no exagero. Si me conocierais asentiríais con la cabeza ante esta afirmación que puede parecer presuntuosa.

En aquel tiempo mi novia se llamaba Ana. Era pudorosa y al estar conmigo en ese *microcosmos* retrógrado religioso, se cortaba mucho a la hora de preguntar o de hacer según qué cosas.

Ana era rubia, con un pelo muy suave y lacio. Largo, muy largo. Sin volumen, pero en cantidad, lo que le hacía un cabello precioso.

Sus labios eran rosa claro, y como su piel era blanca como la nieve y sus ojos de un azul hipnótico, pues todo resaltaba aún más. La palabra era *bella*… bueno, era y es bellísima. Además, y hasta la fecha de hoy, para mí, es *esa chica que se me escapó*.

Tenía unas curvas que mareaban a cualquiera. Era grande, más alta que yo, con unos pechos naturales en los cuales metía mi cabeza y me perdía lamiendo y chupando por horas sin llegar a nada más. Además, los pezones eran acordes: rosados, grandes y erectos siempre.

Nuestros juegos favoritos eran varios como acariciarnos debajo de la ropa, tocarnos y masturbarnos el uno al otro o uno enfrente del otro, rozarnos con la ropa puesta (o no) hasta correrno.

Ver porno a escondidas mientras me hacía una mamada, aunque nunca me dejó correrme en su cara o en su boca… eso que a todos los tíos nos enloquece, aunque yo lo descubrí tarde. Ya os contaré cómo lo descubrí porque eso es otra historia.

Me encantaba lamerle el coño —como no— porque aparte de estar delicioso estaba siempre caliente y era muy suave. Parecía algodón de lo delicado que se sentía.

Me volvía loco.

Además, se mojaba mucho con tan solo *llamar a la puerta*. Y cuando se corría… ufff… esos han sido de los gemidos más calientes que he escuchado. No decía ninguna palabra, pero es

que tampoco hacía falta… mi nombre de vez en cuando, un *ahí* fugaz o un *me corro, cariño* en mi oído.

Eso me ponía más caliente que cualquier otra guarrada que me hayan podido decir… bueno, quizás no tanto.

Pero claro, todo esto era precioso, todo era genial. Un chico normal, del montón, enseñando a un bombón a ser mujer (sexualmente hablando). Yo siempre uso la misma analogía para estos casos:

Uno cría la ostra, para que otro llegue, se lleve las perlas y encima se la coma.

Puede parecer un poco cabrón expresarlo con este ejemplo o con estas palabras, pero Andrés dice las cosas como las siente.

Además, es una de las condiciones que me impuso a la hora de transcribir cada relato:

Que no cambiara los ejemplos, las expresiones soeces y burdas o el lenguaje de calle y, que de paso se dicho, a mí me ponen más de lo que nunca pensé.

… y eso pasó. Rodrigo se cruzó por medio.

Alto, guapo, un cateto de pueblo, pero con dinero, casa, coche y todos los caprichos que quería. Con los años que tengo ahora no lo culpo, aunque en su momento lo hubiese matado… pero ahora con un poco más de edad, siendo más adulto y consecuente —tampoco en exceso— estas las cosas pasan, todos los días, a todas horas y en cualquier momento. Así es la vida…

Yo estaba dolido, como cualquier chaval de aquella edad al que su novia le deja por otro, y encima con dinero. La gente de mi grupo parroquial me apoyaba, porque claro, aquello era *radiopatio*, pero con una especial maldad de gente resentida y beatos reprimidos.

Un día, Paco, un amigo que siempre estaba por la parroquia me invitó a merendar a su casa como una de tantas tardes.

Vimos una película y al rato llegó su hermana, Natalia.

Dios mío ¿Qué había sido de aquella niñita con coletas que siempre quería jugar con nosotros al *pilla-pilla* y siempre acababa llorando? O bien porque se caía o bien le hacíamos daño sin querer… Pues que se había hecho una mujer… y ¡Qué mujer!

—Cabrón, no la mires así que es mi hermana.

—No, tío. No la miraba de ninguna manera rara. Solamente pensaba que menudo cambio desde que jugábamos en la calle al *pilla-pilla* con ella. Se ha hecho toda una mujer —le contesté intentado disimular.

—Tiene diecisiete, y tú dieciocho, así que no puedes —me dijo.

—¿Cuándo los cumple? —le pregunté entre risas e intentando poner cara de salido—. ¿Eh? ¿Eh?

—¡Calla, subnormal! ¡Qué es mi hermana! —y me soltó una colleja bien merecida.

Pasaron algunos meses y poco a poco todo volvió a la normalidad.

Con Ana seguía hablando de vez en cuando. Es de las pocas exnovias con las que sigo en

contacto, porque yo prefiero cortar toda relación una vez dejado el tema.

Ya me conozco.

Ella lo dejó con Rodrigo a las pocas semanas porque por lo visto el tío era machismo y prepotencia pura. Las malas formas, las malas contestaciones y algunas amenazas dejaron al descubierto lo que ya se veía de lejos.

Nos enrollamos un par de veces más y echamos unos cuantos polvos, incluso hizo que me corriera en su cara. Se le notaba interés por volver a estar juntos usando sus *armas de mujer,* pero yo soy de los que piensan que, si la haces una vez, la puedes hacer más veces. Por eso le dije que no quería volver a una relación formal con ella aun teniendo unas ganas locas de hacerlo. Pero es que también hay que quererse un poco.

Una tarde que nos vimos en uno de los edificios que la iglesia tenía en otro lugar del pueblo, ya no recuerdo ni por qué, Ana y yo acabamos discutiendo. Nada grave, nada de voces… pero bueno, ya se sabe, peleas de antiguos enamorados.

El caso es que ella se largó de allí dando un portazo en la sala en la que nos habíamos metido para hablar y yo me quedé dentro casi llorando sin saber por qué.

Las habitaciones de aquel edificio, donde se impartía la catequesis, eran de unos veinte o treinta metros cuadrados. Había 8 en total y en cada una se encontraba una mesa grande en el centro. Unas diez o doce la rodeaban y también había un mueble donde se guardaba material y libros religiosos.

Desde fuera solamente se podía entrar con llave y pocas personas las tenían, pero a base de compromiso (ahora pienso que fue tiempo perdido) y esfuerzo, me confiaron a mí un juego de estas para poder entrar a mis anchas cuando hiciera falta.

En ese momento el picaporte de la puerta giró y yo estaba llorando sentado en una silla, inclinado hacia delante con los codos apoyados en mis piernas y las manos en la cara.

Me sequé las lágrimas como pude y pensé que sería Jaime o algún otro de aquel submundo eclesiástico, como lo era yo en aquel momento, pero no.

La puerta se abrió y apareció Natalia con un top blanco tipo palabra de honor que se ceñía a sus preciosos y tersos pechos. Sus vaqueros, muy ajustados, resaltaban un culo más que perfecto… de los que más recuerdo de aquella época.

Parecía una mujer perfecta hecha a medida para mí.

—Lo siento, no sabía que estabas aquí —dijo—. ¿Qué te ocurre?

—Nada, tranquila. Tonterías —le contesté mientras me levantaba de la silla—. Ya me iba. Me apetece llegar a casa.

Me dirigí hacia la puerta para salir y cuando pasé por su lado me frené en seco. Alcé la cabeza y un olor extremadamente agradable inundó por mi nariz y me golpeó directamente en el cerebro.

Seguidamente un cosquilleo me bajó por el cuello pasando por la espalda, llegando a las piernas y terminando en los pies. Todos los vellos de mi cuerpo se erizaron.

—¡Dios! —la expresión venía al pelo—. ¿Qué colonia usas, Natalia? Huele increíble y me encanta.

En ese instante ella, que siempre había estado mirando al suelo mientras le hablaba, levanto la cabeza y contestó.

—Es Jovan, me la han regalado hace unos días. ¿A que huele bien?

Yo no sé qué cojones se me pasó por la cabeza, ni que chip del cerebro me fundió aquel olor, pero mi respuesta, sin pensar y soltada a bulto fue:

—Uffffff, me pone much…

En ese momento me di cuenta lo que había dicho, paré de hablar. Vi que la piel blanca de Natalia empezó a cambiar de color y se volvió roja. La vergüenza inundó su cara.

Yo, por mi parte, no sabía que decir excepto taparme la boca, abriendo los ojos con sorpresa y realmente asombrado de mí mismo, porque no soy del tipo de persona que dicen esas cosas… no sin una confianza previa.

—¡Perdona, perdona, perdona! No sé lo que digo, lo he dicho sin pens…

Pero en ese momento, ella puso mi cara entre sus manos y me besó con sus finos labios de color de fresa, dejando entrar en mi boca su lengua haciéndome callar al instante.

Igual que no pensé lo que dije anteriormente, esta vez pensé de más.

Puse mis manos en su cintura y la aparté con toda la suavidad que pude. Un pequeño hilo de saliva se quedó entre nuestros labios.

Al abrir sus ojos mientras nos mirábamos, ella sonrió dulcemente. Cuando lo hacía estos se entornaban casi cerrándose haciéndola más preciosa todavía.

—No puedo, tienes 17 años y eres la hermana de un buen amigo —le dije sin mirarla a la cara—. Ufff como hueles, Natalia. Me encanta ese olor.

—Mira —contestó sacando el carné de identidad de uno de sus bolsillos y acercándolo a mis ojos—, dieciocho recién cumplidos hace tres días. Me regalaron esta colonia en mi cumpleaños y parece que han acertado.

» Lo curioso es que me la regaló un chico que lleva detrás de mí dos años. Pero a mí me gustas tú —me dijo mientras me acariciaba los labios con sus uñas pintadas de rojo—. Bueno, me pones… igual que me ibas a decir tú de mi colonia.

Me retiré de ella y en mi cara se quedó un gesto de asombro y estupefacción por esas palabras. Me acerqué a la puerta y la cerré con llave. Apagué las luces y encendí una lamparita que estaba encima de un armario bajo que había en aquella habitación.

Antes de pedirle que me besara había vuelto a juntar sus labios con los míos y ¡cómo besaba! Eran besos dulces y preciosos, con la relación justa entre tiempo, saliva y lengua.

Con besos como esos no pude evitar empalmarme en el acto.

Intenté retirar mi entrepierna abultada de su cuerpo con disimulo, pero con mucha calma, aquella chica tan preciosa y frágil cogió mis manos, las puso en su redondo y perfecto culo para que nuestros cuerpos se juntaran más.

Cuando el bulto de mi pantalón rozó su entrepierna, un suspiro mezcla de alivio y de calentura salió por su nariz mientras volvía a meter su dulce lengua en mi boca llenando de su saliva mis labios.

Los contoneos para que el roce fuera mayor iban creciendo y los gemidos y jadeos iban

en aumento.

La agarré de la cintura y me di cuenta de que era como agarrar un reloj de arena por el centro: Grandes pechos, cintura pequeña, gran culo. Combinación explosiva, aunque no sea la que más me gusta.

—¡Qué ganas tenía de besarte! Hace mucho tiempo que me gustas y desde que te escuché hablar con mi hermano en mi casa sobre mí no he parado de pensar en ti —y en ese momento su fina mano derecha desabrochó el cinturón y el botón de mi pantalón.

—¿Aquí? —le pregunté—. ¿Quieres hacerlo aquí?

—Sí. Es mi fantasía follarte en la iglesia… desde siempre —contestó—. Algunas veces me he encerrado en la sala donde están las fotos de las convivencias y me he masturbado mirando en las que tú sales. Una vez casi me pillan —se rio sutilmente.

Y si sabéis lo qué es un punto de inflexión, este fue el mío. Algo crujió en mi cabeza y le dije lleno de lascivia:

—Te voy a comer, Natalia. Voy a hacerte todo lo que me dé la gana.

—No debería ser de otra forma —contestó mirándome a los ojos.

Enseguida la levanté abrazándola por la cintura mientras ella rodeaba la mía con sus piernas. La senté sobre la mesa de la sala. Desabroché su pantalón y le quité el top blanco que tenía puesto.

Me retiré un poco para observarla y recordarla así para siempre: frágil, preciosa, inocente, pero con una mirada que derretiría hasta el iceberg más grande que existiese.

Llevaba un sujetador de encaje rojo que le levantaba sus pechos y los hacían más impresionantes de lo que ya eran. Se lo desabroché y descubrí sus tetas acercando mi boca a ellas.

Las lamí lentamente alrededor de los pezones y cuando mi lengua pasaba por encima de ellos, la movía muy rápido para terminar en una gran succión. Mientras ella con su mano se los acariciaba y apretaba lentamente. Su sujetador acabó por caer al suelo. Los masajeé suave pero firmemente, juntándolos y levantándolos para lamer sus dos pezones a la vez.

Mientras, me acariciaba el pelo.

Sus gemidos iban en aumento y mi polla también, porque en ningún momento Natalia había dejado de mover las caderas rozándose contra mi rabo. Tuve que tener cuidado para que la fricción no fuese más de lo que pudiese soportar y no correrme antes de tiempo. Estaba tan tremendamente excitado que podía pasar.

Me quitó la camiseta y la apartó a un lado. Me lamió los pezones muy suavemente. Se pusieron duros y empezó a succionarlos también. En ese momento tuve bajarme los pantalones para aliviar un poco la presión.

—Si te la sacas te la chuparé… solo si quieres —me dijo con una cara mezcla de inocencia y mezcla de maldad—. Nunca he dejado que nadie se corra en mi cara, pero tú, si quieres, puedes hacerlo todo lo que quieras.

Respiré tranquilo porque me di cuenta de que ya había estado con otros hombres antes. No me gusta que una chica no tenga experiencia previa antes de estar conmigo. No es por nada en particular sino porque quizá puede parecerle que soy un pervertido.

No es que sea ni mejor ni peor.

Por un lado, es solo un gusto más y por otro pienso que la virginidad se ha de perder con una persona a la que quieras de verdad o que tengas unos sentimientos fuertes hacia ella. Solo se pierde una vez y la mía fue traumática.

—Tranquila, ahora vendrá eso. Pienso hacerlo todas las veces que pueda, pero primero quiero comerte yo, que bastante has esperado según me cuentas.

Me puse de rodillas y mi cara quedó a la altura de su coño. La agarré por la cintura y le di media vuelta. Algo se me clavó en la rodilla. Era un zapato de Natalia que ya se los había quitado.

En ese momento le bajé poco a poco el pantalón vaquero junto con las braguitas a juego con su sujetador. Su culo se quedó a la altura de mi boca.

Le besé los glúteos. Se los lamí. Se los succioné, apreté y mordí moderadamente. Los separé y le lamí por detrás.

Se le escapó un gemido mientras se tapaba la boca.

—Ufff eso ha sido raro. Pero me ha gustado mucho. Sigue un poco más.

Le empujé suavemente contra la mesa, de modo que su cuerpo quedó doblado por la cintura, quedando sus voluptuosos pechos contra la madera y sus largas y tersas piernas, abiertas. Cogió sus glúteos con sus manos y se abrió el culo.

Su hermoso coño desprendió un aroma que reconocía y que siempre me hacía salivar en exceso.

Estaba muy mojado y a mi comer y lamer desde esa postura me encantaba. Sus labios eran gruesos, pero se podía ver su clítoris hinchado. Pensé que ya llegaría ahí en su momento.

Puse mi boca en su coño y mi nariz conseguía captar todos sus olores mezclados entre sí: su entrepierna por un lado y su colonia por otro.

Mientras escribo esto aún puedo olerla.

Ella se abría cada vez más el culo, así que pensé: *¿Por qué no?* y esa fue la primera vez que realicé un *beso negro*[11] a una chica.

La lamí, la penetré con mi lengua tanto en su coño como en su culo… y curiosamente gemía más cuando mi lengua saboreaba su agujero trasero.

Casi sin darme cuenta yo me había empezado a masturbar mientras lamía a Natalia. Es una cosa que siempre me ha gustado hacer:

Pajearme mientras me como un coño, pero tenía que andar con cuidado para no correrme mientras lo hacía porque ya me había pasado alguna vez.

Enseguida y con una mano me agarró del pelo obligándome a apretar toda mi cara contra su entrepierna.

Sus jadeos iban en aumento al igual que su respiración entrecortada. Su cintura empezó a moverse de arriba abajo haciendo que el roce contra mi boca fuese ya total.

—Ya viene, Andrés —susurraba—. Me voy a correr, cariño. Sigue lamiéndome así por favor. Me quiero correr con tu lengua —empezó a gritar—. ¡Ya viene, me corro! ¡Me corro por dios! ¡Sí, sí! ¡ASÍ! Con tu boca, nene.

Se mojó mucho más mientras se corría y fluidos salían de su coño delicioso que yo intentaba saborear:

—Quítate que no te manche —me dijo con cara de vergüenza mientras seguía gritando de placer y corriéndose.

Yo en vez de eso me relamí los labios y comencé a beberme todo lo que podía. Su coño estaba delicioso mientras se corría. Seguí lamiendo y limpiándolo todo con mi lengua.

—Uffff. No puedo parar de temblar —dijo mientras los resquicios del orgasmo aún se sentían en su cuerpo—. Nunca lo me habían comido desde atrás. ¡Qué pasada, nene!

—No he terminado— le contesté riéndome mientras la levantaba dándole la vuelta y volviéndola a tumbar en la mesa—. Ahora toca comerte otra vez, pero bocarriba.

Sin decirle nada, Natalia se dio la vuelta y estiró y abrió las piernas de tal manera que hasta yo me quedé asombrado. Recordé que estaba apuntada a clases de baile y demostró la gran elasticidad cuando abrió sus extremidades casi ciento ochenta grados.

Su coño aún vibraba.

A mí eso me puso más cachondo aun si se podía, porque mi polla palpitaba también de tanta excitación. Además, en esa postura sus redondos glúteos parecían algo más grandes y me encantaba.

Estaba preciosa así.

Me encantaba.

Me enamoraba.

Su coño quedó perfectamente a la vista y muy abierto. Sus labios exteriores se volvieron más gruesos. Me lo iba a pasar genial dándoles pequeños mordisquitos.

Entre la leve separación de sus hinchado *Monte de Venus*[12] asomaban sutilmente los dos labios internos, como una lengua que relame los labios de una boca preciosa.

Y en la parte superior aparecía ese botón mágico que a todos nos gusta, su clítoris, erecto y grande además de rosado.

—¿Vas a lamerlo ya o te vas a tirar todo el día mirándolo? —me dijo con la voz entrecortada mientras ponía su mano derecha en mi cabeza y me acariciaba el pelo.

—Estaría todo el día comiéndotelo sin parar —le contesté mientras apoyaba mi mano en su ingle para abrírselo un poco—. Quiero disfrutarlo, que no todos los días se come un coño tan bonito como este.

Acerqué mi cara del todo a su entrepierna y ella, al notar mi respiración sobre su clítoris, se estremeció, suspiró y dejó salir un gemido.

—Mmmmm que ganas tenía de que me lo comieras, Andrés. Ya me habían dicho que lo hacías muy bien y desde entonces lo estaba deseando. Has cogido famita entre las chicas de la iglesia.

—¡¿Qué?! —exclamé mientras me levantaba y la seguía acariciando con la mano.

—¡Ni se te ocurra levantarte! ¡Te mato, vamos! De ahí no te quitas hasta que me vuelva a correr.

—Vale, pero cuando lo hagas, grita… Y luego me vas a explicar a mi qué es eso de que he cogido famita.

Volví a arrodillarme y esta vez no me anduve con tonterías ni juegos previos. Su coño volvía a estar húmedo y me tocaba comérselo de nuevo.

Le pasé mi lengua la primera vez, lentamente, desde abajo hasta arriba. Cuando iba llegando a la zona del clítoris la apretaba más fuerte contra él. Así estuve un buen rato, y siempre subía la presión y la intensidad al llegar a él. Ella gemía con cada lamida que le regalaba.

Después, cuando ya noté que sus fluidos rebosaban de su vagina de nuevo, abrí la boca y abarqué lo que dio de sí, metiéndome casi todo su coño entre mis labios mientras lo succionaba con fuerza.

Al hacerlo poco a poco sus labios vaginales se iban escapando de mi boca hasta quedar solamente en ella su clítoris que se había puesto enorme. Así que al principio lo succioné un buen rato y cuando noté que Natalia empezó a temblar, me dediqué a besarla con un beso francés[13] pero en su coño.

Su respiración se aceleró, así que acerqué dos dedos a la entrada de su vagina, los mojé con sus propios flujos y los introduje lentamente haciendo que gritara.

—¡Oh, dios! Eso ha sido una pasada.

—Pues si eso te ha gustado… prepárate. Te voy a follar con los dedos.

Empecé a penetrarla con dos de ellos mientras mi boca seguía succionando y lamiendo dónde ella quería. Primero flojo, despacito y sin pausa.

Poco a poco fui subiendo el ritmo y el ruido húmedo, al igual que la lubricación excesiva que mojaba ya prácticamente toda mi cara, me indicaron que se podía introducir un dedo más.

Así fue.

Con tres dedos en de ella entrando y saliendo a un ritmo frenético, las piernas abiertísimas, su clítoris succionado con todas mis fuerzas por mi boca y mi respiración entrecortada, solo pudo pasar una cosa:

—Cariño. ¡Cariño! ¡CARIÑO! Me voy a correr. Me corro cabrón. ¡Me corrooooo!

—Échamelo todo en la boca, Natalia. Quiero todo en mi cara —le grité con tono de desesperación—. ¡Vamos, nena!

Fue decir esas palabras, que sinceramente se me escaparon casi sin querer correrse a chorros como una fuente recién abierta.

Surgieron varios que salieron disparados contra mi cara mientras ella se retorcía de placer arqueando su espalda que se levantaba de la mesa, diciendo frases obscenas entrecortadas.

Cada chorro de satisfacción que salía de su coño venía acompañado de una convulsión que le hacía contorsionarse además de conseguir que sus preciosos pechos rebotasen con esa voluptuosidad tan *sexy*.

—¡Aquí lo tienes! —gritó mientras me forzaba apretando más mi boca contra su entrepierna y agarrándome del pelo.

Y en ese momento me di cuenta de que una de las expresiones que más me gusta que me digan en la cama es *Cómetelo y Bébetelo* cuando se están corriendo en mi cara.

Las convulsiones y los chorros pararon poco a poco, pero yo tenía que limpiarle ese precioso coñito rosado ahora empapadísimo. Así que retiré mi lengua de su clítoris, saqué mis dedos de su interior chupando los restos que había en ellos y empecé a lamer y a recoger todo lo que Natalia había dejado para mí.

Limpié sus ingles, su culo y sus glúteos y cada vez que mi lengua lamía, se estremecía, saliendo un *ahh* o un *uff* de su boca.

Me sequé la cara y el cuello lo mejor que pude con un pañuelo de papel.

—Nunca me había corrido con tal cantidad de fluidos —me dijo mientras me besaba y nos abrazábamos tumbados en la mesa, aun desnudos—. Gracias.

—Jamás des las gracias por un orgasmo —me reí—. Por mí puedes hacerlo las veces que quieras y mi cara y mi boca estarán ahí para ti.

Volvió a darme un largo y húmedo beso mientras acariciaba mi cara. Me miró a con esos ojos achinados que se le ponían cuando sonreía y también cuando se corría.

En ese momento me di cuenta de que su mano estaba en mi polla, aun en erección y me pajeaba suavemente con ellas.

Se incorporó e hizo que me sentara en uno de los sillones de la habitación.

Se arrodilló delante de mí e introdujo mi polla en su coño mientras me masajeaba los huevos. Sus labios rojos, sus preciosos y dulces labios rojos, se juntaron con los míos y follamos toda la tarde.

Además, me hizo una mamada preciosa (si se puede describir así) y me corrí en su boca y en sus grandes pechos sin consideración ninguna, tal y como ella me pidió. Con esa cara tan preciosa. ¿Qué se podía esperar?

PRIMOS.

Uno de los relatos del que más recuerdos tengo es este que viene a continuación.

Fue la primera vez que Andrés me pidió que fuese a su casa para narrármelo directamente. Me dijo que hiciese lo que quisiera: Que lo escuchara y luego lo transcribiera, que lo grabase con alguna grabadora o que lo grabase en vídeo.

Yo, en parte por formación profesional y en parte por morbo, decidí escucharlo atentamente con un vaso de vino blanco entre mis manos, sentada en el sofá de su despacho mientras él ponía música en su ordenador. Aun así, también lo grabé en audio.

Después ya, debido a mi memoria casi eidética para imágenes y conversaciones, lo transcribiría tranquilamente en mi casa.

Además de ser la primera historia que escuché en su casa, me resultó extremadamente fascinante, *sexy* y morbosa debido a su parte *prohibida*.

No es que sea algo realmente tabú, ya que nuestra sociedad lo tiene prácticamente aceptado, pero cuando pasa, en algunos hogares no les hace mucha gracia hablar del tema.

En mi familia había un par de casos y bueno, la verdad es que para mí son un matrimonio más ya que el amor no entiende muchas veces de otras relaciones que no sean el mismo amor.

—Quizá te parezca algo bizarro lo que vas a oír hoy, Vanessa, pero es una de mis historias favoritas —dijo Andrés mientras me servía otra copa de vino.

—¿Qué pasa? ¿Es que es algo malo? ¿está prohibido o es ilegal?

—No, no —rio—, solo que a algunas personas a las que les he contado esto alguna vez les ha chocado bastante. Luego realmente no lo ven grave.

—Bueno, cuéntame de qué va y ya te daré mi opinión ¿Te parece?

—Perfecto.

——— RELATO ———

Desde pequeñitos siempre habíamos estado juntos. Ca-da vez que Sara venía de Talamanca de vacaciones, siempre nos pasábamos el día haciendo cosas, abrazados, jugando o hablando.

En la piscina de mis tíos siempre estábamos tonteando con *Marco Polo*[14] y los roces accidentales debajo de agua eran bastante frecuentes. Siempre que sucedían nos mirábamos y nos sonreíamos el uno al otro con ganas de besarnos, pero nunca sucedió.

Nos contábamos nuestros secretos, confiábamos ciegamente el uno en el otro y, quince días que viniera de vacaciones, quince días que estábamos juntos al cien por cien.

Me gustaba. Y yo a ella, pero era mi familia y nunca nos atrevimos a decírnoslo. Pensábamos que estaba mal y que no era correcto, pero a la larga estas cosas no se pueden evitar.

Crecimos, nos hicimos adultos y al final pasó.

Deseaba que llegase aquel verano… y ella también. Mi casa se convertía en una

madriguera familiar: colchones por el suelo, hijos, sobrinos, nietos, cunas, calor, agobio… pero con tal de estar cerca de Sara, todo me daba igual.

A su lado todo me parecía fácil, bonito, de otro color.

Solíamos salir de fiesta por la zona de marcha en la playa de La Malagueta. Siempre nos agarrábamos buenas borracheras y acabábamos en la arena fumándonos algún porro y bebiéndonos un litro o dos de cerveza.

Cuando queríamos darnos cuenta, estábamos abrazados o tumbados hablando sin parar y poniéndonos al día de nuestras cosas.

Me solía contar sus aventuras con chicos y yo las mías a ella. Por un lado, lo odiábamos por la envidia, pero por otro nos excitaba comentar los sitios donde habíamos follado y las posturas que habíamos hecho.

Una vez incluso me dijo que se acostó con un *semifamoso* en los baños de una discoteca: *La tenía pequeña, follaba mal y se corrió muy pronto*. Nos reímos sin parar y cuando terminaban las carcajadas venían aquellos silencios incómodos acompañados de miradas de deseo reprimido.

—Pues sí, Sara. He descubierto eso de los *squirts* y la verdad es que estoy alucinando. Eso de que cuando se corre una mujer salgan esos chorros y acaben en mi cara o en mi boca… Es demasiado.

—Jajajajaj, vaya, vaya… ¿sabes que a mí me pasa a veces?

—¿Sí? —pregunté mientras me imaginaba su coño en mi boca soltando cantidades ingentes de líquido sobre mí.

—Sí, pero normalmente siempre ha sido cuando me masturbaba y estaba muy borracha… vamos, cuando estoy muy relajada.

Uno de esos silencios incómodos sucedió en ese momento.

—Anda, vámonos a casa. Es tarde y mañana hay que trabajar —le dije—. Tú, como estás de vacaciones… —eran ya cerca de las dos de la madrugada y además lunes.

—Sí, que entonces no habrá dios que te levante y me echarás la culpa a mí. Además, mira que ciego llevas, Andrés.

Se levantó como pudo y cuando se puso frente a mí estando yo aún sentado en la arena, extendió las manos para ayudarme a que me levantara. Yo no podía retirar mis ojos de sus caderas y de esa minifalda que quedó a la altura de mi cara.

Tenía unas caderas anchísimas, con unas curvas prominentes. A veces parecía que tenía un corsé puesto. Eso siempre le había acomplejado, pero para mí eran preciosas y perfectas, sobre todo cuando masturbándome me la imaginaba cabalgándome salvajemente mientras la cogía por la cintura y se la metía a con una fuerza muy bruta. Siempre que me imaginaba el sexo con Sara, era salvaje.

Ese culo redondo tenía que ser una pasada a cuatro patas rebotando contra mi polla… y sí, estos eran los pensamientos que tenía con ella. Era raro que no me masturbase pensando en Sara cada día de los que estaba allí, sabiendo que se encontraba en la habitación de al lado, pero cuando se volvía a su pueblo había maratón de pajas una semana recordando a mi prima.

Más de una vez había pensado en ir a follar con ella o a hacerle alguna guarrada de las mías, pero venían los remordimientos de ser familia y enseguida lo descartaba.

Cuando llegábamos a casa, todo el mundo estaba durmiendo. Ella se iba al dormitorio de invitados y yo al mío en el que siempre estaba solo a excepción de si venía algún familiar que no cupiese en otra de las habitaciones.

Teníamos por costumbre comer algo al llegar porque la borrachera lo pedía, el *hambre*

eterna lo llamábamos.

Comimos, nos lavamos los dientes y nos acostamos.

En el silencio de la noche y ya metido en la cama, saqué la revista porno que me había regalado Rubén. Su padre las vendía en su tienda y él las robaba para que todos sus colegas las disfrutásemos. Siempre andábamos bien surtidos.

Me quité los pantalones y abrí la revista por la página que más me gustaba.

Las fotos eran las de una mujer madura, pelirroja, con unas tetas enormes y con un culo impresionante. En ellas se veía como se la chupaba a un señor más mayor y terminaba con la cara llena de semen y las tetas chorreando de lefa. Lo que hubiera dado en aquel tiempo por tener el internet de ahora.

Me agarré la polla y empecé a masturbarme mientras no perdía detalle de la revista. A la mente me vinieron las caderas de mi prima enfrente de mi cara. Cerré los ojos y me imaginé que allí mismo, en la playa, le quitaba las bragas y acercaba mi boca a su coño mientras lo besaba con mucho cariño y un *squirt* acababa por mojarme todo el cuerpo.

Los movimientos de mi mano iban en aumento y cuando de repente alguien llamó a mi puerta.

Enseguida me tapé con la sábana, eché la revista por el lado de la cama que daba a la pared, apagué la luz y me hice el dormido. Pensé que sería alguno de mis padres que se habría levantado al baño y habrían escuchado ruido en mi dormitorio.

La puerta se abrió lentamente y noté como se acercaban pasos descalzos a mi cama.

—¿Estás despierto?

Era Sara quien había entrado a mi habitación con una linterna pequeña en las manos. La luz apuntaba al suelo y cuando abrí los ojos vi como venía hacia mí con una camiseta blanca, sin zapatillas y sin pantalones. La había visto muchas veces así, incluso desnuda, pero con la excitación de estar masturbándome mi polla se puso muy dura. Yo seguía haciéndome el dormido por los remordimientos que siempre venían a mi cabeza.

—¿Estás despierto o no? —me volvió a preguntar mientras levantaba la sábana y se metía en mi cama. Seguía haciéndome el dormido.

Ella con mucho cuidado se acostó junto a mí y se tumbó de lado mirándome de frente. Notaba su respiración sobre mi boca. Una mano me acarició la cara y unos labios me besaron. Mi polla se puso más dura aún de lo que estaba. Iba a reventar.

—No. No estoy despierto —le dije mientras le sonreía.

Y nos volvimos a besar.

Fue un beso muy tierno y con mucho cariño y amor, porque era eso, amor. Fue dulce, húmedo, lento, sin apenas lengua. Con respiraciones entrecortadas. De repente noté su mano acariciándome la polla. Me sobresalté y me aparté.

—Sara, no sé si debemos. Somos primos —le susurré con la voz temblorosa—. ¿Esto está bien?

—No sé si está o no lo está, Andrés. No lo sé, de verdad. Lo único que sé es que llevo años queriendo hacer esto y hoy me he lanzado. Será por la borrachera, por la conversación sobre sexo, o lo que sea. Tú decides, pero vaya, que tu polla indica que estás bien excitado.

—Me estaba pajeando —le dije sin pudor. Con ella nunca lo tenía.

—Pensando en mí, ¿verdad? Ya he notado como te has quedado mirándome en la playa esta noche.

—A tu culo, y también a esas caderas que tienes. Me vuelven loco y me ponen

muchísimo —le dije mientas le acariciaba recorriendo la línea de su cintura y sus muslos.

Era un año más joven que yo, pero como siempre pasa, mucho más adulta de mente. Las mujeres siempre lo son y nosotros debemos estar agradecidos por ello.

La volví a besar y un suspiro de alivio salió de mi nariz.

Sara se dio la vuelta y se puso de lado… como comúnmente decimos, de *cucharita.* Se quitó la camiseta. No traía nada debajo.

Acerqué una mano a la zona de su entrepierna para acariciarla y la otra a sus pechos. Su vello púbico era suave. Le rocé el coño por fuera y emitió un leve gemido. Mientras, yo intentaba no rozarme con su espalda, pero ella levantó su culo y noté como mi polla se acomodaba entre sus glúteos los cuales empezó a mover lentamente. Me encantaba esa sensación de que me pajeara con su enorme culo. Era una pasada.

Agarró mi mano y se la acercó a la boca. La ensalivó y volvió a colocarla en su entrepierna para que estuviera bien mojada.

Usó también su saliva para mojarme la polla para que resbalara mejor. Era una sensación increíble y de las mejores que he tenido nunca haciendo *petting*[15].

—Esto así no me gusta —dijo mientras se levantaba y retiraba las sábanas—. ¡Oye! —exclamó—. ¡No tienes pelo en la polla!

—No. Me he depilado todo el cuerpo por primera vez hace unos días… y ¡calla! que me da vergüenza.

—Siempre he querido acostarme con un chico depilado. Que suerte que seas tú —me dijo con una voz muy caliente.

En ese momento ella empezó a besarme por el cuello y a bajar lentamente. Cuando llegó a los pezones se detuvo un buen rato. Los lamió y los mordisqueó muy suavemente mientras yo la agarraba con delicadeza del pelo para que no le estorbara en la cara.

Se incorporó un poco y se hizo una coleta. Siempre me han puesto mucho las coletas, ella lo sabía y se la hizo para mí.

Su pelo era suave y fuerte. Lo había acariciado muchas veces, pero nunca como esa. Le olía a melocotón gracias a su champú.

Sara continuó bajando hasta que llegó a mi polla. En ese momento oí un clic y vi como la luz de la linterna se volvió a encender.

—Ponte la almohada detrás de la espalda, anda. Incorpórate un poco más. Quiero que veas esto bien.

Lo hice quedándome casi sentado. La almohada estaba apoyada en la pared y me servía de respaldo dándome una comodidad extra.

Vi como poco a poco acercaba su boca, que era bastante grande, a mi rabo que ya estaba muy duro. Mientas le daba pequeñas lamidas a la parte del arriba, deslizó el prepucio para atrás dejando el glande descubierto.

—Joder, que gorda es.

Me sentí halagado. Ya sabéis lo imbéciles que somos los tíos en referencia al tamaño de nuestro miembro.

—Mira y no pierdas detalle —decía muy excitada mientras seguía besando y lamiendo poco a poco—. No te pierdas esto ¿eh?

Ella alumbraba con la linterna para que viera bien su cara, su boca y mi polla. Yo no dejaba de mirar cada movimiento que hacía expectante a lo que iba a pasar. Le acariciaba su cara

y su pelo.

Sara levantaba la mirada de vez en cuando y su lengua vibraba a un ritmo increíble lamiendo el frenillo. Mi polla palpitaba de la excitación y algunas gotas de líquido transparente habían salido.

—¿Preparado?

—¿Para qué? —dije asombrado y excitado con la voz temblorosa.

—¡Para esto!

En ese momento cogió mi mano que aún estaba en su pelo y la apretó varias veces indicándome con ese gesto que agarrara fuerte su coleta y no la soltara.

Apoyo sus labios en la punta de mi polla, como si fuese a besarlos. Me miró a la cara mientras me guiñaba un ojo. Sonrió y se la metió por completo desapareciendo por completo en su boca.

Hasta el fondo. Solo dejó a la vista mis huevos.

Y ahí se quedó. Quieta. Mirándome a la cara con un brillo de felicidad increíble en sus ojos. Yo no me quería mover porque la sensación de calor, humedad y placer era perfecta. Empezó a subir lentamente sacándola poco a poco y cuando estaba la mitad fuera, de nuevo volvió a embestirme con tal brutalidad que tuve que gritar.

—¡Joder, qué zorra! —dije sin pensar.

Se la sacó de la boca y me dijo:

—Solo contigo. Solo contigo, Andresillo.

Se la volvió a meter de golpe introduciéndola de nuevo hasta el final.

Notaba la gran cantidad de saliva que había en su garganta y me encantaba sentir esa lubricación espesa que mojaba ya hasta mis piernas.

Seguía sin atreverme a moverme por si acaso le causaba malestar, pero ella no dejaba de mirarme a los ojos. Tampoco retiraba la linterna para que no perdiese detalle.

Las vistas eran preciosas: Ver como la chica que siempre había querido follarme me estaba haciendo la que había sido la mejor mamada de mi vida hasta el momento. Estaba caliente a más no poder.

Me di cuenta de que no usaba las manos para nada ¿Para qué? Esa boca apretaba mi polla de una manera increíble y pensé: *Pero… ¿Dónde están sus manos?* ¡Cómo no! En su coño.

No paraba de masturbarse mientras lo hacía. Tenía su gran culo levantado ya que estaba a cuatro patas mientras me la mamaba. La escena era muy similar a la de la mujer pelirroja de la revista porno de antes.

—Sara, ponme tu coño en la boca… tengo que saborearte.

Y, si todo esto era ya un verdadero cuento de hadas sexual, lo más impresionante fue que lo hizo: Se dio la vuelta y se sentó con sus enormes caderas en mi cara, quedando su coño, también con olor a melocotón, en mi boca… ¡Sin sacársela de la boca!

Agarré con fuerza sus glúteos y los apreté y separé con firmeza. Con el resplandor de la linterna pude ver lo mojada que estaba y lo preciosa que era su entrepierna… y ese lunar en su ingle que me volvía loco. Acerqué mi boca, saqué la lengua y lo lamí muy suavemente abarcando toda la superficie de su coño. Un *ummmm* se escapó de su boca llena, teniendo que sacársela para gemir.

—Joder. ¡Qué lengua más suave! Come todo lo que quieras —decía mientras me pajeaba —. ¿Puedo correrme en tu boca? ¿Te importa que lo haga? Siempre me imagine teniendo un orgasmo con tu lengua en mi coño.

—Si no lo haces me enfadaré mucho, pero a este paso me correré yo antes seguro —contesté con la voz casi temblorosa de la excitación.

—Eso lo arreglo yo —se sentó sobre mi cara de espaldas y dejó de hacerme la mamada —. Yo tardo muy poco en correrme, es lo que tenemos las mujeres multiorgásmicas… ¿quién sabe? A lo mejor hasta me corro a chorros.

Empezó a cabalgarme lentamente la boca mientras mi lengua estaba fuera y ella forzaba el roce donde quería con cada movimiento. Mientras, con la mano llena de su propia saliva, se rozaba el clítoris a su antojo.

Los gemidos eran muy calientes y los movimientos ondulantes conseguían que mi cara rozara lo máximo posible con su coño. Su coleta se movía al ritmo de cada suave embestida contra mí.

Se dio la vuelta y cuando miré hacia arriba vi cómo dirigía la luz hacia sus preciosas tetas. Apoyó la linterna en la parte de arriba del mueble para que todo quedara iluminado.

La vista era perfecta: Un coño deliciosamente ácido en mi boca, unas tetas tersas y preciosas que rebotaban con cada movimiento y una cara de placer acompañada de gemidos ahogados y disimulados que indicaban un orgasmo inminente… mi primer *facesitting*[16].

Me agarró del pelo con más fuerza de lo que yo esperaba y tiró hacia arriba con una mezcla de suavidad y posesión que me puso más cerdo y, aunque ella llevaba el ritmo del roce de mi lengua con su coño, yo me esforzaba por penetrarla con ella, apretándola lo más dentro que podía.

—¡Me voy a correr, primo! —lo de *primo* me puso mucho más cerdo—

—En mi boca. Quiero que te corras con mi boca… y en mi lengua —dije mientras notaba arder mis labios por el roce.

No dio tiempo a más. En ese momento noté como se hinchaba el coño de Sara sobre mi lengua y subió rápidamente la velocidad con la que se rozaba contra mí.

—¡AY, SÍ! —susurró—. ¡Me corro! ¡En tu cara! ¡Cómo a ti te gusta! —dijo intentando no gritar—. ¡Sí, sí, síííííí!

El cuerpo de Sara comenzó a convulsionar descontroladamente y con cada una de ellas un roce intenso contra mi lengua lo seguían.

Su coño empezó a chorrear levemente y unos fluidos transparentes resbalaban por mi cara y con cada movimiento estos entraban en mi boca, pudiendo saborearlos y dándome un placer delicioso. Intenté que me mojaran toda la cara. Estaban riquísimos y recordaré esa sensación siempre.

Poco a poco los temblores, que duraron un buen rato, fueron bajando de intensidad hasta desaparecer mientras ella arqueaba su espalda hacia atrás.

Sara tuvo en todo momento una mano en mi cabeza para dirigir mi boca donde ella la quería. Con la otra masajeaba y apretaba sus pezones que había estado pellizcando mientras se corría.

Cuando pararon las convulsiones casi del todo se cayó hacia atrás. Sin recuperar el aliento y aún con pequeños restos de placer en su vagina se introdujo mi polla de nuevo en la boca. Caía mucha más saliva que antes y si, previamente había sido una mamada preciosa, esta lo era mucho más. Más intensa, más caliente.

El ritmo era muy fuerte. Mi polla entraba y salía de entre sus labios como si fuera un

coño bien lubricado. Las penetraciones orales a las que Sara se estaba obligando no eran normales y lo mejor de todo es que le tenían que estar gustando mucho por la cara de placer y satisfacción que ponía. A lo mejor pasaba como en la película porno *Garganta profunda* y tenía un punto G en el fondo de ella.

Sentí ese escalofrío previo que uno tiene antes de eyacular. Ese que te eriza toda la piel, que deja casi anestesiadas las células de tu cuerpo y solamente te permite notar las sensaciones a flor de piel en la entrepierna. Iba a correrme con una intensidad muy grande, así que pensé: *¡Qué hostias! Voy a disfrutar y a hacer lo que me plazca.*

Saqué la polla de lo más profundo de su garganta. Agarré a mi prima con firmeza y la tumbé bocarriba en la cama. Abrí mis piernas y me senté sobre sus tetas a horcajadas notando la suavidad de su piel mi culo. Alguna me rozaba más allá y me volvía loco.

Me agarré fuertemente los huevos. Me gustaba tirar de ellos hacia abajo mientras me masturbaba. Mi prima, al ver que lo hacía, me apartó la mano y comenzó a hacerlo por mí. Empecé a pajearme frente a su cara con mucha intensidad. Ella de vez en cuando hacía que parase y lamía mi polla para lubricarla. Había tanta saliva se me escapaba a veces de la mano.

Entonces vi como Sara se humedecía los dedos y comenzó a acariciar mi ano con suavidad. Para mí eso era impensable (en aquella época, ahora me encanta que me lo acaricien), pero el placer era increíble. En ese momento una gota de líquido transparente salió.

—¡Ya! ¡Ya viene!

—Sí, por favor. Dámela, Andrés… ¿Qué es lo que quieres que haga?

—Me voy a correr en tu cara, Sara. Voy a llenarte con mi lefa y luego haré que te la comas —le dije sabiendo que a ella le gustaban esas expresiones.

—Echa mucha, primo —decía sacando la lengua y mirándome a los ojos.

—Como me pone que me digas *primo* —era como escuchar lo prohibido y lo cohibido con afán de superación moral… y sexual.

—Pues ¡córrete, primo! Mírame a la cara y suelta toda la lechita que tienes en esos huevos tan gordos ¡Vamos, PRIMO! —cada vez que decía primo, un latigazo de placer sacudía mi cerebro—. Mírame a la cara y márcame como a tu puta, la puta tuya que siempre he querido ser.

—¡OH! Aquí lo tienes. Toma, primita. Bébete tu premio.

Un chorro de semen salió de mi polla produciéndome un placer explosivo que me hizo gritar casi sin control. La corrida le llenó desde las tetas hasta su pelo y la almohada. Le cruzaba la cara de arriba hasta abajo. Le acerqué un poco más mi rabo para el segundo, que fue a parar directamente a su boca. Casi la misma cantidad que el primero, pero con menos fuerza. Ella lo mantenía ahí y sacaba su lengua entre el líquido blanco. La movía pidiendo más.

Apunté a su cara, llenando cada hueco que veía aun sin manchar. Me quedé asombrado de tanto semen saliendo de mí.

En ese momento soltó la mano con la que me agarraba los huevos y otro chorro salió cayendo en su frente y en su boca.

Me quitó la mano y ella me cogió la polla con fuerza. Me pajeó lentamente, apretando para extraer hasta la última gota que cayó entre sus labios. En ese momento abrió la boca enseñándome lo llena que estaba de leche. Mientras se acariciaba los labios y a la vez que los cerraba se tragó todo con una sonrisa.

—Es la corrida más grande que he visto tan de cerca y encima está deliciosa. Tu corrida sabe bien —me dijo con los ojos llenos de lascivia.

Fui a coger una toalla del cajón del armario para limpiarla y me dijo:

—No, déjamela en la cara un poco más. Quiero sentirla.

Me dejó estupefacto con aquello mientras me contaba que le encantaba lo caliente que estaba y todo lo que había echado. Le ponía muy cachonda tenerla encima y que su boca supiese a mi esperma. Que era lo que tantas veces había deseado.

Nos volvimos a tumbar de lado. Yo no paraba de abrazarla y de acariciar su cintura. Su respiración aun entrecortada dejaba salir de vez en cuando un suspiro de placer. Seguía moviendo sus caderas apoyando su culo en mi polla y enseguida me volví a empalmar. Como me ponía Sara, mi prima Sara.

Casi sin que se diera cuenta cogí el tubo de lubricante que guardaba en mi mesita de noche y me puse una buena cantidad en la polla. La idea era masturbarme entre sus glúteos para volver a correrme, pero Sara se puso bocabajo y me dijo:

—Fóllame así, bocabajo. Esa postura de sumisión es perfecta.

—Espera, voy a coger un condón —le dije.

—No hace falta, tu solo métemela y fóllame bien duro —contestó—. Quiero también que me llenes de lefa por dentro.

La miré desde arriba y vi cómo se ponía las manos debajo de la barbilla para no manchar las sábanas con el semen que aún tenía en la cara, aunque al rato se lo quitó con la toalla que traje anteriormente, supongo que para no estar pendiente a no manchar nada.

Coloqué un cojín debajo de sus caderas para que su culo quedase levantado y yo pudiera metérsela mejor. Le eché a ella también un poco de lubricante y suspiró de placer mientras se lo embadurnaba con las manos y se lo introducía dentro con los dedos.

Estaba sentado encima de sus piernas, con ese coño precioso esperando ser follado, pero antes me deleité un poco con las vistas que tenía de aquel cuerpo tan perfecto y con tantas curvas.

Abrí sus nalgas varias veces y le penetré con los dedos otra vez con más lubricante para preparar el camino y notar cómo de caliente estaba.

Cuando los saqué me los lamí para volver a saborearla. ¡Joder! Es que estaba deliciosa.

—Métemela ya, por favor.

—Si, prima. Ahora mismo —contesté.

Puse mi polla sobre su coño medio abierto y presioné lentamente. Empezó a deslizarse con mucha facilidad ¡Qué estrecha era! Notaba cada pliegue de su vagina. Cuando se la metí entera gimió:

—Umm, así. Que ganas tenía de tener tu polla dentro de mí. Fóllame, cabrón.

Empecé a moverme lentamente y cada vez que se la metía se la volvía a sacar por completo. Su coño se lubricaba mucho más haciendo que mi polla retomara aquella sensación de humedad que también sentí en el fondo de su garganta.

—Tienes un coño impresionante, Sara. Si lo llego a saber habríamos follado mucho antes. ¡Qué zorra estás hecha! Me pones muy cerdo.

—Gracias, primo. Venga, hazme lo que quieras. Reviéntame el coño ya —decía mientras intentaba no gritar—.

Después de oír esto empecé a subir el ritmo y con cada embestida su culo, sus glúteos, su cintura… todo se movía con hipnóticas ondulaciones que indicaban cada metida y cada sacada.

Sus gemidos acompañaban perfectamente al ritmo de la penetración. Le agarré su coleta alta. *¡Qué guapa es!* pensé.

Cerré mis piernas y empecé a penetrarla tumbado completamente sobre ella, sobre su espalda.

Mi polla llegaba cada vez un poquito más dentro lo que hacía que Sara gimiese con cada embestida.

Se tapaba la boca, pero de vez en quitaba la mano de ella para abrirse las nalgas e intentar que la penetrase lo más profundo posible. Noté que intentaba meterse un dedo por el culo de vez en cuando. No me lo podía creer.

—Quiero que me folles por el culo. Quiero que seas el primero en follarme por atrás.

No me gusta hacerlo, pero por todo lo que has esperado, te lo mereces, pensé

—Te voy a reventar, Sara. Vas a gritar.

La besé en la cara y luego en los labios.

Eché otro buen chorro de lubricante en su culo y apoyé mi polla en su agujero de atrás. Ella me agarró con sus manos y me dirigió poco a poco marcando el ritmo de cómo quería que lo hiciera. Entró mucho más fácil de lo que me esperaba. Otras veces con otras chicas me había costado mucho trabajo e incluso en ocasiones no lo había conseguido. Supongo que sería por la excitación.

Era su primera penetración anal y su gesto de lujuria era de película. Se veía guapísima con esa cara mezcla de placer, dolor, asombro y vicio. Me quedé un momento quieto cuando entró toda.

—¡Uffff… Duele un poco! … pero me gusta —dijo con voz suave—. Es la mezcla perfecta entre dolor y placer.

—Tu culo es una pasada, Sara. Voy a correrme en él.

Fui subiendo el ritmo poco a poco y solo paraba de vez en cuando para descansar unos segundos ya que después de la corrida anterior aún me encontraba con la energía a medias.

Cada embestida me encantaba y a ella también. Ese sitio tan estrecho, bastante más que su coño, estaba cambiando mi forma de pensar por momentos sobre el sexo anal.

De repente gritó:

—¡Creo que me voy a correr, primo! ¡Qué sensación! ¡Dame fuerte!

Subí el ritmo poco a poco por si le hacía algo de daño.

Ella gritaba y no de dolor precisamente mientras ponía su cara en la almohada para que no nos escuchasen.

Cada vez que gemía notaba sus contracciones en mi polla que, sin darme cuenta, habían hecho que estuviera a punto de correrme.

Cuando Sara dijo que se estaba corriendo, no pude aguantarlo más: Dejé caer todo mi peso sobre ella y embestí con todas mis fuerzas:

—Yo también me corro, prima.

—¡POR FAVOR! ¡No pares! ¡Me estoy corriendo, me estoy corriendo! ¡No puedo parar de correrme, Andrés!

Y aun con la gran cantidad de semen que le había eyaculado con anterioridad en la cara y en la boca de mi prima, otro chorro muy grande salió de mi polla dentro de su culo. Eché tanto que cuando me levanté un poco para ver como mi polla entraba y salía (siempre me ha gustado mirarlo todo bien) empezó a rebosar porque no cabía más.

Sara mordía la almohada para no gritar y yo, con tanto placer que estaba teniendo se me cayó un hilo de saliva en su cara sin querer. Miró para arriba y al verlo abrió la boca para que entrara en ella. Fue raro a la vez que excitante.

La saqué con cuidado y me tumbé de lado, sin decir nada, sin pensar nada, solo concentrado en el placer que mi polla sentía y en el ritmo de mi respiración. Ella se encogió y se acurrucó junto a mí mientras seguía moviendo su culo contra mi polla que aun chorreaba de placer.

—Me encanta follar contigo. Eres con quien siempre he querido follar y en el que pienso casi siempre al masturbarme. Tenemos que hacerlo mucho más.

En aquel momento pensé que era la mujer más sincera que conocía y que me lo había demostrado diciéndome las cosas tal y como las sentía, no solo en aquel momento de sexo, sino en todos los aspectos. Eso me gustaba.

Su cuerpo y el mío.

Su sexo y el mío.

Su placer que era el mío y el mío suyo.

La besé un buen rato y nos dormimos con los labios unidos… y la linterna se apagó.

LA CHICA DE TWITTER.

Andrés me llamó una mañana al móvil después de algunos días sin vernos, sin cruzarnos si quiera por el pasillo de nuestro edificio.

Me preguntó si esa noche quería acercarme por casa ya que me iba a contar una historia muy especial de alguien muy especial.

—Eso no puedo perdérmelo como comprenderás — contesté.

—Vale, pues a las nueve y media estaré por allí. Ven cuando quieras ¡Y trae vino!

La situación se fue normalizando poco a poco y, lejos de tomármelo como algo profesional, la confianza crecía y sus historias, a la hora de transcribirlas y darles forma, me iban envolviendo en una fantasía fascinante que siempre solían acabar en una pausa donde cogía el vibrador y conseguía mi orgasmo. Algunas veces varios.

No había pasado nada entre nosotros. Ninguna insinuación sexual. Ningún atisbo de querer acostarnos. Alguna broma de vez en cuando pero poco más.

Yo siempre me iba de su casa con ganas de correrme, pero no follando con él. Siempre me apetecía masturbarme y quien me iba a decir a mí que aquella noche, mientras me contaba esa historia tan especial acabaríamos los dos, uno frente al otro, tocándonos y corriéndonos a poca distancia. Raro las primeras veces, pero morboso a más no poder.

Ahí se abrió la caja de Pandora y pasaron cosas que ya os contaré más adelante

Más que una historia es un homenaje a aquella chica, que, según Andrés, le sacó de un agujero mental en el que estaba metido.

——— RELATO ———

Ella me curó de mi enfermedad, de mi inseguridad. Me sacó de mi periodo de sequía física, placentera y mental del que, para nada, estaba por salir por mi propio pie. Pero ¿a quién no le viene bien que le ayuden?

Dando mis primeros pasos por el submundo del sexo en Twitter, vi una foto de la cual pensé que sería de alguna web erótica o pornográfica.

Pero no.

Apareció ella.

Rubia, impactante e *infartante*. Unos ojos azules que hacían no querer mirar a otra parte de su cuerpo y que, una vez olvidados, me hacían querer verlos de nuevo una y otra vez.

Si podías bajar la mirada encontrabas unos labios rojos, carnosos, con unos dientes perfectos y una sonrisa sincera y amplia que mostraban su verdadera vida.

Cuando sonreía la temperatura del planeta subía unos cuantos grados.

Su cuello incitaba a morderlo y a lamerlo, con una piel suave, delicada y tersa la cual nunca te cansabas de rozar con los labios, dejando deslizar tu saliva por cada curva de sus hombros o sus caderas.

¿Y sus tetas? ¡Enormes! Gigantes montañas redondas perfectas que solo me permitían enterrar *mis cabezas* en ellas. Solo quería rozarme con esa piel tan suave que llenaban de sensaciones todas las partes de mi cuerpo. Me encantaba que nos sentáramos uno abrazado al otro, ella delante de mí y yo detrás. Masturbarla con una mano y con la otra pellizcarle esos pezones que le hacían gemir y gritar más de lo normal gracias a sus *piercings*.

Sus manos eran perfectas y que realizara actos onanistas en mí o en ella, me volvía loco. Parecía que mi polla estaba hecha para ellas, y cuando se la metía en la boca mientras me acariciaba por debajo, casi me hacía que perder el conocimiento de tanto placer.

Más abajo, su cintura y sus caderas llenas de curvas.

Si me encantaba verla tumbada bocarriba con las piernas abiertas, más me gustaba verla a cuatro con el culo bien levantado y las piernas juntas. Entre ellas asomaba su delicioso coño, con un clítoris que me encantaba lamer para hacer que todo su cuerpo se retorciese de placer.

Sus piernas acompañaban a sus curvas. Las mejores pantorrillas que vi en una chica y unos tobillos bien esbeltos que hacían un conjunto perfecto de toda ella.

Me habló por privado. Quería contestarme a un comentario que hice de su foto, dedicada a otro, por cierto. Parece que le gustaron mis palabras, y al decirle que era malagueño admitió que le ponían mucho los de mi tierra y que quería seguir manteniendo contacto.

Intimamos: Confidencias, conversaciones muy calientes, sexo telefónico hablado, gemido.

Fotos y vídeos que empezaron picantes y acabaron siendo lava pura en las ondas del WIFI, derritiendo antenas y señales.

Grabaciones de audio donde los placeres y tabúes más primarios crecieron y se normalizaron.

… y vino a mi casa.

Yo muy cortado y reacio por falta de práctica y ella muy caliente simplemente porque lo era.

Hormonas ardientes.

En el sofá se recostaba junto a mí, buscando un poco de placer que yo no le daba como ella quería por miedo a fallar en la vuelta al juego del sexo… hasta que se desnudó y mi mente se quedó en blanco.

Me reinicié…

… y cuando salí de mi asombro yo estaba sentado. Su tanga estaba en mi entrepierna, enredado en mi polla. Ella bocarriba con las piernas abiertas, su cabeza recostada sobre mis muslos. Y en su coño mi mano penetrado por cuatro dedos a un ritmo brutal.

El puño le entró por completo y sus caderas no paraban de moverse, de entrar y salir.

Chorreaba y gemía pidiendo más. Salían improperios desde el fondo de su mente. Sucios, muy sucios y lascivos.

Increíble.

Se levantó, cogió mi polla como si me cogiera de la mano, me llevó al borde de la cama, me tumbó y, a causa de tanto secreto contado y susurrado, me regaló todo lo que yo quería.

Se sentó sobre mi cara, poniendo su chorreante entrepierna en mi boca, pidiéndome con la respiración entrecortada que sacara más la lengua para follármela y correrse sobre mí.

Mojado, húmedo, delicioso y perfecto era su coño depilado.

Sus movimientos empezaron suaves, de arriba hacia abajo, cambiando a una velocidad frenética a los pocos minutos, donde conseguía rozarse con toda mi cara.

Todo yo olía a ella. Todo yo sabía a ella y estaba a punto de desmayarme de placer… hasta que violentas convulsiones comenzaron desde su pelo hasta sus pies mientras obscenidades ininteligibles emanaban de su boca, dejando volar sus deseos desde su mente hasta su lengua, donde los reproducía tan alta y claramente que incluso los demonios más sucios de la realidad tenían que taparse los oídos escandalizados.

Cuando mi rostro asombrado, sonriente e incrédulo quedó empapado de lo que yo más quería, se retiró lentamente y me beso en los labios dulcemente, pasando su lengua ardiente por toda mi piel. Ella también quería su parte de ella.

Mis movimientos eran inertes, me había dejado inmóvil, traspasándome el placer de sus labios a los míos.

Lo sabía todo sobre mí, todos mis deseos y fantasías, todo aquello que me volvía loco y todo aquello a lo que no me podía resistir.

Ahora te toca a ti y ya sabes lo que va a pasar.

De rodillas frente a ella, mientras se masturbaba con un gran *dildo*[17] de color lila que casi no cabía en su coño, se metía mi polla en la boca, succionándola con muchas ganas, tantas que casi se me entumecía.

Pretendía sujetar su cabeza con mis manos para ayudarle, pero su ritmo era tan trepidante que no necesitaba marcar pautas, y cuando ese líquido de placer quiso salir a borbotones, me masturbó con la mano impregnada de sus fluidos.

Lentamente.

Con movimientos muy cortos.

Con tanta suavidad lo hacía que no salía nada, solo se acumulaba más y más esperma, tanto, que hubo un momento en que se derramó sin fuerza, pero en una décima de segundo, chorros interminables de líquido caliente y blanco cayeron sobre su cara mientras esos ojos azules pedían más.

Mientras yo gritaba su nombre, mucho más salía de mi polla.

Por su cara resbalaban abundantes ríos de semen. Algunos acababan en su boca y otros por su piel.

Pero su acto final fue el mejor: mientras ella tenía su segundo orgasmo, aun con mi miembro en su mano, el esperma que le dediqué en su cara lo arrastro hasta su boca, bebiéndose hasta la última gota y gimiendo eróticamente cada vez que el néctar blanco resbalaba por su garganta.

Y esa fue la primera vez que me corrí en la cara de la chica del Twitter. Hubo más. Quizá un día os cuente.

Siempre será mi salvadora, y eternamente le estaré agradecido.

LAS DOS HIJAS DE MI JEFE.

Una de las cosas que más me gustaba de Andrés era cómo recordaba las cosas, sobre todo lo relacionado con los empleos que había ejercido durante su vida.

Era raro que hablara mal de uno de ellos, porque, aunque no os lo creáis, hablábamos de más cosas. No solo sus vivencias sexuales.

Solía empezar siempre, hablase de lo que hablase, diciendo solo cosas buenas y los grandes recuerdos que guardaba sobre ellas.

Era raro escucharle decir cosas negativas sobre algo.

Recuerdo que le hice unas cuantas preguntas sobre la hija de su jefe, sobre la que habla la siguiente historia. No me quiso dar excesivos detalles sobre ella y eso me hizo sospechar que yo la conocía.

Este relato me sorprendió gratamente porque al transcribir las historias intento darle las connotaciones sentimentales con que Andrés me las contaba, y en este caso el sentimiento que me transmitió fue de ternura y un gran cariño. De hecho, se nota en el vocabulario con que lo narró, quizás un poco menos *de calle* de lo habitual.

Tanto me gustó y tanto me calentó escuchar ese tono tan sensual que mientras estábamos en su despacho, me acerqué a su oído y le ofrecí hacerle una mamada mientras la narraba. De hecho, se oye la proposición en la grabación original. *¿Quieres que te coma la polla mientras me lo cuentas?*

Declinó.

Me jodió que lo hiciera. Decidí que, si él podía desinhibirse así, yo quería estar a la altura también y disfrutar de mi sexualidad, que poco a poco iba abriéndose a nuevos caminos casi sin darme cuenta.

He escuchado decir a Andrés varias veces esa famosa frase de *Donde tengas la olla no metas la polla*, pero la verdad es que más de una vez ha hecho caso omiso a sus propios principios y es que cuando a sexo se refiere el cerebro se queda sin sangre suficiente para procesar según qué información y más en los hombres.

Ya os habréis dado cuenta en algunas de las historias, como la de Helena que transcribí anteriormente, incumple esta autoimpuesta norma…, pero en fin ¿A quién no le ha pasado? Aunque él sigue insistiendo que cuando pasó ya no eran compañeros.

En este caso no es que fuese con una compañera como tal. Trabajaba en el mismo sitio que él, pero no en la misma empresa.

—Claro, Andrés. Tú mucho decir que no te acuestas con nadie del trabajo y ya me has contado unas cuantas aventuras con compañeras.

—A ver, normalmente, han sido mujeres que no estaban en la misma oficina que yo… o en su fiesta de despedida del trabajo —contestó.

—Eso suena a excusa de tus propias reglas —me reí—. Quien hace la ley…

Andrés me miró seriamente. Parecía molesto con mi comentario y cuando se ponía así ya tenía la suficiente confianza como para pincharle un poco más.

—¡Sí, hombre! ¡Enfádate conmigo! Como si fuera yo quien se las ha follado.

—No estoy enfadado —me dijo intentando esbozar una sonrisa que quedó un tanto falsa —, solo que hoy no tengo el día.

—Quizás deberíamos dejar la historia para otro momento que te encuentres con más ánimo.

—No te preocupes. Hoy va bien.

—Como quieras, *follacompañeras*.

Otra mirada seria.

—Para, Vanessa, por favor.

—No quiero. Te jodes —me reí más—. Tendré que ponerme a trabajar en tu empresa a ver si me follas de una vez como yo quiero—sé que ahí le di donde dolía.

No dijo nada más. Se levantó bruscamente y cogió la grabadora dirigiéndose a la puerta que comunicaba su despacho con el salón. Pensé que se iba a ir. La cerró de golpe, se dio la vuelta y me volvió a mirar con rostro serio.

De pie, allí parado, se desabrochó el cinturón del pantalón y lo sacó de las trabillas. Hizo lo mismo con el botón y bajó la cremallera. Los dejó caer al suelo. Sus calzoncillos y la camiseta tuvieron el mismo final mientras que la correa seguía en su mano.

No sabía qué hacer. Me quedé desubicada y mi mente ya solo podía centrarse en la polla de Andrés que quedaba muy cerca de mi boca, erecta, dura ¿Sería ese el momento en el que me iba a follar como un animal? Yo lo deseaba con unas ganas casi desesperadas y aunque se lo hacía saber, nunca lo conseguía.

Mientras, yo seguía sentada en el sillón de su despacho e hizo unos dobleces en el cinturón que nunca había visto. Me di cuenta de que eran una especie de esposas y mientras seguía con el semblante serio me cogió de las manos y me ató las muñecas.

Alzó el otro extremo de la correa haciendo que mis brazos quedaran juntos. Tiró de ella hacia arriba dejando mis brazos por encima de mi cabeza. La ató al perchero que había en la pared.

Mi cara tenía que tener un gesto mezcla de desubicación y mezcla de excitación por no saber qué iba a pasar.

En ese momento encendió la grabadora que tantas veces vi recoger y guardar las historias sexuales, la dejó en la mesita de al lado y agarrándose la polla me ordenó:

—Abre la boca.

Miré hacia arriba y vi como acercaba su mano a mi cara.

—Saca la lengua… dame saliva.

Mi boca, que ya estaba hecha agua pensando en su polla, se inundó. Mojé sus dedos y su mano con ella.

Andrés empezó a masturbarse lentamente muy cerca de mi cara. Yo sacaba mi lengua e intentaba calmar el hambre que tenía de su verga. Él se retiraba cada vez que lo intentaba.

Sin darme cuenta un hilo de saliva caía por mis labios hasta llegar a mi cuello. Mi coño también se mojó y mucho. Tanto que traspasó mi ropa.

En ese momento, Andrés recogió la humedad de mis labios con su polla y me la metió en la boca.

—Deliciosa —dije sacándomela como pude.

—¡Calla! ¡Traga! Este es tu castigo por apretarme las tuercas.

Bendito castigo, pensé.

Mientras le comía la polla muy despacio, disfrutando cada segundo y prestando atención a sus gestos, Andrés suspiraba agitadamente pero su cuerpo se sentía completamente relajado.

Me cogió del pelo y empezó a sugerir un ritmo muy lento. Yo dejaba que mi lengua empapara toda su polla cada vez que la metía.

Y mientras le hacía una preciosa y muy húmeda mamada, comenzó a contar su historia:

——— RELATO ———

Como ya he mencionado alguna vez, no soy dado a empleos cortos. Me gusta la estabilidad, mi estabilidad. Tener un sueldo fijo y no andar de aquí para allá buscando nuevos trabajos o sitios donde *poner el huevo*.

Aun así, lógicamente, he tenido varios empleos en mi vida. Unos mejores que otros y algunos mejor pagados que otros. Esto es algo inevitable, y que, ahora con los años que tengo, pienso que todo el mundo debería de pasar por esa situación para curtirse en este ámbito.

Llevo ya casi 20 años en el trabajo en el que me encuentro ahora y he pasado por mil y una historias. La primera más impactante a la vez que excitante fue conocer a las dos hijas de mi jefe.

Córdoba, una preciosa provincia española, presume de tener las mujeres andaluzas más bellas, y yo diría que de España. La mayoría son mujeres esbeltas, ojos oscuros, pelo negro rizado y voluminoso. Mujeres con mucho arte y con las ideas bien claritas.

Pues mi jefe y su mujer son de allí, aunque por circunstancias de la vida vinieron a parar a Málaga a finales de los setenta cuando el mundo inmobiliario se encontraba en pleno auge. Como el noventa por ciento de su negocio se basaba en esta rama, se establecieron por aquí para aprovechar el esplendor de la construcción.

Viven en Cerrado Calderón, una de las urbanizaciones más pijas de la capital malagueña, y cuando vinieron, Laura, la mayor de sus hijas, ya había nacido y tenía tres años. Más tarde, en 1982 nació Alexandra.

Actualmente Laura es Abogada y sigue con los negocios inmobiliarios de su padre, mientras que la menor es empresaria del mundo de la moda de una conocida marca de ropa.

Laura es alta, morena de pelo rizado. Una cintura con más curvas que un circuito de carreras y unas tetas que le quitan el sentido a cualquiera.

Una cordobesa en esencia con una personalidad abrumadora. Tiene lo que comúnmente conocemos como *un par de huevos,* aunque a mí me gusta más decir que *tiene un par de ovarios*.

Su personalidad es fortísima. Me encanta hablar con ella porque cuando se enfada o se molesta por algo su tono se vuelve realmente serio. Me fascina.

Tenemos mucha, muchísima confianza (con Alex también) y alguna vez le he dicho que si me habla en ese tono tan severo un día en la cama haría todo lo que me ordenase. Esas son nuestras bromas en la actualidad.

Alex, sin embargo, aunque también tiene una gran personalidad, es más dulce, más humilde. Ella es rubia. Tiene unos labios rojos preciosos y una sonrisa que derretiría a cualquiera. Una voz suave y unas piernas largas que parecen no acabar nunca. Es físicamente opuesta a Laura.

La primera vez que vi a ambas fue el segundo día de haber entrado a trabajar en la empresa. Mi labor era vender casas y dar beneficios, pero como soy diseñador de vocación

además de serlo de profesión, enseguida recayeron ciertos trabajos de ese campo sobre mí.

El día que la vi por primera vez en cuestión escuché gritos y maldiciones causados por un nuevo ordenador portátil muy caro que no funcionaba como debería. Me acerqué al despacho de Laura:

—Te lo vas a cargar como sigas gritándole así —dije mientras sonreía—. Hola, soy Andrés. Tú debes de ser Laura, ¿No?

Extendí mi mano para estrechar la suya y así presentarme.

—¿Sabes arreglar esto? —me contestó de mala gana ignorando mi gesto de saludo.

—Sí —dije extendiendo más aún mi mano hacia ella—, pero paso de arreglarlo hasta que no me saludes.

Su mirada fue una mezcla de ira retenida, con chulería y aires de superioridad. Pero en el fondo de sus ojos negros se vio un brillito que escondía una sonrisa.

—Arréglalo, por favor —me dijo mientras me daba la mano rápidamente—. Encantada. Eres el nuevo, ¿No? —preguntó mientras arrastraba el ordenador hacia mí.

—Así es —pulsé tres teclas y un clic de ratón. —Para lo que necesites estaré aquí. Toma, ya está.

Asombrada levantó los ojos de su agenda y miró por encima de mi hombro.

—¡Anda ya! Si solo has tardado 10 segundos.

—Cinco, más bien —contesté con otra sonrisa que estaba a punto de ser carcajada.

Me escaneó completamente de arriba hasta abajo sonriendo con lo que pareció una mezcla de pensamientos entre *qué capullo* y *qué máquina*.

Ella se fue a su despacho que se encontraba detrás de mi mesa. Desde él se podía ver toda la entrada de la oficina donde nos encontrábamos mi compañera de contabilidad (de la que os hablaré en *El Vestido Azul*), mi compañero de Recursos Humanos y yo.

A la mañana siguiente las cosas cambiaron conmigo, Laura se mostraba más afable y con el tiempo empezó a delegar ciertos asuntos importantes de la empresa en mí. Antes de que la cosa fuese a más solicité una reunión con ella para aclarar algunos aspectos de mis nuevas responsabilidades.

—A ver que yo me entere… No es que quieras cobrar más ¿no?

—No —respondí.

—Entonces ¿para qué quieres esa reunión?

—Pues porque no sé qué esperas de mí en el aspecto tecnológico de la empresa. No sé hasta dónde llegan las libertades de contratación que puedo tomar. Necesito saber cuáles son los límites que tengo.

—¡Ah! Ya entiendo. Pues es fácil. Todo lo que creas que puedes hacer para mejorar la empresa y que el negocio funcione, lo haces.

—Tú lo ves muy fácil —contesté con gesto serio—. Haré todo lo que pueda para que la empresa esté en la mejor situación posible Laura, pero te voy a pedir permiso para todo.

No sé por qué, pero cuando dije esto, levantó la vista de su móvil y clavó sus ojos en los míos con una seriedad que no había visto antes. Mantuvo la mirada un rato y sonrió levemente. No sabía que pasaba.

—Bien. Como te decía, si crees que debes pedirme permiso, tú mismo. Pero te pido, por favor, que solo sea para cosas importantes. Fíltrame trabajo y decisiones ¿ok?

Pasaron las semanas y poco a poco me fui haciendo con el puesto y a mis nuevas obligaciones. La verdad es que no es por echarme flores, pero hice un buen trabajo.

Los resultados de la empresa daban buenos beneficios, algo mayores que en años anteriores y las gratificaciones no tardaron en llegar. Incluso pasé a trabajar a jornada completa continua, lo que suponía medio día libre más y una hora menos en mi día a día laboral.

Una tarde, Laura me llamó por teléfono y me dijo que estaba cerca de mi casa, que si podíamos quedar para tomarnos un café. No me extrañó ya que de vez en cuando quedábamos fuera del horario de la oficina para hablar principalmente del trabajo.

Nunca se me habría pasado por la mente el mirarla de otra forma que no fuera como *la hija del jefe* por muy buena que estuviera.

—Perdona que te haya hecho quedar aquí, pero tengo que pedirte un favor.

—Cuéntame —dije.

—Se trata de Alex. Su negocio va mal.

» Como ya sabes, ella es diseñadora de moda y se dedica también al mundo de la hostelería. Hace un tiempo abrió una *terraza lounge*[18] en Marbella además de dos tiendas de ropa: una aquí en la capital y otra en Benalmádena.

» Pues la terraza va bien, la tienda de aquí también, pero la *boutique* de Benalmádena se está tragando los beneficios que producen las otras dos.

—Que la cierre —le dije de forma contundente.

—Ya. Es lo que debería hacer, pero les tiene mucho amor a sus negocios. Es muy visceral. Por eso te he llamado. A ver si puedes idear algún tipo de plan tecnológico o de *marketing* que le haga levantar cabeza —me contestó.

Hablamos de algunas cosas más y cuando terminamos la conversación llamé a Alexandra. Quedé con ella en su tienda de Benalmádena al día siguiente sobre las cuatro de la tarde.

Esa noche estuve pensando varios planes de *marketing* y campañas en internet para poder elevar las ventas de la tienda, pero sin ver el local y los productos, la trazabilidad y demás no podía especificar mucho más.

Llegué diez minutos antes y ella estaba despidiendo a los últimos clientes. Echó el cierre del mediodía.

Le propuse ir a comer a algún lugar cercano, pero ella ya había planeado la comida allí mismo. Pidió sushi de un local próximo. Delicioso, por cierto. Comimos en una parte dedicada a *zona de estar* de los clientes de la tienda. Mientras, hablábamos de números y balances contables.

—Va a ser muy difícil sacar esto del atolladero, pero lo vamos a intentar. Requerirá de un sobreesfuerzo.

—Lo sé —contestó Alex mientras se levantaba para recoger las bandejas de comida y llevarlas a la papelera—, pero tengo que intentarlo. Esta tienda es mi sueño.

Al levantarse me fijé en el precioso vestido estampado en tonos blancos negros rojos y verdes. Era veraniego y diseñado por ella. Una falda por encima de las rodillas con un vuelo amplio dejó ver sus largas piernas más arriba de donde hubiera sido necesario.

La línea de los glúteos asomó desnuda cuando se agachó, suponiendo yo que llevaba tanga al no observar nada cubriéndolos. Me repuse y miré hacia arriba mientras se daba la vuelta.

—Además, quiero demostrarle a mi padre que soy autosuficiente y capaz de llevar mi propia vida. Siempre ha pensado que yo soy la hija débil.

—Eso no es así, Alex. Tu padre habla maravillas de ti. Yo las he escuchado.

—Ya —dijo bajando la mirada.

—En serio. No tengo por qué mentirte. Siempre he ido con la verdad por delante con tu familia… bueno, menos una vez que llamé diciendo que estaba enfermo y lo que pasaba es que estaba de resaca y no tenía ganas de ir —sonreí.

Ella también se reía con la broma y sus labios rojos bien perfilados descubrían unos dientes perfectamente blancos y alineados. Sus ojos se entornaban haciéndole una sonrisa realmente dulce.

—Por lo menos me haces reír —me dijo con las lágrimas a punto de brotar—. Lo necesitaba —y se echó a llorar.

Se tapaba la cara con las manos para que no viera la fragilidad e incomodidad del momento. A mí me daba igual, es más, lo admiraba. Siempre me han fascinado las personas que no les preocupa mostrar sus sentimientos, aunque yo no predique con el ejemplo todo lo que debiera.

Llorar cura en la mayoría de los casos.

Me senté a su lado, pasé mi brazo por encima de sus hombros y le di un abrazo para intentar consolarla:

—Vamos. Saldremos adelante.

—Mi hermana va a tener razón. Al final escondes a una persona tierna y amigable. Creo que le gustas.

Levantó la mirada y su lápiz de ojos se había corrido sobre sus mejillas. Cogí un pañuelo de papel de la caja que nos había servido de servilletero y le di uno. Tenía unos ojos verdes preciosos que ahora resaltaban mucho más por lo rojos que se le habían puesto al llorar.

—No me importa si yo le gusto o no. Nunca voy a mezclar negocios con placer. Donde tengas la olla...

—Pues es una pena —me dijo, mientras acercaba su mano a mi rostro para acariciarme mi barba—. Yo creo que haríais buena pareja.

Bajé la mirada, avergonzado, casi seguro que ruborizado. Mis ojos se clavaron en sus piernas de nuevo ya que, al acercarse a mí, se le alzó la falda de nuevo. Su piel se veía tersa y sus muslos muy robustos para su estatura y complexión. Me quedé absorto viéndolas e imaginándome como serían completamente desnudas.

Cuando volví a mirarla a la cara ella sonreía y yo no sabía por qué.

—¿De qué te ríes? ¿Qué se te habrá pasado por la cabeza?

—¿A mí? ¡Dirás a ti! —me contestó entre risas.

—¿A mí? ¿Por qué lo dices?

De repente noté una ligera presión en la punta de mi polla y cuando bajé la mirada vi como Alex señalaba y daba toquecitos a mi paquete. Tenía una erección y yo ni me había dado cuenta.

—Pero ¿qué haces? —le pregunté asombrado mientras me ponía de pie sobresaltado.

—Pues creo que lo que te apetece.

En ese momento, acercó sus dulces labios rojos a mi boca y me dio un largo beso mientras su mano volvía a estar en mi entrepierna.

Alex se levantó, dirigiéndose al ventanal principal y dio la vuelta a las láminas de las cortinas. Aun con ellas bajadas toda la tienda estaba iluminada con una luz blanca y clara. Al darse la vuelta se paró a unos cuantos metros de mí y bajando lentamente la cremallera lateral de su falda y me dijo:

—No vayas a creer que no me he fijado como me miras. A mí y a mi hermana.

Lejos de cortarme me levanté y le dije:

—Sí, pero nunca intentaría nada de nada. Os respeto mucho.

Dejó caer su falda al suelo junto con su camisa quedando a sus pies. Con cuidado los sacó del círculo perfecto que había formado la ropa al deslizarse por su cuerpo y llegar al parqué de la tienda.

—Pues ahora quiero que me pierdas el respeto.

Alex llevaba un sujetador sin copa que dejaba sus pechos al descubierto. No me imaginaba ni por un momento que los tuviera así de grandes debido al tipo de ropa holgada que solía llevar.

Eran tersos, con unos pezones de punta que señalaban hacia arriba. Me encantaron y me dejaron alucinando en cuanto los vi.

Lo que yo pensaba que era un tanga en realidad no era nada. No llevaba ropa interior. Me puse un poco nervioso ante semejante panorama. Me senté en el diván donde hacía escasos minutos ella había estado llorando y me llevé la mano a la boca con gesto de asombro.

Alex dio una vuelta para que pudiera verla bien con intención exhibicionista. Era muy esbelta, con un cuerpo escultural e impresionante. Sus glúteos eran redondos y muy tersos.

Comenzó a andar hacia mí y con cada paso que daba sus pechos se movían al mismo ritmo. Se colocó frente a mí, quedando su coño a la altura de mi cara. Empecé a notar el calor que desprendía su entrepierna. Tenía un coño precioso, bien cuidado, con un vello acorde al color de su pelo.

—¿Te vas a quedar ahí quieto sin moverte?

—No. Le dije mientras la invitaba a darse la vuelta.

Puse mi mano en sus muslos y los acaricié, primero suavemente y poco a poco con más intensidad. Acerqué mi boca a sus glúteos redondos y los besé con mucho mimo.

Los chupé y los lamí.

Los masajeé suavemente y los abrí con cuidado para verlo todo y deleitarme con aquel precioso coño. Acerqué mis labios a su entrepierna y le metí la lengua lo más que pude dentro de ella.

Un gemido sensual y caliente salió de sus labios y permaneció en ellos hasta que mi lengua volvió a salir.

Alex estaba húmeda y deliciosa.

Cada vez que metía mi lengua en ella, agarraba sus caderas con fuerza y las apretaba contra mí para que esta llegase lo más adentro posible.

Noté que su placer iba en aumento cuando empezaron a temblarle los muslos y ese temblor iba creciendo mientras perdía fuerzas en las piernas llegando a doblar sus rodillas.

Retiré mi boca de su coño que ya estaba bien mojado y le hice ponerse sobre mis rodillas, como si fuera a darle unos azotes, pero no era esa mi intención.

En esa postura le abrí suavemente las piernas de nuevo, le acerqué mis dedos a su boca y los mojé con su saliva. Cuando estaban bien impregnados al igual que su coño, los acerqué a este y la penetré por detrás con ellos. Primero uno, luego dos y al final tres que entraban y salían con mucha facilidad a causa de la excesiva humedad que emanaba de su vagina. De vez en cuando, los sacaba y yo los lamía.

Su sabor era increíble.

Quería degustar cada gota de líquido de su entrepierna, que me parecía más dulce cada vez que gritaba pidiendo más o diciendo que se corría. Creo que conté tres orgasmos antes de tumbarla en el diván bocarriba.

Me puse de pie, me quité la corbata, el traje y solo me quedó el calzoncillo que ya apenas podía contener mi polla, aunque yo no pensaba en mis genitales sino en los suyos volviendo a ser lamidos por mí.

Me agaché y separé sus piernas de nuevo además de sus labios vaginales con mis dedos para ver mejor lo que guardaba entre ellas.

Mientras succionaba otra vez su coño y su clítoris, la volví a penetrar con dos dedos para sacarle lo máximo posible de fluidos y poder saborearlos.

—¡Andrés, así! ¡Sigue!

Ese tipo de comentarios lo único que conseguían era ponerme más caliente aún.

Me saqué la polla y empecé a masturbarme, pero enseguida Alex empezó a rozármela con el pie con una agilidad asombrosa pajeándome contra mi propio cuerpo.

—Que empalmado estás, Andrés ¿Por qué no me la metes ya?

Yo no quería.

Lo que deseaba era seguir devorando su coño hasta que mi sed se calmara, así que hice caso omiso a sus palabras y seguí lamiendo. Se volvió a correr esta vez en mi boca. Cada vez brotaba más líquido de su precioso coño.

—Lo que quiero es comerte el coño, Alex. Solo quiero oírte gritar mientras te como —le dije aun con su sabor en mi boca.

Un *uffffff* de sobreexcitación salió de sus labios y aun con el temblor del último orgasmo, se levantó y me empujó contra el asiento haciendo que me quedara semitumbado bocarriba.

Ella abrió sus piernas mientras me miraba a los ojos y se empezó a masturbar de pie.

Se tocaba.

Jadeaba.

Gemía.

Luego se puso de rodillas sin dejar de pajearme y empezó a hacerme una mamada muy suave y lenta.

Cuando estaba a punto de correrme se la sacó de la boca y me metió sus dedos impregnados de su coño en la mía para que los saborease. Se había estado tocando a conciencia.

Cuando los dejé bien limpios se dio la vuelta y de espaldas a mí y flexionó sus piernas hasta que mi polla entró en su estrecha y húmeda vagina.

Su espalda era preciosa, marcaba la curva perfecta de su columna vertebral, dos *hoyuelos de Venus*[19] delimitaban donde terminaba esta y empezaba su culo que no paraba de rebotar con cada penetración.

Me cabalgaba de espaldas mientras yo, con una mano le acariciaba su culo y con la otra la masturbaba para que gimiera más todavía.

Los movimientos se volvieron mucho más fuertes y las penetraciones más profundas. Sus jadeos crecían de intensidad y sus gritos se escuchaban desde la calle.

Se corrió. Gritaba. Jadeaba; y noté como chorreaba más líquido de su coño que resbalaba por mi polla.

Se dio la vuelta y se colocó de nuevo a horcajadas encima de mí, mirándome a la cara.

Cogió un coletero de la mesa y se hizo su acostumbrada coleta para que el pelo no molestase.

De repente hizo una de las cosas más excitantes que recuerdo en el sexo: Bajo la mano hasta su chorreante entrepierna aun penetrada con mi polla, la mojó todo lo que pudo en sus flujos y se mojó todas las tetas con ellos:

—Así puedes saborear mi coño mientras me lames los pezones —dijo mientras se agarraba uno con la mano y me lo ponía en la boca.

Siguió cabalgándome con una fuerza que nunca había parecido tener. Sus movimientos de caderas arriba y abajo, adelante y atrás y circulares estaban a punto de hacer que me corriera.

—Como sigas a esa velocidad me voy a correr, Alex.

No sé qué coño despertó en su cabeza esa frase que me cabalgó de una forma más salvaje todavía.

—Me voy a correr Alex. No puedo más. ¡Me corro!

En ese momento y cuando ya estaba a punto de hacerlo, ella se levantó de un salto y un chorro de líquido salió a presión de su coño llenándome la polla y los huevos, se arrodilló de nuevo y se metió mi verga en la boca sin ayuda de las manos.

Su cabeza empezó a realizar movimientos enérgicos y a succionarme con mucha fuerza. Notaba como mis huevos estaban llenos de semen de tanta excitación. Su ritmo subía cada vez más hasta que ya no pude evitarlo.

—¡Así! —le grité esperando que se apartara—. ¡Quítate que me corro!

Pero en vez de eso, cambió el ritmo haciendo las mamadas más profundas y con un ritmo mucho más lento. Justo como hacía yo cuando me masturbaba: una fricción muy rápida y lentos movimientos cuando me corría.

Un chorro de lefa salió disparado de mi polla mientras yo sujetaba su coleta suavemente sin obligarla a nada. Sus ojos verdes se levantaron y me miraron con lascivia mientras sus movimientos de cabeza no cesaban llenando de esperma toda su boca. Su lengua se enroscaba en mi polla mientras yo seguía eyaculando.

Un hilo blanco de semen salía de la comisura de sus labios. Las contracciones de mi rabo iban bajando y el placer era increíble.

Se pararon los movimientos justo cuando bajaba en una de sus succiones. Tragó varias veces. Todo esto sin dejar de mirarme y yo a ella tampoco.

Se levantó:

—A ver si te crees que eres al único que le gusta beberse lo que los demás le ofrecen. Me encanta comerme tus orgasmos, Andrés.

Estaba exhausto y me dejé caer completamente sobre el diván. Ella se recostó a mi lado mirándome de frente. Aún tenía un poco de semen en sus labios y acercando mi dedo pulgar se lo limpié.

Alex cogió mi mano y se metió el pulgar en la boca. Noté como su lengua lamía y relamía mi dedo para dejarlo limpio.

Introduje mis dedos índice y corazón en su boca y cuando volvieron a estar húmedos los bajé a su coño, masturbándola de nuevo en aquella posición, mirándonos a los ojos, tan cerca que casi podía sentir su placer como mío.

Tuvo otro precioso orgasmo que me dejó ver su verdadera belleza a la hora de correrse:

Sus labios entreabiertos respirando agitadamente; sus gemidos saliendo del fondo de su garganta; sus ojos verdes clavados en los míos; y sus palabras de placer susurradas en mi oído diciendo que se corría otra vez.

Nos besamos mientras su orgasmo se iba apagando y nos quedamos casi dormidos.

LA PLAYA QUE ME BAÑÓ.

Ya llevábamos tiempo con esto, con el tema de las transcripciones de sus relatos y sus vivencias sexuales. Mucho tiempo escuchando como Andrés se había acostado con sus amigas, sus vecinas, sus jefas e incluso con alguna de sus primas… pero conmigo no.

No había ni un solo atisbo de interés por mí a lo que a sexo se refiere.

Desde que me ató las muñecas para comerle la polla mientras me narraba una de sus historias, solamente iba a su casa, me daba sus grabaciones o las realizaba yo y me volvía a la mía sola, caliente, con unas ganas enormes de que Andrés me metiera su polla hasta lo más profundo de mí.

Era rara la visita que no terminaba con mi entrepierna mojada. Incluso algunas veces, me masturbaba mientras estaba en su casa.

Llegué a comprarme un *Lush*[20]. Lo llevaba metido en el coño antes de ir a verle para hacer las transcripciones. Lo ponía a una potencia moderada y más de una vez pensé en ponerlo a tope para correrme delante de él a ver si de una vez le daba por follarme.

Fantaseaba con eso, con que me viera teniendo orgasmos mientras movía mis caderas enfrente de su cara, que sintiera mi coño en su boca cuando llegase la explosión de placer que por su culpa quería tener.

Y llegaba a casa, caliente y mojada. Y llegaba con unas ganas locas de follar que nadie me podía quitar a excepción de él. Ni con tres baños helados se me quitaban… es más, me masturbaba con los chorros a presión de la ducha. Me masturbaba con la almohada de la cama, cabalgándola hasta dejarla chorreando. Me masturbaba con mi nuevo juguete y con otros *dildos* que tenía en casa. Enormes, gigantes, para que me rozaran por todos lados al metérmelos.

Pero nada me servía.

Follé con amigos, conocidos e incluso me acosté con rollos de una noche a los que sin querer les grité el nombre de Andrés mientras me corría. Pero nada era suficiente y siempre imaginaba el clímax en la boca de mi vecino.

—¿Cuándo me vas a dar lo que quiero de ti? ¿No soy suficientemente buena?

—¿Qué es lo que quieres, Vanessa? —me preguntó Andrés sin inmutarse—. Creo que no lo sabes ni tú.

Esa respuesta me dolió en el corazón mientras me corría disimuladamente en su sofá a la par que empezaba a contarme otra de las historias de su vida sexual.

Esta además es de mis favoritas. Por una parte, debido a mi lado *voyeur* recién descubierto y por otra el tinte de exhibicionismo que tiene. Este tema cada día me llamaba cada vez más la atención.

—No sé lo que quiero contigo y si lo sé. Sé que cuando vengo aquí y escucho lo que has vivido con otras mujeres solamente quiero que hagas conmigo lo mismo.

—Es complicado.

—¿Complicado? ¿por qué es complicado? ¿Acaso no soy tu tipo, no te gusto, no crees que podría darte lo mismo que te dan tus amigas?

—Ni mucho menos, Vanessa. Más bien al contrario.

—¿Qué quieres decir?

—Necesito aclarar algunas cosas en mi cabeza. Tengo unos cuantos sentimientos y estoy viviendo unas situaciones que de momento no sé gestionar.

—No te entiendo. En serio —le dije mientras me servía una copa de vino y apagaba mi *Lush* desde la aplicación del móvil.

—No me entiendo ni yo, pero no te preocupes. Me conozco de sobra y sé que en cuanto menos me lo espere la respuesta aparecerá, ya lo verás —me dijo acercándome la grabadora que ya estaba registrando nuestras voces—… de una manera u otra todo se aclarará.

—Pues, Andrés. Me he quedado igual o peor.

—Si crees que no debemos seguir con nuestro trato, lo dejamos aquí. No quiero ni por un instante que lo pases mal.

——— RELATO ———

No soy persona de relaciones sentimentales estables ni largas.

No me gustan.

No son ni mejor ni peor, solamente que hasta la fecha no van conmigo, aunque hubo un tiempo que las quise y las tuve en mi vida. De hecho, y gracias a ese periodo, aprendí grandes cosas que me ayudaron a sobrellevar los momentos más escabrosos sobre el amor y el desamor.

Si me preguntan hoy por hoy si el amor existe contesto que sí, pero eso es lo que suelo decir en voz alta.

Lo que suelo decir en voz baja es que, para mí, el amor eterno dura 2 años como mucho. Repito: Sí que creo en él, pero es pasajero.

Como he dicho con anterioridad, todo en la vida tiene su parte buena y su parte mala. Si no le has encontrado parte buena es que no la has buscado bien o te niegas a verla. La parte buena de haber tenido mi periodo de enamoramiento y parejas fue encontrar a la mujer perfecta.

¿La mala? Saber que ya ha pasado por tu vida y que nunca volverá a estar contigo.

De ella me quedo con todos los momentos de ilusión vividos y todo mi despertar sexual porque descubrí verdaderas delicias como el recibir una corrida femenina sobre mí o eyacular en la cara y en la boca de una mujer sin sentirme culpable (por supuesto respetando siempre sus gustos).

Y una de ellas es de lo que trata esta historia.

Era morena, más baja que yo, con unos ojos negros preciosos que penetraban hasta tu cerebro cuando te miraban fijamente. Unas curvas bonitas en su cintura que marcaban un gracioso culo respingón.

Sus labios carnosos rosas y su piel tersa y blanca le daban un toque oriental acompañado por unos ojos grandes y ligeramente rasgados hacia arriba.

Sus pechos eran grandes y suaves con unos pezones que apenas cabían en mi boca.

Yo siempre le decía que se parecía a Scarlett Johanson, pero claro, sería una mezcla de la admiración de la belleza que profeso a esa actriz, siendo, de hecho, un fetiche sexual para mí, y del amor que sentía por Eva.

Hasta la fecha, yo había tenido relaciones normales y monótonas. Disfrutando el sexo de una forma escasa y lineal pero placentera, al fin y al cabo.

Descubrí que con ella iba a ser distinto cuando la besé por primera vez. Acercaba y rozaba su entrepierna contra la mía sin importarle quién hubiera alrededor y dónde nos encontrábamos siendo el primer beso.

Lo confirmé al quedar la tercera vez con ella.

Mientras íbamos en coche hacia la playa simuló como si se le cayera algo en el suelo del y, mientras yo conducía, me sacó la polla y me hizo una mamada tan intensa que en dos minutos me corrí. Yo cuando me corro, me corro en cantidad y además me andaba reservando para ella casi una semana y quedo constancia cuando le solté toda la leche en la boca.

¡Cómo disfrutaba tragándose mi semen! Se escuchaba ese ruido de saliva que tragas de forma ruda ante una incómoda situación y notaba como en cada engullida su boca apretaba mi glande que no paraba de chorrear lefa para ella.

—¡Qué rica tu leche! —me dijo mientras se levantaba y secaba sus carnosos labios—. ¡Y cuánta! ¡Cómo me gusta!

Yo solo podía mirarla estupefacto por el asombro sin saber qué decir, solo podría jadeaba del placer.

—Mira que cara se le ha quedado. ¡Anda! Baja del coche y vamos a la playa.

En la arena hubo más juegos sexuales.

El que más me gustó fue estar tumbado bocabajo en la toalla a su lado. Sentir como su mano buscaba la mía, agarrándola y poniéndola entre sus piernas. Después movía sus caderas y se masturbaba con mis dedos mientras me miraba fijamente a los ojos.

Su boca se entreabría intentando no gritar, pero algún gemido más alto de la cuenta llegaba hasta mis oídos y hacía que mi polla se pusiera dura.

Cuando se iba a correr, su cabeza empezaba moverse de arriba hacia abajo como quien indica un *sí* repetidamente. Un líquido caliente comenzaba a mojar mi mano y los movimientos de sus caderas se volvían por unos segundos más bruscos.

Yo esperaba a retirar mi mano y lo hacía cuando volvía a abrir sus ojos mientras me sonreía. La acercaba a mi boca y lamía mi premio como quien lame un helado que se le derrite rápidamente. Por su cara de satisfacción se notaba que eso le complacía.

Me encantaba su sabor, el de su entrepierna.

Una mezcla de dulzor con un toque ácido. Un sabor que nunca más he encontrado en otra mujer, y un sabor que, gracias a los tremendos orgasmos acompañados de *squirts* que ella siempre tenía, jamás podrán desaparecer de mi cabeza.

Después de ese juego, repetido durante tres o cuatro veces, nos dimos cuenta que eran más de las nueve y media de la noche y que la playa a la que solíamos ir se había quedado vacía.

Tenía una fuerte presión en la polla de las erecciones que había estado teniendo durante toda la tarde mientras ella se corría una y otra vez. Cuando nos percatamos de que todo el mundo se había ido me puse de pie, y mientras ella estaba sentada, me saqué la polla y se la metí en la boca sin mediar palabra.

Me quedé quieto esperando otra mamada, pero en vez de eso su legua se enroscó en mi glande unos segundos, la agarró con la mano y se la sacó de la boca:

—Ya no puedes aguantar más ¿no? Tienes que estar que revientas. ¿Por qué no me follas la boca? —dijo mientras me miraba y me masturbaba un poco—. Parece que te apetece mucho.

Me quedé asombrado, supongo que debido a que la acumulación de la mayoría de mi sangre se encontraba concentrada en un sitio de mi cuerpo y no había más para que el cerebro funcionase.

Lentamente empecé a meter y sacar mi polla de la boca de Eva con mucho cuidado mientas acariciaba su pelo negro, pero me di cuenta de que sus ojos, clavados en los míos, tenían detrás de su mirada una sonrisa piadosa escondida.

Sentí como sus manos se agarraban a mis piernas y empezó a forzar su propia cabeza para acabar introduciendo y sacando mi polla del fondo de su garganta con una intensidad sexual que solo había visto en películas porno. Su mirada decía *esto se hace así, idiota*.

Consiguió que mi prudencia por no causarle alguna arcada se volviera salvaje y desesperada por descargar mi leche en su boca.

Agarré su cabeza con mis dos manos y empecé, literalmente, a usarla para mi autosatisfacción como si se tratara de un *Fleshlight*[21].

Mi mente no sentía nada más y yo solo podía ver su cara de placer, sus ojos que se tornaban en blanco con cada embestida y sus jadeos se ahogaban por mi polla y su saliva. Como si me la follara salvajemente a cuatro patas, pero penetrando su boca en vez de su coño.

Yo sentía un placer y una liberación como nunca antes había sentido. Noté que mis huevos, ya hinchados por tanta excitación previa de juegos eróticos derivados en sus orgasmos, se estaban llenando aún más de lefa.

El sudor que mojaba mi espalda se enfrió a causa de una ligera brisa que empezó a soplar y aquella sensación recorrió como un rayo todo mi cuerpo, consiguiendo erizar mi piel.

Un latigazo de estímulos golpeó mi columna y empujé mi polla lo más profundo que pude dentro de su garganta.

Me quedé inmóvil. Todo iba a cámara lenta.

Notaba como el semen se dirigía de mis huevos a mi polla y en ese momento me dejé llevar:

Saqué mi verga, embadurnada de la saliva, la puse frente a su cara y me corrí como pocas veces me había corrido.

Los chorros de semen salían con una mucha presión y llenaron prácticamente toda su cara. Muchos cayeron dentro de su boca y si no, Eva, hacía porque entraran dentro de ella. Cada vez que lo conseguía, se relamía de placer.

Del orgasmo tan brutal caí de rodillas en la toalla, llena también de leche. Las piernas me temblaban y poco a poco el estado aletargado de mi cerebro desparecía. Ella me abrazó y me llevó con sus brazos a tumbarme del todo en la toalla.

Yo aún temblaba.

Caí recostado en el suelo y miré hacia arriba. Ni me había percatado de que Eva había empezado tocarse. No sabía cuándo, pero por los gestos de su cara parecía que estaba a punto de correrse.

No podía apartar la mirada de su precioso, rosado y abultado coño. Con una mano se masturbaba mientras con la otra seguía limpiándose el semen de la cara y comiéndoselo como si de un manjar se tratara.

Siempre pensé hasta aquel día que a casi todas las mujeres les daba asco. Ahora sé que no a todas, aunque sí a bastantes.

Sin nadie en la playa sí que podía gritar y vaya si gritó:

—¡Ay, Andrés! ¡Creo que me voy a correr, ya! ¡YA! No puedo parar. Así.

Me encantó, y me encanta, oír esa clase de lenguaje en el sexo. Me ponía mucho más.

Y yo, que seguía mirando a su precioso coño lo vi: Vi como sus caderas temblaban a la

vez que de su boca salía un *¡Me corro!* A gritos mientras un pequeño chorro de líquido transparente apareció sutilmente de su entrepierna:

—¡Sí! —musité con tono satisfecho viendo como caía en mi pecho. Estaba caliente, pero no esperaba lo siguiente.

Empezaron a salir inmensos de chorros como si abriera un grifo. Con una presión extraordinaria los echaba mientras Eva, con dos dedos tiraba de su clítoris hacia arriba. Lo rozaba salvajemente con movimientos circulares y volvía a parar tirando de nuevo hacia arriba.

—¡AHORA! ¡AHORA! —gritaba mientras sus ojos miraban a los míos y movía su cabeza de placer.

Eran corridas interminables, de varios segundos.

Fueron a parar a mi pecho, a mi cara y a mi polla que aún estaba fuera de mi pantalón.

Fue tal la excitación y lo que me gustó que intenté acercar la boca para probarlo, pero en ese momento cesó.

Sentí la mano de Eva que me agarraba el pelo de la cabeza y me ponía muy cerca su coño mientras seguía masturbándose. Volvió a tirar de su clítoris hacia arriba con dos dedos, anunciando lo que volvía a venir.

—¡Toma corrida! ¡TOMA! —gritaba sin control.

Como me ponían aquellas expresiones tan soeces y más viniendo de ella ya que aparentaba ser una chica delicada y bastante educada en sus palabras, pero el sexo deja salir los pensamientos más ocultos de la gente.

Un segundo chorro, aún más fuerte que el primero, salió disparado directamente a mi cara y chorreó hasta mi boca.

Ese *squirt*, aquella corrida femenina que me impactó en la cara, al igual que mi corrida que aún tenía en la suya, fueron para marcarnos, siendo territorio el uno del otro como *personas gratas para el placer mutuo.*

El tercer chorro hizo que Eva cayera a mi lado, exhausta y jadeando. Aun con su mano chorreando entre sus piernas, nos miramos y nos besamos un buen rato. Disfrutando ambos de ese sabor que aún, hoy por hoy, no consigo olvidar.

Aquella fue la primera vez que ella se corrió así y después de una larga conversación decidimos que las siguientes veces el sexo tendría que ser más intenso que esta que os cuento.

Así fue durante el tiempo que estuvimos juntos, siempre hablábamos abiertamente de nuestras relaciones, de lo que queríamos hacer y probar. Coincidíamos en casi todo lo que nos gustaba y en lo que no.

Quizá en otro relato os cuente algunos orgasmos más ya que fueron de los más impresionantes que he tenido hasta hoy.

ALMA Y EL LIVE SHOW.

Mientras Andrés registraba esta historia en su grabadora me confesó en esta narración mezcló tres sucesos diferentes en un solo relato y que uno de ellos fue uno de los sueños eróticos más placenteros que había tenido nunca y que tenía grabado a fuego en su memoria.

Aunque ya no necesitaba esconderme detrás de los *voyeurs spots* para escuchar sus historias, me gustaba hacerlo, porque ese punto de mirona me daba un plus de excitación.

La pena era tener que ahogar mis gemidos y gritos para que no me oyera a través de las paredes.

Además, de vez en cuando seguían viniendo amigas de Andrés, y lejos de dejarles intimidad yo salía a la escalera exterior y me acercaba a la ventana para espiarlos con uno de mis juguetes sexuales en la mano y correrme sin que lo supieran.

Alguna vez he estado tentada a irrumpir y jugar yo también, aunque solo fuese para mirar mientras follaban. Cuánto morbo me daba aquello… cada día más.

Cuando le pregunté sobre sus sueños eróticos me dijo que solía tener bastantes pero que prefería no narrarlos ya que se decantaba por las experiencias reales que había vivido ya que la sensación de lo real, por mala que sea, siempre era mejor que algo soñado.

En esta narración se hace alusión a la prostitución, un tema bastante difícil de tratar aun en pleno siglo XXI pero que, habiendo investigado, escuchado y leído decenas de artículos en mi trabajo sobre el ello, Andrés tenía una de las opiniones más razonables que me habían explicado jamás.

Él decía que nunca usaría un servicio de prostitución pero que lo respetaba siempre y cuando fuese por voluntad propia y no por necesidad, sin mafias de por medio y con una seguridad social acorde a la actividad de las trabajadoras o trabajadores.

Enfermeras y enfermeros del alma los llamaba.

——— RELATO ———

¡Joder, nunca me había corrido a chorros así! ¡Joder, qué lengua!

Esas han sido algunas de las palabras más excitantes que le he escuchado a una mujer nada más terminar de correrse habiéndole comido el coño.

Alma era una chica de pelo castaño claro, de unos ojos marrones y *ventinosécuantos* años.

Una cintura que no cuadraba con sus exuberantes pechos, ni con sus caderas redondísimas, aunque he de decir que ese contraste la hacía mucho más atractiva a mis ojos.

Además, con ese corsé negro que solía ponerse todo era mucho más acentuado haciendo que mi cerebro solo pudiese tener pensamientos impuros cada diez segundos si la tenía delante.

La había conocido por Twitter (¡cómo no!) donde tengo una cuenta de *sextuitero* o, como a mí me gusta llamarla *pornotuitero*.

Ahí me dedico a poner simplemente lo que pasa por mi cabeza, fotos y vídeos sexuales. Además, me encanta hablar con todo el mundo sobre sexo, de hecho, en internet siempre me he definido como *pervertido, pero educado*.

Alma me habló en Twitter un buen día simplemente para decirme que qué le parecía que mi cuenta era muy excitante y le gustaba el contenido que subía.

Suelo desconfiar de las chicas que se presentan hablándome así, tan directamente, porque, o suelen buscar reírse de ti o suelen ser tíos que quieren reírse de ti, o personas buscando a quien vender contenido erótico… pero a base de seguir hablando vi que no, que realmente era Alma.

Me contaba que su ex, recién rota la relación, le había tenido siempre en un segundo plano y que solo la quería para sexo.

Nunca había sentido una lengua dentro de su coño, ni había recibido unas caricias íntimas debajo de la mesa de un restaurante. Pocas veces le había provocado un orgasmo y jamás había recibido un regalo erótico. *Es perfecta para conocerla* pensé.

Al poco de nuestro primer encuentro, quise poner solución a una parte de eso y enseguida le regalé un buen consolador con vibrador de la marca *LELO*.

Siempre he pensado que eran de los mejores, tanto por lo probado con algunas de mis parejas sexuales, como lo que me habían contado mis amigas. Así que le regalé uno morado, con cincuenta mil tipos distintos de vibración, auto calefactable y con no sé cuántas pijadas más. Aún hoy me da las gracias por el regalo. Según ella lo probó y no tardó más de un minuto en tener el primer orgasmo.

Conmigo descubrió que le encantaba el porno *amateur*. De hecho, los dos grabamos unos cuantos vídeos que usábamos después para masturbarnos mutuamente mientras lo visionábamos. Su género favorito además del *amateur* era el *voyeur*. Le encantaba mirar y que la mirasen. Sus gustos eran bastante similares a los míos.

Además de mandarnos vídeos propios nos solíamos enviar escenas que veíamos en páginas porno que nos habían gustado para comentarlas. Me encantaba esa forma de hablar tan abierta que tenía que poco a poco desarrolló. Sus comentarios pervertidos a veces llegaban a competir con los míos… y mira que yo soy bueno en eso.

Un día que quedamos ambos en Madrid, nos pusimos a buscar hotel y encontramos uno cerca de la calle Montera. Era de la cadena TRYP. Dejamos las maletas, nos fuimos a dar un paseo y llegamos al cine *Acteon*.

Entramos a ver una película sobre las cuatro y media de la tarde: Escuadrón Suicida. Nos sentamos en una de las salas donde casi estábamos los dos solos. A esas horas no suele haber apenas gente y menos un día de entre semana.

Hacía mucho calor, era verano, y en agosto en el cine se estaba bien con el aire acondicionado.

Era una película que tenía muchas ganas de ver.

Alma y yo estábamos cogidos de la mano y sus dedos acariciaban los míos. Cuando la película no había hecho más que empezar ella sacó de su bolsillo un trozo de tela, un pañuelo creí que era y lo dejó caer encima de mí pierna.

Eran sus bragas. Las cogí y la miré a los ojos. El brillo de su calentura se veía perfectamente reflejados en sus mejillas rojas y las ganas que tenía de jugar eran más que evidentes.

Me quise hacer el duro y no le hice caso, seguí como si nada, pero al momento cogió mi

mano y se la acercó a sus labios. Metiéndose los dedos a la boca empezó a lamerlos suavemente y empecé a notar como se escapaban algunos hilos de su dulce saliva entre ellos. Intentaba ignorarla, pero no podía. Mi polla ya se había puesto dura sintiendo una presión intensa dentro del pantalón vaquero.

Alma me miraba directamente a los ojos mientras, con cuidado, bajaba mi mano a su entrepierna comenzando a rozar su coño con mis dedos mojados.

Sus suspiros se transformaron en pequeños y excitantes jadeos entrecortados.

Entre mis dedos empecé a notar su clítoris hinchado y los roces sobre él eran lentos pero fuertes tal y como ella los marcaba. Alma se recostó sobre mí apoyando su espalda en mi pecho quedando mi brazo por encima de ella sin que mi mano se pudiese escapar de su coño.

—Tócame… tócame ahí —susurraba muy cerca de mi boca—. Así… ummmm.

Desabrochó los botones de su holgada blusa blanca y sus pechos quedaron casi al descubierto. Sus pezones rosados y pequeños se volvieron muy duros, tanto que me costaba pellizcarlos con los dedos.

Saqué la mano de su entrepierna que ya estaba bastante mojada y lamí mis dedos uno a uno, ¡Qué sabor! Era limpio y eso solo me hacía tener más hambre de ella.

Sin timidez dejé resbalar mi cuerpo por el asiento hasta desaparecer de él poniéndome de rodillas en el suelo. Coloqué mi cabeza frente a su delicioso y rosado coño. Pasé mi lengua de abajo hacia arriba sirviendo de preámbulo de lo que iba a venir.

Un ligero gemido ahogado salió de su garganta.

Separé un poco más sus piernas mientras su cuerpo también se hundía en el asiento. Las manos de Alma masajeaban sus preciosas tetas las cuales apretaba con fuerza y entre sus dedos pellizcaba sus pezones y tiraba ligeramente del *piercing* que tenía en uno de ellos.

Pasó uno de sus brazos por debajo de sus pechos para seguir apretándoselos mientras con la otra mano acariciaba mi pelo y mi cabeza, empujándola cada vez más contra ella. Podía notar en mi lengua las contracciones de su coño, sobre todo cuando la introducía todo lo dentro que podía.

De vez en cuando bajaba su mano, metía sus dedos en mi boca y una vez mojados, se masturbaba con movimientos circulares y rápidos mientras mi lengua seguía a lo suyo. Su clítoris era muy grande y me encantaba metérmelo en la boca y jugar con él.

Con dos dedos se abría el coño para que mi lengua tuviera más fácil lamer donde ella me indicaba, subiendo o bajando sus caderas.

Alma empezó a gemir cada vez un poco más fuerte y a intentar susurrar un me corro, pero no podía bajar la voz, así que le puse mi mano en la boca para intentar que no gritase. Al notar mis dedos llenos de sus fluidos sacaba la lengua y los lamía para saborearse. Con el volumen de la película, la cual estaba completamente olvidada, apenas se notaban sus suspiros agitados.

Me dolía un poco la polla por tener los vaqueros ajustados y no poder aliviar la presión de mi erección por eso me baje la cremallera y la saque. Empecé a pajearme disfrutando del momento.

Muy abierta, mi boca seguía pegada a su delicioso coño para no dejar de escapar ni una gota del delicioso sabor que emanaba de entre sus piernas. Alma volvió a bajar la mano hasta su entrepierna, puso su clítoris entre dos de sus dedos y lo rozó hacia arriba como mucha fuerza mientras le seguía realizando movimientos circulares.

Un poco de líquido tibio y dulce empezó a brotar de su delicioso coño que acabó en mi

boca. Lo saboreé poco a poco y me relamía con cada gota que degustaba.

—¡Me corro… me corro! ¡Asíííííííííí! —gritaba ahogadamente sin parar.

Esa frase era música para mis oídos. Me encantó.

Me sequé la boca con sus bragas que aún seguían en mi asiento, me levanté disimuladamente y me volví a sentar en mi sitio. Me las guardé como recuerdo de aquel día.

Giré mi cabeza para mirar a Alma y aún seguía jadeando, un poco despeinada.

Uno de sus pechos seguía fuera de su blusa y todavía lo acariciaba.

Acerqué mi mano y lo hice yo también. Era terso a la vez que suave y mullido. El tacto de su piel sedosa hacía un contraste con mis manos más recias que me resultaba excitante. A ella le gustaba porque puso su mano sobre la mía y me indicó cómo quería que lo hiciera.

Me miraba y sonreía mientras su respiración aún permanecía agitada. Lo notaba en la mano que estuvo en su pecho toda la película.

Era una sonrisa muy caliente y llena de satisfacción. Se acercó y me besó, teniendo que separar sus labios de los míos de vez en cuando para poder respirar bien de algunas contracciones que aún quedaban por debajo de su cintura.

Miré alrededor para ver a los demás espectadores del cine y nadie vio nada… los más cercanos estaban unas diez filas más abajo.

[…]

—¿Me devuelves mis bragas? —me dijo Alma ya andando por la calle.

—No. Estas me las quedo de recuerdo de la primera vez que te he comido el coño… ¡Y en un cine! —contesté—. ¿Te ha gustado?

—Aún me están temblando un poco las piernas, Andrés. Cada vez que quieras, lo haces.

Me cogió de la mano y me miró con una sonrisa preciosa en los labios.

Casi sin darnos cuenta estábamos en medio de Calle Montera y las prostitutas de la zona se acercaban con todo descaro preguntando si queríamos un trío.

Nosotros declinábamos y aquellas mujeres nos sonreían y se marchaban. Pensaba que sería muy bueno que cada mujer u hombre que quisiera ejercer aquella profesión por verdadera voluntad propia, repito: VERDADERA VOLUNTAD PROPIA, pudiese hacerlo como si lo hicieran en otro trabajo cualquiera, pero la realidad era otra y los chulos que por allí pululaban así lo demostraban.

Alma se paró frente a la ventana de un sex-shop e iba provocando miradas indiscretas. Era muy guapa. Además, con aquel sol tan radiante de agosto hacía brillar más su pelo castaño, su piel blanca y sus ojos preciosos.

—¡Mira que pedazo de polla negra! ¡Eso no me cabe ni a mí ni al noventa por ciento de las mujeres!

—Todo es probar, Alma. ¿Quieres que nos la llevemos y lo intentamos? —le dije medio riéndome.

La verdad es que era un *dildo* de silicona que podría medir los cuarenta centímetros, vamos, que para eso era casi mejor un *fisting*[22] al uso.

Seguimos bajando dirección a la Puerta del Sol y recorriendo todos y cada uno de los sex-shops que había en la calle, que no eran pocos.

No comprábamos nada, solo mirábamos, pero nos gustaban más de la mitad de los juguetitos que veíamos. Yo solo hacía quejarme de la poca variedad que había para hombres… y

es verdad, aunque poco a poco van saliendo cosas más sofisticadas para nosotros.

Entramos a una de las tiendas sexuales. Era bastante grande. Una chica vestida estilo *pin-up* salió a recibirnos. Era muy guapa. Alma, que *era bicuriosa*[23], la miró de arriba abajo y soltó un *¡qué guapa!* en voz alta sin darse cuenta.

Lejos de sonrojarse la encargada de la tienda le sonrió:

—¡Qué simpática! —contestó—. Si os puedo ayudar en algo, no dudéis en preguntar.

Dimos una vuelta y cogimos un par de lubricantes además de una bala vibradora y un *dildo* que le gustó a Alma. Yo cogí los recién salidos huevos de silicona de *Tenga* ya que me habían hablado muy bien de ellos.

Fuimos a la caja a pagar.

—Tomad, un regalo. Me habéis caído bien, sobre todo tú, guapita de cara —dijo mirando Alma mientras le sonreía—. Si queréis usarlo ahora bajad a la planta baja que es la zona *especial* y decid que vais de parte de Irene. Si no, podéis volver otro día.

Era un pase a una zona de *live show* donde podíamos ver a una mujer bailando o esperar y ver a una pareja teniendo sexo delante de nosotros.

Ya os he dicho que tengo un lado *voyeur* muy elevado. Nunca había estado en un sitio de cabinas porque siempre me parecían cutres, pero este era bastante distinto. Decoración bien cuidada y luminosa en colores rosa, fucsia o negro y con algún detalle en blanco.

Además, pudimos ver una de las cabinas y era amplia y abierta, no el típico cuchitril que se ve en las películas americanas donde se echan monedas y una ventana se abre unos minutos.

Alma me miró con ese brillo que se asomaba en sus ojos cuando se excitaba. Nos acercamos a la zona de cabinas y enseguida un hombre que había en la recepción, muy atractivo, por cierto, nos dijo que nuestro pase no era para aquella zona: *Empezamos bien*, pensé, pero adelanté acontecimientos cuando nos explicó que esas eran las cabinas normales y que nosotros teníamos un pase *especial*. Nos indicó que bajáramos unas escaleras al final de un corto pasillo.

Así lo hicimos y al llegar al fondo había una puerta de madera un tanto antigua con una aldaba que era un pene de bronce. Alma la cogió, la acarició riéndose y llamó dos veces.

Se abrió y una mujer nos recibió:

—¡Buenas tardes! ¿Qué tal? ¿Me dejan ver sus pases? —Alma se los entregó—. Muy bien. Síganme, por favor.

Cruzamos otro pasillo iluminado con lámparas rojas, aunque estaba algo oscuro. Al final de este, en un pequeño distribuidor, la muchacha nos preguntó:

—¿Y qué va a ser?

—¿Qué va a ser de qué? Es nuestra primera vez aquí —le dije un poco desconfiado.

—Disculpad, no lo sabía. Esto es un *live show* como el de arriba, pero algo… diferente. Podéis elegir entre un *live show* realizado por una señorita a vuestra elección, un *live show* con un caballero, o con una pareja que tiene sexo frente a vosotros... lo que queráis. Y como es vuestra primera vez es gratis y sin límite de tiempo. Luego podréis haceros socios si os apetece.

Alma me miró mucho más agitada mientras apretaba mi mano. Notaba como temblaba de excitación.

—Elige lo que te apetezca, Alma. Lo que más te guste.

Alma me soltó la mano y se acercó a aquella mujer. Empezó a hablar con la *recepcionista del placer*, apodo que le pusimos entre los dos y como la empezamos a llamar desde entonces.

Mientras, yo observaba una serie de fotografías de las supuestas bailarinas y actrices de la

sección femenina que estaban colgadas de la pared a modo de carta de restaurante. Solo faltaba un rótulo que pusiera *local y recoger.* Me pareció un tanto frío y de mal gusto. Más a la derecha estaban las fotos de los bailarines. Cada fotografía tenía dos luces debajo, una verde y una roja. La verde indicaba que esa persona estaba libre y la roja que estaba trabajando o no disponible.

—¡Vamos! —Alma me cogió de la mano y me llevó a una habitación.

La sala era muy grande prácticamente cuadrada, de color azul claro pastel. Me sorprendió la cantidad de luz que tenía en contraste con la zona que acabábamos de dejar atrás.

En medio de la habitación había una isleta a un nivel más bajo del suelo donde se encontraba una cama redonda bastante grande perfectamente vestida y con las sábanas impolutamente estiradas y limpias. Supuse que sería el escenario del *Live Show*. Alrededor y bastante cerca de esta se encontraba un sofá que bordeaba todo el escenario. Estaba pensado para bastantes espectadores, pero allí solo estábamos Alma y yo analizando todo sin perder detalle.

Una música de *Jazz* comenzó a sonar y las luces se atenuaron ligeramente, pero sin perder la claridad de la sala. Miré a Alma que se encontraba en una de las esquinas de la habitación donde se había una especie de barra americana a modo de bar. Estaba preparando dos bebidas. La mía sin alcohol, por supuesto.

Se acercó con dos vasos en la mano, me dio uno mientras me miraba a los ojos. Se sentó a mi lado y me besó.

—Siéntate y vamos a disfrutar del espectáculo.

Las luces bajaron un poco más su intensidad y una preciosa chica pelirroja, con lencería blanca debajo de su picardías semitransparente salió de una puerta lateral. Con paso lento y sensual se dirigió hacia la cama. Al llegar posó una rodilla en ella y se subió a gatas lentamente mientras nos miraba a los dos.

Pensé que era la típica escena de peli donde alguien hace un *estriptis*.

La bailarina era muy guapa, con una cantidad intimidantemente perfecta de pecas y unos ojos azul hielo que concordaban con su blanca piel y con su pelo de fuego.

El picardías tapaba lo que se intuían dos grandes tetas. Cuando se tumbó en la cama bocabajo, mientras bailaba y se movía, su culo redondo se dejó entrever. Grande, muy grande. Además, se notaba que tenía que ser suave al tacto sin ni siquiera haberlo tocado.

Yo me recliné sobre el sofá y abrí un poco las piernas para que mi polla, que ya empezaba a tener cierta actividad, se acomodara.

La chica seguía bailando sobre la cama y una serie de posturas bastante eróticas fueron describiéndose encima de aquel escenario mientras su picardías desaparecía entre las sábanas, ya revueltas debido a sus movimientos.

Alma se acercó más a mí y mientras dejaba la bebida en una mesita detrás del sofá, pasó su brazo por detrás de mi cuello y empezó a acariciarme el pelo. Yo no podía apartar los ojos de aquella hipnótica bailarina que ya había conseguido que mi polla estuviera bien dura, aunque realmente nunca he necesitado mucho para eso, la verdad.

—Es que me la follaba hasta yo —me dijo Alma al oído mientras su otra mano fue a parar lentamente a mi entrepierna empezando a acariciarla.

—¿Qué haces? ¿Me vas a tocar aquí? ¿Se puede?

—Claro, para eso está esto. ¿No quieres? —me preguntó con cara de asombro.

—Mucho, pero pensé que... —me callé enseguida porque comprendí que aquello no dejaba de ser un espectáculo privado en formato VIP.

Enseguida mi mano, que había empezado a acariciar sus suaves y blancas piernas, se

volvió a deslizar debajo de la falda de Alma y me encontré con su caliente coño en mis dedos de nuevo. Se me había olvidado que sus bragas estaban en mi bolsillo y enseguida dos de mis dedos entraron en él. Un precioso y dulce gemido salió de entre sus labios rojos.

Miré a la bailarina que sonreía malévolamente mientras me observaba.

De repente sus ojos bajaron hacia mi entrepierna donde mi polla estaba fuera debido al rápido juego de manos de Alma. Me recliné un poco más y cuando levanté la mirada para observarla de nuevo, aquella belleza también de piel de nieve se había desvestido completamente y tumbado bocarriba. Sus piernas estaban completamente abiertas dejando ver un coño precioso y rosado y un delicado vello pelirrojo lo cubría. Empezó a masturbarse y ya jadeaba con apenas los primeros roces.

Noté una sensación húmeda en mi polla y es que Alma se la había metido en la boca y la estaba lamiendo muy lenta y suavemente casi al ritmo de la música de fondo. De vez en cuando la introducía más profundamente y su lengua ondeaba encima de mi rabo dándome una sensación absolutamente orgásmica a la que yo únicamente podía responder con jadeos entrecortados de placer.

Me encontraba realmente relajado y disfrutando de la situación.

No me daba tiempo a mirarla a ella y a mirar a la bailarina.

Mi brazo rodeaba la cabeza de Alma mientras acompañaba los movimientos de la mamada que seguían siendo lentos, suaves y acompasados. Levanté su cabeza con mi mano, acaricié su cara y la besé apasionadamente y con mucha lengua.

La bailarina seguía con su espectáculo masturbatorio, pero se incorporó y se puso a caminar a gatas hacia atrás acercando su culo y su coño a nosotros mientras su mano aparecía por debajo para seguir masturbándose. Notaba su perfume dulce y casi el calor de su cuerpo en mi cara. Me recliné más aún en el asiento y ya estaba casi recostado.

—Quiero tu coño, Alma. Lo quiero en mi boca.

Casi no me dio tiempo a terminar de decir aquello y ella ya estaba desnuda, de pie en el sofá y yo con su coño en mi cara. Noté como alargó el brazo por encima de mi cabeza indicando a la bailarina que se acercase con un gesto. La chica pelirroja vino gateando de nuevo cogiendo la mano de Alma quien le dijo algo al oído.

La bailarina sonrió y mordió la punta de su lengua en un gesto sugerente y lascivo mientras me miraba. Enseguida se puso de rodillas delante de mí y empezó a comerme la polla muy lentamente como lo había hecho Alma. Era el ritmo de la música el que lo marcaba. Poco a poco se iba intensificando. Ya solo podía notar placer.

Aquella mujer de pelo rojo con una mano me masturbaba a la vez que me comía la polla y con la otra seguía dándose placer en frotando su coño cada vez más rápido. Las dos empezaron a gemir y más cuando Alma empezó a acariciarle las tetas.

Estaba incrédulo ante todo lo que estaba pasando, ni en mis mejores fantasías tendría un coño delicioso en la boca y una de las mujeres más exuberantes que había visto en mi vida me estaría haciendo una mamada impresionante. En serio, ¿se podía pedir algo más para una tarde cualquiera?

Alma empezó a gritar que se corría y de nuevo una buena cantidad de líquido empezó a chorrearle del coño. Se esforzó por empaparme todo lo que pudo restregándome toda su entrepierna por la cara mientras seguía gimiendo y casi gritando a la vez que se mordía el labio.

La bailarina sacó mi polla de su boca y acercó sus labios a los míos. Los dos chupamos y lamimos a Alma con mucho frenesí hasta que terminó de correrse. Cayó desplomada en el sofá

cuando sus espasmos de placer cesaron. La chica pelirroja me miró, me besó mientras compartíamos el sabor de Alma en nuestras lenguas y volvió a bajar hasta mi polla. La chupó unos segundos más dejándola lubricada con una buena cantidad de saliva.

Se dio la vuelta, juntó las piernas y sentándose rápidamente sobre ella, se la metió en el coño. Estaba húmedo y era muy estrecho debido esa postura.

Su escultural y atlética espalda quedó frente a mi cara. Mi polla palpitó varias veces mientras ella se quedaba quieta.

—Joder, como resbala —eran sus primeras palabras casi susurradas. Su voz era cálida y dulce—. ¡Madre mía! Verás lo poco que voy a tardar en correrme.

Empezó a cabalgarme a un ritmo suave que se fue volviendo cada vez más frenético. Me quité del todo los pantalones que estaban ya por mis tobillos para poder abrir un poco más mis piernas y estar lo más cómodo posible.

Mis manos agarraron sus tetas suavemente desde atrás para notar como botaban con cada sentada que realizaba encima de mi polla, pero enseguida sus manos cogieron las mías y las apretaron con mucha fuerza y sin control. Entre mis dedos pellizqué sus duros pezones tal y como me pedía:

—Pellízcame los pezones así, fuerte. ¡Así!

—Así, Andrés… fóllatela así —dijo Alma con una voz de pervertida que no me esperaba.

La miré. Casi habiendo olvidado que seguía allí a mi lado. Se había empezado a masturbar otra vez con uno de los consoladores que habíamos comprado mientras yo follaba con la bailarina. Alma no perdía detalle de cómo lo hacíamos. No recuerdo a ninguna mujer masturbarse metiéndose un vibrador con tanta fuerza y a esa velocidad como estaba haciendo ella en aquel momento.

Empezó a gemir y chillar de placer al poco rato y a decir frases entrecortadas que no se entendían. El ritmo de las penetraciones de la bailarina era casi igual de fuerte que el de Alma metiéndose el consolador en el coño.

Parecían sincronizadas.

Enseguida, la bailarina se dio la vuelta y mi cabeza quedó frente a sus dos enormes tetas. Puse mi rostro entre ellas para que me rozaran toda la cara y empecé a lamerlas mientras daba pequeños mordiscos sus pezones. Sus gemidos se volvieron gritos de placer y su coño se empapó muchísimo más.

Su olor era muy erótico.

Me acarició la cara y su mano poco a poco se deslizó hasta mis labios. Los apretó indicándome que los abriese. Dentro de mi boca sus dedos jugaban con mi lengua y una vez se los mojó todo lo que ella quiso enseguida bajaron a su entrepierna empezando a acariciar su clítoris para darse más placer aún.

—Me voy a correr cabrón. ¡Me corro! ¡Me corro!

—¡Y yo! —gritó Alma mientras arqueaba su espalda poniendo su coño a la altura de mi boca.

No lo pude evitar. Acerqué mi boca a su clítoris y se lo succioné bruscamente mientras el consolador no dejaba de entrar y salir de su vagina de la que ya emanaban fluidos que mojaban mis mejillas.

Su humedad fue a parar a mi cara y a mi boca que la recibió gustosamente. Los espasmos y gritos fueron bajando poco a poco, aunque le duraron aun un buen rato mientras sus caderas se movían con cada contracción y con cada espasmo de placer.

Se ponía guapísima mientras se corría.

La bailarina, mirándome a los ojos, subió mucho más el ritmo de las penetraciones mientras lamía mi cara para probar también los fluidos de Alma. Se agarró de mi cuello con las dos manos, arqueó la espalda hacia atrás mientras yo la agarré del culo muy fuerte.

—¡Ya! ¡Ya! ¡Así! ¡Me corro! —gritó mientras se relamía los labios y su lengua permanecía fuera.

La cadencia de sus movimientos se volvió lenta y poco a poco cesaron. Con una de mis manos acariciaba suavemente la entrepierna de Alma y con la otra el cuerpo de la bailarina de arriba abajo mientras me besaba en el cuello.

Enseguida Alma acercó su cara a las nuestras y empezamos a besarnos entre los tres. Se volvió a acercar a su oído, pero esta vez escuché lo que le dijo:

—Ahora le toca a él.

Me cogieron de las manos, me pusieron de pie en la cama y mientras las dos estaban de rodillas me hicieron una de las mamadas más placenteras que recuerdo en mi vida, pudiéndome correr en la cara de las dos y cuando mi lefa salió a borbotones las dos se besaron y compartieron aquel líquido blanco.

Yo, exhausto me tuve que sentar. Nos servimos un par de bebidas más y nos duchamos en la habitación contigua donde algo más pasó.

Cuando salimos la bailarina nos esperaba en la recepción por la que habíamos pasado antes y donde hablamos con la primera anfitriona. Con una sonrisa en los labios nos despidió con un abrazo y nos entregó un DVD con la grabación de aquella experiencia.

Yo no lo sabía, pero Alma lo había hablado todo con la mujer que nos atendió al principio y pidió que grabasen el encuentro. Ha sido una de las mejores sorpresas sexuales de mi vida. Aún guardo ese DVD y me masturbo a menudo con él.

Ahora me tocará a mí darle una sorpresa a Alma. Espero estar a la altura.

COINCIDENCIAS SATISFACTORIAS.

Las redes sociales son un mundo aparte. Andrés, aunque tenía creadas algunas, no era mucho de utilizarlas a excepción de Twitter.

Si ya vimos cómo una de sus *conquistas* (la pongo en cursiva porque cuando leyó el libro y mis transcripciones me dijo le hacía mucha gracia esa expresión), la cual según él le sacó del hoyo mental en el que se encontraba, esta historia confirma que específicamente esa red social parece que tiene más éxito que algunas aplicaciones de citas en lo que a contactos se refiere.

—Esta historia te va a gustar. Es una de esas en que terminas tomando conciencia de lo pequeño que es el mundo y que vivimos todos bajo el mismo cielo —dijo mientras daba un largo trago a su refresco.

—¿Por? —pregunté.

—Escucha y lo sabrás, Vanessa. Vas a ver qué alineamiento de planetas.

—Soy consciente de eso.

—¿Seguro?

—Claro. Míranos. Hace menos de un año nos vimos en una reunión de antiguos alumnos y ahora estoy aquí corriéndome en tu sofá… aunque aún no me toques.

—Eso es verdad —me dijo con su habitual sonrisa afable.

Encendí la grabadora y encendí mi *Lush* a velocidad mínima como ya iba siendo costumbre.

Andrés ya tenía control sobre él a través de una aplicación del móvil y podía masturbarme sin ni si quiera tocarme. Así podía ir haciendo con mi coño lo que quisiera.

Además, tenía la habilidad de conseguir que me corriera justo cuando la historia estaba en su punto más caliente y de mantener mi orgasmo durante mucho tiempo.

Aun así, no me había tocado ni una vez todavía y yo estaba desesperada porque me arrancara la ropa, me tirase sobre la cama y que hiciese conmigo lo que le viniera en gana.

Sin límites.

Que llegara donde quisiera.

Mis gemidos y suspiros comenzaron en cuanto Andrés encendió y la vibración y empezó a contar su historia.

——— RELATO ———

Hacía mucho tiempo que no cogía vacaciones en el trabajo, y, además, lo necesitaba.

Unos cuantos años dándolo todo a piñón fijo y solo descansando un poco los fines de semana pasan factura, tengas la edad que tengas.

Igualmente, siempre he creído que en un trabajo físico se descansa diariamente, mientras que en uno mental se hace más complicada la desconexión. Los problemas te los traes a casa, y eso a la larga *te quema*.

La empresa iba bien, en mi puesto yo estaba bien, todo iba bien, pero estaba cansado. La

verdad es que en aquella época no podía quejarme de mi vida, ni laboral, ni personal... ni sexual tampoco.

Recuerdo que visité unas cuantas agencias de viajes para estudiar dónde podía irme para desconectar unas semanas. Había muchas opciones y quizás por eso me abrumé y las descarté todas.

Hablé con Leire, una amiga mía del Euskadi que emigró a Alicante por amor y allí sigue, felizmente casada y disfrutando de una buena vida. Ella y yo mantuvimos una aventura sexual que duró varios años, pero, como pasa muchas veces, una de las partes se enamoró, y antes de hacernos daño, lo dejamos. De todas formas, seguimos manteniendo una enorme relación de amistad y la quiero con locura.

—¡Oye! ¿Y por qué no te vienes aquí a pasar unos días como antiguamente? Raúl lo está deseando. Hace mucho tiempo que no nos vemos.

—No sé, Leire. Irme de una playa a otra playa. Vosotros trabajando...

—¡Que no, que no! Que dentro de tres semanas vienen amigos también de fuera y vamos a ser muchos. Raúl y yo cogeremos cuatro o cinco días libres y estaremos con vosotros. Te vienes a casa y...

—Nonononono, ya sabes que yo me cojo un hotel cerquita de donde vivís y así tengo independencia, lo prefiero. Ya me conoces.

—Eres un cochino —cómo me conocía ya—. Haz lo que quieras, pero mi casa está a tu disposición. Ya lo sabes.

—Gracias, Leire… pues en tres semanas nos vemos. Dale un abrazo muy fuerte a Raúl.

Las tres semanas pasaron en un abrir y cerrar de ojos y cuando me quise dar cuenta ya había pasado el viaje de seis horas y media. Como siempre que cogía tren hasta la Alicante juré y perjuré que nunca más viajaría en ese medio para ir a esa parte de España. Era tedioso. Pero siempre volvía a caer porque me entraba pereza solo de pensar en conducir durante todas esas horas.

Raúl estaba en la estación para recogerme, aun habiéndole insistido que no lo hiciera:

—¡Bribón! ¡Qué alegría verte!

—¡Lo mismo digo, *crack*! —dije mientras le daba un abrazo muy sincero y fuerte—. Tenía muchas ganas de veros. ¿Dónde está Leire?

—Ha ido a recoger a su amiga Susana al aeropuerto. Creo que harás buenas migas con ella. Es muy *como tú*, según dice Leire —y me guiñó un ojo.

—Deja, deja. Yo he venido a descansar... de todo.

Raúl se empezó a reír a carcajadas y me cogió del hombro mientras me indicaba la dirección hacia el coche. Ya en él se dirigió al hotel *Hospes Amerigo*. Siempre me gustó ir allí desde que lo probé gracias a un concurso que gané donde el premio era un fin de semana para dos personas en sus instalaciones. Además, su *spa* es de los mejores que he probado.

Una vez en la puerta, Raúl me dijo que me instalara y descansara un poco. Nos llamaríamos al día siguiente para una ruta gastronómica por Alicante, paella incluida. He de decir que la paella valenciana nunca me ha terminado de gustar, pero sin embargo la de aquella provincia sí que me gustaba y mucho.

Por la tarde bajé al *spa* un rato y reservé un masaje de una hora. Pensé que quizás me tratase la masajista que me había atendido otras veces en aquel hotel, pero no, me tocó Antonio, un chico gay y una persona de las más agradables que conocí en mis visitas al hotel y, hasta la fecha, el tío que mejores masajes me ha dado en mi vida. Desde entonces, siempre que volvía al

Hospes Amerigo pedía que me tratase él.

Ya en mi habitación estuve mirando y leyendo un rato mi cuenta de *sextuitero*[24] además de compartiendo algunos videos porno de otros perfiles a los que seguía. Esto hizo que me masturbara plácidamente en la cama. A consecuencia del masaje, de correrme y de relajarme esa noche dormí profundamente y lo más importante, descansé.

Al día siguiente, sobre mediodía, cogí un taxi para ir al restaurante *Aldebarán*, cerca del parque de atracciones. Llegué el primero y aunque no suelo beber, me encontraba tan tranquilo que me senté en una mesa y pedí un vermut para ir abriendo boca además de una tapa de boquerones en vinagre, típicos de ese restaurante.

Llegaron Raúl y Leire con unas diez personas más. Le di un abrazo y muchos besos a mi amiga y le dije al oído que tenía muchas ganas de verla y que la quería muchísimo.

Estaba espléndida, como siempre. El matrimonio le había sentado bien. Su pelo rubio seguía tan largo como siempre y sus ojos azules, pequeñitos como canicas y siempre sonrientes, le daban ese toque tan especial a esa cara redonda.

Mientras la abrazaba casi se me saltaron las lágrimas, y cuando levanté un poco los ojos, detrás de Leire la vi a ella.

Una mujer preciosa, alta, morena de pelo rizado, ojos marrones grandes. Unos hombros anchos y esbeltos, con una piel ligeramente tostada. Su cara, de mandíbula marcada, era la de no haber roto nunca un plato, pero el brillo de sus ojos denotaba lo contrario. Ese hoyuelo en la barbilla era el culmen de su belleza.

Sus labios eran rosas, perfilados y con dos preciosos agujeros en sus mejillas cuando sonreía. Llevaba unas gafas que le daban un toque a *profe sexy* que me encantaban.

—¡Cómo sabía yo que te iba a gustar mi amiga Susana! —me dijo riéndose—. Se lo dije a Raúl.

¡Vaya dos!, pensé, pero tenían razón. No podía quitar la vista de las curvas de su exuberante cuerpo que se dejaban notar a través de un vestido negro sin mangas que le quedaba espectacularmente bien. Su escote era discreto a la par que atrevido. En ese momento noté que me miraba. Enseguida intenté disimular continuando con mi abrazo a Leire.

—Sí que es guapa, sí. No lo niego, pero repito que vengo a descansar.

—Tú verás —me dijo mientras sonreía.

Nos sentamos a la mesa y, curiosamente, juro que sin yo quererlo (al menos conscientemente) le tocó frente a mí.

La miré y nos sonreímos.

—Andrés, encantado —saludé a todos los que estaban a mi alrededor y a ella también.

—José, igualmente —vi una mano que se acercaba para estrechar la mía.

—Yo soy Susana —dijo con una voz dulce y suave—. Encantada.

Otra sonrisa se me escapó y mi mirada volvió a bajar hacia el plato que tenía delante. No sé por qué, pero esa mujer me imponía y no podía mirarla a los ojos más que unos pocos segundos. Eso para mí era muy extraño.

Empezaron a llegar los entremeses, casi todo pescado, yo seguí con mi vermut, pero enseguida pasé a beber agua que era mi bebida favorita: Agua fría y con hielo.

La comida y la sobremesa en general fueron muy entretenidas. Poco a poco fuimos hablando todos con todos.

Leire y Raúl se levantaban cada poco rato asegurándose de que todo iba bien.

—¡Atención! —dijo Leire mientras tintineaba su copa golpeándola con una cucharilla, igual que cuando se dan los discursos en las películas americanas—. Ya que estáis casi todos nuestros mejores amigos aquí, tenemos algo que anunciar: Aquí el señor Raúl y yo, esperamos un bebé en unos siete meses.

Un *OHH* generalizado seguido de unos aplausos fervorosos salieron de la mesa junto con los típicos comentarios jocosos del tipo: ¡*Anda! Pero si sabes cómo se hace un niño*, o *Enhorabuena, ahora vais a saber lo que no es dormir*. Yo solté mi clásico *Os acompaño en el sentimiento*.

Todo fue alegría y celebración y pasamos a las copas en otro lugar, *La Taberna del Puerto*, justo en el espigón frente al restaurante donde estábamos.

Una de las veces que fui a pedir el único *Black Label* que me tomé me encontré con Susana en la barra haciendo lo mismo.

—¿Qué? ¿Cómo se está dando la tarde? ¿Te lo pasas bien?

—Estoy un poco fuera de lugar —respondió—. Apenas conozco a nadie, y aunque soy bastante abierta, hoy no ando muy social.

—Suele pasar —le dije—. Yo pensaba que eso me iba a pasar a mí aquí, pero al final mira...

Se rio.

—Pues Leire siempre ha hablado muy bien de ti. La verdad es que tenía ganas de conocerte —dijo después de beber un trago de su copa.

—A mí Raúl no ha parado de decirme que haríamos muy buenas migas los dos, que éramos muy parecidos.

—¿Y crees que lo somos? —preguntó.

—Lo dudo mucho, la verdad —le dije riéndome mientras ella sonreía.

Seguimos hablando un rato, conversando de nuestras cosas, conociéndonos mejor. Nos contamos cómo eran nuestras vidas, cómo conocimos a Leire y Raúl. Nuestros gustos y aficiones (solo las públicas, no iba a contarle de buenas a primeras que soy un adicto a los *cunnilingus* y a que se corran en mi cara), en qué consistían nuestros trabajos, etc., y cuando nos quisimos dar cuenta eran las once de la noche y decidimos ir a cenar algo a un restaurante cercano que no tenía mala pinta.

Muchos de los comensales ya se habían ido y nuestros amigos se acercaron para despedirse también. Leire me miró y me guiñó un ojo como si supiera lo que iba a pasar ya. Yo negué con la cabeza porque seguía sin ganas de que aquello pasara a más.

Después de una larga charla con aquella interesantísima y preciosa mujer nos despedimos en la puerta del restaurante *Dársena* y cada uno pidió un taxi:

—Bueno, mañana nos veremos otra vez.

—Eso espero —le dije con una sonrisa—. Toma mi teléfono por si acaso te apetece tomar algo antes —le di una tarjeta de visita y ella me apuntó el suyo en una servilleta.

Le abracé, le di dos besos y nos marchamos.

Ya en el hotel no podía quitarme de la cabeza a Susana. Me acordé además de Leire y su guiño de complicidad

¡Cómo me conocía!

Cerré los ojos e intenté dormir, pero los hombros y el cuello de Susana no se iban de mi cabeza. Sus preciosas piernas esbeltas y sus dominantes curvas venían a mi mente una y otra vez.

De nuevo acudí a mi cuenta de Twitter para buscar algún vídeo para masturbarme. Leí los

tuits de algunas personas de las de más confianza y muchos de ellos estaban también de vacaciones... era la época de eso. Después de correrme un par de veces me duché y me dormí.

Por la mañana me desperté a las diez aproximadamente y mi primer pensamiento: Susana, con la que había soñado la noche anterior.

Lo primero que hice fue mandarle un mensaje para ver si quería almorzar conmigo, ya que habíamos quedado con los demás para una merienda cena en el parque de atracciones. Me dijo que sí y me alegré mucho. Fui a su hotel en taxi y desde recepción la llamaron.

—Dice la señorita Andrade que suba usted a su habitación —me informó la recepcionista.

Subí a la tercera planta y llamé un par de veces a la puerta de la habitación 313. Un *voy* lejano se escuchó desde dentro. Susana abrió la puerta en albornoz.

—¡Pasa, pasa! ¡Ay, perdona! Me he quedado dormida y me tengo que duchar aún. ¿Te importa esperar un momento?

—Si prefieres te espero en el bar de abajo tomando un aperitivo —contesté.

—¡No! Tranquilo, espérame en el dormitorio.

Tenía una habitación bastante amplia. En el dormitorio había una especie de sala de estar con dos sofás dobles, una mesa baja y un mueble con televisión de pantalla plana que era rara de ver en los hoteles por aquel tiempo.

Además, tenía una terraza con unas buenas vistas al mar y un escritorio donde tenía colocado su portátil. Me senté en uno de los sofás.

—¡Coge algo del minibar si te apetece! —gritó mientras los grifos de la ducha se oían ya expulsando agua.

—¡Buena idea! —contesté mientras me dirigía al lado de la cama donde se encontraba el armario con las bebidas.

Pensé que todas las habitaciones de los hoteles modernos estaban cortadas con el mismo patrón. Blancas, insulsas, queriendo aportar mucha luminosidad, pero lo que conseguían eran hacerlas menos acogedoras además de vacías.

Al sentarme en la cama para abrir el minibar noté algo debajo de las sábanas medio arrugadas que casi me llegó a hacer daño en el trasero.

Metí la mano buscando qué era aquello y de allí saqué un consolador rojo bastante grande con extensión para el clítoris: el famoso *conejito rampante*. El mango era blanco con un botón circular para elegir los modos de vibración. Yo ya lo conocía, lo había usado en juegos de pareja y además regalé más de uno a alguna amiga. Esbocé una sonrisa y dejé el consolador donde estaba.

Que se había quedado dormida pensé riéndome en mi interior. *Olé por ella* volví a pensar.

Me terminé de servir la bebida que al final fue agua helada y enseguida salió ella del baño con una blusa de flores negras y lila además de una falda negra ceñida que marcaban perfectamente sus anchas caderas. Iba secándose el pelo rápidamente con una toalla.

—Tranquila, no hay prisa.

—Odio que me pasen estas cosas —contestó.

Sonreí tanto que casi se me escapa una risa a carcajada.

—En serio, no pasa nada. A mí alguna vez me ha pasado también —dije con algo de sorna recordando una situación en particular.

Se me acercó y sonrió. No sé si estaba sonrojada a causa de sus pensamientos o por el

calor de la ducha.

—¿Qué te apetece hacer? —me preguntó.

—¡UY! Pregunta peligrosa —me reí—. Eso pueden ser muchas cosas.

—Pues responde sinceramente y seguro que estará bien.

Y ¡cómo no! y como siempre he hecho, decidí tirarme al río y soltar una de las mías. Si ella era como me esperaba, tanto si la respuesta era positiva como si no, no debería de haber malos rollos.

Me levanté del sofá, me acerqué de nuevo al mueble bar, me senté en la cama y sin pensármelo dos veces cogí el consolador de debajo de las sábanas, se lo enseñé y mientras la miraba de frente y sonriendo, le espeté:

—Pues me gustaría que me dieras unas clases para saber cómo se usa este cacharro tan raro que me encontré.

Una mirada mezcla de enfado y sorpresa se dibujó en el rostro de Susana, quizá me había equivocado y no era el tipo de mujer que esperaba en ese sentido.

Se dirigió hacia mí y me quitó el juguete sexual de la mano.

—¿Qué pasa? ¿Qué registras habitaciones ajenas o me vas a decir que te has sentado en la cama para servirte una copa del minibar, lo has notado en el culo, lo has encontrado de chiripa y luego dejándolo donde estaba mientras sonreías? —una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Pues eso es exactamente... —intenté decir con cara de asombro.

—Lo he visto desde el baño —me cortó—, y si hubieras mirado hacia allá me hubieras visto desnuda, idiota.

Me empujó sobre la cama y se subió a horcajadas sobre mis piernas mientras me besaba. Tenía una lengua muy suave, cálida y dulce. Susana me volvió loco desde el primer beso y yo ni me había dado cuenta por negarme a mí mismo lo evidente.

Cuando abrí los ojos la blusa había desaparecido, y un precioso sujetador granate de encaje escondía dos grandes pechos que me hicieron poner cara de estupefacción y asombro. Cuando la cogí de la cintura sentí su cuerpo terso y duro a la vez que voluptuoso. Había empezado a mover sus caderas con un contoneo muy sensual que hacía que nuestros cuerpos se rozaran cada vez con más intensidad.

Sus gemidos no eran para nada discretos, se notaba que le daba igual que la oyeran o lo que pensaran y a mí eso me sencillamente me gustaba: que una persona sea desinhibida me parece muy morboso.

Empezó a desabrocharme la camisa rápidamente que salió volando a uno de los sillones junto a la cama. La cremallera de mi pantalón estaba bajada… todo iba muy rápido hasta que pensé que tenía que actuar igual.

La empujé para apartarla de mí y la miré de arriba abajo.

—Eres preciosa.

Sonrío y colocó su pelo detrás de la oreja.

Cuando quiso volver a acercarse la aparté de nuevo. Desabroché su sujetador que no tenía tirantes y lo retiré rápidamente.

Le subí la falda hasta que quedó remangada en su cintura y apreté su culo fuertemente con mis manos, estrujándolo, abriéndolo y soltándolo de golpe. Otro gemido salió de su boca con un *Mmmm… ¡Joder!*

Un precioso culote a juego con el sujetador perfilaba unos glúteos preciosos y redondos con unas líneas perfectas que conjuntaban con la terminación de su espalda y el inicio de sus

piernas.

Todo era proporcionalmente áureo.

Volví a apretar su trasero y a jugar con él mientras mi boca buscaba sus tetas y sus pezones para lamerlos y morderlos suavemente. Así lo hice y noté cómo se endurecían dentro de mi boca a lo que yo respondí con lamidas más rápidas e intensas.

Me incorporé y me puse de pie. Susana quedó tumbada bocarriba en la cama. Aproveché para quitarme los pantalones y quedarme solo con los calzoncillos, en los que mi polla ya pedía salir. Ella intentó poner su mano en mi entrepierna, pero se la sujeté y le dije que no con la cabeza. Le indiqué con mi dedo que se pusiera bocabajo.

—Date la vuelta, quiero verte bien —añadí mientras mi mano aún le seguía indicando lo que quería.

Obediente, lo hizo y con las yemas de sus dedos largos y preciosos empezó a rozarse las piernas y el culo suavemente. Yo me arrodillé en la cama e hice lo mismo. Mis dedos repetían el camino que marcaban los suyos.

Mis manos bajaron a sus bragas y las deslizaron poco a poco hasta los tobillos. Levantó su culo clavando las rodillas en la cama dejándome una vista de su perfecto coño cerca de mi cara. No pude aguantar más y menos sintiendo ese fuego que desprendía toda su vagina.

Acerqué mi boca desde atrás y empecé a lamer su entrepierna, deliciosa y suavemente. Sacaba la lengua para lamer su clítoris con mucha intensidad mientras recorría cada parte de su coño con mis dedos.

Enseguida sentí como una humedad invadía toda la zona y mi boca quedaba impregnada de ella y su suculento sabor.

Con una mano cogió mi pelo y empezó a apretar mi cara contra su culo y enseguida leves movimientos de penetración, hacia delante y hacia atrás, hacían que le follara el coño con mi lengua mientras sus jadeos resonaban en la habitación.

—¡Así, joder, así! —repetía sin parar—. ¡Come! ¡Cómeme!

Me encantaba oírla gemir. Qué sonidos tan jodidamente sexuales y sensuales. Os juro que solo con escucharla estuve a punto de correrme.

Al taparse la cara con una de las almohadas un grito ahogado sonó y un *No puede ser, me corro ya* se escuchó entrecortado.

Sus piernas, su coño y su culo, todo ello en mi boca, temblaban, notándose unas contracciones que mojaban toda mi cara y de las que yo seguía disfrutando con mi lengua.

Dejó caer sus caderas sobre la cama jadeando fuertemente.

—No puede ser que hayan pasado ¿cuánto? ¿tres minutos?... y me haya corrido ya ¡No puede ser! —decía hablándome a mí a la vez que con ella misma.

Aún sentado en la cama, mirándola desde atrás, ella seguía tumbada, respirando sonoramente y bocabajo. Gateé poco a poco para acercarme y empecé a masajear sus piernas, su espalda, su culo.

Suspiraba cada vez que apretaba un poco mis manos contra ella. Fui subiendo despacio hasta sentarme encima de sus piernas muy cerca de su culo. Lentamente me fui tumbando encima de su cuerpo hasta que mi boca llegó cerca de su oreja.

Le besé el cuello suavemente y con mimo, terminando en una ligera lamida. Me acerqué más y le pregunté

—¿Recuperada?

—Sí —asintió mientras intentaba mirarme a los ojos.

Tumbado completamente sobre ella, ambos bocabajo, mis manos empezaron a recorrer sus caderas hasta meterse entre su cuerpo y las sábanas.

Empecé a masturbarla poco a poco y volvieron esos deliciosos gemidos que tanto me ponían y que hacían que mi polla se pusiese más dura cada vez. Su cintura y sus caderas empezaron a moverse arriba y abajo para que el roce con mis manos, tremendamente mojadas, fuese lo más intenso posible.

Con ese movimiento mi polla, que se había acomodado entre sus glúteos empezaba a temblar y a tener pequeños espasmos de la misma excitación

Susana acercó su mano, la cogió y la puso donde ella quería, haciendo que, en vez de rozar su culo, fuese hacia abajo, rozando la parte de la entrada de su coño que estaba cada vez más húmedo.

Cuando esto pasó los gemidos empezaron a ser gritos de placer y su característico *ASÍ* volvió a aparecer más caliente que antes.

En una de las subidas de sus caderas, marcando un ritmo pausado con ellas, Susana cruzó las piernas fuertemente y mi polla quedó atrapada y apretada entre sus muslos y su coño para que rozase donde más le gustaba.

Me masturbaba de una forma nueva para mí y la sensación tan húmeda y tan apretada era de lo mejor que había sentido en mucho tiempo. Aumenté el ritmo de subida y bajada para que el roce fuese más intenso a la vez que mis manos, rozaban su clítoris enérgicamente por debajo.

Sus jadeos seguían subiendo de volumen y frases muy calientes y sucias salían de sus preciosos labios. Sus uñas pintadas de morado se clavaban en mi culo y me hacían sentir una mezcla deliciosa entre dolor y placer.

De repente, en una de esas subidas y bajadas, mi polla se deslizó dentro de su coño súbitamente.

—¡Ah! ¡Cabrón! Así… —decía mientras pararon los movimientos.

Pocos segundos después comenzaron de nuevo los movimientos, roces y jadeos con mucha más intensidad que antes.

En un instante, Susana, me empujó con sus caderas hacia atrás, haciendo que me pusiera de rodillas frente a su culo. Yo, aún, medio echado sobre su espalda empecé a meterla y a sacarla de su coño con toda la fuerza que el cuerpo me permitía. Mientras ella se quedaba arrodillada en cuatro para controlar mejor los movimientos.

Quitó mi mano de su coño, cogió el vibrador de entre las sábanas, lo encendió a máxima potencia y se lo puso sobre su clítoris.

—¡Joder! ¡Qué follada! ¡Dame más fuerte, fóllame más fuerte! —gritaba con un tono entre desesperación y excitación.

—¡Qué coño tienes, Susana! ¡Cómo chorrea!

—¡Sigue, por favor, vamos a correrno los dos!

El consolador a veces rozaba parte de mis huevos o mi polla y la vibración que emitía era brutal. Me hacía querer rozarme con él. Notaba como Susana lo movía de un lado a otro a toda velocidad.

—Susana, me voy a correr, no puedo más.

Cuando dije esto se la sacó, se puso bocarriba y volvió a metérsela dentro de ella casi sin dejar de moverse.

Dejaba ver sus enormes pechos moviéndose a un ritmo hipnótico a la vez que pellizcaba delicadamente uno de sus pezones rozándolo con suavidad, con la otra mano seguía masturbando

su clítoris con el consolador.

—¡Hazlo en mis tetas, Andrés! Échame toda la corrida aquí encima —dijo cogiéndose una de las tetas con la mano que le quedaba libre.

—Aquí la tienes —dije sacándosela del coño mientras ella se metió el consolador entero que ahora sustituía a mi polla—. ¡Qué corrida, joder!

Yo me había sentado sobre Susana cerca de sus tetas. Puse mi rabo entre ellas y a los pocos segundos de masturbarme y rozarme con sus suaves pechos y con sus pezones, un chorro grande de leche cayó sobre ellos, y al no poder controlarlo, sobre su cuello, su cara y su pelo, pero ya no podía parar.

Mi respiración era entrecortada y solo podía chillar un *¡ME CORRO*!

En pocos segundos, la respiración de Susana se convirtió en fuertes jadeos y gemidos, el ritmo de penetración de su consolador crecía y toda la habitación se llenó de gritos.

—¡Dios, yo también me corro! ¡Qué caliente, joder!

Arqueó su espalda y al estar yo todavía encima todavía terminando de correrme, mi polla rozó sus pezones duros.

Seguí corriéndome encima de ella hasta que terminó su orgasmo.

Casi lo hicimos a la vez.

Cuando las contracciones de ella terminaron me dejé caer a su lado y pasé mi brazo por su cuello. La besé tiernamente en los labios:

—Fantástico —dije—. Y no lo digo por decir. Me ha encantado. ¿Puedo sacarte una foto de las tetas y la corrida y subirla a mi Twitter? Prometo no sacarte la cara. Tengo una cuenta *sextuitera*.

—Bueno, déjame verla primero.

Así lo hice. Se la enseñe, y ella asintió. Estaba muy *sexy*.

—Etiquétame, por cierto, mi usuario es *@susarios* —me comentó.

¡INCREÍBLE!

¡No me lo podía creer!

¿Qué probabilidad había de tener delante de mí a una de las *sextuiteras* que más me gustaban?

Además, ya habíamos hablado varias veces, incluso por privado. Me callé, no le dije nada y cuando recibió la notificación la leyó:

—Espera, te voy a dar un *me gusta* y a hacerte *follow*... ¡VENGA, NO ME JODAS! ¿Eres el puto *@Sr.Equis*? No me jodas... —se empezó a reír descontroladamente—. Esta es la casualidad más grande que va a haber en mi vida... Y en la tuya también ¡qué coño!

Susana solo me miraba y se reía, pero no era una risa normal. Era pícara y con una ligera maldad, además de bastante nerviosa. Normal, yo estaba muy sorprendido igualmente.

—¿Qué? ¿Qué te pasa? —pregunté.

—¿Te cuento una cosa? Anoche soñé contigo y este consolador. ¿Quieres hacer que mi sueño se haga realidad, *@Sr.Equis*?

—Por supuesto, señorita *@Susarios*.

Me levanté y me aseé en su baño y cuando volví a la cama Susana estaba de rodillas en ella, sentada sobre sus talones y con las manos apoyadas en las piernas. Era una posición un tanto sumisa y extraña para los gustos que yo me había imaginado.

—Túmbate, por favor —dijo con su voz suave—. Solo te pido que te dejes llevar.

Por una vez iba a dejarme hacer algo que no sabía de antemano lo que era, podría ser algo

que no me gustase, pero vaya, en contra de lo que suele pasar me fiaba de ella habiéndola conocido hacía tan solo dos días.

Una vez tumbado bocarriba, Susana se recostó a mi lado, dejando su cabeza a la altura de mi cintura, sus manos empezaron a acariciar mi estómago, la parte baja del vientre, hasta llegar a mi polla. Poco a poco creció hasta volver a estar erecta y dura.

La agarró muy suavemente con la mano. Apretaba unos pocos segundos y la volvía a soltar. Volvía a apretar y a soltar.

Esa sensación me gustó mucho. Cada vez que ella soltaba la ligera presión, yo suspiraba profundamente.

De repente sentí una sensación húmeda en la parte superior del glande.

Miré hacia abajo y un fino hilo de saliva salía de los labios de Susana mojando toda esa parte. Acercó la boca, miró hacia arriba donde sus ojos y los míos se encontraron, sonrío y apoyando los labios sobre mi polla, la introdujo totalmente en su boca. Solo pude soltar un *¡Joder!* un tanto entrecortado.

Comenzó a subir lentamente hasta que la sacaba de entre sus labios y volvía a hacer lo mismo una, otra, otra y otra vez sin usar las manos.

La intensidad iba en aumento tan lentamente que apenas la notaba, pero poco a poco sentía como el placer crecía y la sensación de correrme iba llegando poco a poco.

De vez en cuando la sacaba completamente de su boca, la lamía por los laterales de arriba abajo y volvía a lo anterior.

Cuando creí que no podía sentir nada más placentero en ese momento, Susana encendió el consolador, pensando que en un principio que lo iba a usar para ella, pero no. Vaya si lo usó, pero conmigo.

Mientras seguía con la mamada tan perfecta empezó a pasar el consolador con la vibración a tope por toda la zona de mi entrepierna, desde mis huevos hasta mi polla.

El placer creció tanto que empecé a gemir casi gritando del éxtasis. Al notarlo, Susana paró por completo y dejó de estimular la zona unos segundos. Comenzó de nuevo cuando se me pasaron los espasmos de la zona.

—Me voy a correr… Ufff… y mucho —le dije con intención de que se quitara.

Lejos de eso, empezó a aumentar el ritmo de penetración en su boca todo lo que pudo y de repente hizo una cosa inesperada que jamás pensaba que me iba a gustar. Puso el vibrador en la parte baja de mis huevos rozando además la entrada de mi culo.

Esa vibración que se repartía por toda mi zona sexual hizo que mi polla se pusiera más dura, cargándose de leche lista para soltar todo lo que había estado reteniendo.

—¡HOSTIAS! ¡No puedo más!

Un *mmmm* ahogado salió de la garganta de Susana mientras grandes cantidades de esperma salieron de mi polla sin control.

Sonriendo se apartó, dejando salir mucha más cantidad de leche. Era una de las corridas muy intensa y abundante. Mientras bajaba y subía el vibrador por toda mi polla más semen salía y más gritaba yo.

Hubo un momento en que la sobreestimulación fue tanta que me tuve que apartar de aquellas vibraciones.

La intensidad del placer bajó y susana me seguía masturbando muy suavemente hasta que perdí casi la erección. Mi respiración, aún muy agitada se fue tornando tranquila. Nos abrazamos y los dos nos quedamos dormidos.

Llegamos a la merienda con nuestros amigos de milagro, sin comer, y Leire enseguida se dio cuenta de todo. Se sonrió y no dijo absolutamente nada. Comimos y bebimos durante toda la tarde la noche hasta que no fuimos juntos, esta vez a mi hotel.

Ya os podéis imaginar cómo ardían las cuentas de Twitter de ambos esa semana, siempre guardando nuestras identidades en secreto.

De vez en cuando seguimos quedando para disfrutarnos mutuamente y fardar a nuestros amigos *followers.*

¿CUENTA O NO CUENTA?

Mientras me estaba tocando delante de Andrés (ya me masturbaba abiertamente frente a él), siempre que me contaba historias de cuando era más joven, me decía que sus preferencias eran las mujeres mayores. Incluso alguna vez pensaba más en las madres de sus amigas que en las chicas de su edad.

Además, me consta que era verdad, porque alguna vez en el instituto lo habíamos comentado entre las amigas. Es más, al empezar a contarme esta historia me decía que salvo raras excepciones siempre acababa con mujeres bastante diferentes a sus gustos… aunque bueno, también decía que no tenía y gusto predefinido.

A punto estuvo de no dejarme transcribir esta historia por ser quizá una de las más *delicadas* pero que al final no deja de ser una experiencia sexual más que le ha hecho curtirse y ser quien es.

A mí personalmente me gustan los hombres también mayores que yo y Andrés era de los pocos de mi edad que me había llamado la atención:

—Andrés. Estoy muy caliente. Necesito más. Fóllame, te lo pido —mi tono era mezcla de desesperación y excitación.

—No. Sigue tocándote. Que yo te vea… —contestó mientras se pajeaba mirándome.

—Eres un cabrón. Follas con todas menos conmigo… —me arrepentí de haber dicho aquello y se me notó.

Andrés se acercó a mí y me dio un azote en el coño que me hizo gritar. Me encantó la mezcla de sensaciones.

—¿Piensas eso de verdad, Vanessa?

—No, no lo creo, pero a veces me haces dudar… ¡AH! ¡JODER! —otro azote sonó y mi coño se estremeció.

—¡Fóllame, por favor! —grité—. Métemela, Andrés.

—¡No! ¡Cállate!

Otro más y más fuerte sobrevino y grité con lágrimas en los ojos. Saqué mi consolador y me lo metí en el coño con rabia y muchas granas.

Andrés empezó a grabarme con el móvil mientras narraba el siguiente relato y en cada segundo del vídeo yo no podía dejar de mirarlo a él y a su polla que solo quería tenerla dentro de alguna parte de mi cuerpo, aunque ya me daba igual en cuál.

—Bueno, pues por lo menos córrete encima de mí, por favor.

—Ya veremos… depende de cómo se dé la situación.

——— RELATO ———

Como ya he mencionado alguna vez, a mí me gustan las mujeres mayores que yo.

Siempre me han gustado las mujeres que hoy se denominan con el término *MILF* (*Mother I'd Like to Fuck* o *Madre Que Me Follaría —MQMF—* en español), pero como casi siempre pasa

uno no suele tener lo que quiere sino lo que la vida le depara.

Cuando tenía 24 años, era raro el fin de semana que no solía quedar en casa de mi amigo Salvador y su mujer, Fátima.

Eran una pareja excepcional: fuertes e independientes. Nos conocíamos desde hacía ya mucho tiempo y Salvi, como yo le llamaba, ya era un hermano para mí.

De él aprendí muchas cosas en el mundo laboral, ya que trabajamos mucho tiempo en el mismo campo de trabajo tecnológico.

Actualmente nuestra relación permanece, y es de esas que, aunque no nos veamos tanto como antes, sigue siendo tan estable y fuerte como al principio.

Salvi tiene dos hijos preciosos: Pablo y Rebeca. A Pablo lo he visto nacer como quien dice, lo he cuidado y malcriado como su *tío Andrés* y a Rebeca la conocí siendo una enana con mala leche, pero ahora tenía 19 años más o menos, guapa como su madre. Siempre había bromeado diciéndole a Salvi que menos mal que había salido a su madre.

Fátima, su mujer, era una preciosidad. Rubia natural, metro ochenta de estatura. Unas piernas largas y esbeltas. Con unos pechos enormes y bien puestos aun habiendo amamantado a dos niños.

Hacía mucho deporte, para, según sus propias palabras, *poder hincharse de comer sin miramientos*. Era su pasión.

Ese fin de semana quedamos como siempre para ver la carrera de motos en la televisión. Nos abrimos unas cervezas, comimos tortilla de patatas y cuando nos quisimos dar cuenta eran las cinco de la tarde, estábamos "seriamente perjudicados" y nos decidimos a abrir una botella de *Mcallan* para echarnos unos chupitos.

Pusimos unas películas de los noventa y nos acabamos la botella.

—Uff, Andy —así me llamaba—, estoy molido. Me voy a echar un rato en la cama. ¿Por qué no te quedas en el cuarto de invitados?

Su casa era enorme y muchas veces solía quedarme con ellos.

—No sé, tío. Mejor me voy a casa —dije masajeándome la cara que noté caliente por el alcohol.

—¡Anda ya! Si tienes una cogorza del quince. ¡Ni se te ocurra coger el coche! Quédate y mañana te vas. Si nos levantamos luego a medianoche, nos echamos otras copitas —sonrió.

—Bueno, anda. Está bien —contesté.

Subí a la planta de arriba donde estaban el resto de dormitorios. Al final del pasillo se encontraba el cuarto de invitados junto a uno de los baños.

Tuve que agarrarme a la barandilla al subir porque trastabillé dos o tres veces. Escuché unos pasos corriendo detrás de mí cuando iba a mitad de camino.

—¡TITO ANDY!

Era Pablo, que venía con su pijama de *Shrek* muy de moda en aquel tiempo. Me dio las buenas noches con un abrazo grande.

—¿Te quedas a dormir? ¡Anda, sí! Así mañana vamos a por churros.

Asentí como pude y enseguida se fue corriendo a su dormitorio.

Entré al baño dando tumbos, me eché agua en la cara, y me lavé los dientes ya que tenía allí algunas cosas de aseo y algo de ropa de otras veces que me había quedado a dormir. Entré al dormitorio y noté que la borrachera había mejorado un poco después de asearme.

En ese momento me choqué con Rebeca, que intentaba entrar al baño.

—Hola, Rebeca. ¿Qué tal?

Me miró y se rio.

—¡Bien, Andrés! —dijo siguiendo su camino.

Le di un golpe en el hombro modo de buenas noches. Dentro del dormitorio me desvestí como pude, me puse un pantalón corto y una camiseta limpia.

Ya en la cama encendí la televisión un rato porque la habitación me daba vueltas y no podía dormir a causa de la cogorza.

Pensaba en todo y en nada.

Haciendo *zapping* me encontré un canal porno en el que empezaba una película. La escena que vi me gustó y mi polla dio un brinco en el pantalón: dos mujeres con muchas curvas lamiéndose y un hombre que participaba en la escena.

Metí mi mano dentro del pijama y empecé a acariciarme. Debido a la gran cantidad de alcohol que había tomado no tenía una erección tan fuerte como solía, pero igualmente era suficiente para correrme.

Mientras veía la película y me masturbaba vi que la luz de mi móvil, que estaba encima de la mesita de noche, se encendió. Era un SMS, pero no le hice mucho caso y seguí a lo mío, pero a los pocos segundos se volvió a encender.

Paré unos instantes y lo desbloqueé. Eran las tres de la mañana y los mensajes los escribía Rebeca: *¿Estás despierto? Necesitaría preguntarte una cosa*. El segundo decía: *Es importante, tengo que preguntarte algo sobre un chico*.

Pensé en no ir, pero si tenía esa duda y eran temas delicados tenía que atenderlos porque su padre era muy bueno pero muy burro a la hora de tratar aquellas cosas.

No le contesté si quiera. Enseguida me levanté, me puse la camiseta y me dirigí a su dormitorio en el otro extremo del interminable pasillo.

Debajo de la puerta se distinguía una luz tenue.

Golpeé la puerta con los nudillos suavemente y esperé unos cinco o seis segundos para entrar. La abrí despacio y Rebeca estaba sentada en el sillón de su escritorio de espaldas a mí.

Me quedé helado cuando en la pantalla de su ordenador observé que había una película de dos mujeres recibiendo dosis de sumisión ejercidas por un señor más mayor que ellas.

Una de las piernas de Rebeca estaba apoyada en el escritorio y la otra en el reposabrazos del asiento. Un ligero movimiento de vaivén se notaba en su cabeza y cuerpo, todo ello tapado por el respaldo del sillón.

Jadeos entrecortados se escuchaban en el silencio de la noche y me percaté que en uno de los tobillos colgaba un tanga rojo.

Un ligero zumbido de lo que parecía un vibrador se escuchaba de fondo. Los jadeos crecían, su respiración se volvía más que agitada distinguiéndose el placer en la tranquilidad del dormitorio.

Por un momento, y como hubiera hecho en esas situaciones pensé en entrar con todo, pero no podía. Era la hija de mi amigo y no debía hacerlo.

Cerré la puerta con sumo cuidado y volví al dormitorio. Me alegré mucho de que, habiendo visto lo que había visto, había mantenido la calma. Pensé que la chica que conocí de pequeña ya era una mujer y me reí por dentro.

Esperé unos minutos sentado en la cama, esperando que terminara su sesión de auto placer y le mandé un SMS diciendo que sí que estaba despierto y le pregunté si ella lo estaba también. Enseguida recibí una respuesta con un *Sí. Ven.*

Volví a andar lo desandado y repetí los tres golpes con los nudillos en su puerta.

Enseguida abrió:

—Entra. Gracias por venir.

Al haberse estado masturbando aún tenía las mejillas sonrojadas, la frente sudorosa y el pelo despeinado. La habitación olía a sexo. Cerró la puerta tras de mí.

Una blusa semitransparente de tirantes dejaba entrever sus y turgentes pechos. En la parte de abajo, un pantalón cortísimo de verano que no dejaba mucho a la imaginación. Era una belleza.

—¿Que te ocurre? ¿Estás bien? —le pregunté en referencia a los mensajes que había recibido antes, pero lo malinterpretó.

—Sí, hace mucho calor y estoy sudando un poco.

Noté como una sonrisa irónica salió de mi boca.

—Me refería a lo del chico que me comentaste por el móvil —contesté.

—Ah, eso... pues verás... A ver si consigo explicarme: resulta que he conocido a un chico que es mayor que yo y me gusta mucho. Lo conozco bastante bien y creo que sería una pasada salir con él o quedar alguna vez para ver cómo podría ir la cosa... y bueno, no sé cómo entrarle, ni qué decirle... a ver si tú me podías ayudar.

—Uy, Rebeca. Eso es muy complicado —contesté—. Cada persona es un mundo y a cada cual nos gustan cosas distintas. Siempre se ha dicho que las mujeres sois complicadas, pero es que nosotros no somos menos. Pasa igual… o peor.

Me senté sobre la cama y encendí un cigarro de los que ella tenía encima de la mesa.

—Por ejemplo —continué—, a mí me gustan una cierta serie de cosas en una mujer que no tienen por qué gustarle a tu padre.

—Si eso lo entiendo. A ver, por ejemplo, ¿qué te gusta a ti?

Sabía que no podía ser totalmente sincero porque podía causarle un trauma o que su idea sobre mí cambiase. Yo solo tenía unos pocos años más que ella, pero aun así la diferencia mental era bastante mayor

—Creo que has ido a preguntarle a alguien complicado, la verdad —me reí—. A mí me gusta una mujer decidida, que no tema mostrar lo que quiere de una forma abierta. Que tenga las cosas medianamente claras. ¡AH! Y que sea una fiera en la cama —dije riéndome, ya que esas bromas entre nosotros no eran del todo raras.

—Entiendo —contestó un poco confundida.

Rebeca giró la silla y se volvió a dar la vuelta mirando la pantalla del ordenador. Hizo un par de clics y la escena pornográfica de una conocida web de vídeos de sexo apareció de nuevo.

—¡Pero bueno! ¿Qué estás viendo? No te pega ese tipo de porno a ti —dije riéndome para restarle importancia—. Anda, quita eso y ponte algo menos fuerte. Erotismo o algo así.

La silla se volvió a girar y no vi ningún atisbo de arrepentimiento en lo que la pantalla del ordenador mostraba.

Cuando Rebeca quedó frente a mí su blusa semitransparente estaba casi bajada del todo, dejando al descubierto unas tetas muy firmes.

En uno de sus pezones asomaba un *piercing* de unos dados amarillos y ella lo pellizcaba medianamente fuerte con dos dedos.

Su otra mano estaba dentro de su pantalón a medio bajar y se movía en círculos por toda su entre pierna a un ritmo lento pero fuerte.

Ella miraba para abajo, en parte muy excitada y en parte muy avergonzada, con los labios entreabiertos y húmedos los cuales se mordía lateralmente. Una incredulidad total me inundaba

ante aquella escena tan tremendamente caliente y por una vez mi cerebro se adelantó:

—Pero ¿qué haces? —salté de la cama e intenté coger su brazo para sacarlo de donde estaba—. ¿Estás loca?

Cuando le agarré, automáticamente ella cogió mi mano y la arrastró hacia su coño. Sentí la suavidad de su piel rasurada, así como la humedad excesiva que le hacía mojar su sillón.

Aparté la mano bruscamente y al pasarla cerca de mi cara noté ese olor suavemente ácido que a un adicto al *cunnilingus* como yo le hace despertar todos sus instintos. Mi polla dio un brinco en el pantalón y me hizo recordar que no tenía la ropa interior puesta.

—¿Me follas? —me dijo mientras su pantalón cayó completamente al suelo y levantaba sus caderas para que la viera mejor—. Mira como estoy. ¿No te gustaban las mujeres decididas?

El ritmo de su mano empezó a subir de intensidad y dos dedos entraron rápidamente dentro de su rosado coño haciendo que ese ruido, característico de la humedad, fuese tan intenso.

Me hipnotizaba.

Mi cabeza quería salir de allí, pero mi polla decía *de eso nada*.

—No puedo follar contigo —dije bajando la mirada—. No de…

—¡Pues no folles! Tú solo mira cómo me lo monto yo sola. Mírame el coño. Mira —me interrumpió mientras abría un cajón y sacaba un vibrador azul de tamaño mediano.

Y como a mí me gusta siempre decir: *de perdidos al río*, y una vez más la batalla entre las neuronas de mi cerebro y la neurona de mi polla tuvo un claro ganador. Cogí su mano donde tenía el vibrador:

—Déjame o grito —me dijo mientras sonreía y pellizcaba su pezón perforado sin dejar de gemir.

Me acerqué su vibrador a los labios y lo lamí, luego me lo metí en la boca y lo llené con toda la saliva que pude.

—¡Ahora sí! Toma, sigue.

Un temblor le recorrió todo el cuerpo y se estremeció dejando escapar un suspiro tembloroso de placer y nerviosismo.

Me bajé los pantalones cortos y mi polla ya en erección quedó al descubierto. Rebeca no dejaba de mirarla con los ojos fijos en ella y con la boca entreabierta.

Tragó saliva sin dejar de observar.

Acerqué mi mano a su entrepierna, la acaricié un poco y con un tremendo espasmo su coño empezó a chorrear llenándome la mano casi por completo. Impregné mis dedos de sus fluidos y me empecé a masturbar delante de ella mientras me acercaba a la puerta para cerrarla.

—Ahora puedes empezar… p-e-r-v-e-r-t-i-d-a.

Me sonrió mientras el vibrador desapareció completamente dentro de su coño, pellizcándose con más fuerza los pezones. Empezaba a jadear y a gemir lo más suave que podía, pero tuvo que meterse dos dedos en la boca y morderlos para evitar gritar más.

Yo me pajeaba lentamente y cuando necesitaba más lubricación, acercaba mi polla a su coño, lo rozaba con él y se quedaba completamente mojada de nuevo. Las vibraciones me encantaban y estuvo tentado de pedirle que me lo prestase.

Rebeca no dejaba de aproximarse poco a poco a mí que me encontraba apoyado en su cama Quería poder ver mi polla lo más cerca posible. Sentía su respiración.

De vez en cuando me acercaba a ella y rozaba *sin querer* mi rabo con sus enormes pechos mientras le acariciaba su pelo y su cara.

Metía los dedos en su boca para sentir su lengua con la que jugueteaba. Ella chupaba y

lamía mis dedos como si de una polla se tratase llegando algunas veces a rozarle el fondo de su garganta. Ni una arcada. Menuda estaba hecha.

—Saben a mí —decía entre gemidos mientras también chupaba su consolador.

Le empecé a acariciar sus prominentes y turgentes tetas y le tiraba suavemente del *piercing*. Esto solía ir seguido un gemido casi ahogado.

—¿No me vas a follar? —me preguntaba susurrando con voz de desesperación y excitación

—No —contesté—. No puedo. Esto es lo que puedo ofrecerte si quieres —le dije mientras me arrodillaba en el suelo dejando mi cabeza enfrente de su coño del que no paraba de entrar y salir el consolador.

Sentía como las gotas de fluidos salían despedidas de su entrepierna y llegaban a mi cara. Yo sacaba la lengua para poder saborear todo lo que caía en ella. De repente y sin darme cuenta, el vibrador ya no estaba y la mano de Rebeca se posó en mi cabeza apretándome contra su delicioso coño. Yo abrí la boca, saqué la lengua y empecé a hacer una de las cosas que mejor se me daban.

Solo escuché un: *¡Lame hasta que me corra!*

Esa orden que sonó tan seria y severa me puso mucho más cachondo de lo que ya estaba. Mi boca se inundó de unos deliciosos sabores ácidos que nunca olvidaré.

Con sus manos, Rebeca acariciaba mi cabeza y la dirigía para que mi boca estuviese donde a ella le gustaba. La abrí todo lo que pude y succioné con fuerza a la vez que mi lengua hacía círculos en su clítoris.

Miré hacia arriba porque quería ver la cara de vicio y placer que tenía, pero sus enormes tetas me lo impedían, aunque enseguida soltó mi cabeza y se las agarró con fuerza.

Mientras las masajeaba enérgicamente, a veces podía ver sus ojos mirando hacia abajo cuando separaba sus pechos al apretarlos. Una de las veces, notando que yo miraba hacia arriba se incorporó para que nos viéramos mejor.

—¡Lámelo todo, Andy! ¡Quiero correrme ya!

Ese tipo de lenguaje y esas expresiones solo conseguían ponerme más caliente además de que me masturbase con más ganas y más rápidamente.

La desesperación por correrse se notaba en los preciosos ojos de Rebeca y en los gestos tan obscenos a la vez que bonitos que aparecían en su rostro.

Poco a poco empezó a temblar y volvió a morder uno de sus dedos para no gritar. Sus exuberantes caderas y sus movimientos, ahora más intensos, anunciaban la venida de un orgasmo inminente.

Un pequeño hilo de delicios líquido salió de su coño y yo lo recogí con gusto usando mi lengua.

Las convulsiones que había entre sus piernas las notaba en mi boca y cada vez que un espasmo terminaba llegaba otro más largo y placentero haciendo que mis labios rebosaran de todo lo que su entrepierna me ofrecía.

—Así, justo ahí. Me corro ¡Chupa! Chú-pa-me-lo —decía susurrando y ahogando los gritos de placer después de cada sílaba.

Su coño no dejaba de chorrear y era delicioso.

Yo estaba a punto de correrme también, así que bajé el ritmo de masturbación, acerqué la polla de nuevo a su entrepierna y la volví a empapar.

Su orgasmo reprimido continuaba.

A punto estuve de metérsela, pero no lo hice. Me retiré un poco de ella y enseguida se levantó de la silla y se puso de rodillas frente a mí:

—Te toca —dijo aún con espasmos que le hacían gemir metiéndose el vibrador en el coño de nuevo y sin apenas esfuerzo.

Lo encendió al máximo.

Me empecé a pajear a toda la velocidad que podía y mis huevos sonaban de la fuerza con que lo hacía.

Sus ojos azules se clavaron llenos de vicio en los míos. En menos de un minuto empecé a correrme y una gran cantidad de leche se derramó con fuerza encima de su coño mientras con la mano se lo repartía por su cuerpo y sus tetas.

—¡Qué caliente! —dijo guiñándome un ojo.

No os diré si me llegué a acostar o no con ella, eso queda entre nosotros dos, pero esta vez, ¿cuenta o no cuenta?

LA LIMPIADORA SUSTITUTA.

Andrés y yo quedábamos de vez en cuando para salir, no como pareja sino como *relator y escriba.* Simplemente como amigos que se masturbaban de vez en cuando, sin tocarse, sin decirse nada y mirándonos el uno frente al otro.

Poco a poco ya lo iba conociendo y sabiendo sus gustos, sus tolerancias, sus filias y sus fobias. Quería creer que él hacía lo mismo conmigo, aunque dado su pasotismo hacia mí algunas veces lo dudaba.

No entendía por qué no quería tener sexo conmigo¿Qué pensaría Andrés de ese tema? Nunca me había atrevido a preguntarle porque, por primera vez en mi vida, tenía miedo al rechazo… y lo peor es que esto pasaba sin saber siquiera si estaba enamorada de él… creo que era puro morbo.

En fin.

Si algo me gustaba en especial de él y de su personalidad es, que por las historias que narraba y por lo que yo veía, trataba a todo el mundo por igual. Le daba lo mismo la edad, el género, la raza o la condición social.

Para él todas las personas eran iguales y su forma de tratar a los demás era acorde a cómo los demás le trataban a él.

Esa sencillez le hacía muy deseable, aunque siempre decía: *Por bueno de más me he perdido muchas cosas, pero yo duermo mejor por las noches.*

Ninguna persona es ilegal en el mundo era una de sus frases favoritas y decía que solo existía una nacionalidad y una raza que era la humana.

——— RELATO ———

Cuando tenía veintitrés años y después de haber estado viviendo casi dos años con Claudia, decidimos romper la relación que manteníamos por incompatibilidad de muchas cosas, entre ellas las sexuales.

Claudia siempre había sido muy monótona, pero a mí su cara, su mirada y su pelo rizado ceniza me tenían, lo que yo creía, enamorado.

No era así.

Su padre era un importante abogado y gestor inmobiliario de la provincia y su madre una reputada psicoterapeuta, escritora y disertadora sobre nuevos métodos en psicología y terapias mentales en niños y jóvenes. Eminencias.

Vivíamos los dos en un piso en el centro de Benalmádena, equidistante a nuestros trabajos.

Al principio tuvimos dudas de hacerlo, pero nos decidimos a compartir la vivienda, aunque creo que ambos sabíamos que era una historia con fecha de caducidad.

Cuando todo se acabó tuve que volver durante un tiempo a casa de mis padres. Más de un año.

Ellos vivían en Málaga, y aunque me pillaba un poco más lejos, la gasolina era un gasto menor comparado a haberme quedado en aquel piso yo solo.

Mis padres, aun siendo muy católicos y religiosos, siempre han sido muy comprensivos en todos los aspectos porque gracias a dios vivían *con los pies en la tierra*. Siempre me dejaron traer chicas y que pasaran la noche allí en la casa de invitados que estaba separada de la principal. Gracias a que tienen un chalé independiente casi nunca se han cruzado con ninguna de mis amigas.

Al haber vivido un tiempo alejado de ellos, se hacía muy difícil volver al hogar parental y cumplir ciertas normas que había impuestas, pero bueno, no era mi techo y tenía que respetarlas.

Los sábados a primera hora venía a limpiar la casa Margarita, una mujer de unos cincuenta años que llevaba trabajando con nosotros más de 20. Era como de la familia. Cuando la vi me alegré muchísimo porque esa persona había tenido muy mala vida y mucha infelicidad, pero ahora estaba estable y feliz y yo hacía mía su felicidad. La quería una barbaridad y para mí era mi segunda madre.

Siempre que venía a trabajar, sobre las 9 de la mañana, dejaba mi habitación y la casa de invitados la última para limpiar. De ese modo me daba tiempo a dormir por lo menos hasta las 12:30 mientras hacía sus labores en el resto de la casa, y, si estaba acompañado, la visita tenía tiempo suficiente de marcharse por la otra puerta con total libertad y sin prisas.

—La semana que viene no puedo venir, así que vendrá mi amiga Elena. Ya le he dicho cómo tiene que hacer las cosas y donde está cada una de las habitaciones, así como el cuarto de la limpieza.

—¡Venga ya, Marga! ¡Y si no yo la ayudo! Tú ahora no te vayas a preocupar por eso. Espero que tus pruebas médicas salgan bien. Ya nos contarás cuando vengas dentro de dos semanas —le respondió mi madre.

La semana pasó corriendo y llegó el viernes, noche y con él la fiesta. Conocí a una chica que parecía muy de mi estilo: Abierta, decidida y sin pinta de tontear para calentar la situación solamente, pero bebió más de la cuenta y cuando volvíamos en mi coche tuve que llevarla a su casa, aunque insistió por activa y por pasiva en tener sexo. Cosas de no controlar como se debe.

Llegué a mi cama con una calentura importante. Cogí el *Fleshlight* que me había regalado la que ahora era mi ex, mi lubricante favorito y encendí la televisión.

Busqué una película porno y cuál fue mi suerte que había una donde un chaval joven follaba con mujeres mayores que él. Mis favoritas.

Me suelo masturbar sentado, pero esta vez decidí hacerlo tumbado y de lado, con la suerte que me dormí en medio de la faena debido al alcohol.

El timbre de casa me despertó. La limpiadora había llegado. Recogí mi masturbador y lo guardé apresuradamente en un cajón.

Me metí en la cama porque todavía tenía sueño. Al no haberme corrido empecé a soñar con la chica de la noche anterior, de cómo follábamos en la playa, totalmente desnudos e incluso con gente mirándonos… otra de mis fantasías ya cumplida por suerte.

En ese momento me desperté a medias y vi a una mujer entrando al dormitorio con un trapo y un cubo con una fregona en la mano. Por la disposición de mi cama, ella no me pudo ver y empezó a limpiar.

Era una mujer de unos cuarenta o cuarenta y cinco años. Un cabello negro recogido con una coleta. Tenía puestos unos *legins* negros y una camiseta ancha algo raída. Además, tenía unos guantes de goma.

En ese momento se agachó a recoger algo del suelo y su culo se redondeó por la postura. Su camiseta se deslizó un poco hacia adelante y desde donde yo estaba se le veían unas tetas grandes con un sujetador de color rosa carne.

No me di cuenta, pero entre la excitación de no haber follado ni haberme masturbado, una erección me vino y con el sobresalto me di un golpe al cabecero de la cama.

La mujer, Elena, se asustó y se sobresaltó abruptamente. Se giró dando un pequeño grito:

—¡Ay, disculpe! —dijo con una voz muy dulce—. Pensé que esta habitación estaba vacía.

—No. Esta es la última que se suele limpiar… y no me llames de usted, que podría ser tu hijo.

—¡PERDÓN! —dijo la mujer—. Pensé que esa era la del otro lado... disculpe, disculpe... —dijo dándose la vuelta apuradísima.

—No tranquila. Quédate, ya me levanto... Un segundo.

Me di cuenta de que miraba la sábana de la que ni me acordaba y que tapaba la erección mañanera que tenía. Corriendo se dio la vuelta y volví a fijarme en su culo, muy grande y redondo. Por un momento pensé que no estaría mal meter la polla ahí, echar un poco de lubricante y rozarme con ellos hasta correrme.

—Sus padres han salido —comentó aún de espaldas con voz nerviosa—. Han ido a comprar y me dejaron las instrucciones. Le pido que me perd...

—Tranquila, no pasa nada —reí—. Tú estás trabajando y yo holgazaneando. Tienes preferencia sobre un tío que está vagueando un sábado.

Elena supuso que ya me habría puesto la ropa y se dio la vuelta, pero yo seguía allí observando su culo y cuando me quise dar cuenta ella miraba mi polla intentando poner los ojos en otro lado, pero no podía. Bajaba la mirada y se quedaba mirando mi entrepierna y después la subía mirándome a los ojos.

Se dio la vuelta de nuevo y su respiración se notaba ya entrecortada y nerviosa.

—¿Quieres? ¿Te apetece sexo? —siempre preguntaba en estas situaciones— No quiero sorpresas ni que pienses nada raro.

Asintió con la cabeza sin volverse.

—¿Seguro? Nada de complicaciones ni de presiones —reiteré.

—Sí, sí que me apetece.

—¿Qué? ¿Has visto mi polla y te ha apetecido?

Seguía asintiendo de espaldas a mí y yo me acerqué a ella por detrás. Empecé a rozar con mi polla su culo, dejando escapar un largo suspiro pero que desembocó en un subir y bajar de sus caderas sobre mi polla.

Mis manos se deslizaron por debajo de sus brazos y llegaron a sus tetas blandas y grandes. Su mano se fue deslizando poco a poco sobre mi polla y empezó a masturbarme apretando bastante fuerte.

—No puedo, estoy casada y no te conozco —me dijo apartándose de mí aun con la respiración agitada.

—Tranquila, no hay problema. No sabía que tenías pareja. Siento haberme lanzado así —contesté un poco serio mientras me daba la vuelta a coger mis pantalones.

Pero ella se dio la vuelta y me miró directamente a la cara. Creo que notó que estaba arrepentido de verdad.

Se abalanzó sobre mí, me abrazó y me besó con mucho deseo. Nuestras lenguas se

unieron y estuvieron un rato besándose y la saliva resbalaba por nuestros labios

—¿No decías que…?

Me tapó la boca y se arrodilló. Sin mediar palabra se metió mi polla en la boca, tan adentro, que tuve que gritar de la sensación tan extrema que sentí. Solo se escuchaba saliva y el ruido que hacía en el fondo de su garganta húmeda.

—Hostias ¡Qué manera de chupar! ¡Qué contento tiene que estar tu marido! —le dije con algo de sorna.

—No hables ahora de él… —noté enfado en sus palabras.

—¿Cómo qué no? La chupas así de bien gracias a él y yo me aprovecho de eso para disfrutarte —le dije dejando salir mi lado más cabrón.

Ella me miró con rabia, pero empezó a mamármela aún más fuerte y casi sin darme cuenta ya estaba a punto de correrme. Casi ni la aviso.

—¡Me corro, joder! No te pares ahora.

En ese momento se la sacó de la boca y apuntó mi polla a sus tetas que llevaban un rato fuera de la camiseta. La puso entre sus pechos turgentes y me masturbó con ellas. Mi rabo estaba tan lubricado con su saliva que me corrí en pocos segundos.

Cuando salió el primer chorro mi polla se salió de entre sus tetas, me la agarré con la mano y la volví a colocar otra vez entre ellas. Elena las apretó y seguí corriéndome entre sus senos mientras me sujetaba el rabo para que no se saliera otra vez y con la otra mano que me quedaba libre le acariciaba el pelo.

Reconozco que hizo correrme como pocas mujeres lo habían hecho entre sus pechos. La experiencia es un grado, cosa que en aquel momento aún no comprendía del todo pero que ella me enseñó a valorar.

La miré a los ojos y la ayudé a levantarse.

Con unos pañuelos de papel limpié suavemente toda la corrida que tenía encima y la besé de nuevo con mucha lengua, con muchas ganas y con mucho deseo.

Me estaba gustando muchísimo aquella mujer casi 20 años mayor que yo.

Sin esperar mucho más y con las prisas de la inexperiencia con mujeres más mayores que yo, le bajé los *legins* y sus bragas. Tenía un culo redondo y muy grande. De rodillas frente a él lo besé y lo estrujé.

Ese movimiento de voluptuosidad me excitó mucho más y sentí un cosquilleo en los huevos. Empujé su espalda para que se reclinara sobre la mesa y cuando su culo se quedó totalmente en expuesto se volvió mucho más redondo todavía. Mi polla ya estaba lista para el segundo asalto.

Un precioso coño rollizo y rosado se quedó al descubierto. Pensé: *Fantástica.*

Una vez desnuda se tumbó en mi cama y abrió bastante las piernas, se mojó dos dedos y empezó a tocarse para lubricar la zona. Yo me quedé embobado mirando, de pie, mirándola y solo pude cogerme la polla y hacer lo mismo.

—Me gusta lo caliente que eres. Te pones muy cerda, ¿no? Me encanta.

—Que un chico más joven que yo haga esto conmigo es lo que tiene. Tú tienes la culpa.

Al escucharla me puse más cabrón aún. Me arrodillé y empecé a comerle el coño con todas mis ganas. Le succionaba fuerte el clítoris, le lamía de arriba abajo y le penetraba la vagina con mi lengua. Era deliciosa.

—¡Quita! Méteme los dedos mejor… me gusta más.

Empecé a masturbarla con dos dedos mientras le lamía el clítoris y, aunque el ritmo de

penetración en su coño era brutal.

—¡Cómo me gusta! ¡Más fuerte, por favor! ¡Reviéntame el coño, niño!

Eso hice.

Le metía y sacaba los dedos lo más fuerte que podía. A la velocidad y a la intensidad con la que lo hacía mi brazo dolía, pero no importaba. Tenía que hacer que se corriera. Eso es lo que pensaba únicamente mi cabeza con mi edad entonces…

¡Cómo ha cambiado mi forma de pensar ahora!

Su espalda empezó a arquearse, sus piernas a abrirse más, se puso a gemir fuerte y un montón de gritos no paraban de salir de su boca mientras una mano agarraba muy fuerte uno de sus pechos y con la otra se iba pellizcando alternativamente los dos pezones intensamente. El ruido húmedo de la fricción que salía de su entrepierna era música para mis oídos.

Tenía las manos empapadas de lo húmeda que estaba y poco a poco se mojaron más aún. Le enseñaba como me relamía los dedos para tener todo su sabor en mi boca.

—Mierda, no tengo condones —musité por lo bajo mientras abría el cajón de la mesita de noche.

En ese momento ella agarró mi polla y se la metió poco a poco sin mediar palabra. Empujé con todas mis fuerzas y un grito de placer y lascivia se escuchó en la habitación.

—¡Así!… Fóllame, joder. Métemela bien.

—Me estás poniendo muy cerdo.

—Eres un cabrón ¡Eres un cabrón!... muévete, por favor —gritaba Elena.

Se la saqué y le dije que se diera la vuelta. La puse en 4 y se la metí de repente con toda la fuerza que pude. Se la saqué otra vez mientras abría su culo con las manos y de nuevo, de un golpe seco se la volví a meter embistiéndola salvajemente.

Con cada metida de polla sonaba el golpe de mis huevos contra su coño y la humedad que tenía entre las piernas se incrementó.

Su culo ondeaba con cada penetración y podía ver sus tetas que al moverse salían haciendo círculos del contorno de su cuerpo. Todo en ella era grande. Me excitaba extremadamente.

—¡Ay, que me corro otra vez! ¡Folla! ¡Folla! —gritaba muy fuerte—. ¡Fóllameeee! No pares ¡Ay! ¡Cómo me gusta!

Noté como su coño se contrajo apretando mi polla por dentro. Yo me quedé quieto, pero ella siguió moviéndose adelante y hacia atrás para que no parase de penetrarla al ritmo que ella quería.

—Así, así, así cabrón ¡Me corro! —volvió a gritar quedándose completamente quieta—. ¡Así! ¡Así! ¡Así! ¡Así! ¡Así! —siempre que lo decía mi polla salía y entraba de nuevo cada vez.

Unos segundos después y sin dejar de jadear se dejó caer en la cama exhausta.

Yo me quedé de rodillas detrás de ella encima de la cama y me seguí masturbando mientras la miraba.

Elena estaba tumbada bocabajo y su mano acariciaba su coño mientras seguía temblando. Apenas podría hablar y cuando lo hacía, lo hacía entrecortadamente:

—¿Tú no te has corrido, niño?

—Tranquila, aquí viene.

Un chorro de leche espesa salió de mi polla hasta caer por toda su preciosa espalda. Después apunté a su culo que abrí con la otra mano y me corrí en él. El semen resbalaba hacia abajo hasta llegar a su coño y a su mano con la que seguía acariciándose.

Después de soltar las últimas gotas y que un escalofrío me recorriera el cuerpo empecé a restregar mi polla por su enorme culo y su coño esparciendo toda mi lefa.

—Como se nota la juventud… córrete un poco si eso.

Nos empezamos a reír.

Estuvimos un rato allí tumbados hablando sobre nuestras vidas como dos personas que se acababan de conocer.

Al rato decidimos levantarnos. Sin darnos cuenta había pasado casi una hora. Le dije que se fuera y que yo les diría a mis padres que estaba todo correcto y su *trabajo* hecho.

Cuando le pagué la limpieza de la casa me dijo entre risas que se sentía un poco prostituta al recibir el dinero de mí después de follar. Me hizo gracia la expresión que usó: profesional del sexo.

Se marchó y me volví a acostar. No la volví a ver hasta pasados unos meses y quedamos un par de veces más en su casa… resulta que se estaba divorciando de su marido. Comprendí entonces el enfado cuando le dije aquello de él mientras me la chupaba la primera vez… porque sí, quedamos algunas veces más.

Siempre guardaré un gran recuerdo de aquella mujer a la que le perdí la pista y no volví a ver pasado unos años.

Desde aquel momento decidí que siempre que me gustase una mujer mayor que yo (que era casi siempre), iba a decirle directamente lo que me apetecía. Normalmente, tienen las ideas más claras y saben lo que quieren. Eso es lo mejor.

La experiencia que poseen en el sexo no tiene comparación con ninguna chica de mi edad.

NO TOMARÁS EL NOMBRE DE DIOS EN VANO.

Según Andrés, yo no opino igual, todas y todos tienen una persona a la que él siempre se refiere como *la mujer que se me escapó*. A mí eso me suena a caza y la caza no me gusta.

Como indico, yo no opino igual pero probablemente porque mis relaciones no son tan intensas y profundas o porque en las que he tenido siempre he sido yo quien ha terminado rompiendo.

Ahora que mi obsesión por la vida de Andrés se ha vuelto bastante más activa y ya le he reconocido que en varias ocasiones le he espiado por la ventana (nunca le he dicho ni le diré nada sobre los *Voyeur Spots*), es cierto que tengo ganas de mantener una relación con él, aunque aún no sé en qué intensidad o de qué manera. Solo sé que me apetece estar con él.

A lo mejor está cambiando toda mi forma de entender el amor y las relaciones interpersonales y quizá él se convierta en *esa persona que se me escapó* el día que se aburra de mí… Pero ¿qué digo? Si ni si quiera tengo nada con él. Ni siquiera me ha tocado y mucho menos follado y ya estoy pensando así…

Creo que estoy sintiendo algo muy fuerte por mi vecino ¿o es solamente confusión?

Os dejo con este relato que me mandó Andrés en un archivo MP3 y que yo transcribí, otra vez con temas relacionados con la iglesia y además es sobre *esa persona que se le escapó*.

Yo voy a masturbarme mientras lo escucho de nuevo.

——— RELATO ———

Como ya sabéis, he pasado una buena parte de mi juventud, hasta los veintidós años más o menos, metido en esa secta llamada iglesia. El coco comido y mi sexualidad cohibida.

Pero si tengo que elegir un punto de inflexión donde todo empezó a cambiar fue a principios de un caluroso otoño cuando recién había cumplido los diecinueve.

En la iglesia y sus catequesis, cada cierto tiempo se realizaban una serie de retiros espirituales, también llamados comúnmente *convivencias*, donde, apartados de la civilización, rezábamos, conocíamos más a dios[25] y fomentábamos los lazos entre la comunidad.

En esa época, yo ya sabía que era un poco más pervertido que el resto de las personas de mi edad, más que nada porque siempre he sido el confidente o *asesor* sexual de muchos amigos y amigas, y al comparar sus relaciones y sus experiencias con algunas de las mías, pues bueno… mientras ellos rezaban para que les hicieran una paja, yo ya me corría en la cara de mis parejas (por poner un ejemplo ilustrativo) y practicaba otro tipo de hábitos sexuales más fuertes, generalmente con chicas mayores que yo.

En una de esas convivencias, fuimos a una ermita en un valle rodeado por montañas muy verdes en la zona del Valle del Guadalhorce, en Alozaina.

El sitio era de ensueño: una casa enorme, un bosque precioso y un río que pasaba muy cerca con un caudal bastante amplio.

Era frecuente que durante las tardes hubiese un descanso desde las tres hasta las cinco, y

mis amigos y yo solíamos quedar para tocar la guitarra. Nada de cancioncitas ñoñas de iglesia, sino temas de Platero y Tú, Los Suaves, Barón Rojo, etc.

En una de esas tardes, se acercó una chica con la que yo solía hablar bastante, ya que sufríamos una dolencia respiratoria similar y teníamos a la misma doctora. Ese nexo nos llevó a irnos conociendo poco a poco, aunque nunca habíamos quedado fuera de la iglesia. Era un año menor que yo y nunca le había prestado especial atención hasta que ese día me hizo una pregunta que lo cambió todo:

—¿Te sabes la canción de Tocaré de Tahúres Zurdos? —preguntó mientras yo levantaba la cabeza.

Asentí sin apenas mirarla a los ojos, porque ya aquello hizo que mi estómago cosquilleara. Era uno de los temas de *rock* en español que más me gustaban. Sin mediar palabra, empecé a tocar los primeros acordes.

Es de fuego, es de fuego, el contacto de tus cuerdas y mis dedos. Fue difícil, pasó el tiempo, metal, madera, se ensartan en mi cuerpo. Y tocaré y tocaré hasta que mis dedos sangren, aquellas notas que esculpías para mí. Y no me perderé, y no me perderé en las palabras corrompidas por el uso cantó de una forma increíble.

Aquella voz, aquel portento de voz potente, rota, y hundida, llena de *blues* y pena, como la de Aurora Beltrán[26], se marcaron en mi mente y me dejaron con la boca literalmente abierta. Enseguida mis ojos vieron a esa chica, Evelyn, como una musa de la música.

Estuvimos toda la tarde cantando los dos, de hecho, nos apartamos de los demás casi sin darnos cuenta. Cada canción se volvía una mirada íntima, y el gesto inequívoco de morder su labio me reveló que su deseo era el mismo que el mío.

En medio de la canción *Esa chica tan cara* nos besamos y un trueno enorme, acompañado por las primeras gotas de una fuerte tormenta, nos hizo vibrar más aún.

Después tocaba reunión de comunidad, cada cual, con su grupo separado por edades y listo para el adoctrinamiento religioso, pero mi cabeza solo había pensamientos para aquella chica de estatura pequeña, morena, de ojos negros, grandes caderas y pechos gigantes.

Llegó la hora de dormir y todos lo hacíamos en una gran sala llena de colchones en el suelo. Lógicamente, invité a Evelyn a dormir a mi lado y vino sin pensarlo. Abrimos las cremalleras de nuestros sacos de dormir y los juntamos.

Hablamos y nos besamos casi esa noche, mientras afuera la tormenta seguía con una fuerza imparable. Los rayos y truenos eran increíbles, pero yo solo atendía con mis manos al precioso y gran cuerpo lleno de curvas de mi, ahora, cantante favorita.

El calor dentro del saco de dormir era cada vez más mayor y algún roce fortuito en sus enormes tetas o entre sus piernas la hacían suspirar profundamente.

—Tengo un dilema moral —le dije—. Creo que no debería estar aquí contigo, y te lo digo con todo el cariño.

Me acarició la cara y me preguntó:

—¿Por qué? Yo estoy muy a gusto, y más con tus roces accidentales —contestó mientras intuí que me guiñaba un ojo.

—Digamos que no soy convencional. No sé cómo decirlo. No es que me gusten cosas raras —que en el sexo no las hay—, pero quizá yo haga cosas que no...

—Que, según tú, estás más salido de lo normal, ¿No? —dijo riéndose.

—Algo así —contesté—. Me gustan cosas que a lo mejor te pueden resultar… ¿raras?, y

no quiero faltarte al respeto haciendo algo que no te guste.

—Mientras hablemos las cosas y las dejemos claritas me podemos hacer lo que quieras, Andrés. Aguanto lo que me echen —contestó Evelyn dejándome sorprendido por aquella respuesta.

Mis ojos miraron a los suyos. Mi boca estaba entreabierta del asombro que me provocaron sus palabras. Vislumbré, con la poca luz que había, que me miraba fijamente, acercó sus dedos a mi boca y los metió jugando con mi lengua. Mi asombro creció aún más y en ese momento los sacó y se los metió entre las piernas comenzando a jugar con su coño.

Las respiraciones crecían y yo temía que nos escuchasen, aunque todo el mundo estaba dormido porque era ya bastante tarde. Puse mi lengua dentro de su boca y empecé a enmarañarla con la suya.

Notaba como su mano cada vez se movía más rápido.

De vez en cuando, sacaba sus dedos y los volvía a mojar en mi lengua, dejándome el sabor y los fluidos de su coño en mi boca. Después la besaba y así los compartíamos.

Cuando sus suspiros crecieron de tal manera que pensé que iba a empezar a gritar, su mano se metió dentro de mi pantalón de chándal por la parte de atrás y, con un gesto rápido, me los bajó, junto con mi ropa interior, a la altura de las rodillas.

Mi polla estaba muy dura por lo excitante de la situación además del morbo de estar rodeado por unas cien personas.

Noté como su mano, aún impregnada de su humedad, agarraba mis huevos y los empezaba a masajear y a acariciar suavemente.

—¡Hostias, Andrés! Qué huevos más grandes—me susurró al oído.

Eso solo hizo que las ganas de empotrarla contra la pared crecieran. Pero no era posible.

Agarró mi polla con suavidad, se la acercó a su entrepierna y empezó a frotarse con ella. Primero haciendo movimientos circulares en su clítoris el cual notaba muy hinchado en mi glande. Luego se la acercaba a la entrada de su coño introduciéndola solo un poquito empapándomela enseguida.

Los movimientos de frotación contra su clítoris iban creciendo y notaba como el calor y la humedad de su entrepierna eran cada vez mayores.

El poco vello que tenía me producía más morbo. Mi polla ya empezaba a estar sobrexcitada por el aumento del ritmo del roce.

Disimuladamente, me metí bajo el saco de dormir. Necesitaba comerme ese coño ¡YA! Mi cabeza se quedó entre sus piernas y, como pervertido *voyeur* que soy, encendí mi linterna para verlo bien y recrearme con la vista.

Su coño estaba muy húmedo, con unos fluidos deliciosos. Olía a limpio. Tenía el vello arreglado en una línea doble, en forma de uve, que iba desde la parte superior de su clítoris en dirección a su cintura; el resto rasurado. Los labios externos eran realmente rollizos, rosados, perfectamente simétricos. Los internos no sobresalían apenas, pero sí su clítoris que estaba abultado por la excitación.

Sin lamidas previas, sin preliminares, abrí la boca e intenté meterme todo lo que pude de su coño entre mis labios.

Empecé a succionar con fuerza. Lo hice adrede para intentar que *sufriera* un poco.

Un gemido se escapó aun teniendo la almohada en su cara para intentar disimularlos. Mi boca se fue cerrando hasta que solo quedó su clítoris entre mis labios, el cual rozaba con mi lengua lo más rápido que podía.

Acerqué mi mano y le metí un par de dedos que entraban y salían muy rápido, sacando muchos fluidos cada vez que lo hacía cayendo estos sobre mi cara y mis manos.

Su espalda se curvó con un movimiento fuerte y yo intentaba que su clítoris no se escapara de mi boca.

Los espasmos eran fortísimos. Intentaba no gritar, pero era muy complicado. Poco a poco las contracciones bajaron de intensidad, al igual que mi lengua y mis dedos.

Salí de debajo del saco de dormir, la miré a los ojos los cuales tenía entreabiertos y vi una sonrisa enorme en sus marcados labios rojos, que me indicó que estaba complacida. Eso era lo más importante para mí.

Me acerqué la mano a la boca y lamí todos los sabores de su coño. Cuando terminé, me dio un beso muy húmedo, con impaciencia por compartirlos.

Se dio la vuelta apoyando su culo sobre mi polla y empezó a moverse lentamente. Abrió un poco las piernas y, entre ellas se acomodó mi rabo, rozándose con su coño muy mojado aún, empezó a realizar movimientos hacia delante y hacia atrás.

Notaba como su mano me rozaba ligeramente por delante y empecé a moverme yo también intentando que el roce fuese lo más intenso posible. Ambos estábamos completamente tapados por los sacos de dormir ajenos al exterior.

—Me voy a correr, Eve. Me corro—susurré en su oído mientras yo apretaba su terso culo.

Ella cogió mi polla con su mano acompañando el movimiento de caderas que yo mantenía y en menos de un minuto una abundante corrida salió mojando el culo y las piernas de aquella chica que me estaba dando tanto placer.

—Mírame —me dijo mientras la alumbraba con la linterna que había cogido de mi colchón

Se acercó sus manos llenas de mi leche a la boca y me saboreó poco a poco, igual que yo la había saboreado a ella, mientras un gesto extremadamente pervertido se dibujó en su preciosa cara.

—¿Creías que eras al único que le gustaban ciertas cosas? —me dijo mientras terminaba de chupar sus dedos.

—Me acabo de enamorar profundamente de ti —nos reímos los dos casi a carcajadas.

Mi polla se volvió a poner durísima y rozaba su trasero de nuevo. Empezó a frotarse otra vez contra mí, mientras suspiraba y un largo *mmmmm* se ahogaba en sus labios.

Me la guardé y me subí los pantalones. Le pedí a Eve que también se pusiera la ropa y me acompañase.

Nos levantamos y nos dirigimos a la puerta de atrás de la ermita. La abrí. Aún era de noche, pero un calor suave entró a través de ella.

Seguía lloviendo copiosamente y los rayos y truenos iluminaban el cielo oscuro.

—¿Quieres cumplir una de las fantasías sexuales que tengo pendientes? —le pregunté.

—Como te he dicho ya: lo que quieras —contestó besándome justo después.

—Ven.

De la mano corrimos los dos bajo la lluvia hacia el bosque que había entre el río y la ermita. La hojarasca de aquel inusual otoño se amontonaba en el suelo y nosotros corríamos sobre ella. De vez en cuando la miraba y notaba como su camiseta mojada se pegaba en sus voluptuosos pechos, trasparentando sus grandes pezones.

Llegamos a la ribera y, en una de las mesas de acampada que había allí, nos detuvimos.

Me volví y la besé con muchas ganas y nuestras lenguas batallaron por ver quién se movía más y soltaba más saliva.

Agarré su terso y gran culo y lo apreté con mucha fuerza y ansiedad. Su olor me volvía loco y levantándola en brazos la senté encima de los tableros de madera empapada.

Le quité la camiseta.

Las primeras luces del alba dejaban ver sus perfectas tetas y sus curvas voluptuosas. Su pantalón desapareció enseguida. No tenía las bragas puestas.

Me senté en uno de los bancos anejos a la mesa y abrí sus piernas todo lo que pude agarrándola de los tobillos. Ahora mi cara estaba frente a su delicioso coño y me pensaba deleitar comiéndole el coño hasta que se corriera.

Notaba el calor que emanaba de entre sus muslos aun con la lluvia cayendo encima de cada una de las partes de nuestros cuerpos. Empecé a lamer y a comer con ansia. Hacía mucho que no tenía las ganas de hacer un *cunnilingus* a nadie como a Evelyn. Un rayo iluminó el bosque seguido de un trueno.

Cada vez llovía más fuerte. Chorros de agua resbalaban en su cuerpo desnudo, entre sus grandes pechos, y llegaban a su coño, juntándose la deliciosa agua de lluvia con el sabor de Evelyn; y yo me bebía todo con unas ansias desmesuradas.

—Cómeme, Andrés. Cómeme el coño. —gritó—. ¡Cómemelo mientras me corro!

—¡Pídemelo! ¡Grítamelo! —le dije a la vez que volvía a meter mi lengua lo más hondo que podía en su vagina—. Dime que te vas a correr. Dime qué es lo que quieres.

—Correrme en tu boca ¡ME CORRO, CABRÓN! Chupa, chupa ahí… ¡SÍ! ¡JUSTO AHÍ!

Un líquido caliente llegó a mi boca y las piernas de Evelyn empezaron a temblar. De nuevo su espalda se curvó y su mano empezó a masturbar su clítoris violentamente mientras otra oleada de fluidos llegó hasta mi lengua:

—¡TOMA, ANDRÉS! Para ti, para ti. ¡BÉBETELO!

Yo obedecí mientras mi polla ya estaba fuera del pantalón y en mi cabeza solo se repetía una y otra vez ese *bébetelo.*

Poco a poco su orgasmo fue desapareciendo hasta que se relajó del todo y se quedó tendida sobre la mesa mientras yo, ya de pie la observaba desde arriba, disfrutando de sus jadeos y de las preciosas vistas de su cuerpo, belleza que se incrementaba cuando sus ojos se clavaban en los míos.

Ya llevaba un buen rato pajeándome mientras la miraba.

La lluvia seguía cayendo y, en ese momento, sin mediar palabra y sin que ella se recuperase lo más mínimo, acerqué mi polla a la entrada de su coño y se la metí. Entró fácilmente debido a la humedad propia y a la de la lluvia.

Un grito, que pareció de dolor, pero no lo era, salió de su boca.

—Hijo de p.... —dijo chillando mientras se mordía el labio—. Tu polla. Quiero tu polla. Dámela… Fuerte, Andrés ¡Métemela más fuerte! —gritaba mientras le penetraba una y otra vez —. ¡Fóllame fuerte!

Lo hacía lentamente mientras ella se recostaba de lado, pero en menos de un minuto le estaba embistiendo salvajemente.

Enseguida se puso bocarriba y colocó sus piernas en mis hombros, consiguiendo así que mi polla entrase completamente y que mis huevos chocasen fuertemente contra su coño.

Cada embestida era un movimiento voluptuoso y ondulante de sus preciosas tetas.

Con una mano empecé a masajearlas. Ella, con la suya encima de la mía, se apretaba más

aún, con tal intensidad que por un momento pensé que era imposible que no le doliese.

Cada vez gemía más.

—Pellízcame los pezones... por favor. Tira fuerte.

Eso hice, pero una vez más cogió mi mano y tiró ella misma para enseñarme cómo lo quería. Un grito de dolor placentero llenó el ambiente. Pensé que lo oirían desde la ermita.

Sin esperármelo, sacó mi polla de su coño con un movimiento de caderas y en el banco de madera puso sus rodillas levantado su culo mientras lo movía.

—Te voy a follar con todas mis fuerzas —le dije mientras abría sus glúteos con mis manos y le lamía desde atrás.

Se la acerqué al coño y antes de que me diera tiempo a meterla, Evelyn empujó sus caderas hacia mí de forma violenta, entrando mi polla en ella con mucha facilidad.

Agarrando su culo empecé a follármela con un ansia desbordada. En cada embestida mis huevos sonaban contra su coño y sus gritos crecían más.

—Hazme lo que quieras. Reviéntame el coño con la polla. ¡SIGUE, CABRÓN! —gritaba.

Lo di todo, lo juro.

—¡Qué coño más apretado tienes, Evelyn!

—¡Te he dicho que me lo revientes! ¡Dame más fuerte! ¡Ay, joder!

El movimiento de adelante hacia atrás se volvió muy violento, incluso llegando a sacar mi polla algunas veces teniéndola que volver a meter con la fuerza que mis músculos, ya cansados, me permitían.

Cada vez notaba que esperma se iba acumulando de tanta excitación e intensidad. Cuando empezó a llover con más fuerza resbalando gran cantidad de agua por mi espalda, un escalofrío me recorrió la columna notando esa sensación de placer de antes de eyacular.

—Te vas a correr ¿A que sí? —dijo jadeando mientas me miraba.

Me quedé asombrado. ¿Cómo podía saberlo?

—¿Es para mí? Dame tu leche… quiero tu leche sobre mí.

Sacó mi polla, que estaba a punto de soltarlo todo, y se arrodilló frente a mí. Pasó uno de sus brazos por debajo de sus perfectos pechos y los levantó. Parecían el triple de grandes.

—Córrete aquí, Andrés.

Empezó a pajearme intensamente mientras apuntaba a sus tetas.

—Perfecto. Me corro —jadeé—. Qué cerda estás hecha —le dije mientras me hacía una mamada alternada con una paja espectacular—. Aquí viene. ¡Toma, Evelyn!

Una enorme rociada de lefa salió a presión de mi polla, con tal fuerza que, en vez de ir a caer directamente a sus pechos, le dio en plena cara llenándosela en gran parte. Su reacción fue meterse mi polla en la boca mientras seguía saliendo leche.

—¡OHH, DIOS! —grité—. ¡Perfecto!

La dejó dentro mientras los chorros seguían saliendo. Me dejó correrme todo lo que quise y pude en lo más profundo de su garganta.

—Joder, joder, joder ¡Qué corrida más buena! —grite aún con los últimos espasmos de mi orgasmo.

Se tragó casi todo y lo que no pudo cayó en sus tetas resbalándole por la cara.

—Joder, qué rica está tu leche —dijo con cara de asombro, sacándose la polla de la boca para hablar. La volvió a meter para seguir chupando.

A mí me temblaban las piernas. La miré y con mis dedos recogí la lefa que tenía en su

frente y en sus mejillas y se la puse en la boca. La chupó tan ansiosa que no podía creérmelo.

—En serio, qué deliciosa está tu lefa. Tiene un sabor agradable.

Yo seguía alucinando con los comentarios.

—¡Dios, me he enamorado! —le repetí mientras restregaba mi polla por su cara ya más flácida debido al orgasmo.

—Estamos de convivencia religiosa, Andrés: ***No tomarás el nombre de dios en vano***.

PLACER EN EL COCHE CON HELENA.

Una de las cosas que más me gusta de Andrés —sí, porque Andrés me gustaba, aunque estuve mucho tiempo negándolo— era ese punto de exhibicionista y *voyeur* que poco a poco me fue mostrando con cada experiencia.

Alguna vez casi me pilla observándolo por la ventana mientras estaba con alguna amiga ya que le gustaba salir a la terraza a follar para sentir que estaba teniendo sexo al aire libre tal y como me lo había dicho alguna vez. A mí me encantaba que tuviera ese fetiche y poco a poco me lo contagió.

Al principio no entendía cómo podía ponerle ese tipo de situaciones, pero a base de vivirlas yo, lo comprendí.

Me confesó varias veces que su sitio favorito para follar era el coche y que más de una vez teniendo sexo en él salían fuera a terminar el polvo en la calle o donde estuvieran. La incertidumbre de que te puedan ver o pillar era muy excitante y a mí me pasa también. Eso de que me pudieran pillar masturbándome mientras miraba a mi vecino follar, era algo que… bueno, que me ponía en exceso.

Esto me hace recordar aquella vez que estábamos tomando copas en un bar y salimos a la calle debido al agobio y a la aglomeración de gente.

Acabamos en un callejón oscuro masturbándonos uno frente al otro mientras observábamos a una pareja que estaban follando detrás de unos coches. Los vimos y nos vieron.

Fue uno de los orgasmos más excitantes que recuerdo: miraba a Andrés con la polla en la mano, miraba a la pareja follando y miraba mi coño húmedo a punto de correrme. Sencillamente ¡GENIAL!

Desde entonces he aprendido y practicado muchas veces: Me he masturbado en un autobús donde no había nadie y me he grabado, he espiado a parejas follando en hoteles mientras me corría con mi consolador, he llevado vibradores o bolas chinas a reuniones en la sala común de la redacción.

Para mí, ese morbo de que puedan pillarte es una sensación muy estimulante que apenas se parece a otras.

¿Recordáis a Helena? ¿La chica que folló con Andrés y a la que espié al principio de este libro? Pues bien, esta es la historia de la primera vez que me atreví a seguir mi instinto *voyeur* y a mi vecino para espiarle fuera de casa. Este momento fue donde me di cuenta de lo mucho que me gustaba ver a otros teniendo sexo.

Estando de copas con unos amigos en el centro de Málaga, los vi a ellos y a otro grupo con el que estaban. Cuando se fueron de allí los seguí y los espié mientras follaban en su coche, yo me masturbaba en el mío a escasos metros.

Quizá por todo esto es uno de mis relatos favoritos y, mientras lo transcribía, recordaba cada imagen y cada sensación.

Me he masturbado con muchas de las historias de Andrés, pero esta sin duda es con la que más… de hecho he empezado a masturbarme mientras escribía estas palabras.

——— RELATO ———

Siempre lo he dicho: No soy guapo, soy un hombre normal, pero sé calar rápido a la gente y tengo el don de saber de qué manera debo tratarles.

Eso sí, nunca engaño a nadie.

Prefiero decir la verdad por mucho que duela o por muy cabrón que sea el momento, antes que mentir, ya que para mentir bien hay que saber hacerlo y hay que saber mantener la mentira.

En una serie de televisión que sigo siempre dicen *que la clave de una buena mentira son los detalles* y yo los detalles como que los llevo un poco mal (según de qué cosas) y es por eso por lo que no recuerdo de donde era Helena, una chica de Europa del Este que limpiaba en mi oficina.

Era muy guapa. Tenía un precioso pelo castaño y unos ojos verdes que penetraban a cualquiera. Medía un metro cincuenta y siempre tenía el semblante serio de esos que denotan una vida dura y curtida. Además, su habla también era seria con un casi perfecto castellano. Nos caíamos muy bien, nos contábamos cosas, aunque nunca bromeábamos entre los dos.

Ella solía venir a la oficina sobre las 7 de la tarde, hora en la que se suponía que todos deberíamos estar en casa, pero como yo quería hacer las cosas bien, echaba más horas que un tonto en el trabajo.

Helena me contaba historias de su vida: cuándo llegó a España; por qué dejó su país de origen; los problemas con sus ex; el maltrato que había sufrido de algún cabrón... por eso siempre era muy reticente a tener amigos masculinos.

Yo era uno de ellos, pero amigos de trabajo. No habíamos quedado nunca fuera de la oficina y nunca lo habíamos propuesto, pero sabía de su vida personal más que algunas de sus mejores amigas.

—Tengo una triste noticia para ti —dijo con la cabeza agachada—. El viernes es mi último día aquí. Me han contratado para cuidar una casa y es todos los días a jornada completa. Buen sueldo y con una familia fantástica.

—¡Por fin! Me alegro mucho por ti. Ahora ya tenemos una *excusa inexcusable* para poder quedar fuera del trabajo —le dije mientras me sonreía agachando la cabeza.

Era de las pocas veces que la veía sonreír, en parte por mis palabras y en parte por la felicidad que se escondía detrás de sus ojos.

—Te lo mereces. Eres una *curranta* nata. Me alegro mucho por ti, de verdad —reiteré mientras cogía unos papeles en la fotocopiadora.

Pocas veces nos mirábamos a los ojos, no por vergüenza ni nada, sino porque la mayoría de las veces los dos nos encontrábamos haciendo cosas cada cual de su trabajo y no coincidía, pero al volverme estaba detrás de mí. Solo me acerqué y la abracé fuerte.

—En serio. Me alegro como si me hubiese pasado a mí, ya lo sabes —susurré en su oído.

Al principio Helena no devolvió el abrazo, pero viendo que mi intención era totalmente sincera en aquel momento me abrazó muy fuerte. Cuando se retiró le caían lágrimas por las mejillas. Ni le pregunté. Sabía que eran de felicidad al saber que había tenido poca lo comprendí al instante. Solo pude ofrecerle un pañuelo de papel.

—¡Ay, *Helenita*! Venga, que este viernes después de trabajar te espero y vamos a celebrarlo. Llama a todos tus amigos y nos vamos a cenar.

—¡VALE!

Sinceramente me sorprendió la respuesta tan rápida y positiva y sin darme cuenta llegó el viernes.

Helena como cada día limpió las instalaciones pulcramente. El jefe, de los pocos buenos que ella había conocido esperó a que llegara, se despidió, le dio las gracias por estos años de trabajo y tuvo un buen detalle económico con ella.

Le dio otro abrazo y me alegré de que lo hiciera. Le demostró la calidad como persona que tenía con respecto a nosotros.

Ahí descubrí que cualquier ser humano, por mucha coraza que quiera tener, necesita de alguna forma u otra, exteriorizar sus sentimientos tarde o temprano. Tanto buenos como malos. La famosa *calidez humana.*

Salió del despacho y el jefe y este se marchó despidiéndose hasta el lunes. Helena se acercó a mi mesa:

—Ya he terminado. Voy a ducharme y nos vamos.

—Perfecto —contesté—. Así me da tiempo a terminar este informe.

Veinte minutos después escuché abrirse la puerta del vestuario y Helena apareció a lo lejos.

Me quedé completamente abrumado.

Un vestido negro ceñido y bastante corto mostraba su espectacular silueta y dejaba ver unas preciosas piernas blancas. Su media melena castaña clara, casi rubia y recién arreglada se movía hacia adelante y hacia atrás con cada paso que daba.

Ella se seguía acercando y mi *cara de tonto* no desaparecía al no poder salir de mi asombro.

Es verdad que alguna vez le había mirado el culo mientras limpiaba, y más cuando traía uno pantalones de licra negros que le quedaban muy bien, pero no pasó de ahí; y es que no me esperaba semejante figura, semejante cuerpo escondido en aquella mirada triste.

—¿Vamos? —preguntó.

—Vamos.

Bajando en el ascensor Helena me sorprendió observándola en el espejo mientras retocaba su pelo. Se reía.

—¿Qué? ¿Nunca me habías visto *de esta guisa*?

Siempre me sorprendía con expresiones en castellano que ni yo solía usar. Expresiones antiguas o tan rimbombantes que ni yo las había oído.

Eso me gustaba.

—La verdad es que no. Estás guapísima… bueno, eres guapísima… siempre eres guapa… estás guapa.

—Anda, cállate que *te estás metiendo en un berenjenal* del que no vas a saber salir —otra expresión más de esas que me gustaban.

A mí las mujeres me han gustado siempre cuanto más naturales mejor, pero he de admitir que su maquillaje, su vestido, su peinado… todo tan sofisticado, me dejaban con la boca abierta.

Se dio la vuelta, me miró y soltó un *gracias* con la sonrisa más grande que nunca le vi en los labios.

Llegamos al restaurante donde quedamos con más gente para cenar. Cuál fue mi sorpresa que los únicos hombres éramos, Ramón y su pareja Antonio, además de mí. El resto eran amigas de Helena.

Nos sentamos en el lugar que habíamos reservado en el restaurante *Picnic*.

Una gran mesa cuadrada en una esquina del local nos sirvió para una agradable cena, conversaciones amenas y bastantes brindis con vino blanco para desearle lo mejor en su nuevo trabajo a la homenajeada.

En uno de esos choques de copas no pude evitar mirar el borde de encaje del sujetador que sobresalía levemente de su vestido ceñido. Cuando me quise dar cuenta me estaba mirando fijamente un tanto seria.

Pensé que se había enfadado me acerqué a su oído para disculparme, pero antes de poder hacerlo su mano se estaba deslizando debajo de la mesa mientras acariciaba mi pierna.

Di un brinco descomunal que mi hizo golpear la mesa con la rodilla seguido de un *perdón* nervioso. Helena volvió a reírse con la mirada caída.

No sabía qué hacer, era de las pocas veces ya que me habían sorprendido de aquel modo ante una situación de este tipo. Normalmente las veía venir, pero aquella vez no.

Miraba nervioso a mi alrededor buscando alguna señal por alguien se había dado cuenta, pero cuando vi que no decidí jugar con ella un rato. Normalmente, era yo quien solía provocar este tipo de situaciones.

Bajé mi mano debajo del mantel, cogí la de Helena y la puse sobre mis rodillas. Creo que pensó que aquello me había molestado porque hizo el ademán de quitarla, pero rápidamente la volví a coger disimuladamente y la coloqué de nuevo allí.

Me miró confundida.

Me había bajado la cremallera del pantalón y mi polla estaba fuera mientras seguían las conversaciones entre los comensales. Hice que la cogiera con su mano.

Sus ojos se llenaron de una mezcla de vergüenza y excitación, me miró y a continuación empezó a acariciarla de arriba abajo sutilmente.

Jugaba con ella entre sus dedos sin hacer excesivos movimientos. Bajaba hasta mis huevos y los masajeaba con cuidado.

Era una sensación sumamente placentera, maximizada por el morbo de hacerlo con la gente delante.

—Como sigas así me voy a correr —le dije acercándome a su oído.

—¡*Los secretos en reunión*[27]...! —dijo una de sus amigas con cara de situación.

—Le decía que hiciera el favor de dejar de meterme mano por debajo de la mesa.

Helena se sobresaltó y sacó corriendo la mano de debajo del mantel y la levantó:

—¡Claroooo! Esas son tus ganas —se echó a reír junto con los demás.

Bebió un poco de vino de su copa helada y enseguida la volvió a bajarla retomando la actividad anterior.

Ahora me gustaba mucho más porque tenía la mano fría y mojada al haber sostenido la copa en ella.

Apreté su muñeca un par de veces indicando que me iba a correr, y lo solté todo. Allí mismo me corrí, aguantando el tipo como pude, sentí como un chorro caliente salió de mi polla mientras Helena la sujetaba entre sus dedos.

Limpió la mano con una servilleta de forma disimulada y la dejó caer al suelo.

Me guardé la polla en el pantalón e intenté mantenerme lo más calmado posible. En ese momento Helena se reclinó hacia atrás y su vestido se había subido un poco más de la cuenta. Abrió ligeramente las piernas y vi que no llevaba bragas. Un poco de vello se dejaba entrever

entre ellas.

Se me hacía la boca agua solo de pensar lo que quería hacerle.

Acerqué mi mano a la boca, humedecí dos dedos de manera que nadie me viera y repetí lo mismo que ella había hecho conmigo: La deslicé disimuladamente hasta su entrepierna, le metí dos dedos, jugué un poco con su coño y acercándomelos de nuevo a los labios los lamí. Helena me miró con la boca entreabierta y cara de asombro. Ese gesto en su cara me era excitantemente caliente.

Enseguida terminamos y nos fuimos al Morrissey's[28], cerca de la Plaza Unzibai. Entraron gratis todas las mujeres y a los hombres nos tocó pagar ¡Qué rabia me daba eso! En otra situación me hubiera negado, pero era mirar a Helena y no poder pensar en otra cosa.

Fuimos los dos a la barra a pedir algo y mientras se apoyaba en ella su precioso culo se marcaba a la perfección debido a aquel vestido ceñido y provocaba las miradas de hombres y mujeres que estaban alrededor.

Me acerqué por detrás y la abracé mientras apoyaba mi entrepierna en su culo disimuladamente.

Enseguida Helena empezó a moverse arriba y abajo haciendo como que bailaba al ritmo de la música, muy estridente todo sea dicho, pero que yo apenas escuchaba al centrar mi atención en otras cosas.

Pasé mis brazos alrededor de su cintura y la apreté contra mí. Antes de que el camarero llegase frente a nosotros, una de mis manos estaba debajo de su vestido y la otra por encima de sus tetas. Enseguida las retiré para que el *barman* no nos pillase.

No me cuadraba.

Su coño estaba muy suave y no noté vello ninguno, aunque yo había visto lo que había visto en el restaurante. Más tarde descubrí que tenía un precioso triángulo a modo de flecha en la parte superior, que daba mucho juego, y el resto totalmente rasurado. Una flecha que indicaba justo el lugar perfecto para mi lengua.

Volvimos a la zona donde estaban los demás. Ella se puso a bailar con sus amigas y con Antonio, que era un bailarín nato. Daba clases de *aerobic*, *step* y *aeroboxing* en un gimnasio de Benalmádena.

Helena se acercó a mí:

—Vamos al baño y follamos, ¿no?

Llamadme tiquismiquis, pero solo he follado una vez en el baño público y me niego a volver a hacerlo. Fue uno de los peores polvos de mi vida y no por la otra persona sino por el lugar, las prisas, etc. A mí me gusta de otro modo.

—De eso nada. Te vienes a mi casa y allí disfrutamos lo que haga falta. No quiero que seas un simple polvo de una noche, tú no te lo mereces. Te aprecio muchísimo —era de las mejores amigas que he tenido... y tengo.

Se dio la vuelta, y delante de todos, me besó. Sentí como si la música se detuviese y toda la discoteca nos mirase. Su lengua jugó con la mía un buen rato y noté su delicioso sabor y el ansia que nos teníamos además del vino.

Me encantó y aunque me pareció largo no fueron más de 5 segundos. Comprendí que para mí el tiempo se había detenido.

—Ya sabía yo que aquí había *mantecao* —dijo Antonio sin parar de bailar casi gritando debido a la música tan alta—. ¿Desde cuándo?

—Desde hace unos minutos —contesté.

Antonio se sorprendió.

—Perfecto. Así que *¡Esta noche carricoche!*[29] —dijo su novio bastante perjudicado por el alcohol—. Con el tiempo que lleva sin echar un polvo, te va a destrozar.

—¡Qué mariquita! —le dije con tono simpático.

—A mucha honra, guapo —me contestó riéndose mientras se alejaba de nosotros con unos pasos de baile bastante cómicos.

La noche parecía no acabarse, pero a las tres de la madrugada todos decidieron irse y mientras recogíamos abrigos, noté un cosquilleo en mi entrepierna. Estaba completamente empalmado y así llevaba ya un buen rato ya que, en cada escapada a la barra había un roce, un beso o un baile sensual. Además, mi mente incentivaba aquella erección con cada escena que imaginaba con ella.

Nos montamos en mi coche y a los pocos minutos de arrancar puse mi mano sobre la rodilla de Helena, aunque rápidamente la subí hasta quedar debajo de su falda.

Su coño estaba caliente y un par de gemidos deliciosos salieron de entre sus labios rojos los cuales ya mordía mientras me miraba fijamente a los ojos.

Cogió mi mano con las suyas y se masturbó a placer con ella. Unos intensos gemidos salieron de su boca mientras yo conducía totalmente absorto en su respiración que hacía que sus pechos se hinchasen de una forma rítmica. Se volvían enormes con cada inspiración.

Helena se bajó el vestido sacando sus dos preciosas y erguidas tetas. Pellizcaba sus pezones duros habiéndose humedecido previamente sus dedos con saliva.

Su cuerpo se arqueaba en el asiento del acompañante. Me quedé asombrado cuando se puso de rodillas en él y mientras yo seguía conduciendo se fue a la parte de atrás, se quitó el vestido y se tumbó con las piernas abiertas masturbándose intensamente. Un pie se apoyó en el asiento del conductor y el otro en el asiento del pasajero.

Podía ver su coño perfectamente abierto mientras con una mano se estimulaba el clítoris y con la otra se metía los dedos constantemente.

De su boca salían gemidos y gritos deliciosos.

El ruido de su coño húmedo siendo penetrado por sus dedos con una gran fuerza era acuoso y solo podía centrarme en él. Pensé en las ganas locas que tenía de poner mi boca entre sus piernas y comer hasta que se me durmiera la lengua.

El coche ya olía a sexo intensamente.

Acomodé el espejo retrovisor para no perderme nada:

—¡Mira! ¡Mírame! ¡Que me corro, Andrés!

Levantó sus caderas con fuerza y apoyando su espalda en los asientos dejando su coño muy cerca de mí mientras gritos descontrolados llenaban el coche de chillidos orgásmicos.

No salía de mi asombro mientras yo no perdía detalle y me acariciaba la polla por encima del pantalón.

No me podía creer que eso estuviera pasando, pero menos me podía creer que no estuviera yo detrás participando en aquello.

Unos pocos espasmos finales la dejaron exhausta en el asiento de atrás. No podía dejar de mirarla... ni ella a mí.

De un salto impropio después de haberse corrido de tal manera y con tanta intensidad, pasó al asiento de delante completamente desnuda:

—Cuanto tiempo sin correrme así, dios mío —dijo mientras se acomodaba el pelo detrás de la oreja y sus mejillas rojas brillaban en la oscuridad del coche.

Estaba preciosa.

—Venga que el semáforo está en verde —me dijo mientras se reía.

Allí estaba, desnuda, a mi lado. Puso la calefacción y de repente su mano quito la mía de mi entrepierna y empezó a acariciármela.

—¡Qué ganas tengo de polla!

Un ruido de cremallera sonó y la presión que tenía dentro de los pantalones se alivió enseguida.

En pocos segundos estaba haciéndome una mamada. ¡Le encantaba hablar con ella en la boca! y no sé por qué, pero eso me ponía demasiado.

—¡Qué rica está tu polla! Si supieras la de veces he querido hacerlo debajo de tu escritorio y he estado a punto…

—Calla, joder —le dije sujetándole el pelo mientras empujaba su cabeza a mi entrepierna.

—Mmmm, cabrón. Y parecías medio tontito —apreté más fuerte mi polla dentro de su boca sin ser rudo—. Mmmmmmmmm —volvió a escucharse al hacerlo.

Yo seguía conduciendo camino a la urbanización de mi casa, pero Helena me dijo que parase donde pudiera. *Quiero tu polla en mi coño ¡Ya!* Palabras literales.

Así lo hice, pero antes de parar ella ya había vuelto a los asientos de atrás.

—Ven, nene —odiaba que me llamasen nene, pero esta vez me puso muchísimo—. Ven aquí y dame tu polla.

Ella y sus expresiones.

Antes de ir me quité la ropa y eché los asientos hacia delante lo máximo que pude.

Cuando fui a pasar a la parte trasera tropecé y fui a dar con mi cabeza cerca de su coño. Así que aproveché y abrí la boca, saqué mi lengua y lamí su deliciosa entrepierna de abajo arriba con toda la saliva que pude. Solo escuche un *¡Ay, cabrón!*

—De eso nada —se quitó enseguida y me obligó a sentarme en el centro de los asientos mientras con sus manos me abrió las piernas, se colocó entre ellas y empezó a comerme la polla otra vez con gran intensidad—. Yo ya me he corrido una vez, te toca a ti correrte—dijo con otra vez con la boca llena.

—Como sigas así voy a tardar poco…

El ritmo, aparte de rápido, era intenso. Tenía una garganta portentosa con la que me hacía una mamada profundísima y sin apenas inmutarse.

Usaba poco las manos y cada cuatro o cinco movimientos de subida y bajada, se quedaba quieta con la polla completamente metida en dentro. Después hacía unos movimientos deliciosos con su lengua y seguía aquella velocidad trepidante.

Simplemente perfecta y húmeda.

—Joder, Helena, que me corro ya… ¡Va a salir mucho! —le dije avisando.

Se la sacó de la boca y dijo:

—Quiero toda la leche que me des, Andrés—y volvió a metérsela en el fondo de la garganta con esa facilidad que me dejaba pasmado.

Me agarró del culo y lo empujo hacia ella haciendo fuerza para que llegase lo más profundo posible.

Agarré su pelo y empujé su cabeza, esta vez bastante más fuerte.

Os juro que aquí fue donde se me escapó mi primer *puta* abiertamente a una mujer en estas situaciones. Sé que a todas no les agrada, pero a muchas sí que les pone.

—Hostia qué puta ¡Joderrr! ¡Joder!

Dejé salir lo que había estado reteniendo en mis huevos toda la noche y salió tanto semen que pensé que se iba a atragantar, pero lo único que sentí era como se lo tragaba, sin inmutarse. Todo lo que solté acabó bebido, tragado y saboreado.

Ese fue el momento donde descubrí que follar en el coche era una de las cosas que más me gustaba hacer.

Se la saqué de la boca aun chorreando saliva y semen y de un salto se sentó sobre mí de espaldas antes de que se me bajara la erección.

Tenía un precioso tatuaje de un *mandala*[30] en medio de su cintura. Además, los *hoyuelos de Venus* se notaban encima de sus caderas y eso me ponía cada vez más cerdo.

Helena era ese cúmulo de características sexuales que solo sumaba al morbo, al vicio y al placer.

Al dejarse caer sin delicadeza mi polla entró de golpe en su coño y noté un calor extremo que emanaba del fondo de su vagina.

Se la clavó con fuerza mientras gritaba algo ininteligible entremezclado con gemidos extremadamente calientes.

Ahí se quedó un rato, inmóvil y apretando su pelvis lo más que podía contra mi cuerpo para que mi polla llegase lo más profundo posible.

Se agarró a los reposacabezas delanteros y se levantó un poco sacando parte de mi rabo fuera de ella, casi hasta el glande.

Enseguida volvió a dar otra sentada más fuerte que la anterior y así empezó a meterla y sacarla sin parar.

Pensé que, o bien el ritmo o bien la intensidad de las penetraciones bajaría, pero nada más lejos: Cada vez más rápido, cada vez más fuerte y cada vez más caliente.

Mis huevos no paraban de chocar contra su coño y a ella le gustaba:

—¡Qué huevos cabrón! ¡Cómo suenan! Te los voy a vaciar —seguía impresionándome con sus expresiones en castellano hasta follando—. ¡Ay! ¡Sí, por favor!

—Eres una pasada follando. Clávatela bien... vas a hacer que me corra otra vez, que put... —me callé pensando que le podría molestar.

Sacó mi polla rápidamente, se la metió en la boca, la introdujo hasta el fondo de su garganta tres o cuatro veces y se la volvió a meter en su coño esta vez sentada de frente a mí.

—¡Dilo, cabrón! Di que soy una puta —me jadeó al oído mientras el fuerte ritmo de las penetraciones empezaba de nuevo —¡Que lo digas! Di que soy la mejor puta a la que te has follado —gritó mientras me cogía del cuello para poder seguir con aquel ritmo tan intenso.

Empecé a chupar, morder y a apretar sus preciosas tetas que no paraban de botar enfrente de mi cara y eso solo hacía calentar más a Helena que ya casi se daba con el techo del coche debido a la amplitud de la follada que me estaba dando.

Ella las apretó también con sus manos para guiarme a la intensidad que lo quería:

—Aprieta así, nene, así. Justo así.

—Eres una zorra —sus jadeos crecieron mientras se reclinaba hacia atrás dejándome ver a la perfección sus tetas cubiertas por mis manos—. Estás impresionante follando así.

Era puro vicio.

—¡Hijo de puta! ¡Hijo de putaaaa! —no paraba de gritar eso.

Levantó las piernas y se puso en cuclillas, pasando los brazos de nuevo por los cabeceros de los asientos. Si los movimientos antes eran profundos y fuertes, ahora ya no tenían piedad.

Mis huevos me dolían de los golpes que recibían cada vez que sus caderas bajaban, pero un dolor a la par muy placentero.

Poco a poco notaba como mi polla iba quedándose hipersensible, señal de que en breve me iba a correr, pero antes de eso Helena gritó.

—¡Me corro, Andrés, me corro! ¡Pellízcame los pezones, por favor! ¡FUERTE!

Y eso hice, pero ya que uno de ellos lo tenía en la boca, lo mordí y soltando una de mis manos de su culo, el cual azotaba bastante, le pellizqué el otro.

—¡Más, más! ¡Más fuerte! ¡Aprieta más, por favor! —pensé que le iba a hacer daño, pero obedecí.

Un grito descomunal, mezcla más de placer que de dolor emergió de su garganta.

—¡Mis tetas joderrrr! ¡Mi coño, mi coño! —pude entender con un tono de desesperación que no le permitía articular bien las palabras.

Con un movimiento bastante más lento de caderas, empezó a azotarse el clítoris fuertemente con una mano, eso me dejó descolocado, pero me gustó excesivamente.

Con cada golpe se escuchaba un salvaje *así* y en cada uno de ellos un poco de fluido salía de Helena mojando mis huevos y mis piernas.

Ella me enseñó a masturbar a chicas con golpecitos en el coño y puede ser muy excitante.

Enseguida dejó de moverse mientras me abrazaba la cabeza quedando sus tetas con mi cara entre ellas. Empecé a besarlas y a lamerlas, así como sus pezones aun erectos y sensibles.

Intensos jadeos no paraban de salir de su garganta.

Me cogió la cara me la levantó y me besó tiernamente mientras nuestras respiraciones y nuestro beso húmedo era lo único que se escuchaba dentro del coche.

—¿Y tú aun sin correrte? No me lo puedo creer.

—Estaba a punto, pero cuando has empezado a azotarte el coño he alucinado y... Solo quería oírte gritar.

Se sentó a mi lado abrazada a mí. Yo seguía acariciando su entrepierna que aún vibraba. Su cuerpo temblaba y los jadeos seguían sucediendo.

—Me encanta follar contigo —me dijo mirándome a los ojos mientras me empezaba a hacer una paja con la mano empapada de sus fluidos—. Espero repetir.

—Cuando quieras, es una barbaridad lo salvaje que te vuelves.

—Andrés… llevaba muuucho tiempo sin follar.

Miró mi polla y se agachó empezando a chupármela de nuevo.

—Ufff, si es que además tienes una boca impresionante. Así Helena. Me quiero volver a correr en ella.

Nunca se lo dije, pero ha sido la chica que mejores mamadas me ha hecho jamás y os prometo que no exagero.

El ritmo fue creciendo hasta que se volvió salvaje y cuando me corrí volvió a tragarse toda mi corrida que no había soltado al follar.

No dejó ni una gota y mi polla volvió a quedar limpia.

Me confesó que le encantaba hacer mamadas con garganta profunda y a tragarse las corridas. Ahora me explicaba bastantes cosas.

Estuvimos un rato hablando después de correrno, nos vestimos y nos fuimos a mi casa.

Allí la maratón de sexo duró hasta el lunes de madrugada con muchas anécdotas y experiencias nuevas que ya os contaré en otro momento.

NO HAGO PORNO CON RAZÓN.

—Vanessa, eso no te lo voy a enseñar. Son cosas que me han confiado a mí por algo y no pienso mostrarte.

—Pero ¿por qué, Andrés? ¿No te fías de mí?

—Si no me fiase de ti no te estaría contando todas las cosas que te estoy contando ni confiándote todos mis secretos íntimos, ¿no crees? —le dije con gesto serio—. ¿Quieres ver vídeos míos follando? Los hacemos nosotros si se apetece y los vemos después haciendo lo que nos dé la gana.

Un cosquilleo me recorrió la entrepierna al imaginarlo y me mojé.

Le había pedido que me enseñara su colección de vídeos caseros de sexo que un día me confesó que tenía guardados para cuando le apetecía verlos. Grabados por él, con él o para él.

Le propuse que los viésemos juntos, pero no quiso. Decía que, al igual que si nosotros hiciésemos vídeos juntos no se los enseñaría a nadie jamás.

Era fiel, mucho, a todo el mundo y, aunque a veces esa fidelidad no hubiese sido recíproca, él la mantenía. Eso me gustaba mucho porque pocas personas son tan fieles con Andrés.

Una de las cosas de las que más orgulloso estaba era de haber sido fiel en todas sus relaciones. Fiel y sincero.

Andrés, había sufrido infidelidades por parte de algunas chicas de las que ya hemos hablado. También sufrió traiciones y no por ello dejaba de hacer bien las cosas.

—Pues quiero —le dije con tono de enfado—. Quiero que me folles y me grabes. Quiero que veas como grito, cómo me corro contigo y después volvamos a follar mirando los vídeos. Quiero hacer muchos y tener una colección más grande que la que tienes tú.

—Está bien. Pero yo lo prepararé todo y te diré cómo y cuándo— me contestó—. Ahora ven aquí.

Me acercó a él, me abrazó y me hizo uno de los mejores *cunnilingus* que me ha hecho nadie.

Mi orgasmo fue en su boca y el suyo en la mía.

——— RELATO ———

Solo pasó una vez, pero juro que no volverá a pasar.

… es una de esas excusas que suenan a barata, de esas que son el típico tópico que inunda las relaciones amorosas teóricamente monógamas de las cuales se ha perdido el significado, pero en mi caso no lo es, pasó una vez y no volverá a pasar más ¿o sí?

Yo siempre lo he reconocido, SOY UN PERVERTIDO. Eso sí, nunca faltaré el respeto a nadie y mucho menos a una de mis parejas sexuales ya que siempre he pensado que, sea en este aspecto, en una relación familiar o de amistad, lo que siempre debe prevalecer es el respeto, y esa

semana no me respeté.

Era una época de descubrimientos para mí, acababa de dejar a un lado los falsos moralismos de la religión y gracias a dios —más bien gracias a mí y a mi círculo de amistades más cercano— me encontraba más sano que nunca en un viaje de abastecimiento personal, emocional y sexual.

En esta época, una de las cosas que más me gustaba era quedar con Rebeca, quien me enseñó cosas sobre el sexo que yo desconocía: Mi primer beso negro (activo y pasivo), estimulaciones de zonas que yo no asociaba con el placer, a hacer nuestras propias escenas de vídeos sexuales *amateur*[31], las cuales después visionábamos por separado para masturbarnos o bien en pareja para volver a follar como nos gustaba.

Poco a poco fui cogiendo el gusto a eso de grabarme de forma totalmente *aprofesional*, pero siempre por y para mí y la persona que estaba conmigo.

Me encantaba llegar a casa, a veces incluso después de largas sesiones de sexo satisfactorio y ponerme en la televisión los vídeos grabados. Me masturbaba mientras me veía disfrutando y viendo disfrutar.

Una de las cosas que más me gustaba hacer con Rebeca (*Beki* para los amigos), era hacernos pasar por una pareja sentimental e irnos a *clubs swingers*[32], pero que no fueran de la zona ya que más de una vez probamos alguno y puedes encontrarte con gente de tu entorno y que sea una sorpresa no deseada.

Alguna pareja de mi ciudad sigue mirándome de forma diferente después de aquel día… como si ellos no hubiesen estado allí, vaya.

El caso es que estando de vacaciones, me fui con Beki a Sevilla una semana entera donde disfrutamos mucho, sobre todo visitando el club liberal *Acacia Swinger* que se encuentra cerca del Parque Alcosa.

Recuerdo que, de camino a Sevilla, en mi coche y mientras conducía, ya íbamos calentándonos el uno al otro. Nos masturbábamos mutuamente. Parábamos en caminos para follar o simplemente para tocarnos un rato.

Rebeca además hacía una cosa que me encantaba cuando me mamada la polla: cada vez que decía que me iba a correr, paraba unos segundos a que se me pasara la sensación y seguía un poco más. Podía estar cuarenta y cinco minutos así, sin parar. Imaginad qué clase de corrida se tenía que tragar después de hacerme eso. Pero ella disfrutaba, no porque se le notase (que también), sino porque me lo decía:

—Joder Andrés. Cualquier día me ahogas con una corrida.

—No, si encima ahora la culpa será mía ¿Qué esperas si estás cargándome los huevos una y otra vez y no dejas que me corra? Pues que luego viene todo de golpe —le contesté aun eyaculando un poco solo de recordarlo.

Además, soy una persona que aprendió a dejarse llevar en estas situaciones y me encanta decir lo que algunos consideran ordinarieces. Yo las denomino *vocablos liberados del placer* (sí, así con ese punto de rimbombancia) y dejo que salgan de mi boca los más oscuros deseos sobre el sexo junto con sus correspondientes expresiones.

Si a alguna chica no le gustan o le molestan, con decírmelo basta. Sé controlarlos. Al fin y al cabo, el sexo es cosa de dos —o de tres o de nueve— y lo importante es disfrutar siempre con respeto. Por ese motivo siempre he defendido, aconsejado y practicado la comunicación previa. Si supierais lo bueno que es y la cantidad de cosas que se consiguen con un simple

Bueno, ¿y a ti que te gusta? Dímelo y lo haremos. Es otro nivel.

Pues bien. Salíamos sobre las ocho y media de la tarde del Hotel San Pablo camino al club.

Esas noches en las que se avecinaba sexo pleno y normalmente salvaje solíamos no cenar para sentirnos más ligeros así que fuimos directamente al local.

Llegamos a la puerta sobre las nueve y diez y fuimos recibidos amablemente por una señorita delgada de unos veintidós años, una melena larga y una figura esbelta, aunque para mi gusto personal le faltaban bastantes kilos. Quien me conoce sabe que no lo digo como crítica. Soy fiel defensor de no criticar el cuerpo de nadie porque el mío está lejos de ser un cuerpo para nada perfecto desde el punto de vista normativo.

Cada persona es como es.

Simplemente por si queréis saber qué clase de mujeres me suelen gustar: siempre he sido hombre de curvas donde agarrar.

Beki, que era bisexual. Le miró el culo a la chica del recibidor por encima de una falda de encaje semitransparente. Me miró insinuando *si la noche empieza así...* y así era porque en algunos clubes que habíamos visitado, el servicio, la zona y el local había dejado mucho que desear.

Este la verdad es que apuntaba bien.

Al entrar nos pusimos unas pegatinas con nuestros pseudónimos y como no, yo con mi nombre por delante, *"Lick it up"* (como la canción de Kiss), ya conseguí que algunos ojos femeninos se posaran sobre mí con un ligero repaso y toma de contacto.

Nos pedimos un par de copas, las mías sin alcohol, y cuando me quise dar cuenta Rebeca ya tenía la compañía de un matrimonio más mayor, como a ella le solía gustar.

Lo que *Beki* quería era intentar conseguir apartar al marido y pasar una noche lésbica brutal con la esposa, dejando al hombre bastante caliente.

Una vez que ella quedaba satisfecha, el marido se follaba a su mujer con unas ganas increíbles después de haber estado aguantando toda aquella excitación. *Beki* aprovechaba para masturbarse mientras los veía disfrutar. La verdad es que a mí me excitaba su juego.

Como ya sabéis me gustan las mujeres mayores que yo, pero aquella noche me llamó la atención *Srta. Squirts*, como ponía en su identificación y claro, con ese nombre me tuve que acercar *ipso facto*.

Se encontraba sola y le pregunté si le apetecía de mi compañía. Me invitó a sentarme y charlamos.

La *Srta. Squirts* me contó que procedía de Cáceres y que tenía veinticuatro años. Había venido de visita a conocer Sevilla con su pareja que era ocho años mayor que ella y que, buscando clubes nocturnos, les apareció este y quisieron probarlo. Habían visitado también alguno de Madrid y Barcelona.

En ese momento me di cuenta de que Rebeca había desaparecido ya con la otra pareja.

La *Srta. Squirts* también me contó que se dedicaba al mundo de la moda cuando, de repente, su pareja apareció y se sentó bruscamente en el sillón del otro lado de la mesa:

—Vaya, vaya ¡*Mr. Lick it up*! Soy Jeremy —me lanzó la mano para estrechar la mía.

—Encantado. Un placer —contesté dándole un apretón.

Entendí rápidamente la analogía de su pseudónimo ya que era un hombre que se parecía enormemente a Ron Jeremy, aquel actor porno judío de los ochenta, contrario a todos los estereotipos y cánones de bella y del porno de la época... bueno, de ninguna época.

No es que yo sea un *bellezón* como he dicho antes, ni mucho menos. Me considero un tío normal, y tampoco me gusta juzgar a nadie por su belleza, pero esta vez me pregunté que cómo una chica como la *Srta. Squirts* estaba con Jeremy.

El hombre al que recién había conocido no hacía nada más que mirar nerviosamente alrededor buscando algo o a alguien.

—¿No encuentras nada que te guste, Jeremy? —pregunté mirando a su pareja mientras le guiñaba un ojo.

—No. Realmente no encuentro lo que... necesito —dijo con una pausa extraña.

—Alberto, aquí no lo vas a encontr...

No terminó de hablar y Jeremy volvió la cara llena de ira y con un tono pronunciado de enfado gritó:

—¡NADA DE NOMBRES! —respiró mientras trataba de auto calmarse—. Siempre te digo lo mismo —dijo ahora bajando la voz.

—Nada de lo que hacemos aquí es ilegal, Jeremy, así que tranquilo. A ver, dime en qué te puedo ayudar ¿Qué buscas? —le dije en tono cordial.

Me miró de arriba abajo y sonrió.

—¿Por qué no te subes a la habitación VIP de arriba con nosotros? —miró a la *Srta. Squirts* y esta me miró de a modo de examen y acto seguido se mordió la punta de su dedo índice.

—No estaría nada mal.

No me gustó aquel giro tan inesperado, pero bueno, el local tenía una seguridad abrumadora. Las puertas no se podrían cerrar con llave y siempre había personal de seguridad andado por los pasillos por si pasaba algo.

Accedí y subimos a una de las habitaciones más lujosas y bonitas que había visto en cualquiera de los clubes que había visitado, aunque tampoco eran muchos.

—Dime, *Lick* ¿Te gusta el porno?

—¡Claro! Y más verlo en compañía —dije mientras la *Srta. Squirts* se quitaba la camisa roja holgada de seda que tenía, sin mediar más palabras.

Esa blusa engañaba.

Parecía mucho más delgada por su cara, pero pude ver unos pechos muy grandes y turgentes, así como unas preciosas y anchas piernas que conjuntaban con su cintura.

Sus curvas hicieron que mi polla despertase en el pantalón y que el cosquilleo de la entrepierna comenzase como siempre me pasaba cuando me empalmaba.

Jeremy se acercó al mueble-bar al lado del televisor gigante de la suite. Se echó un vaso largo de wiski y me lanzó una botella de agua fría.

Perdí de vista unos segundos a la *Srta. Squirts* y para cuando la volví a encontrar ya estaba tumbada en la cama de lado y mirándome.

Abrí la botella de agua y casi me la bebí de un trago largo. En ese momento escuché voces a mi espalda.

Jeremy había encendido la televisión y sintonizó un canal porno. Salía una chica a la cual la estaban penetrando dos hombres a la vez, por el coño y por el culo, mientras su lengua quedaba fuera de la boca en un gesto de desencajado por el placer que sentía entre tanto gemido. Tardé en darme cuenta que la actriz era la mismísima *Srta. Squirts*.

—¿Te gusta lo que ves?

—Mucho —contesté mientras me sentaba en el borde de la cama mirando sin pudor la

pantalla.

Ella se acercó y empezó a desabrocharme la camisa desde atrás y me decía al oído:

—Un par de copas más y Jeremy caerá muerto. Lleva bebiendo todo el puto día.

La miré, me reí y la besé lentamente. Nuestras lenguas jugaron un rato.

No podía apartar la mirada de la película viendo cómo se follaban sin parar a la chica que tenía detrás y quien ya había metido su mano dentro de mis calzoncillos.

En un momento dado la *Srta. Squirts* tuvo un *squirt* en la película y me emocioné. Otra de mis filias en aquella mujer.

—¿Esa corrida es de verdad o es agua?

—¿Sabes lo que es?

—Sí —sonreí—. Bastante bien.

—Ese no me acuerdo lo que fue. No siempre me corro así. Algunas veces usamos agua para simularlo… ¿A ti te gusta?

—Sí, en mi cara.

—Lo intentaré.

Sonrío mientras me miraba a los ojos y me seguía pajeando. Lo hacía tan lentamente que parecían caricias en vez de una paja. Mientras, me dejaba ver la película. En la televisión no paraba de gemir y de decir frases de lujuria perfectamente comparables con las mías, pero la que más me ponía era *¡Quiero polla!* o *¡Dame polla!*

A lo lejos Jeremy borracho en el sofá ya no se movía. Dormía plácidamente.

—Joder, otra vez. Ya me ha dejado con mi fantasía sin cumplir. Siempre estamos igual —se enfadó sacando la mano de mi entrepierna.

—¿Qué te pasa? —le dije mientras la cogía por detrás desde la cintura acercando su culo a mi polla—. Dime qué necesitas y veré si te puedo ayudar.

—Es que mi filia es que me graben mientras follo y Jeremy, aparte de ser mi amante es productor de porno. Siempre nos traemos tres o cuatro cámaras por si encontramos a alguien y quiera hacerlo, pero claro... él es el que lo propone y maneja el equipo.

—Tráelas —le dije al oído—. Soy hago fotografía, no serán muy difíciles de manejar.

En menos de cinco minutos cuatro cámaras situadas en puntos estratégicos de la cama gigante de matrimonio grababan como la *Srta. Squirts*, de rodillas en el suelo movía su lengua desde la base de mis huevos hasta la ya mojada punta de mi glande.

—¿Has hecho porno alguna vez? —Preguntó con mi polla en la mano mientras la usaba para acariciarse los labios y la cara.

—Algo… pero todo casero.

—Este es más o menos igual. Aquí no hay equipo profesional ni nada… todo como si grabaras en casa sin guion… hacemos lo que nos apetezca en ese momento y listo.

—Vale, intentaré dejarme llevar —le dije mientras le sonreía.

Pasé mi mano por detrás de su cuello y la insté a comerme la polla de nuevo mientras me tumbaba en la cama apoyándome en las grandes almohadas que había. La *Srta. Squirts* empezó a lamerme el culo y a penetrarme con la lengua mientras me seguía haciendo una paja.

Después de un buen rato de beso negro me volvió a comer la polla y de vez en cuando apretaba su cabeza contra mí. A ella no le importaba y yo sabía gracias a la película que no tenía problemas en aguantar embestidas duras en su boca.

Cuando mi rabo estaba completamente hundido en su boca era capaz de sacar la lengua por abajo y lamerme los huevos... ¡Impresionante!

—Aprieta todo lo que quieras. No hay problema—. decía con la boca llena de saliva.

Y aproveché

Agarré sus dos preciosas coletas, ya medio deshechas, para conseguir una mamada sucia, profunda y violenta. No era lo que más me gustaba, pero me había puesto muy cerdo mientras me la comía y la veía a ella en la televisión haciendo escenas de todo tipo.

Lo que más me gustó, aparte de los ruidos de la saliva cada vez que penetraba su garganta, eran los gemidos de placer que salían entre sus labios carnosos y rosas.

—¡Joder! ¡Me voy a correr! ¡Qué pasada de mamada, *Señorita*!

Pensé que en ese momento se la sacaría de la boca, pero la abrió aún más, me agarró del culo y me empujó hacia ella hasta que mi polla desapareció del todo en el fondo de su garganta.

Me corrí en lo más profundo de ella.

Me temblaron las piernas, notaba escalofríos por todo el cuerpo y como una chispa eléctrica recorría mi espalda mientras gritaba muy fuerte. Mi polla estaba completamente empapada y pensé que estaba propia para metérsela de golpe, pero eso no me gustaba a mí… yo quería comerle el coño.

Cogí una toalla y todo quedó limpio en un instante.

Aluciné porque en ese momento vi las cámaras que se me habían olvidado por completo y pensé que cuando lo viera todo iba a ser menos radical de lo que fue. Pero no. Parecíamos un par de profesionales dándolo todo y lo mejor es que no fue preparado.

Casi sin fuerzas y sin haberme recuperado abrió una de sus maletas, sacó un *plug anal*[33] metálico.

—¿Sabes qué es, *Lick?*

—¿Tú que crees? —sonreí aun jadeando.

—Que lo sabes de sobra… Me parece a mí que tú sabes muchas cosas… demasiadas, diría yo.

Le quité el *plug* de las manos, me lo metí en la boca como si se tratara de un Chupachups y lo empecé a chupar.

Mientras lo hacía me senté en el borde de la cama e hice que la *Srta. Squirts* se tumbara bocabajo sobre mis piernas. Mi polla chocó con su barriga y la tuve que recolocar. Ya aproveché y me masturbé un momento.

Una vez que estaba en esa posición mojé mis dedos con saliva y empecé a acariciarle su culo, justo en el centro para lubricarlo.

Apoyé el *plug* en el agujero y apreté con un dedo suavemente. La intención era ir subiendo la presión para que entrar cuando tuviera que entrar, pero con una leve presión lo hizo mientras se escuchó un quejido de placer.

La hice levantarse y el juguete que tenía ahora metido se asomaba entre sus glúteos. La imagen era muy excitante y cada paso que daba acababa en un gemido.

Me acosté bocarriba sobre la cama y *Srta. Squirts* hizo el ademán de colocarse para cabalgar mi polla, pero justo cuando estaba haciéndolo la empujé hacia mi cara para que se sentara sobre ella, cayendo su coño justo encima de mi boca.

Saqué mi lengua y saboreé los flujos que salían de su coño.

Deliciosa.

Estaba erguida sobre mí y movía las caderas suavemente para que el roce fuera mayor. Empecé a salivar mucho así que decidí empaparlo lo más que pude.

Se acariciaba el cuello y las tetas mientras se las pellizcaba. Una de sus manos bajó por su cuerpo hasta llegar a su clítoris.

Los gemidos iban en aumento y vi su lengua fuera de su boca.

El vaivén de sus caderas era cada vez mayor y la mano que hacía movimientos intensos y circulares en su clítoris había pasado a su culo donde apretaba con fuerza su *plug* hacia adentro.

Tiraba de él y se lo sacaba un poco. Lo volvía a soltar y este volvía a entrar.

Enseguida vi como el juguete aparecía de nuevo frente a mí y caía a un lado de la cama.

Se dirigió de nuevo a la maleta de dónde sacó el *plug* anterior mente y esta vez extrajo un arnés con un gran *dildo* negro. Me miró totalmente excitada y me guiñó un ojo.

El *dildo* desapareció rápidamente dentro de su culo, otra vez con un grito entre dolor y placer, aunque con más de lo primero.

Se volvió a colocar encima de mi cara y acto seguido noté un goteo incesante de entre sus piernas que resbaló y me llenó la boca de sus fluidos:

—¡Bufff! Me voy a correr en tu boca…—dijo con desesperación y placer.

Y así fue.

Unos temblores llenaron el cuerpo de la *Srta. Squirts* e hicieron vibrar todo su interior y hasta el *dildo* negro que se alojaba en su culo se salió.

Mi cara llena de sus flujos olía a ella y a las fresas de su perfume. Se acercó a mí y me limpió con su lengua. Compartimos los dos su sabor, su olor y su placer a través del sentido del gusto. Nuestras lenguas jugaron otro buen rato.

Jeremy se movía de vez en cuando en el sofá del fondo ajeno a todo lo que estaba pasando y yo lo prefería así. No me apetecía que jugara con nosotros la verdad.

Al volver a mirar al fondo de la habitación vi de nuevo las cámaras las cuales no habían dejado de grabar. Solo de pensar lo que aquello estaba registrando me excité muchísimo más.

Enseguida mi polla se volvió a levantar.

La *Srta. Squirts* me hizo ponerme de pie y se volvió a arrodillar frente a mí, pero esta vez hizo que me pusiera el arnés, quedando el consolador justo encima de mi polla. En ese momento averigüé lo que quería... más duro aún se puso mi rabo.

Se colocó de rodillas en la cama, con la cara frente a una de las cámaras. Yo me acerqué por detrás con uno de los botes de lubricante en la mano mientras iba repartiendo una buena cantidad entre mi polla y el consolador de goma.

La *Srta. Squirts* cogió mi polla y se la metió por su húmedo y calentísimo coño de golpe gritando un *¡Hostias!* que resonó un buen rato en mi cabeza. Nos quedamos quietos unos segundos.

Enseguida me empecé a mover, metiéndosela y sacándosela. Cada vez se mojaba más con los deliciosos chorros de placer que salían de su coño.

Como a mí me gustan tanto, de vez en cuando acercaba mi mano a su entrepierna para poder coger algunos y llevármelos a la boca para saborearlos.

Valentina (que así se llamaba la *Srta. Squirts*) se dio cuenta y ya era ella la que me los daba metiendo sus dedos en mi boca impregnados de sus fluidos.

En cada embestida, la polla de goma rozaba el culo de Valentina:

—¡Méteme la polla del arnés por el culo ya! —gritó.

Empecé a acariciarle su ano y a introducirle un dedo para intentar ser lo menos brusco posible y que fuera dilatando poco a poco.

—¡NO! ¡Por favor! De golpe. Quiero que me la metas por el culo de golpe. Déjame sentir

las dos pollas ¡Métemelas!

Dicho y hecho. Entró sin problema y el grito que dio fue tan fuerte que pensé que su *amigo* se iba a despertar. No fue así.

Empecé a moverme lentamente, pero de poco sirvió cuando ella empezó a moverse y empujar contra mí sus caderas con movimientos violentos.

Por un instante pensé que le iba a hacer daño, pero con las cosas que decía, los gritos de placer que emitía y las vibraciones de su cuerpo, solo pude hacer una cosa: follármela lo más fuerte que podía.

Pensé que la cama se iba a caer de las embestidas que estaba ofreciéndole a Valentina. Cuando ella miraba hacia atrás y podía verle la lengua fuera de su boca, chorreando saliva del placer, más fuerte le metía las dos pollas.

Notaba como su coño empezaba a mojarse más de lo normal.

En ese momento le saque las dos pollas y nos dimos la vuelta rodando. Le tocaba moverse a ella que se subió sobre mí.

Valentina se puso en cuclillas y sin esfuerzo se metió las dos a la vez. Empezó a cabalgar a un ritmo frenético.

Su humedad cada vez era más abundante y mojaba casi todo mi torso porque salían pequeños chorros con cada penetración, y en ese momento ella empezó a decir una palabra que se me quedó grabada a fuego en mi cerebro *AHORAAAAAAAAAAAAA*. Esas *aes* alargadas del final estaban llenas de temblores y de placer.

Se sacó mi polla del coño dejando dentro de su culo la del arnés y empezó a masturbarse con una intensidad que probablemente a otra mujer le haría dañó. Abundantes chorros de su entrepierna salían despedidos hacia arriba y regaban mi cara y mi boca.

Se volvió a meter rabo el coño y siguió cabalgando unos pocos segundos volviendo a gritar esos *ahora* que me hacían saber que llegaba una nueva oleada de *squirts.* Pero esta vez fui más listo agarrándola de los tobillos, y dirigiéndola para que todo ese líquido de placer que más adoro de una mujer diera directamente en mi cara y no se perdiera nada:

—Córrete en mi cara. Quiero todo encima de mí. Como se desperdicie algo…

Su salvajismo creció, se sacó el *dildo* del culo y me puso el coño tan cerca de mí que podía sentir cómo latía y lo caliente que estaba mientras no dejaba de meterse tres o cuatro dedos con un ritmo pasmoso. Otro *ahora*, esta vez con tono de lujuria desesperada, indicaba que se acercaba otro orgasmo y así fue.

Tal fue la fuerza de aquel chorro de *squirt* que salpicó casi toda la cama.

—Cómetelo todo, por favor ¡Cómetelo! ¡AHORAAAAaaaaaaaAAAAA!

Creí que me desmayaba del placer mental y físico que estaba teniendo y pensé que ella se desmayaba por la cantidad de gemidos y gritos que emitía.

Poco a poco ese chorro —fueron pocos segundos, pero para mí fue tan intenso que pareció durar siglos— bajó su intensidad, al igual que los gritos que emitíamos, porque yo gritaba igual que ella pidiendo que me echase todo en la cara. Solo me di cuenta de aquello cuando volví a ver el vídeo al día siguiente.

Quedaron en el ambiente los jadeos y respiraciones al estar exhaustos de toda aquella actividad hecha sexo.

Cogí una toalla y sequé un poco la cama y sus piernas.

—Dame que te seque, *Mr. Licker*.

—De eso nada. Déjame toda la corrida encima. Quiero sentirla y que se seque —le

contesté.

Me sentía en el paraíso. Hasta que no escuché a decir a Valentina, *Oye... que tú no te has corrido esta vez* ni si quiera me había dado cuenta.

—No pasa nada. Con todo esto no lo necesito —le contesté.

Y aunque sí que me volví a correr con ella, porque esa noche se tornó en una maratón de sexo, la felicidad de aquel momento y los posteriores orgasmos quedaron plasmados en los archivos de vídeo sexuales que grabamos.

Valentina sacó las cuatro tarjetas de memoria de las cámaras antes de despedirnos y me las regaló, con la condición de que hiciera un montaje y se las mandará cuando pudiera. Eso hice.

Después de aquello hemos quedado muchas veces los dos solos, y alguna vez con alguna amiga suya también. Hemos grabado algunas escenas más mientras veíamos los vídeos anteriores a la vez que grabábamos algunos nuevos.

Hemos grabado bastantes y, aunque es para disfrute personal y no los puedo mostrar al mundo, sí es verdad que la escena de esta historia la cedimos al que ahora es su examante para sacar algún dinero extra.

Todavía ningún amigo ni amiga ha visto ese vídeo que me consta que *pulula* por la red, o si lo han visto, no me ha dicho nada.

Por un lado, no me gustaría, pero por otro me daría muchísimo morbo... aunque después de escribir esto me están dando ganas de grabar alguno más ¿Llamo a Valentina?

SOY DEMASIADO PERVERTIDO PARA TI…

Una de las noches que fuimos a cenar los dos a mi restaurante favorito, noté que Andrés estaba algo nervioso. Miraba a todos lados a la vez que a ninguna parte y no dejaba de hacerlo.

Como una de las cosas que más me caracterizan es ser tan jodidamente directa con todo en la vida, le pregunté:

—¿Estás nervioso? Te noto incómodo, ¿quieres contarme algo? —le dije mientras cogía su mano encima de la mesa.

—Sí —dijo de forma cortante y seria.

—Cuéntamelo.

En ese momento retiró su mano de la mía y la introdujo en el bolsillo de su chaqueta que colgaba del respaldo de la silla y sacó una caja de cartón marrón de tamaño mediano. La puso sobre la mesa y la deslizó hasta mí. Mientras lo hacía no levantaba la vista del mantel.

Encima de ella había algo escrito: Ya está listo para que lo uses.

Abrí la caja y me quedé gratamente asombrada, pero por otro lado tampoco me extrañó conociéndolo como ya lo conocía.

En el interior había un *Lush*[34] nuevecito.

Días atrás le había comentado que el mío se había estropeado y que ya no funcionaba, que estaba pensando en comprar uno nuevo porque era el juguete que más me gustaba.

Este era rosa, de tamaño mediano. Ya con verlo sabía de qué formas distintas lo iba a usar y en todas ellas él estaba de por medio.

Andrés levantó la mano para avisar al camarero que viniera a tomarnos nota de la comida. En ese momento lamí el nuevo juguete con abundante saliva, metí la mano debajo de mi falda y apartando las bragas me lo puse dentro del coño antes de que llegara a preguntarnos qué queríamos tomar.

—Pensé que irías al baño para ponértelo o esperarías al coche —me dijo muy excitado y bastante menos nervioso.

El camarero tomó nota de la comanda y se marchó.

Andrés escribió algo en el móvil por unos segundos y enseguida sonó el mío.

Me había mandado unos cuantos vídeos sexuales nuestros follando y otro aparte que ponía *Regalo (segunda parte).*

Era un vídeo de él masturbándose delante de la cámara frente al escritorio de su despacho donde tantas veces habíamos follado y otras tantas yo había acabado debajo de la mesa comiéndole la polla mientras registraba sus historias sexuales en la grabadora.

En el vídeo se veía que había llenado toda la mesa de fotos mías donde aparecíamos follando o con su rabo en mi boca. También había fotos de mi culo, de mi coño, de mis tetas y de mi cara con gestos de placer.

Él se masturbaba encima de las fotos y les daba golpes con la polla, sobre todo cuando llegaba a alguna donde aparecían mis labios.

La pena era que no podía subir el volumen, pero acercándome el teléfono al oído podía sobrentender algunas guarradas que me dedicaba.

En ese momento Andrés encendió el vibrador gracias a una APP para teléfonos móviles que permitía controlar mi nuevo juguete a distancia. Mi cuerpo se sobresaltó y se estremeció.

Tuve que agarrar fuertemente el mantel para no gritar.

Durante los 10 segundos que duró aquella vibración no podía parar de mirarle a los ojos con una mezcla de sensaciones y sentimientos: Te voy a matar. No pares. Más fuerte.

Cuando el camarero se dirigió hacia nosotros para servir los entrantes, Andrés soltó el móvil y detuvo la vibración.

—Gracias —dijo mientras este terminaba de poner los platos en el centro de la mesa.

—¿Sabes lo mejor de este *Lush*? —le dije susurrando—. Que tu polla y él van a caber perfectamente dentro de mi coño mientras vibra y nos vamos a correr los dos enseguida.

Andrés me miró y me sonrío. Acercó su mano a mi mejilla y la acarició con un dedo mientras volvía a activar el vibrador. Acerqué mis labios a sus dedos y los chupé.

——— RELATO ———

Soy demasiado pervertido para ti...

Para muchas y muchos de vosotros sonará extraño, pero más de una vez he conseguido tener sexo mediante esta frase; además, como dato extraordinario, el noventa por ciento de las veces que la he dicho ha sido con sinceridad.

Es cierto que la primera vez que la expresé iba bastante borracho y no me llevé una hostia, bien merecida, porque el destino no lo quiso. Yo mismo reconozco que no fueron formas. En fin, uno era joven, inexperto y un poco irrespetuoso. Lo achaco a la edad que tenía entonces.

Como ya he dicho me ha ayudado algunas veces, pero hay una mujer y un recuerdo que siempre me viene a la mente cuando la digo: Estrella y aquel tiempo en el que trabajaba en el Centro Comercial Miramar de Fuengirola.

No voy a decir lógicamente en qué negocio estaba trabajando, pero sí que la mayoría de los días estaba solo a excepción de cuando venía el encargado de zona. Se quedaba dos o tres días al mes a revisar cuentas, ventas y a informarme de los nuevos productos y servicios que vendíamos.

A los seis u ocho meses de empezar allí ya tenía amistad con gran parte del centro comercial, incluso quedábamos fuera del trabajo para ir a Puerto Marina o a Málaga de fiesta.

Conocí a un par de chicas interesantes y quedábamos de vez en cuando para follar en mi piso. Yo nunca he ocultado nada, pero una de ellas al enterarse que quedaba con otras mujeres prefirió dejar de verme.

Me parece estupendo, cada cual tiene sus criterios sobre el sexo y comprendo perfectamente que, si alguien tiene una pareja sexual, solo quiera una. Es más, seguimos siendo muy amigos.

Es lo bueno de entenderse.

Pero esta historia se trata de la chica, más bien mujer, que trabajaba en la única joyería del centro comercial. Era una mujer alta, esbelta. Siempre vestía de manera elegante. Pasaba cada mañana a las nueve y cuarto por delante de mi oficina en dirección a su negocio, el cual tenía abierto con su marido. Además, se oía venir cada mañana porque, aparte de que sus pasos

traían ruido de tacones, su *tempo* al caminar era inconfundible. Pausado y relajado a la vez que firme, decidido; con personalidad.

Sus ojos marrones muy claros, que rozaban el verde, destacaban junto con sus mejillas siempre coloreadas. Sus labios perfilados en un color más oscuro que su carmín, hacían que sus blancos dientes brillasen de forma perfecta cuando sonreía.

Tenía pelo largo capeado y escalonado. Negro como el azabache y con unas mechas con reflejos caobas rojizas. Este caía sobre unos hombros perfectamente esbeltos y sobre sus brazos de piel firme que muchas veces traía al descubierto con un *palabra de honor*. ¿Y su escote? Amplio y precioso gracias a sus pechos que siempre se adivinaban a través de su ropa.

Normalmente, llevaba faldas acampanadas por encima de las rodillas, bastante elegantes. La que más me gustaba era una de color azul cobalto que mostraba sus preciosas y marcadas pantorrillas realzadas por sus tacones rojos.

¡Elegancia era la palabra!

Lo que nuestros padres denominaban antiguamente *un mujerón*. Por donde pasaba Estrella robaba miradas de todo el mundo.

Yo la veía llegar cada mañana a través de un espejo que había en mi local, así nunca parecía que la miraba directamente ya que el reflejo que podía divisar desde mi mesa era el de la entrada de la tienda.

Algunas veces, como el escaparate de mi negocio recibía productos nuevos, ella se paraba unos segundos a observarlos. Esos eran los días que yo fantaseaba con esas faldas y mi cabeza metida debajo de ellas.

¡Qué raro que llevé tres días parándose en el escaparate!, pensé, pero no le di más importancia. Creí que se habría encaprichado de uno de los productos que vendíamos. Nunca he tenido problema para abordar a un cliente que miraba desde fuera, pero con ella, por más que lo intentaba, no podría, me cohibía. No me reconocía cohibiéndome de aquel modo y menos conociéndome como me conozco.

Dos días más tarde, Mario, un compañero de seguridad y *musculitos* (así le decía yo con cariño) se acercó a verme como cada mañana a la hora del café:

—Mucho está viniendo ese bombón a tu tienda, ¿no? Me he enterado de que hace unas semanas firmó su divorcio.

Es verdad que muchas mujeres cuando se separan o se divorcian dan un cambio radical, ya que como ellas me han dicho a mí (no es que yo lo me lo invente) vuelven a *estar en el mercado* y aunque a mí esa frase nunca me ha hecho mucha gracia, describe a la perfección esa circunstancia.

A Estrella no se le notó porque siempre iba perfectamente arreglada y aunque yo estoy a favor de lo cien por cien natural, he de decir que me encantaba toda ella y todo su estilo en conjunto. Mientras lo hiciese así porque le gustase y se sintiese feliz, que le den a lo que piensen los demás… como si quiere ir en chándal y con botas de agua.

—Pues es una pena que no se fije en los más jóvenes. Creo que nos podría instruir mucho —le contesté con una sonrisa pícara—. Una mujer así debe de ser un cúmulo de experiencias brutales.

—No te creas, según dicen es una persona chapada a la antigua y su *ex*, además, es de no sé qué parte de la iglesia conservadora.

Eso no me cuadraba. Conocía muy bien las partes conservadoras y machistas de la iglesia e *instarían* a cualquier mujer a no ir arreglada de tal modo. Aunque no os lo creáis en ese aspecto

son como todas las religiones del mundo: Machismo y opresión a género femenino. En fin... mierda de religiones.

—Además, lleva cuatro o cinco días parando frente a tu escaparate y no deja de mirar hacia adentro... ¡A ti, capullo!

—¡Anda ya! Mirará algo que le gusta —me quedé pensativo—. Además, para ella soy muy joven e inexperto.

—Ya, ya. Yo solo digo lo que veo… y claro que le gusta lo que ve: un chico de 24 años al que puede coger y destrozar a polvos como le venga en gana. A nadie le amarga un dulce. Para ella eres un *yogurín*[35].

Pasó una semana y Estrella seguía parando cada mañana frente a mi negocio. Yo no dejaba de mirarla fijamente a través del espejo y empecé a observar si era verdad que me miraba como me dijo Mario.

Parecía que sí.

No me quería hacer ilusiones porque no va conmigo. Siempre creo que no soy para tanto, pero una mujer como esa haría ilusionarse a cualquiera.

Al día siguiente de pensar en aquello, sobre las nueve y diez de la mañana, se escuchó un fuerte golpe en los pasillos del centro comercial.

Fue una especie de golpe metálico, algo así como cuando una escalera de aluminio se cae al suelo. Como no era lo habitual, salí apresurado a la puerta a ver qué había pasado y al asomarme casi arrollo a Estrella que venía caminando mirando hacia atrás también sorprendida por el estruendo.

—¡Uy! ¡Hola! Casi me choco contigo. ¿Qué ha sido eso? —exclamé con toda sorpresa.

—¡Anda, pero si el chico habla! —me quedé cortado con su respuesta y mi mirada bajó al suelo de golpe—. Perdona, soy una borde. No tengo una buena mañana... ha sido una pieza de metal de un carrito de la limpieza que se ha caído y ha rodado escaleras abajo. Menos mal que no había nadie.

Lejos de cortarme le contesté:

—¿A qué te refieres con lo de... *pero si el chico habla*?

—A que llevo viniendo todos los días desde hace dos semanas y ni te has dado cuenta de que me interesaba el escaparate.

Eso es lo que tú te crees, pensé mientras me imaginaba con una sonrisa tremendamente irónica en los labios.

—Te he visto alguna vez, pero como no entrabas pensé que no te decidías. ¿Has visto algo que te guste? —le dije girándome al escaparate y mirándolo.

[...]

Desde ese día, Estrella pasaba radiante como cada mañana por mi tienda, con la diferencia de que siempre entraba a saludar. A veces teníamos detalles el uno con el otro: un café, un dulce, algún complemento útil para algo que compró en la tienda...

Un día, con mi jefe de ventas allí, Estrella pasó a saludar como siempre. Viendo que mi encargado estaba presente el saludo fue más corto y sórdido de lo normal, lógicamente.

—¿Quién es ese pedazo de mujer? —preguntó Alberto casi babeando mientras se asomaba por la puerta—. Menudo culo tiene la *gachí*[36].

—¿*Gachí*? ¡Vaya expresión, Alberto! Y no es un *pedazo* de mujer, es una mujer entera…

Es Estrella, trabaja en la joyería, al final del pasillo —le dije con tono de cabreo.

—Pues chico, si te saluda así cada mañana no sé a qué esperas para entrarle. Esa mujer seguro que al follarte te desvirga otra vez.

Alberto me caía muy bien. Era un tipo sencillo, trabajador y simpático, pero cuando dijo aquello se me removió algo por dentro que hizo que durante unas semanas no me fuese tan agradable. Creo que porque además me gustaba Estrella.

A los dos días, Alberto se marchó a otra tienda como de costumbre. Estrella miró desde fuera y al no verlo entró.

Hablamos casi media hora sobre él y por qué estaba allí. Ella me contó que Alberto había pasado varias veces por la joyería y se había comportado como un ligón *playboy* de discoteca de los setenta. Además, durante la hora de la comida, se había sentado detrás de ella y comentó que notaba sus ojos clavados en la nuca.

—Pues Alberto tiene la idea absurda que yo te gusto por venir a saludarme cada día a la tienda —le comenté en medio de la conversación.

—¿Y si no fuese tan absurda? —dijo mientras me miraba a los ojos— Quizás por eso paso cada mañana y cada momento en el que puedo a verte…

Y ahí fue cuando por mi cabeza pasaron cada una de las cosas cerdas y pervertidas que quería hacerle sexualmente a Estrella. Una detrás de otra a la velocidad de la luz y en todas ellas siempre estaba su coño en mi boca. Eso hizo que mi polla se despertara dentro de mis pantalones.

Además, volvió a confirmarse que todos los hombres somos muy cortitos a la hora de pillar según qué mensajes, signos o gestos que las mujeres nos envían. Igual que pienso eso, también creo que no pasaría nada por ser directos y decir las cosas como son. Más fácil y probablemente follaríamos más. Como decía una amiga mía *No follamos más porque no decimos las cosas*. Aquí se demostraba claramente su teoría.

Pensé en la diferencia de edad: era casi veinte años mayor que yo, y eso me excitó aún más.

—Tú. Una mujer hecha y derecha. Perfecta, así como eres. Creo que soy demasiado pervertido para ti y no quisiera faltarte al respeto con mi forma de ser.

Vi como Estrella se estremeció y me miró a los ojos con un brillo especial mientras daba un paso atrás. Dejó entreabiertos sus labios y se mordió la lengua ligeramente. También hizo lo mismo con el labio y note que esa frase no hizo más que despertar lujuria en su interior.

—¿Quedamos para desayunar a las once?

—Si vamos a quedar a desayunar los dos tienes que prepararte —le dije.

La cogí de la mano mientras en su cara apareció un gesto de extrañeza.

Entorné la puerta de mi local y la invité a entrar al almacén. Encendí la luz y agarrándola suavemente de sus anchas caderas le di la vuelta mientras me arrodillaba dejando su culo frente a mi cara.

Mis manos bajaron hasta sus rodillas y noté como le temblaban las piernas. Poco a poco subieron hasta su culo y sentí sus firmes glúteos, los cuales apreté y abrí. Cogí sus braguitas y las deslicé poco a poco hasta sus tobillos quitándoselas del todo. Las arrugué entre mis manos y las guardé en un bolsillo.

Aún las conservo.

Levanté su falda y besé sus glúteos. Lentamente volví a darle la vuelta hasta que su precioso coño se quedó frente a mí. Acerqué sin prisa mi boca con la lengua ya fuera y lo lamí y

besé como si de un beso francés se tratara.

Simplemente estaba delicioso.

Gemidos y jadeos salieron de su boca en los aproximadamente diez segundos que estuvo mi lengua dentro de su húmeda y mojada vagina, ahora más porque había dejado mucha saliva en ella. Me agarró del pelo y ese fue el momento en el que me puse de pie:

—Vete. A las once en punto en la cafetería —le dije metiéndole mis dedos en el coño y llevándomelos a la boca para volver a saborearla.

—Menudo cab… menudo estás tú hecho —me contestó mientras se colocaba su falda y sonreía nerviosamente con la cara totalmente roja—. ¿Me das mis braguitas?

—¿Qué bragas? —sonreí.

—¡Qué cabrón! —repitió esta vez terminando la frase que antes no—. A las once —confirmó mientras se paraba en el espejo para comprobar que estaba todo bien colocado y en su sitio.

¡Qué ironía! El mismo espejo en el que miraba su reflejo cuando paraba cada mañana frente al escaparate de la tienda.

Aquellas dos horas fueron muy largas debido a la espera, pero se hicieron más llevaderas en mi almacén masturbándome con mi polla envuelta en sus bragas mientras olía mis dedos. Le mandé alguna foto de eso, pero el tiempo se hizo más estresante intentando no correrme y reconozco que hice un esfuerzo sobrehumano para no hacerlo.

A las once menos cinco ya estaba en la cafetería habiendo colgado en la puerta mi nuevo cartel de *vuelvo en 1 hora*. Antes era de tan solo treinta minutos.

Al instante Estrella se sentó a mi lado mientras apoyaba su mano en mi hombro. Antes de hacerlo arrastró la silla y se acercó un poco a mí. La mesa estaba en la zona más escondida que había dentro de la cafetería, aunque no demasiado oculta.

Me miró sonriente:

—¿Cómo estás?

—Muy caliente —le dije al oído mientras mi mano entró de golpe y sin avisar debajo de su falda.

Del brinco que le provocó aquello golpeó la mesa y tiró el servilletero, pero noté como sus piernas se dejaron entreabrir enseguida. Estaba muy húmeda.

Saqué la mano y me la acerqué a la boca de nuevo y los saboreé lentamente mientras la miraba. Tenía los ojos absortos en mí con gesto de no poder creérselo.

—Ya se me había gastado tu sabor de tanto lamerlos en mi tienda mientras pasaban estas dos horas —sus ojos se abrieron aún más.

—¿Tanto te gusta el sabor de una vagina?

—Yo suelo llamarlos coños, pero sí. Si yo te contara…

—Pues cuenta —se sonrojó.

—Mejor te lo demuestro ¿no?

Un suspiro salió de su boca junto a un *uf* leve. Su respiración llegó hasta mi cara. Me acerqué y la besé unos segundos. Mientras retiraba mis labios de los suyos vi que aún tenía los ojos cerrados con gesto de no querer separarse. Una sonrisa se vislumbraba en el fondo de sus pupilas cuando los volvió a abrir.

—¡Marcelo! Buenos días. Café solo y pitufo[37] con aceite —le dije al camarero con el tono elevado —¿Tú qué quieres? —le pregunté a Estrella casi susurrando.

—Té rojo y pitufo con mantequilla y mermelada de melocotón —me contestó buscando cruzar en todo momento mis ojos con los suyos.

Le hice llegar su petición al camarero mientras, mi mano había empezado de nuevo a acariciar su entrepierna y más arriba. Me encantaba el tacto de su piel. Era muy tersa a la vez que suave. Notaba esa tirantez que me hacía querer apretarla fuertemente.

Me costó trabajo no hacerlo.

Sus piernas se abrieron un poco más y dos de mis dedos quedaron dentro de su coño de nuevo mientras ella agarraba mi brazo con fuera.

Unos cuantos gemidos más tarde trajeron el desayuno. Echamos azúcar a nuestras infusiones y en ese momento se cayó su bolso al suelo.

Estaba en la silla de enfrente y Estrella no se dio cuenta de que fui yo ni de que mi polla estaba fuera del pantalón.

Cuando se agachó bajo la mesa a recogerlo le puse mi mano sobre su espalda notando su respiración agitada sobre mi entrepierna. La cogió muy suavemente mientras me masturbaba muy despacio mirando a todos lados. Investigaba si alguien se había percatado de la jugada. No los encontró.

—Chúpamela cuando recojas el bolso —le dije susurrando.

Sus ojos brillantes y lascivos se entornaron cuando sonrió nerviosamente.

Se agachó y se la metió en la boca.

Puse mi mano en su nuca acariciando el suave pelo de su cabeza mientras mis caderas se movían muy lentamente para que mi polla entrara y saliera de su boca lo más disimuladamente posible. A los pocos segundos la invité con un gesto de mi mano a incorporarse de nuevo. Me la guardé dentro del pantalón y cerré la cremallera.

Estaba preciosa mientras se limpiaba la saliva de la comisura de los labios. No dejaba de mirarme, pero no decía nada. Empecé a desayunar como si no hubiera pasado nada. El bolso seguía en el suelo y me agaché a recogerlo. De paso aproveché para recrearme la vista.

Sus ojos seguían clavados en mí observando cada movimiento que yo hacía. Le sonreí y acerqué mi mano a su cara. La acaricié y la caricia bajó por su cuello. Inclinó su cabeza siguiendo el recorrido de mi mano hasta que acabó encima de sus preciosos pechos con un ligero pellizco en su pezón izquierdo, entre mis dedos índice y anular.

Más intensamente me miraba todavía... Y yo seguía desayunando.

Algunos tocamientos, caricias y detalles sexuales más tarde, ya era la hora de volver a trabajar.

Cuando me levanté, ella hizo lo mismo, pagamos cada uno nuestro tentempié y nos dirigimos a la puerta. Antes de salir me cogió la mano, tiró un poco de mí hacia ella, lo que hizo que me diera la vuelta.

Me besó profundamente.

Cuando nos separamos un fino hilo de su deliciosa y tibia saliva nos unía, igual que en una película de la que ahora no recuerdo el título. Este se rompió al alejar nuestros labios.

Marcial se dio cuenta, me miró y sonrió con un gesto que expresaba un *¡Qué cabrón!*

Él había salido alguna vez de fiesta con nosotros. Como digo y repito siempre, no soy un *dandy* y no me considero un guaperas. Soy normal, pero tengo labia, y daba la casualidad de que de las veces que había venido con nosotros, siempre me había ido con alguna chica.

Marcial movía la cabeza de lado a lado y yo lo vi. Me reí por dentro.

Nos fuimos cada uno a nuestros negocios respectivos sin hablar, sin decirnos nada.

Solamente mirándonos, ella con cara de asombro y yo con mi sonrisa en los labios al ver cómo se sorprendía con cada cosa que hacía para ella.

En menos de media hora ya tenía el primer mensaje (recordemos que en aquella época el WhatsApp no era ni un proyecto siquiera), y cuál fue mi sorpresa cuando leo: "No puedo dejar de pensar en lo que ha pasado. Tengo mi mano metida en mi entrepierna y no puedo parar de tocarme detrás del mostrador. Me apetecería chupártela mientras lo hago. Tu polla es deliciosa".

ALUCINANTE.

Me dejó boquiabierto porque no me lo esperaba.

Ocho o diez veces estuve a punto de cerrar la tienda e irme a su joyería, pero de sobra sabía que eso era imposible. Las cámaras de vigilancia estaban ahí y ausentarse sin pedir permiso era despido automático.

No paraba de oler sus bragas a escondidas y de pajearme en cada visita que hacía al pequeño almacén.

Me hice otra foto agarrando mi polla por la base y se la envié. Su respuesta fue un *es la cuarta vez que me corro*.

No pude esperar más y la llamé: se escuchaba su respiración jadeante y entrecortada. Lo que más me ponía es que estaba al fondo del pasillo y se oía gente entrando a su tienda. Me colgó.

En el siguiente mensaje le dije que nos viésemos a la hora de comer en la parte de los aparcamientos reservados que tenemos los empleados. Mi empresa tenía allí aparcada una furgoneta nueva que se usaba para llevar productos de una tienda a otra cuando hacía falta. Cogí las llaves.

Cuando todavía quedaba media hora para cerrar llamé a la central para decirles que salía un poco antes porque necesitaba atender algunos temas personales. No me pusieron pegas.

Solo podía pensar en los labios y en la cara de Estrella.

Me acerqué a la zona de venta de artículos deportivos en la tienda principal del centro comercial y compré los dos sacos de dormir más mullidos que encontré, así como un colchón enrollado que se suele usar en las tiendas de campaña. Lo puse en el suelo de la furgoneta y los sacos abiertos encima.

Me apoyé en la pared, entre dos coches y una columna.

Esperé.

Miraba al suelo absorto pensando en sus pantorrillas. No sé por qué, pero era lo que menos me podía quitar de la cabeza. A lo lejos, el sonido de unos tacones con un ritmo totalmente inconfundible me hizo salir de mi estado *semicatatónico.*

—Hola, belleza —la cogí de la cintura y la acerqué hacia mí.

Apreté cuanto pude sus caderas contra las mías y podía sentir el calor de su sexo en el mío a través de la ropa. Era algo extraño, pero sus braguitas las tenía en el bolsillo de mi chaqueta y era normal al no llevar ropa interior.

Seguía mirándome fijamente sin decir nada. Solo sus labios rojos entreabiertos. Los junté con los míos suavemente, mientras pasaba mi mano por su cuello. Su precioso y largo pelo se deslizaba entre mis dedos.

Olía tan bien.

La besé muy lentamente, pero a los pocos segundos el beso se volvió muy apasionado e intenso. Su bolso cayó al suelo y allí se quedó.

Me apoyé en la pared mientras seguíamos besándonos y la mano que quedaba en su

cadera, bajó hasta mi pantalón, bajé mi cremallera y saqué mi polla totalmente dura.

La agarré con mucha fuerza y la dirigí a su entrepierna. En el momento que rozó la entrada de su coño sentí el vello que tenía en él. La sensación era perfecta.

Estrella gimió y mientras temblaba empezó a contonear sus caderas.

Las entreabrió y empecé a acariciar con mi polla la entrada de su coño que no había dejado de estar húmedo en ningún momento.

Poco a poco el ritmo fue creciendo hasta que en una de las caricias sobre sus piernas noté que los fluidos le llegaban casi a las rodillas. En un rápido gesto y sin ni siquiera guardármela en el pantalón, la cogí de la mano, caminamos unos pocos metros y abrí la puerta de la *furgo*. Su cara se iluminó extrañamente y una sonrisa se dibujó en sus perfilados labios:

—¿Sabes que mi fantasía erótica siempre ha sido follar en coches?… o furgonetas —eran prácticamente las primeras palabras que habían salido de su boca—. Todo lo que sea en público —añadió.

Sin ayudarla entró gateando. Los zapatos de tacón enseguida salieron de sus pies aterrizando estratégicamente en un rincón del habitáculo.

—¡No te muevas, por favor! Quédate así —le dije casi rogando con una voz que me pareció más pervertida de lo habitual.

Se quedó a cuatro patas a medio camino de entrar. Su falda levantada dejaba casi ver todo su coño mojado. Acerqué mi boca a su precioso culo y empecé a besar sus tersos glúteos. Lamí todas las curvas que encontré, así como las zonas más oscuras y prohibidas no sin antes saborear y succionar todo el líquido que su vagina expulsaba por la excitación.

¡Qué gemidos tan perfectos! ¡Qué gritos tan delicados! ¡Qué palabras tan bien puestas!

Mientras mi banquete sexual seguía, ella con una mano apretaba mi cabeza contra su coño para que mi lengua llegase más adentro.

—¿Cómo puedes comer un coño así? ¿Practicas o qué? Vas a hacer que me corra ya, niño —lo de niño me hizo sentir como un inexperto frente a aquella gran mujer.

Cerré la puerta del vehículo que aún seguía abierta. Mientras estaba sentado con mis manos abriendo sus glúteos y apretándolos contra mí, noté como la suya también húmeda, había empezado a masturbar mi polla con una delicadeza que pocas veces había sentido.

Un simple roce de su piel contra la mía me hacía querer correrme enseguida. Pronto le desabroché la falda y la colgué en el tirador de la puerta lateral.

—Ven aquí, Estrella. Pon tu coño en mi boca —le dije casi a modo de orden mientras me tumbaba bocarriba y la llamaba con mis manos para indicarle dónde tenía que sentarse.

Sus ojos se volvieron a llenar de lascivia y sus excitados suspiros llenaron de nuevo mis oídos.

Se sentó sobre mi cara mientras me acariciaba el pelo y sujetaba mi cabeza con sus manos.

Cuando me quise dar cuenta se había desabrochado la blusa y quitado el sujetador.

Dos impresionantes pechos bien puestos, grandes y rígidos ondeaban con cualquier movimiento que ella realizaba.

Mis manos se dirigieron de sus glúteos a sus pezones masajeándolos y pellizcando suavemente durante un buen rato.

Una de ellas volvió a bajar a su culo, pero enseguida empezó a pellizcarse ella misma. No dejaba de incrementar su ritmo sobre mi cara en ningún momento. Mi lengua, que estaba fuera, rozaba todos los rincones de su entrepierna.

Los movimientos de sus caderas se volvieron excitantemente salvajes y sus gemidos pasaron a convertiste en palabras:

—¡Más, por favor! Chupa ahí —decía mientras sus expresiones entremezcladas con gemidos y suspiros llenaban el aparcamiento—. ¡ME CORRO, ANDRÉS!

Unos últimos golpes de placer de sus caderas, así como un chorreante líquido que caía sobre mis labios, indicaban el culmen de su orgasmo. Con cada vestigio de vibración sobrante, sus pechos temblaban al compás y la erección de sus pezones desaparecía mientras que a al mismo tiempo su piel comenzaba a erizarse.

Cayó casi sin fuerzas a mi lado. Su brazo sobre mi pecho jugaba con el vello de este y su pierna doblada sobre mi polla, la acariciaba con cierto disimulo.

Mientras, yo disfrutaba de sus fluidos en mi cara y lejos de esconder mis perversiones, con los dedos me llevaba cada gota a mi boca, lamiéndolos con absoluto placer mientras jadeaba de la excitación.

—¡Qué cerdo! —me dijo mientras me miraba a los ojos con una sonrisa— Pero como me pone que hagas eso.

—Gracias por lo de cerdo —sonreí—. Te lo dije —contesté volviendo a lamer mis dedos.

—Tengo más si quieres... —me guiñó un ojo mientras intentaba ser un poco más pícara, aunque se le notaba que no era su forma de ser.

—Tranquila, tenemos mucho tiempo y volveré a acabar con mi sed.

En ese momento me mojé la mano con saliva y empecé a masturbarla de nuevo. Cuando noté que estaba muy lubricada, me puse de rodillas mientras ella seguía tumbada bocarriba. Agarré sus piernas y las puse sobre mis hombros.

Acerqué mi polla a su coño totalmente húmedo y empecé a rozarme con él.

—¡Métemela ya! Toda dentro ¡Fóllame! —bajó sus piernas y las enredó alrededor de mi cintura apretando fuertemente su cuerpo contra el mío.

Consiguió lo que quería: Que entrara de golpe dentro de ella.

—¡Joder! ¡Qué bien! ¡Qué caliente está! Fóllame fuerte —volvió a decir dejándose llevar ya por la lujuria.

Empecé a penetrarla muy despacio, para darle todo lo contrario de lo que quería. Su desesperación crecía dejando expresiones en mis oídos como *Cabrón, siempre haces lo que quieres* o *¡Más fuerte!*, y realmente era lo que quería: Desesperarla. Desesperarla por mi polla.

Poco a poco subí la intensidad como me pedía. Mi verga entraba y salía completamente húmeda de ella. Con cada embestida sus pechos rebotaban con violencia y mordí con intensidad uno de sus pezones sin dejar de penetrarla. Eso hizo que gritase más aún.

Notaba como mis huevos se iban llenando poco a poco. Se hinchaban. Además, había estado toda la mañana tocándome sin correrme recordándola e imaginándome un momento como el que estaba pasando ahora mismo.

Quería ver su enorme culo, por eso la levanté casi en brazos y la coloqué a cuatro patas. Su trasero parecía mucho más grande y redondo de lo que aparentaba anteriormente. Volví a lubricar mi polla con sus fluidos rozándome con su entrepierna.

Estrella poyó su torso contra el suelo y se agarró con las manos sus glúteos abriéndoselos todo lo que pudo.

—¡Reviéntame! —dijo mordiéndose el labio inferior— … ¡por favor!

En un instante la estaba embistiendo tan fuerte que, ni ella ni yo, podíamos dejar de gemir. Una serie de fuertes y firmes azotes golpearon su culo, que se enrojecían cada vez más.

No sabía si le gustaría, pero sus gritos de *Síííííí* y *¡Más!* que salieron de su boca me dieron a entender que no parase. Me excité demasiado. Creo que han sido de los azotes más fuertes que le he dado a una mujer, pero le encantaban.

A cada sesión de manotazos en su culo, correspondía otras tantas *caricias curativas* y un par de veces que rocé su ano con mis dedos noté que gemía. Probé a mojar mi dedo pulgar y a acariciarle la entrada de su culo.

Gemía más todavía. Era buena señal.

A mí no me llaman la atención las penetraciones ni juegos anales, ni activas ni pasivas, pero en ese momento ni me lo pensé. Apreté el dedo y este entró como un cuchillo ardiendo en la mantequilla.

Un grito junto con un estremecimiento sacudió su ano:

—¡No lo saques, por lo que más quieras! Mételo entero, pero, ¡No lo saques! ¡Aunque grite, no lo saques!

Obedecí su orden al pie de la letra mientras un temblor recorría toda la parte de abajo de su cintura llegando a sus piernas. Se estaba corriendo mientras yo aún seguía metiéndosela sin parar y mi dedo casi era succionado por su culo. Fluidos desbocados empezaron a salir de su coño al igual que gritos de placer de su boca.

Mis huevos seguían hinchándose y llenándose de leche. Estaba a punto de correrme y quería hacerlo sobre ese enorme y precioso trasero que ahora tenía uno de mis dedos dentro y que pronto dejó de estar apretado para permitir introducir alguno más. No quise pasarme la primera vez.

Noté como mi polla crecía y se endurecía más, síntoma de que en breve iba a venirme. Cerré los ojos para concentrarme e intentar aguantar un poco más, pero sus preciosos labios, sus ojos claros de cuento de hadas, su pelo largo y su gesto de asombro por mi perversión con ella me inundaron la mente.

No pude aguantar más.

Saqué rápidamente mi polla de su coño aún tembloroso por su orgasmo:

—Me voy a correr —dije mientras me pajeaba a un ritmo muy intenso intentando aguantar un poco más mientras rozaba su culo con ella.

—Ponte de rodillas, vamos. Ahora me toca ensuciarme a mí.

No me esperaba eso y volviéndose a poner bocarriba, Estrella puso su cara debajo de mi polla abriendo la boca. Acercaba su lengua y conseguía lamérmela un poco, pero me pajeaba de forma tan salvaje que apenas podía hacerlo.

Con sus manos empezó a acariciarse la cara y los labios mientras sus piernas estaban completamente abiertas. Aproveché y mojé mi mano con su coño para lubricar más mi polla.

—Córrete aquí, Andrés… aquí. —dijo volviendo a sacar la lengua.

Mientras, con una mano se cogió una de sus enormes tetas y empezó a tocarla y a pellizcarla, y con la otra comenzó a masturbarse fuertemente.

—Ufff ¿Lo vas a hacer? ¿Te vas a correr en mi cara?

—¿No quieres? —le dije sin dejar de pajearme.

—Lo quiero todo de ti. Hazme lo que quieras… yo también me voy a correr otra vez —gimió mientras vi que sus bruscos tocamientos habían vuelto a llevarla al borde del orgasmo.

Esas palabras fueron como un estimulante para mi cerebro, el cual mandó la orden a mi polla para dejarlo salir todo.

—Abre la boca, Estrella. Te lo has ganado.

Una serie de pequeñas salpicaduras de esperma cayeron sobre sus mejillas. Paré de masturbarme un segundo y apreté la base de mi polla todo lo que pude para retener la corrida.

Enseguida un enorme chorro de blanco semen entró directamente a la boca de Estrella mientras sus ojos miraban a los míos. Se me escapó un *¡dios!* de mis tiempos de iglesia.

La segunda y tercera carga de esperma fueron abundantes como siempre me pasaba, repartiéndose por todo su precioso rostro.

Antes de echar los siguientes, que también fueron excesivos, Estrella se metió mi polla en su boca, escuchando perfectamente cómo se bebía cada trago de mi leche.

Mis piernas, ante semejante espectáculo de perversión oral, empezaron a temblar. Estrella acompañó a mi verga en todo momento y ni siquiera la dejo salir de su boca.

Terminé de correrme y me quedé sin fuerzas. Para mayor placer hizo lo mismo que yo hice con su coño: Tragarse toda mi corrida.

Esta vez era yo quien la miraba con lujuria y una impresionante admiración. Aquello fue simplemente perfecto para un salido como yo. La abracé y descansamos unos minutos.

(MIENTRAS)

> Andrés se corrió en mi cara mientras yo seguía con las manos atadas en el sillón de su despacho.
>
> Se corrió en el mismo momento en el que narraba como lo hacía en la cara de Estrella y me sentí tan satisfecha como ella recogiendo cada trazo de esperma que chorreaba encima de mí.
>
> La grabación de esta historia está llena de gemidos, y palabras calientes que algunas veces escucho para masturbarme.

——— RELATO ———

Ya en el centro comercial, en otra cafetería, yo movía la cucharilla para deshacer el azúcar y ella soplaba su té rojo mirándome:

—Ha sido fantástico —me dijo—. ¿Repetiremos?

—Esta noche en mi casa. Tráete ropa y una lista con todo lo que en tu vida has querido hacer en lo que a sexo se refiere y nunca has hecho.

Me miró con cara de satisfacción, me acarició la mejilla y su bolso se cayó. Me hizo una felación escondidos en el bar, esta vez hasta correrme de nuevo en sus preciosos labios rojos que besé sin tapujos.

HELADO DE PLACER.

—A ver, Vanessa. No sé qué quieres y me estás complicando. Antes no necesitaba dedicar tanto tiempo a estas cosas.

—Joder, Andrés, ¿Es que nunca vas a tener paciencia conmigo?

—¿Tanto hay que pensar para elegir un simple sabor de helado? —le dije con tono hastiado—. Todos están deliciosos… bueno, todos no, el de menta es un invento del demonio.

—Póngame una tarrina pequeña de menta, por favor —me miró de reojo intentando ver mi cara de desesperación mientras se reía a la vez que lo hacía Lorena, la heladera.

Habíamos quedado ese día a comer y Andrés no perdonaba para nada su postre favorito: El helado.

Ya había transcrito la historia que leeréis ahora, aunque la tensión sexual con Lorena se notaba en el ambiente aun habiendo dejado de verse.

Más gracia me hacía aquello ya que por dentro pensaba: *Sí, sí, tensiona todo lo que quieras, pero la que va a ir a la cama a follárselo dentro de un rato voy a ser yo.*

Igualmente pensé que la muchacha era preciosa incluso se me pasó por la cabeza la fantasía de hacer un trío con ella. Quién me ha visto y quién me ve teniendo este tipo de pensamientos hace simplemente cuatro o cinco meses.

Nunca había tenido esas fantasías ya que pocas veces, por no decir ninguna, había sentido lo que sentía por él y nunca había necesitado de nadie lo que necesitaba de Andrés.

Después de dar un paseo mientras degustábamos los helados y apenas sin hablar, nos dirigimos a nuestro edificio y llegando casi al portal de comenzó a llover intensamente.

Una última carrera de algunos metros evitó que nos empapáramos los dos. Llegamos al pequeño techado que protegía el rellano de la entrada. Una vez allí Andrés me miró y sonrió:

—¿Qué? —pregunté extrañada.

—Nada, que me desesperas cuando haces lo contrario de lo que te digo solo por joderme —dijo mientras sonreía.

—Yo sé que en el fondo te gusta.

—No… bueno sí… A ver, Vanessa. En el momento me desespera, pero al rato me estoy riendo porque yo soy muy parecido en ese aspecto.

—Eso es verdad —reiteré—, incluso peor. Me has sacado de mis casillas muchas veces, pero a mí me sienta fatal. Te la guardo y te la devuelvo en días como hoy.

—Bueno, ya me vengaré yo de alguna manera —contestó Andrés mientras abría la puerta del ascensor—. ¡Anda, pasa!

Al entrar en el elevador pasé muy cerca de él y rocé sus labios con mi lengua, se cerró la puerta detrás de él y sin mediar palabra me agarró con su mano de la nuca poniendo mi cara contra la pared del habitáculo. Levantó mi falda y empezó a acariciarme la entrepierna.

Se me escapó un gemido más fuerte de la cuenta.

—Nos van a pillar, cabrón.

Su otra mano se metió dentro de mi abrigo y debajo de mi camisa. Ni bajo la falda ni bajo

la camisa llevaba ropa interior, así era como a él le gustaba —y a mí, sobre todo—, como él me lo pedía y como yo le complacía.

Llevaba ya con una humedad excesiva entre las piernas desde que en el restaurante empezó a rozarme con su pie y no paró durante toda comida, y cada vez que él notaba que me iba a correr paraba y me dejaba completamente desatendida. Pasaban unos minutos y volvía a rozarme hasta que repetía la misma jugada sin dejar que me corriera. Casi mejor porque si lo llego a hacer no sé si hubiera podido aguantar el no gritar.

Su mano me rozaba por debajo de mi falda con unos movimientos de vaivén que a mí me estaban volviendo loca.

Sacaba sus dedos de donde estaban, se los acercaba a la boca y los lamía con ganas. Me encantaba que hiciera eso, aunque no siempre había sido así, porque muchas veces solo se centraba en masturbarme, en comerme o en lamerme y dejaba de lado empotrarme como a mí me apetecía.

Aunque ya lo sabía en la teoría, reaprendí que el sexo no es centrarse tan solo en la penetración y en el *sota, caballo y rey*.

Los preliminares, a los que yo le daba menos importancia, cobraron un protagonismo mayor, mucho mayor, así como otras formas de sexo, que para mí no entraban hasta hacía poco en esa categoría. ¿Un ejemplo? Para mí la masturbación era masturbación y no entraba en el concepto de sexo como tal.

Era impensable que solo me masturbaran y eso lo considerase como sexo, pero sí que lo era… diferente y muy bueno. Solamente necesitaba tener un cambio mental al que poco a poco me fui acostumbrando.

Andrés seguía masturbándome y dando breves viajes a mi coño con sus labios, subiéndome la falda y lamiéndome con mucha ansia. Me giré y me comió desde atrás introduciéndome su lengua lo más adentro que podía.

Llegamos a nuestra planta.

Salimos del ascensor y Andrés venía detrás de mí con su polla fuera del pantalón masturbándose, menos mal que era invierno y ya era prácticamente de noche. Saqué las llaves del bolso y abrí apresuradamente la puerta y nada más cerrarla toda mi ropa cayó al suelo en pocos segundos. Me quedé desnuda frente a él que ya se había quitado su abrigo.

Me arrodillé delante suya y le besé su miembro muy suavemente pero enseguida me agarró del pelo, tiró suavemente de la coleta que llevaba hecha y mi cara quedó hacia arriba, mirándolo.

Sus dedos recorrieron mis labios y poco a poco se introdujeron en mi boca que ya salivaba pensando en su corrida. Los sacó, me besó y acto seguido me introdujo su polla fuertemente en la boca mientras yo me agarraba a sus piernas para hacerle lo que él quería y lo que a él le gustaba.

—Quédate ahí de rodillas —me ordenó—. No te muevas.

Sacó enseguida el móvil de su abrigo y volvió donde yo seguía arrodillada. Me volvió a coger del pelo y me metió la polla en la boca otra vez:

—Come, zorrita —me dijo con su mirada tan pervertida y que tanto me gustaba—. Así, despacito.

Andrés comenzó a grabarme con el teléfono móvil mientras me seguía diciendo:

—Así se come. Tienes que hacer caso a lo que yo te diga —me soltó mientras seguía grabándome y se terminaba de quitar los pantalones.

Yo solo podía mirar hacia arriba y mover mi cabeza intentando asentir mientras miraba directamente a sus ojos que estaban completamente clavados en los míos.

—Lo que tú quieras, Andrés —le dije cuando me la sacó de la boca un momento.

—Perfecto. Sigue.

Su polla entraba y salía suavemente de mi boca y aunque a veces forzaba un poco no me molestaba. Fue una de las veces que más suave se la comí y eso que era él quien marcaba el ritmo.

Se me hacía la boca agua solamente de pensar que se iba a correr de un momento a otro y que me iba a llenar toda la cara como a mí me gustaba, pero nada me cuadraba ya que Andrés lo que más le gustaba era hacer disfrutar a su pareja sexual antes de hacerlo él.

Saco su polla bien ensalivada de entre mis labios que también chorreaban y me ayudó a ponerme de pie.

Suavemente me cogió la mano y me llevó al salón donde encendió la televisión, enviando el vídeo que acababa de grabar en el que yo salía comiéndole la polla y donde veía como mi saliva caía desde mi boca al no poder mantenerla dentro. Como me gustaba verme así.

Andrés lamía y besaba mis pechos mientras yo ya empezaba a gemir fuertemente.

Puso la grabación en modo repetición y se dio la vuelta con la polla en la mano, se acercó a mí y la colocó entre mis piernas, muy húmedas ya. Empezó a frotarse con la entrada de mi coño y mi clítoris.

Yo apretaba más mis muslos para que el roce fuera mayor, pero era difícil ya que todo estaba muy mojado por mi saliva y por mis fluidos. Nuestras caras estaban muy cerca y nos besábamos tiernamente mientras los gemidos y suspiros cada vez eran mayores.

De nuevo su mano tiró de mi cabello hacia atrás separándome de él de una forma más ruda de lo que yo esperaba.

—Ahora viene mi venganza, ¡Cabrona! Ya no me vas a bacilar más delante de nadie —sonrió irónicamente—, y menos delante de alguien que me he follado antes que a ti.

Me estremecí de placer y casi tengo un orgasmo. Ahí estaba el verdadero Andrés que tan caliente me ponía.

Me dio la vuelta agarrándome de las caderas y me empujó firmemente en la espalda indicándome que me echara hacia adelante apoyando mi torso completo en el brazo del sofá.

Mi culo quedó a la vista y Andrés se agachó y me lamió de nuevo el coño que seguía chorreando copiosamente.

—¡Ay, Andrés! ¡Qué cerdo te pones cuando te comes mi coño!

—Cállate y ábrelo bien —me dijo mientras metía sus pies entre los míos y me separaba las piernas—. Vas a tener lo que te gusta.

—Sí, dámelo, por favor —le dije desesperada porque me clavara su polla completamente.

De un movimiento fuerte y sin esperármelo Andrés me la metió en un instante sonando un golpe fuerte al chocar su cuerpo con el mío. Ahí paró y yo grité un *Sí* que sonó mezcla de desesperación y mezcla de lascivia.

La retiró muy despacio hasta sacarla completamente y volver a embestirme de golpe más violentamente que antes.

—Así es cómo te gusta, ¿No, Vanessa?

—Sí. Me encanta, joder. Hazlo más… más fuerte. Dame fuerte.

Otra embestida seguidas de varias menos fuertes hicieron que casi me cayese por completo encima del sofá y más con las penetraciones que vinieron después.

—Fóllame, Andrés, por favor. Métela así. Asíííí. Fuerte… dame fuerte. Reviéntame el coño.

Empecé a jadear y a gritar mientras Andrés subió una de sus piernas y apoyó el pie en el brazo del sofá. Gracias a eso sus penetraciones eran mucho más profundas.

Además, notaba como sus huevos golpeaban mi entrepierna, justamente en el clítoris. Me recordaba a cuando me masturbaba con palmaditas en él hasta correrme como hasta entonces no lo había hecho.

—Así, así. Tus huevos, Andrés... ¡Tus huevos, joder! Me encantan —Quién me iba a decir que yo iba a soltar expresiones así al follar… Pues me encantaba hacerlo—. Más fuerte, cabrón.

El ritmo subió de tal manera que el ruido de su cuerpo chocando con mi culo era ensordecedor. Empezó a gemir más fuerte

—¡Cómo me gusta que te pongas tan zorra! Mira qué cara se te pone cuando me comes el rabo, Vanessa —me dijo mientras me agarraba del pelo y me hacía mirar la televisión.

No me reconocía. Mi cara me parecía la de otra persona y los gestos pervertidos que tenía en ella me parecían irreales: mi lengua saliendo por debajo de su polla, hilos de saliva mojándome las tetas y todo mi cuerpo. Los sonidos de mi garganta, los gemidos de placer… no parecía yo.

Pues más aún me gustaba.

Mientras seguía empotrándome noté como se quitó la camisa y con sus manos me agarró fuertemente de las caderas para que el ritmo al follar fuese más intenso.

Al notar el tacto de su piel y la fuerza de sus manos sobre mí, me estremecí y un escalofrío recorrió mis piernas y todo mi coño. *¡Qué pasada!* pensé.

Las penetraciones ya no podían ser más profundas, pero sí más intensas.

—Dame más fuerte, Andrés. Fóllame— le dije—. ¡Andrés, que me corro ya! ¡Ya! ¡YAAA!

Mis piernas empezaron a temblar y perdieron fuerzas haciendo que me apoyase más sobre el sofá.

Andrés lo dio todo.

—Mira, esa es la cara que me gusta —me dijo mientras me estaba empezando a correr—. ¡Qué mirada de puta pervertida!

Miré de nuevo a la pantalla y yo misma me asombré. Si antes no me reconocía, ahora me recordaba a aquella cara de placer de Helena la primera vez que los observé follar. Esa cara de descomposición a causa del gozo y el placer. Aquellos gestos pervertidos con la lengua fuera de la boca y los ojos girados, blancos, indicando que el orgasmo era excesivamente intenso.

Al verme así, entregada al vicio y a la satisfacción absoluta propia, solo pensando en mí y en aquella expresión de *soy dueña de mis orgasmos*, me corrí. Me corrí con la polla de Andrés dentro sin dejar de taladrarme a un ritmo increíble.

Cerré las piernas como pude al igual que hice cuando me frotaba contra su polla nada más llegar a casa y gracias a eso el roce de su polla dentro de mi coño era completo y orgásmico.

Noté algo que nunca había notado antes y era esa sensación de orinar que tantas veces he esperado tener, esa señal de que probablemente mi primer *squirt* venía en camino.

—Andrés, me voy a correr a chorros. Andrés que viene, ¡Ya vieneeeeee! ¡ANDRÉS!

Noté como su mano se deslizó por debajo de mi torso y empezó a rozarme el clítoris de lado a lado mezclándose con movimientos de arriba hacia abajo y también circulares.

—No vayas a parar, por favor. Dame más, dame.

—Córrete para mí. Échalo todo fuera.

Las imágenes de mi cara descompuesta por el placer volvieron a salir en la televisión y en ese momento mi mente se quedó vacía, solo sentía un placer inmenso en todo mi cuerpo, pero sobre todo entre mis piernas.

No podía centrarme en nada más.

Unas cuantas gotas cayeron de mi coño al suelo y justo en ese momento, Andrés embistió con más fuerza que antes.

Y ahí llegó, por fin… lo que yo más había estado esperando. Con cada embestida un chorro de *squirt* inmenso salía de mi entrepierna y caía al suelo además de mojar mis piernas, las de él, su polla y sus huevos.

—¡Hijo de puta! ¡Qué pasada! Me estoy corriendo a chorros —pude decir entrecortadamente.

—Sigue, puta —ese "puta" resonó en mi cabeza e hizo que mi placer se intensificara más.

Los chorros seguían saliendo sin parar con cada movimiento que su polla hacía dentro de mí y con cada roce de su mano en mi clítoris.

Me pareció eterno, un placer interminable, húmedo y que no quería que acabase.

Mucho más salió formando un amplio charco enorme en el parqué de casa. Poco a poco el placer iba bajando y los temblores posteriores hicieron que me tuviese que tumbar del todo en el sofá. Andrés me acariciaba tiernamente la espalda y la besaba. Nos tumbamos el uno junto al otro en el sofá mientras me tocaba mi cuerpo y mi cara con los ojos cerrados, disfrutando de cada resquicio de aquel intenso y nuevo orgasmo.

De vez en cuando un espasmo en mi entrepierna hacía que un poco de líquido volviera a salir. Andrés como siempre lo lamía con ansias.

—Te lo dejo pasar porque ha sido la primera vez que te corres así, pero la próxima vez que todo eso acabe en el suelo y no en mi cara o encima de mi cuerpo, te castigaré ¿Entendido?

—Sí —y le besé mientras seguía suspirando de placer.

Desde entonces siempre que follamos su sesión de *squirt* la recibe sin poner pega ninguna.

Cada día descubría algo nuevo con él.

——— RELATO ———

No, no me gusta usar comida para los juegos eróticos.

Si hay que comer algo se come, pero que sean partes del cuerpo. Una vez usé miel y creo que aún estoy pegajoso. Respeto a quien le guste y quien lo haga, pero a mí no me agrada.

¿Que por qué empieza esta historia así? Porque una de mis pasiones gastronómicas (no sexuales) son los helados y, más precisamente, por la chica que los servía en mi heladería favorita: Lorena.

Para variar (modo irónico), nueve años más joven que yo, con un largo pelo castaño que se recogía siempre en su característica coleta alta, normalmente, hecha para su trabajo. Unos ojos color miel y, junto con su piel morena por el sol, destacaba más aquel color.

No era alta, sobre un metro y medio, pero sí esbelta y con cuerpo atlético que cuidaba a fuerza de gimnasio cada día.

Cuando la conocí era invierno y al ser tan friolera, siempre iba con un polar largo con el logo de la heladería, pero al llegar el verano ese polar desaparecía, marcando sus enormes pechos tras la camiseta ajustada del uniforme de trabajo.

Sus piernas y su precioso culo se perfilaban perfectamente en los *leggins* que usaba y todas las personas que iban a por helados la miraban. Más de una vez he visto a un chico llevarse un codazo porque su pareja le había sorprendido mirando fijamente a Lorena.

Pero todo esto no era lo más impresionante. Para mí eran dos cosas:

La primera y más increíble era que, teniendo nueve años menos, era el doble de madura, inteligente y estimulante que yo y, ojo, que yo me considero bastante maduro.

La segunda era esa vocecita tan dulce que poseía y que, cuando decía un por favor, hacía que se te derritiera el alma haciendo imposible negarle algo:

—Joder, pues hoy me toca turno de mañana y un poco del de tarde. Mi compañera tiene el cumpleaños de su hermano pequeño y necesitaba que le cambiase el día de trabajo... no me he podido negar. Y ni me he traído comida siquiera —dijo con un tono de cansancio mental.

—Yo te traigo algo de comer si quieres — le contesté mientras miraba la vitrina intentando elegir un sabor de helado para llevarme una tarrina a casa.

—Pero ¿vas a hacer tú de comer? — me preguntó mirándome por encima de sus gafas—. No me lo creo.

—Sí, hoy me toca cocinar para mis padres que vienen a casa a comer. He hecho un cocido madrileño —contesté con un tono de orgullo—. Lo he terminado hace un rato y solo queda calentar y comer.

— Si viene con un caldito, lo acepto.

—Vendrá —le dije—. Ahora ponme una tarrina de 1 litro de vainilla con *cookies*[38].

Mientras se apoyaba en la nevera de atrás para llenar la tarrina del sabor elegido, Lorena se puso de puntillas para llegar mejor.

Entonces su perfecto culo se dejó marcar más aún en sus pantalones de licra, y cuando digo perfecto es que lo es. Respingón, grande, mullido, terso y precioso.

Su ridículo tanga se dejaba intuir entre el material elástico y sus redondos glúteos me hacían no poder desclavar mis ojos de ella. Benditas gafas de sol que me ayudan a disimular, pero lo que no se podía disimular era la enorme erección que me había provocado.

Me fui a casa a preparar la comida pensando en el culo de Lorena. Se notaban las horas de gimnasio para ir a la moda de los culos *grandes* que está a la orden del día. Ella iba a la moda y por mí encantado.

Ojalá todas las chicas quisieran tener el culo así. A estas alturas ya te habrás dado cuenta las cosas que a mí me suelen gustar y una de ellas es todo grande.

Cuando le daba un último hervor al cocido en la cocina mis padres llegaron a casa para comer, y mientras terminaban de poner la mesa, yo saqué el caldo, le añadí un puñado de fideos y los herví hasta que estuvieron listos. Llené un táper con una buena ración de garbanzos y su correspondiente *pringá*[39] además de una buena cantidad de sopa de cocido con fideos. Bajé a la heladería a llevárselo:

—¿Ya? ¡Qué rápido eres! —había pasado casi una hora y no se había dado cuenta—. ¡Madre mía! Cómo huele eso ¿no?

—Toma, ya me contarás qué tal está —le dije mientras le daba los recipientes.

—¿Y el café? —preguntó con tono muy serio a modo de chiste.

—¡Ah! Que encima te tengo que traer yo el café… pensé que tendrías la decencia de invitarme tú a uno… o al postre —lógicamente lo de postre iba con segundas, pero no mostré ninguna intención.

—Pues me parece bien. Pásate a las cinco que a esa hora salgo y nos vamos a tomar algo, pero helado no, por favor.

No me podía creer que hubiese aceptado tan fácilmente. La verdad es que, con el tonteo que solíamos tener, nunca se lo había preguntado de verdad, y mira por dónde…

Me fui a casa, comí con mis padres y se marcharon. Acto seguido me metí en la ducha. Estuve tentando de masturbarme para no ir con mi habitual estado de salido, pero me contuve. Pensé que, si luego volvía a casa y seguía demasiado excitado después de la cita, podría hacerme una paja pensando en ella. Una de esas pajas que se quedan para el recuerdo, así que me vestí después de secarme y perfumarme y me fui a la heladería.

—¡Joder, tío! Vienes de punta en blanco y yo, mira… —abrió la cremallera de la chaqueta negra que llevaba puesta y me enseñó su camiseta completamente manchada de café, aunque con esos pechos tan enormes y turgentes, poco me fijé—. Un niño se me ha cruzado por delante cuando iba con la bandeja y me he derramado el café encima.

—¿Te acerco a casa, te duchas y te cambias?

—Pues te lo agradecería, sí. Aunque ropa para cambiarme tengo aquí —contestó.

—¿Y si te duchas en mi casa?

Se quedó mirándome sin saber que decir con la boca entre abierta y sus ojos clavados en los míos.

—Ups, perdón si te molesté… pero vaya, que ya somos mayorcitos —añadí—. Si quieres te espero en el salón. Tengo toallas, secador de pelo, cepillo y hasta la casa limpita de esta mañana… además prometo desconectar todas las cámaras espía que tengo.

Se echó a reír y, aún sin estar convencida del todo, dijo:

—Bueno, va. Venga —no sonó muy convencida, pero creo que la incomodidad de estar manchada le pudo.

—Oye, que lo último que quiero es que estés incómoda con la situación… Mi coche está a 50 metros aparcado, que igualmente puedo llevarte a casa y esperarte en él. Te lo he ofrecido casi sin pensar.

—¡No, no! Qué va, qué va…

Subiendo en el ascensor, Lorena se miraba la enorme mancha de café de la camiseta y resoplaba un poco enfadada. Yo, para quitarle importancia al asunto, miraba al espejo y le decía que no se preocupase, que esa mancha se lavaba fácilmente.

Entramos a casa y curioseó conforme avanzábamos hacia el salón mirando las pocas fotos que tenía e incluso alguno de mis libros.

—No sabía que vivías tan cerquita.

—Pues sí, te lo dije. ¿No me creías o qué?

—A ver… sabía que estabas cerca al verte varias veces al día, pero no me imaginaba que tanto.

—¿Pensabas que pasaba por allí solo para verte? Ummm, qué creído te lo tienes —contesté.

En el salón de mi casa había dos cámaras de fotos en sus trípodes porque había estado sacando unos retratos a mis padres, que las necesitaban para mandarlos a unos familiares, y Lorena casi tropezó con una de ellas.

—¿Haces fotos?

—Sí —contesté—, pero solamente soy un aficionado. No soy profesional.

—Luego me enseñas algunas, ¿vale?

—¡Claro que sí! —le contesté—. Me encanta enseñar mis fotos. Si me pongo muy pesado me lo dices.

Lorena me miró con una sonrisa y me preguntó por el baño. La acompañé y le di toallas limpias, una esponja nueva y le indiqué cómo funcionaba la ducha último modelo con masaje, aunque ni yo sabía usarla bien aún.

—¡Madre mía! ¡Cuánta presión tiene el agua de tu casa! — exclamó.

—Sí, ten cuidado que además sale muy caliente, no te vayas a quemar —le dije a modo de advertencia.

—Si no me he quemado con el café hirviendo, no creo que me queme con la ducha.

Salí del baño y me fui al salón a esperar que terminase. Encendí la televisión y me hice un café mientras la esperaba sentado en el sofá. En la pantalla apareció una película de superhéroes que me gustaba y la dejé. Me quedé dormido, juro que menos de un segundo, y cuando abrí los ojos era casi de noche, la televisión mostraba otra película y Lorena estaba tumbada a mi lado y me rodeaba con un brazo dormida profundamente también.

¡Pobre! Estará agotada de trabajar, pensé.

Me levanté con cuidado de no despertarla y la tapé con una manta. El café seguía encima de la mesa. Eran cerca de las nueve y media de la noche, así que me fui al dormitorio a hablar por teléfono. Pedí dos *pizzas* y un plato de pasta carbonara para que pudiera elegir. Abrí una botella de vino y la dejé aireando en la cocina.

Cuando pasé a su lado me fijé en ella. Tenía hecha su coleta permanente. Dormida estaba preciosa. Tenía una respiración fuerte que le hacía hinchar más sus enormes tetas y su postura era perfecta para distinguir claramente cada curva de su cuerpo.

Cogí la cámara de fotos que tenía al lado, bajé la luz y encendí uno de los focos con filtro rojo que estaba en el salón rebotando la claridad contra la pared que había detrás del sofá donde dormía. Tomé una foto y dejé todo como estaba.

—¿Qué miras? ¿Y esa cara que se te ha quedado? —se había despertado en ese oportuno momento.

—Tu coleta, me encanta —me pilló desprevenido y contesté lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Tú no vayas a mirarme el culo como hacen todos, tú la coleta. ¡Qué rarito eres! —ella lo sabía. ¿Qué mujer que esté buena no lo sabe?

—He pedido cena — le dije con cara de tonto para cambiar de tema.

—Te he escuchado —contestó—. Quiero la pasta carbonara y también quie…

Llamaron a la puerta. Era la comida. La dejé en la cocina mientras preparaba los platos para cenar.

—… y también quiero ver esa foto que me has hecho —dijo continuando la frase anterior interrumpida por el timbre.

—Te la iba a enseñar ahora. No pienses nada raro, ¿eh?

—Tú solo te lo estás diciendo todo, Andrés —se rio.

Cogí la cámara y se la enseñé. Su cara se volvió muy seria y me dijo:

—¡Qué pasada! ¡Hazme más!

—Vamos a cenar, que se enfría la comida. Luego te hago algunas, ¿vale?

Nos sentamos en la mesa del salón. Lorena no paraba de mirar las cámaras y de preguntarme cosas que yo solo sabía contestar técnicamente, pero ella me prestaba atención como si entendiera. En breve la botella de vino fueron dos.

—Venga, quiero más fotos —me dijo mientas dejaba la servilleta encima de la mesa y apuraba la copa de vino—. Voy a arreglarme.

Deshizo su coleta y se la volvió a hacer mientras me miraba sonriendo malévolamente. Sacudió su ropa intentando quitar, si había, alguna arruga o imperfección y se sentó en el sofá.

Ella empezó a hacer poses a modo de modelo; muchas quedaban bien, otras eran cómicas y ella lo sabía porque se reía y… ¡Qué risa tan encantadora! Tenía unos labios preciosos y perfilados que mojaba de vez en cuando con su lengua y otras los mordía a modo de chica mala.

Cada tres o cuatro fotos, se acercaba donde yo me encontraba para que se las enseñase y una de esas veces nos quedamos mirando el uno al otro y nos besamos.

Fue un ligero beso, pero lo justo para saborear su boca y esos labios que me tenían hipnotizado

Se retiró de mí y volvió al sofá. Me dijo que siguiera haciendo fotos.

Sin venir a cuento, se quitó la camiseta lentamente, ahora blanca, dejando al descubierto sus enormes pechos aún en su sujetador de encaje blanco.

—Pero ¿Qué haces, chiquilla? —dije riéndome—. ¿Es que tienes calor? —le guiñé un ojo.

—Vamos a hacer una sesión especial.

Sin cortarme ni un momento, le tomé unas cuantas fotos y, sin casi darme cuenta, desaparecieron sus zapatos y sus pantalones. Un culote brasileño blanco a juego realzaba su, ya de por sí, gran y redondo culo.

Se puso a hacer poses sugerentes.

—¿Estás segura de esto? Voy a tener que hacer que me firmes unos papeles para que luego no haya reclamaciones legales.

—¿Esa cámara graba vídeo? —preguntó haciendo caso omiso a lo que le había dicho antes seriamente.

—Sí. Bastante bien, además—contesté.

—Pues ponla en el trípode grabando y ven aquí.

Mi polla se despertó dentro del pantalón elevando mi excitación *voyeur* cuando vi cómo se quitaba el sujetador y las bragas mientras se tumbaba bocabajo en el sofá levantando ligeramente su culo. Yo estaba terminando de poner la cámara en el trípode, aunque ya se grababa la escena.

Cuando volví a mirar, una de sus manos se había deslizado entre sus piernas mientras su culo subía y bajaba para hacer el roce más intenso. Se estaba masturbando en mi casa, en mi salón y sin juegos previos. Yo me quedé casi de piedra, aunque eso sí, no sin saber qué hacer.

Serían las dos botellas de vino que nos bebimos.

Ha sido una de las erecciones más rápidas de mi vida.

Me acerqué lentamente a ella y cuando llegué a su altura, Lorena, de un brinco, se puso sobre sus rodillas en el sofá con las piernas abiertas sin dejar de masturbarse y empezando a gemir. Entre sus dedos, ya brillantes por la humedad, se dejaba entrever su clítoris que, lo mismo que se veía, al momento desaparecía entre sus dedos.

Sin dejar de tocarse, me cogió con una mano del cinturón e hizo que me acercase a ella. Un movimiento rapidísimo de sus dedos y mi botón estaba desabrochado, mi cinturón quitado y

mis pantalones caían al suelo. Mi polla estaba ya en su mano, la apretaba entre sus dedos mientras la acariciaba.

—¡Qué hambre tengo!

Sin decir nada más bajó su cuerpo casi tumbándose en el sofá, apoyó sus deliciosos labios en mi glande y de un movimiento mi polla desapareció dentro de su boca.

—¡Joder! ¡Qué bien! —le dije mientras le acariciaba su cabeza y sujetaba su coleta suavemente—. Así, así.

Tanto como la mano de su coño como la de mi polla, así como su cabeza, empezaron a subir el ritmo paulatinamente, mientras los sonidos de su saliva se volvían más ruidosos. Notaba como la humedad resbalaba por mis huevos y su mano, soltando mi polla de vez en cuando, bajaba para masajearlos.

Empezó a respirar y a gemir cada vez más fuerte hasta que, viendo que se iba a correr, le cogí su mano y la aparté de su entrepierna.

—Pero ¡¿Qué haces?! —protestó—. Me iba a correr ya, cabrón —dijo algo molesta.

—Sí, te vas a correr. Pero te vas a correr con mi lengua… y en mi boca.

—Dios, me has puesto más caliente aún. Espera…—contestó ya sin tono de enfado.

Dio un salto y corrió hasta donde estaba la cámara, la acercó al sillón y la puso dispuesta hacia abajo.

En ese momento pensé que las últimas mujeres con las que había estado tenían obsesión por tener vídeos sexuales, sobre todo las más jóvenes que yo… aunque yo encantado por ello.

Se tumbó bocarriba en los cojines y puso sus rodillas sobre los hombros abriendo las piernas y dejando ver su rojo y abultado coño. Acercó la mano y con dos dedos se lo abrió dejando todo al descubierto:

—A comer —dijo mirándome a los ojos mientras se frotaba el clítoris—. ¿A qué esperas? ¿No querías comer? Pues venga ¡COME!

Alucinando por sus palabras y de cómo el momento se había tornado tan sexual de repente, me puse de rodillas frente a ella y empecé besar y a pasar mi lengua despacio y suavemente sobre sus ingles dejando alguna lamida sobre su coño de vez en cuando. Mientras, ella mojaba sus dedos metiéndoselos dentro y volvía a masturbarse en ese punto que tanto le gustaba.

Cuando llegué a la zona del clítoris le aparté la mano, y empecé a mover mi lengua rápidamente de lado a lado poniéndola dura, intentando que solo la punta lo rozara. Ya llevaba un rato haciéndolo y sus jadeos crecían, acomodaba mis labios en forma de *O* y lo succionaba fuertemente dejándolo dentro de mi boca. A la vez se hacía el vacío en ella mi lengua seguía haciendo su trabajo.

Cada vez que lo succionaba, un fluir húmedo salía de su coño y yo intentaba saborearlo todo.

—Me estoy corriendo, Andrés —gritaba desesperada—. ¡No puedo parar, dios!

Lorena arqueaba la espalda, pero lejos de retirarse, apretaba cada vez más su coño contra mi cara mientras jadeos, gritos, *dioses* y *me corros* salían de sus labios.

Justo en el instante que más combaba su espalda y yo más apretaba mi boca contra ella un grito de placer retumbó en el salón. Expresiones irreconocibles, camufladas por sus gemidos salieron de sus labios, terminando con una serie de susurros repetidos que solo decían: *qué hijo de puta*.

Retiré mi boca de su coño:

—Me pone demasiado que me insultes cuando te estás corriendo en mi boca —le dije mientras aún lamía mis labios intentando saborearla un poco más.

Ella no decía nada, solo estaba con los ojos cerrados bocarriba en el sofá, con las piernas todavía ligeramente entreabiertas, jadeando e intentando empezar a respirar con normalidad.

—Cabrón… Eres un cabrón. ¡Cómo comes el coño! —me dijo entre suspiros con las manos tapándose la cara—. Pero no te lo creas mucho vaya a ser que te acostumbres.

La miré y vi que aún tenía su entrepierna húmeda. Volví a acercarme a terminar de limpiar y recibir mi premio.

—Esto es lo mejor —le susurraba mientras lamía todo de abajo arriba.

—Cabrón —repetía una y otra vez—. Sabes que lo haces bien y te aprovechas.

—Bueno… como tú. Sabes que estás buena y nada, aquí estamos… tú corriéndote en mi sofá y yo comiéndote el coño —contesté mientras lamía mis dedos aún llenos de sus fluidos.

—Míralo el cerdo. Si es que encima le gusta.

—¿A mí? Si dependiese de mí, no habría nada más que placer solo para ti.

—¡Sí, hombre! ¿Y tú? ¿Es que no te quieres correr?

—¿Yo? Después. Si hay tiempo y ganas. Y si no… —contesté mientras hacía el gesto de hacerme una paja.

—De eso nada, túmbate ahí que te voy a recompensar.

—¿Tú de verdad me quieres recompensar, Lorena?

—Por supuesto.

—Pues entonces… —le dije tumbándome bocarriba en el sofá después de terminar de quitarme la ropa— ven aquí, siéntate en mi cara y fóllame la boca.

Sus ojos se pusieron como platos y su boca se entreabrió mientras yo empezaba a pajearme. Ella, de nuevo, cogió la cámara y la puso justo enfrente al sofá mientras se sentaba sobre mi cara. Otra vez la obsesión con grabarlo todo.

Así lo hizo. A horcajadas sobre mi cabeza. Cuando yo miraba hacia arriba, veía su precioso coño muy cerca. Su clítoris rozaba mi nariz y de su ombligo colgaba un *piercing* con un *Ojo de Ra*. Sus enormes y turgentes tetas eran la visión perfecta. Y, cuando se reclinaba hacia delante, su cara de placer era lo mejor de todo.

—Te voy a ahogar —me dijo a modo de falsa excusa.

—¿Y a qué esperas? —contesté—. Si no te gusta lo dejam…

Antes de poder terminar de hablar, Lorena volvió a apoyar su coño en mi boca y comenzó a moverse con un suave movimiento de caderas que iba de delante hacia atrás. Notaba solo un ligero roce sobre mis labios, un roce muy caliente y húmedo que llevaba hasta mi nariz un delicioso olor ácido. Moví mi cabeza para impregnar mi nariz de ese aroma y dejarlo grabado permanentemente en mi mente.

Me había empezado a masturbar lentamente, aunque ahora había subido el ritmo. Con la otra mano agarraba con fuerza el culo de Lorena, acariciando su tersa piel, que se notaba erizada por la excitación.

Lo apreté aún más para hacerle notar que quería que lo hiciera más rápido.

—Estoy muy mojada—me dijo.

—Y más que lo vas a estar. Fóllame la boca como si estuvieras cabalgándome la polla.

—Ufff, ¡Qué *hijoputa*! Me pones a mil con esas cosas que dices, Andrés... Ahora verás.

Poco a poco los movimientos de sus caderas iban creciendo mientras el roce contra mi boca era cada vez mayor. Sus manos agarraban mi cabeza y colocaba sutilmente mi lengua y mis

labios donde ella los quería.

Con cada vaivén de su redondo culo sus preciosas tetas rebotaban de la turgencia que poseían y sus pezones, a los que yo no podía quitarles los ojos de encima, crecían y se endurecían.

Dejé de masturbarme al notar que estaba a punto de correrme de un momento a otro y todavía no quería, así pude meterle dos dedos en el coño además de agarrar su redondo trasero y apretarlo todavía más contra mi boca. Al mismo tiempo, estrujaba aquellos glúteos tan duros.

El movimiento, los jadeos y la respiración agitada seguían creciendo y un *chúpamelo* reiterado se escapaba entre sus labios.

—¡Grita! Quiero oír todo lo que pasa por tu cabeza —le dije mientras aparté un momento su coño de mi boca. Enseguida volví a comérselo y a succionarlo.

—Calla y come, cabrón. Cómemelo que me voy a correr otra vez.

Una de mis manos volvió a mi polla para pajearme. Algunas gotas ya habían salido de debido la excitación tan grande que sentía.

—¡Ah! ¡Sí, por dios! Cómeme el coño así. ¡Come, come…! ¡Chúpalo, por favor!

Esas palabras solo conseguían ponerme más y más caliente haciendo que mi lengua, sus caderas y mi boca se juntasen todo en uno a una velocidad vertiginosa, sintiendo como sus fluidos estaban ya prácticamente en toda mi cara, regándome de placer.

—Me voy a correr… ¡Me corro! ¡No puedo parar de correrme, Andrés! ¡Toma, toma, todo para ti! —gritó sin pudor alguno.

Noté, además de escuchar, como sus fluidos salían de ella mientras sus caderas se sacudían violentamente con cada vibración.

Introduje todo su coño en mi boca y succioné lo que de allí salía. Eso hizo que Lorena empezase a temblar y a tener convulsiones del placer mientas una larga lista de *hijos de puta*, *dioses*, *hostias* y *bébetelo* salían descontroladamente de ella.

Se quedó todo lo quieta que pudo hasta que dejó de temblar, dejándose caer hacia atrás. Su respiración era muy agitada y entrecortada y se volvía algo arrítmica cuando algún resquicio de su orgasmo quería recordarse en la punta de su clítoris.

Yo no me moví, no dije nada, solo acariciaba con la yema de mis dedos las preciosas curvas de su cintura, de sus tetas, de sus caderas y de sus piernas mientras su coño seguía en mi boca el cual rozaba sutilmente con mis labios.

Un *ummmm* se escuchó y enseguida noté como se incorporaba y, sin darme cuenta, en menos de un minuto mi polla desapareció dentro de su coño entrando fácilmente debido a lo mojada que Lorena seguía.

—Esto no puede ser. Esta polla está muy dura. Hay que hacer algo para que baje. Según los médicos, las hinchazones de este tipo no son buenas —siempre estaba con sus ocurrencias aun follando y es una cosa que siempre me ha gustado: El sentido del humor en cualquier momento.

Con los pies apoyados en el sofá y sus brazos cogiendo mis piernas, empezó a cabalgar mi polla de espaldas a mí. Estaba demasiado excitado y sabía que iba a durar muy poco ya que con tanto pajearme no había dejado casi nada para después.

—Dios, que me voy a correr ya, Lorena.

—Ummm… ¡Genial! Pero mejor así —sacó mi polla rápidamente de su coño—. Ponte de rodillas —ordenó, y yo obedecí.

Se puso a cuatro patas, pero con su cabeza frente a mi polla. La miraba con lascivia.

—Si yo me he corrido en tu boca, tú te vas a correr en la mía —me dijo mientras cogía mi mano y hacía que le agarrase la coleta—. ¡Úsame!

Empecé a mover las caderas y a follarle la boca poco a poco marcando el ritmo gracias a tener su pelo entre mis manos. No quería apretar demasiado para no perder la excitación del momento.

—¡Más fuerte, joder! —gritaba.

Seguía subiendo el ritmo y cuando me quise dar cuenta le estaba follando la boca literalmente .

Los sonidos que salían del fondo de su garganta eran una mezcla de placer con líquido y, al intentar bajar el ritmo, ella lo volvía a subir, así que me dejé llevar sin medir las consecuencias.

Cuando estaba a punto de correrme, tiré de su pelo hacia atrás sacando mi polla del fondo de su garganta y con la otra mano me masturbé fuertemente frente a su cara.

—Vamos, córrete, cabrón. Llename la cara de leche rica —decía jadeando de placer—. Quiero tu corrida, hijo de puta —gritaba.

No me había dado cuenta, pero se estaba masturbando y debía de llevar un buen rato porque volvía a chorrearle el coño.

Eso hizo que la excitación fuese tan grande que un gran chorro de semen salió de mi polla llenando casi toda su preciosa cara, roja por el calor del sexo. Cuando dejó de salir el primer chorro, volví a meter mi polla en su boca y terminé de correrme en su interior. Me palpitaba como pocas veces lo había hecho y, como es habitual en mí, me corrí en gran cantidad. Yo gritaba de placer aguantándome dentro de los labios un *come puta*, que tanto me gusta y que después de aquel polvo le dije muchas veces cuando hubo más confianza. Solo se escuchaba el sonido de su saliva dentro de su boca que ahora chorreaba por mi polla.

Se tumbó bocarriba y siguió chupándomela un rato más mientras se la pasaba por la cara jugando con el semen que aún tenía en ella.

—Hay que ser una mujer limpia —se reía mientras lamía la lefa—. Y, ¿sabes lo mejor?

—¿Mejor que esto? —contesté.

—Sí, mucho mejor —me dijo mientras señalaba la cámara que no dejó de grabar en ningún momento—. Que ahora vamos a follar viendo todo lo que hemos hecho mientras la otra cámara nos graba también.

DESESCALADA EN LA OFICINA.

El COVID-19 llegó a nuestras vidas mientras la relación que ya manteníamos Andrés y yo seguía su curso. Una relación que en realidad no tenía nada de relación —sentimental—, porque quedábamos solo para follar.

Además, transcribir sus relatos era ya otra excusa para tener sexo, eso sí: el mejor sexo que había tenido hasta entonces.

Siempre me decía a mí misma que tarde o temprano esto se acabaría porque yo terminaría teniendo sentimientos hacia él y el jamás hacia mí:

—Eso no se sabe, Vanessa. Es algo que, ni se puede controlar ni se puede prever.

—Entonces, ¿no lo descartas? —pregunté algo sorprendida.

—Yo ya no descarto nada en la vida. Si algo he aprendido en todo este tiempo es que luchar contra algo inevitable no sirve de nada. Hay que dejarse llevar y lo que deba de ser, será. Hay que disfrutar de los buenos momentos y dejar pasar los malos.

—¿A qué te refieres? —las conversaciones de este tipo con Andrés eran interesantísimas.

—A que hay cosas que son incontrolables. Uno puede luchar por no enamorarse, pero cuando el amor te llega es imposible evitarlo… como la muerte.

—Ya.

—Por mucho que queramos y luchemos por no envejecer no podemos hacer nada.

—Por ejemplo —le corté—, es inevitable que esté cachonda y quiera que me folles ahora mismo.

—Bueno, eso es evitable. Podría enfadarme por cambiar radicalmente de tema, levantarme y marcharme… pero hoy no.

Me besó mientras apretaba mi culo haciendo que me acercase a él. Me cogió de la mano y me llevó a su despacho.

—Ven, te contaré otra de mis historias.

——— RELATO ———

Una putada todo esto del COVID-19, pero bueno, una situación que nos ha tocado vivir. Una experiencia de supervivencia y de otras muchas cosas.

No veía tanto porno desde que tenía 18 años y jamás había practicado tanto cibersexo como en estos dos meses y medio que me había quedado prácticamente en casa para todo. Había pensado incluso hablar con mi vecina de arriba para algún *arreglo* sexual, pero sopesé que a la larga todo desembocaría en situaciones incómodas, y más sabiendo como es ella y como soy yo.

Tenía claro que en cuanto llegase la fase II de la desescalada iba a irme unos días a un hotel con una amiga con la que ya había hablado para sacar y desfogar todo lo que teníamos contenido, y es que no era solo por sexo, sino también el agobio y el estrés de aquella situación.

Nos reíamos comentando y diciendo lo poco que iba a aguantar en el primer polvo, si

llegaría ni siquiera a metérsela tres veces sin tener que correrme y sin poder hacer nada. Tenía razón, así que una semana antes dejé de masturbarme, de consumir porno y de pensar en el sexo para reponerme un poco después de tanta actividad autoerótica que apenas ya me satisfacía y que solo conseguía hacerme tener más ganas de sexo.

Había quedado con ella el martes 19 porque, casualidades de la vida, el 18 tenía que ir a la oficina a rellenar una serie de documentos para uno de nuestros negocios. Eran unos papeles que debíamos tener disponible para poder volver a abrir y cumplir con la nueva normativa del COVID-19... un rollo, pero mi jefe insistió y quedé en ir.

Cuando llegué a la oficina con mi mascarilla y guantes obligatorios en aquel momento, esta estaba completamente vacía. Empecé con el trabajo que no me llevaría más de dos o tres horas y en ese momento sonó el teléfono móvil que tenía para el trabajo.

—¡Ay que ver que no me has llamado ninguna vez durante el confinamiento! Todo el mundo haciendo videoconferencias y tú ni un simple mensaje.

—¡PAULA! Me alegro mucho de escucharte —le dije—. Es verdad, no tengo vergüenza, pero he dejado el móvil encima de la mesa y ni lo he tocado… pero vaya… ¿Y tú a mí?

No mentía, durante la pandemia decidí hacer una desintoxicación tecnológica.

Paula era una compañera de otra de nuestras sedes donde teníamos un negocio de hostelería que se dedicaba a proveer de comidas *gourmets* a domicilio para clientes adinerados.

Tenía 34 años, era de mi estatura, un metro setenta más o menos, con los ojos marrones de color miel y una piel muy blanca.

Con su edad ya era la gerente de ese sector de nuestra empresa. Era listísima, muy estimulante intelectualmente hablando, me quedaba absorto escuchándola hablar por su inteligencia. Tenía un par de ovarios para manejar cualquier tipo de situación y solventarla. De hecho, a mí muchas veces me cohibía su forma de ser por tener una personalidad tan fuerte.

No se trataba de una cohibición mala, no sé cómo explicarlo... Y por ese sentimiento que producía en mí, me gustaba mucho hablar con ella. Creo que me imponía como persona.

Vestía siempre camisas muy anchas tipo *hippies* y pantalones vaqueros. Tenía una figura bonita que combinaba muy bien con su estilo, pero si algo resaltaba para mi gusto era su cara, una de esas caras bonitas de revista.

—Sabes que, aunque nos veamos poco, yo te tengo mucho aprecio, ¿verdad? —le dije activando el manos libres.

—Claro que sí, Andrés. Lo sé. Por eso me extraña que, encima de que nos vemos cuatro o cinco veces al año en la oficina, fuésemos ahora a perder el contacto... ¿Estás trabajando? Se te escucha teclear.

—Sí, estoy en la oficina, que he tenido que venir a imprimir unos documentos —contesté.

—Estoy casi abajo ¿Quieres que me pase y nos vemos? Nos podemos tomar un café de esos asquerosos que prepara esa máquina del pasillo.

—¡Por mí estupendo! —me alegré—. Venga, que te espero.

A los cinco minutos llegó Paula con ese aspecto tan suyo que tanto me gustaba. Ya a lo lejos empezó a sonreír y yo también. Cuando nos quisimos dar cuenta estábamos abrazados y acariciándonos las espaldas a modo de saludo.

—¿Pero tú has visto la pinta que me traes? En chándal, con deportivas… ¿y esa barba? —dijo mientras me miraba de arriba abajo—. Te queda bien.

—Gracias, yo a ti te veo tan estupenda como siempre.

Estuvimos hablando un largo rato sobre como habíamos pasado este periodo del COVID-19 en nuestras casas. Como nos lo habíamos montado para no volvernos locos. Las pérdidas familiares que ambos habíamos tenido… Una extensa conversación que volvió varias veces al pasillo del café.

En una de esas idas y venidas, a Paula se le cayó una servilleta al suelo y corriendo me agaché a recogerla para tirarla a la papelera. En menos de un segundo ella sacó de un bolsillo de su chaqueta vaquera un mini botecito de gel hidroalcohólico. Lo abrió y me echó un poco en las manos. Ella aprovechó y lo hizo también.

—¡Joder, Andrés! ¡Con qué velocidad te frotas las manos! ¡Vas a empezar a arder! ¡Que eso lleva alcohol!

—Entre esto y el confinamiento sí, sí que voy a echar a arder —contesté.

Enseguida Paula me miró con cara pícara.

—Tú como siempre, ¿no? Tú no pierdes oportunidad.

—Ya sabes cómo soy—contesté un poco avergonzado mientras me reía—. Espero que no te moleste.

—¿A estas alturas? Sabes de sobra que no, que a mí me gustan estas tonterías. Ya te lo dije —me respondió mientras daba un paso hacia a mí—. Anda tonto —y me besó en la mejilla.

Intentó seguir su camino hacia mi mesa y en ese momento agarré su brazo y la acerqué hasta donde yo estaba. Intenté besarla y antes de llegar a sus labios me preguntó:

—¿Esto está bien?

—No lo sé, solo sé que me apetece mucho hacer algo así.

Me dio un pequeño empujón para apartarme, sonrió y me besó ella.

Me apoyó contra el cristal de una de las salas de reuniones y esta vez solo rozó sus labios con los míos, sin llegar a besarme del todo, sintiendo en mi cara la respiración cálida y agitada saliendo de su nariz.

Mis manos bajaron hasta su cintura. La cogí con firmeza y la acerqué para que nuestros cuerpos se tocaran. Volví a intentar besarla y lo único que encontré fue su lengua fuera de la boca con la que empezó a perfilar mis labios. Era dulce y carnosa, muy húmeda.

Puro morbo.

Abrí mi boca y la introduje dentro mientras la succionaba un poco.

—Mmmmm, me encanta eso.

—Pues si vieras como lo hago en otros sitios —le sonreí.

Al escuchar esas palabras empezó a besarme apasionadamente. Su lengua y la mía jugaban y luchaban ferozmente dentro y fuera de nuestras bocas con un intercambio de pasión incontrolado mientras andábamos y trastabillábamos en dirección a la puerta de la sala de reuniones.

Cuando llegamos a ella la abrí de golpe y Paula la cerró de una patada mientras nuestras bocas seguían con aquel apasionado beso que decía mucho sobre el resto de cosas que vendrían.

Cuando me estaba quitando la chaqueta del horrible chándal que llevaba, Paula se quitó la suya vaquera y la blusa ancha. Dejó ver ese precioso cuerpo de piel blanca con un sujetador de transparencias que no dejaba nada a la imaginación.

Apartó dos sillas con los pies haciendo sitio en la sala y se subió de un salto a la mesa de madera donde se sentó sin cerrar las piernas. Mientras, miraba como me quitaba torpemente los pantalones. Casi me caigo al suelo por no dejar de mirar sus preciosas tetas que ya se estaba acariciando por encima del sujetador.

Me acerqué a la mesa y cerró las piernas rápidamente atrapándome entre ellas, acercando mi polla a su cuerpo aún dentro del bóxer. Empezó a mover las caderas sutilmente para que me rozase encima de su pantalón y sentir lo dura que estaba.

Mientras, yo le bajé el sujetador y acaricié con fuerza uno de sus pechos. Lo masajeé mientras ponía su pezón con un precioso *piercing* entre mis dedos tirando de él suavemente.

Paula gimió.

Abrí la boca y se lo lamí. Una buena cantidad de saliva chorreaba por su cuerpo. Lo succioné con ganas mientras mi lengua jugaba con él.

Los gemidos empezaron a sonar más fuerte en la sala.

Seguí así un buen rato mientras mi otra mano se fue a su espalda y desabroché su sujetador a la primera. Pensé que había tenido suerte porque no se me daban bien los cierres de esas prendas.

Con sus pies desnudos, Paula empezó a bajarme los calzoncillos hasta que llegaron al suelo. Su mano llegó de repente hasta su boca, mojó abundantemente con saliva toda la palma y empezó a acariciarme la polla. Mientras, yo seguía lamiendo sus turgentes y perfectos pechos.

En ese momento me retiré de ella y la puse de pie. Ya de rodillas frente a su ombligo, le desabroché la cremallera del vaquero y se lo bajé junto con la ropa interior, quedando frente a mí su precioso coño. Tenía el vello rubio en la parte superior en forma de triángulo.

Una vez quitados los pantalones le indiqué con la mano que se diera la vuelta dejando su precioso, grande y redondo culo frente a mi boca. Besé y lamí sus glúteos y puse mi mano en su espalda dirigiéndola para que se apoyara hacia delante en una de las sillas. Abrí sus piernas y allí, yo de rodillas y ella con su culo en mi cara, le empecé a comer el coño.

—Joder, cuánto tiempo sin sentir una lengua ahí —dijo mientras jadeaba y acariciaba mi pelo, a la vez que apretaba mi cara contra ella.

Olía a jabón y a perfume de frutos rojos. Salado y un poco ácido además de absolutamente delicioso. Empecé a salivar más de la cuenta y ella a chorrear. Todo eso se juntaba en mi boca y yo lo disfrutaba sin parar.

—¡Así, Andrés, así! —gemía entrecortadamente con tono de excitación.

Solo podía obedecer y succionar mientras mi lengua entraba y salía de ella.

Recuperó la postura inicial y se tumbó bocarriba en la mesa y yo, andando apoyado en mis rodillas, me acerqué de nuevo para seguir con lo mío. Ahora podía ver como pellizcaba con fuerza sus pezones con una mano que también había humedecido, mientras con la otra guiaba mi cabeza hábilmente a los rincones donde quería sentir mi lengua.

—¡Dios! ¡Cómo me gusta que me coman el coño!

Soltó sus tetas y con las dos manos agarró mi cabeza. Sus temblores y espasmos empezaron a aparecer mientras apoyaba los dos pies sobre la mesa y levantaba sus caderas para hacer que mi lengua, llena de sus deliciosos fluidos, rozara contra ella.

—¡Saca más la lengua! ¡Sácala más! ¡Así, justo así!

Obedecí.

—¡Grita! Tienes que correrte mucho —le decía como podía con la boca llena de ella.

—¡Toma! ¡Come! —cada vez que oía ese tipo de frases mi lado pervertido afloraba más aún—. Me voy a correr ya.

Empecé a mover yo también mi cabeza para que cuando ella subiese las caderas, mi lengua bajara y cuando bajase las caderas, mi lengua subiese. Así conseguía rozarse más aún contra mí y que el placer que ella buscaba fuese encontrado.

Los movimientos de cadera y sus gemidos crecían a la vez, tanto que la mesa de madera crujía debajo de nosotros.

—Me voy a correr, Andrés. ¡Se me sale todo! Quita… ¡Quítate! —se quedó quieta y podía sentir los espasmos en su coño en mi lengua.

No hice ni caso. Abracé sus caderas con fuerza para que no pudiese huir de mí, abrí la boca, metí su coño todo lo que pude en ella y empecé a succionar y a mover mi cabeza de un lado a otro de una forma enérgica.

—¡Que se me sale! ¡Cabrón, me corro! —no paraba de repetir—. Me corro, Andrés. ¡Ya, ya!

Aparté un segundo mi boca de su coño y le dije:

—Córrete en mi boca, Paula.

En ese momento me cogió de la cabeza de nuevo y volvió a rozarse contra mi cara a un ritmo frenético. Sabía por nuestras conversaciones que Paula se corría a chorros y me aproveché de eso. Quizá por conocer ese detalle me daba más morbo.

—¡Cerdo, cabrón! ¡CERDO, CABRÓN! —repetía una y otra vez, y no se equivocaba—. Toma, toma, aquí tienes tu corrida.

Un ligero chorro tibio salió a de su coño entrando en mi boca, corriéndose de una manera preciosa. Me retiré un poco para ver lo que tanto me gustaba y un segundo chorro, esta vez a presión, me bañó enteramente mientras abría la boca buscando conseguir un poco más de su néctar.

Paula bajó las piernas mientras con una mano frotaba su clítoris y con la otra se penetraba con tres dedos. Me miró y vio cómo me gustaba. El tercer chorro y más grande lo dirigió de nuevo hacia mí, volviendo a bañarme en su deliciosa y gran corrida.

En ese momento se dejó caer exhausta sobre la mesa, ahora encharcada y jadeando palabras entrecortadas que se mezclaban con su fuerte respiración. Quedó totalmente sin fuerzas, acariciando sus preciosas tetas mientras trataba de recuperarse.

Me levanté rápidamente y acerqué mi polla a su coño y empecé a rozarme con él. La agarraba por la base y hacía que mi glande rozara su clítoris, al principio suavemente y luego más fuerte.

—Voy a disfrutarte mucho —le dije mientras ella me miraba totalmente enrojecida por el orgasmo.

—Haz lo que quieras conmigo. Yo ahora no me puedo mover y estaré así un rato… si prefieres esperar…

—De eso nada. Tú déjame a mí.

Seguí rozando mi polla y mojándola con su coño. De repente noté como empezaba a vibrar de nuevo su clítoris.

Su respiración seguía siendo fuerte y los gemidos empezaban de nuevo.

—No me lo puedo creer. ¡Sigue! Creo que me voy a correr otra vez —decía Paula entre suspiros y jadeos todavía de su orgasmo anterior.

Me alegré muchísimo de que volviera a entrar en el juego, tanto que fui a arrodillarme para comerle el coño de nuevo, pero me dijo que siguiera rozándole con la polla.

—¡No! No me lo comas. Sigue con lo que estabas haciendo.

Ella empezó a moverse también y sus turgentes tetas se balanceaban de una manera hipnótica que hacían que me excitase de una manera exagerada.

A los pocos minutos de estar rozándome con ella y alguna que otra pequeña penetración,

Paula cogió mi polla y empezó a masturbarse con ella como si de un vibrador se tratase.

La velocidad con que lo hacía de lado a lado y de arriba abajo, maximizando el roce con su abultado clítoris, era impresionante, tanto que pensé que me iba a correr de un momento a otro yo también, pero antes de que eso pasase, las convulsiones y los gritos de desesperación volvieron a sonar.

—¡Que me corro otra vez, Andrés! ¡Que no puedo más!

Yo también estaba a punto y cuando noté que empezaba a emanar de nuevo el preciado líquido de su corrida, le di la vuelta dejando sus piernas abiertas y se la metí desde atrás.

—¡No! ¡¿Qué haces?! Que me iba a corr…

No dejé que dijera nada más. Empecé a penetrarla y a moverme con todas mis fuerzas haciendo que su redondo culo chocase contra mí mientras agarraba sus brazos tirando de ella hacia mí para hacer más fuerte la penetración.

A un ritmo bastante alto empecé a meterla y sacarla mientras los gritos de placer se oían ya en toda la oficina y las palabras soeces salían de nuestras bocas para hacer realidad todos nuestros vicios.

—¡Que me corro con tu polla, joder! ¡Fóllame, no pares!

Con cada rápida embestida comenzaron a salir de nuevo pequeños chorros del coño de Paula que resbalaban por mi polla y mis piernas haciendo ya un pequeño charco en el suelo.

—¡Aguanta, Paula, aguanta! Que yo también me corro.

Pero no pudo. En cada empujón de mi polla dentro su coño, el chorro se hacía más grande y, pasado un momento, las piernas de Paula empezaron a temblar a la vez que un grito brutal salió de su boca.

—¡Andrés! ¡Otra vez! ¡Otra… vez… me… corro!

Seguía teniendo convulsiones sin poder hacer nada por parar aquellos incesantes chorros de placer.

No, que no me he corrido aún, pensé. Algo egoísta por mi parte la verdad, pero es que ya estaba casi a punto.

Paula cayó de rodillas frente a mí y seguía masturbándose con la mano terminando de exprimir al máximo su orgasmo sin dejar de jadear, cogió mi polla con y se la metió súbitamente en la boca.

—Quiero comerme tu polla mientras termino de correrme —dijo sacándosela de la boca —. Te mereces correrte ya después de hacer que me corra así.

—Yo no he hecho que te corras. Te has corrido tú por ti misma —le contesté con tono pervertido mientras le acariciaba el pelo y me miraba a los ojos.

Paula empezó a mamarme la polla mientras con una mano seguía masturbándose y con la otra me acariciaba los huevos suavemente.

Menos de un minuto después, Paula se puso de espaldas con un pie apoyado en el suelo y el otro encima de la mesa. Detrás de ella estaba yo agarrando con mis manos sus caderas y mi polla entrando y saliendo vertiginosamente de su coño de nuevo.

Intentaba aguantar para no correrme enseguida, pero su coño tan húmedo, sus gritos y gemidos tan calientes y la situación de estar allí con el riesgo de que alguien llegara me sobrexcitaban demasiado.

—Me voy a correr, Paula. Me corro…

Cuando noté que iba a salir mi leche, di una embestida fortísima dejando mi polla muy dentro del coño de Paula y mientras salía el primer chorro de esperma me quedé quieto.

Cuando terminó seguí moviéndome en movimientos muy cortos y sentía como venía la segunda oleada que fue más intensa que la anterior.

—Toma, joder. Toma —decía mientras seguía metiéndola y sacándola.

Al llevar una semana sin correrme toda la leche empezó rebosar del coño de Paula y cada vez salía más.

—¡Joder! ¡Cuánta leche! —decía Paula mientras ponía su mano en mi polla y me masturbaba cuando le saqué la polla del todo.

Otro chorro más salió de repente llenando todo su culo y resbalando hasta su coño y llegando hasta sus piernas y el suelo mientras ella me miraba a la cara con sus ojos llenos de vicio y lascivia.

—Eso ha sido una grandísima corrida —dijo mientras me apretaba la polla con la mano para intentar sacar hasta la última gota.

Empezó a jugar con el esperma y a esparcirlo por su culo y su coño.

—Cuánta lefa, Andrés. Madre mía. Si te llegas a correr en mi boca me ahogas.

—Era la idea, pero no me ha dado tiempo —me reí.

—La próxima vez.

—Hecho —le dije mientras la besaba tiernamente en los labios.

La ayudé a limpiarse y limpiamos la mesa. Se sentó en uno de los sillones de la sala para descansar y hablamos durante mucho rato que fue casi todo el día.

Echamos un par de polvos más y nos desquitamos de todo el estrés de la pandemia.

Desde entonces, aparte de quedar en mi casa o en la suya, solemos quedar los domingos en la sala de reuniones de la oficina. Alguna vez casi nos pillan, pero esa ya es otra historia, al igual que las sesiones de corridas a las que me tiene sometido.

GATILLAZO.

Por lo que os cuento, que es lo que yo quiero contar y lo que me parece que es más relevante para las historias de Andrés, podríais pensar que él tiene una personalidad dominante. Es fuerte de mente, muy centrado, pero en según qué cosas, es complaciente con buenas dosis de sumisión que ni os creeríais, lo que en BDSM se denomina *switch*[40]

Es cierto que en los relatos que llevamos hasta el momento y por sus expresiones, sus actos o su forma de actuar puede parecer lo contrario, pero ¡qué va!

En muchas ocasiones cuando yo tomaba la iniciativa en algunas situaciones, también no sexuales, él parecía cambiar a un estado sumiso, aunque otras veces la situación se daba la vuelta.

Eso hacía que estar con él fuese una montaña rusa de sensaciones, emociones, sentimientos… y recuerdo estos vaivenes como algo excitante y estimulante.

Este relato en especial me gustó en ese aspecto. Además, guardo la grabación con mucho cariño porque fue donde Andrés empezó a abrir sus sentimientos y vivencias más importantes y más personales conmigo.

La razón esta vez es que trata un tema algo más delicado y que para la mayoría de los hombres es, a su entender *testosterónico*. Incluso para algunos hombres es una vergüenza o un atentando contra el honor masculino.

Además, esa grabación la tengo en mi *lista de reproducción* de audios personales, ya que mientras Andrés la narraba se nos escucha follar salvajemente, hasta el punto de tener que parar de hablar y dedicarnos solo al sexo.

——— RELATO ———

Hay una cosa de la que a los hombres nos cuesta mucho hablar y es de nuestras relaciones sexuales fallidas o gatillazos. He tenido varios por diversos motivos, nada fuera de lo normal, pero el único al que le di más importancia de la cuenta fue con Laura cuando tenía unos diecinueve años. Tardé tiempo en darme cuenta de por qué pasó y la respuesta era bastante sencilla.

Cuando llegaba el momento de los preliminares todo genial, pero cuando la cosa pasaba a la penetración, un frío intenso recorría toda la parte baja de mi cuerpo que impedía que mi polla siguiera dura no pudiendo terminar de ninguna manera.

Sí. Fue muy comprensiva, pero yo no entendía qué había pasado, incluso se enfadó conmigo cuando le dije que había llegado a casa y me había hecho dos pajas viendo porno. Intenté convencerla que fue para comprobar que todo estaba bien ahí abajo, pero se lo tomó como que el problema era ella… Y es que sí que lo era.

Después incluso de consultar a un médico que me dio razones como estrés, inseguridad o cualquier tipo de asunto psicológico, seguía sin poder ponerme a tono con Laura y claro, te obsesionas más y más y te pasa de nuevo. Al final lo conseguimos, con mucha paciencia, pero

fue algo insulso, sin chispa. Algo así como *tenemos que conseguirlo por desquitarnos*.

Con el tiempo y después de pensarlo mucho, además de la experiencia que te da el pasar de los años, lo comprendí. La respuesta era bien sencilla, aunque en aquellos momentos de calentura de juventud no lo había entendido: Aparte del estrés producido por la situación, Laura era mi amiga.

Era mi mejor amiga, de las de verdad, y sabía que un polvo o cinco polvos, por buenos que fuesen, podrían arruinar una de las relaciones más bonitas de amistad que he tenido y tengo. Los dos llegamos a esa conclusión cuando hablábamos sobre el tema tiempo después.

Laura era una chica de las que la gente llama *del montón*, otra expresión que odio porque clasifica a las personas. Para mí no hay clasificación de la gente ya que, según los gustos de cada uno, o te gusta o no te gusta. Además, siempre lo llevamos al plano físico, pero que te guste una persona conlleva muchas más cosas.

Si hago algún tipo de diferenciación entre mujeres es: me da morbo o no me da morbo. Una mujer no te puede parecer atractiva según tus gustos personales puede tener mucho morbo y eso sobrepasa cualquier otro tipo de cosas.

Ella es la hermana de mi mejor amigo, Manolo, a quien conocía desde el colegio y que aún hoy sigue siendo la persona en quien más confío y por quien daría la vida. Sus hijos los siento como míos, a su mujer la quiero como mía, su casa es como la mía… es, como a mí me gusta llamarlo, mi *hermano electo*.

A su hermana la conozco desde hace el mismo tiempo que a él y para mí siempre ha sido *la hermana de Manolo*, por lo que jamás me planteé nada más con ella; y no precisamente por la falta de insistencia de mi amigo y su esposa, que siempre andaban haciendo de *Celestinos*[41] a ver si conseguían que pasara algo entre nosotros, pero una vez fue diferente.

—¿Qué es lo que te ha pasado con Alain, Laura? —le dije mientras bajaba la música del coche y estacionaba en unos aparcamientos retirados cerca de la entrada del Jardín Botánico.

Laura lloraba lágrimas de confusión más que de pena.

—No sé, hemos discutido y cuando me he querido dar cuenta estaba saliendo como las balas de casa dando un portazo mientras me gritaba y yo a él.

—Bueno, no te preocupes. Normalmente, son peleas de pareja. Daos unos días a ver qué pasa y cómo se desarrolla todo —le dije para tranquilizarla.

—No sé, Andrés. Son muchos años y nunca habíamos tenido una bronca así.

—Es que hay que tener broncas pequeñas de vez en cuando —dije riéndome—. Así uno no explota tanto y se mantiene el equilibrio mejor —me volví a reír.

—Eres gilipollas.

Y nos besamos.

—Joder, Laura. Siempre que te peleas con algún novio terminamos con un beso. Creo que es el beso de la excusa para romper con él.

—Ya, pero nunca follamos luego. ¿Seguro que se te levanta y todos los polvos que me cuentas no son mentira? —se limpiaba las lágrimas de sus mejillas rojas mientras se reía.

—Ahora, ¿quién es la gilipollas, gilipollas?

Ella sabía qué decir para fastidiarme.

Se acercó otra vez y me besó de nuevo, esta vez un beso muy tierno donde su lengua rozó la mía y que denotaba deseo refrenado y resignado porque sabía que no iba a pasar nada. De repente noté que su mano agarró con fuerza mi polla por encima del pantalón.

—¿Estás viva? —preguntó a gritos mientras se reía a más no poder.

—Anda, loca del coño, vámonos a casa. Esta noche duermes allí.

Hasta ese punto llegaba nuestra confianza, y nunca más pasaba de ahí.

Laura había estado incontables noches en mi casa durmiendo, sobre todo cuando terminaba con sus parejas o se peleaba con ellas. De hecho, ella y su hermano, además de mis padres, son los únicos que tenían llave de mi casa por si necesitaba algo cuando estaba fuera de viaje.

—¿Quieres una birra? —pregunté mientras soltaba las llaves y el móvil en la encimera.

—No. Vino… Abre una botella mientras me doy una ducha.

Laura y su hermano tenían siempre algo de ropa en el dormitorio de invitados. Muchas veces habíamos celebrado fiestas y, para no tener que llamar a un taxi o irse tan tarde, decidimos que trajeran una muda y cosas de aseo para pasar allí la noche. Era práctico

—La última vez que bebiste vino recuerda que tuve que usar una fregona a las 4 de la mañana, ducharte y meterte en la cama en brazos. Luego estuviste dormida 16 horas… y si no recuerdo mal, también fue por un novio.

—¡Calla, gilipollas!

Escuché la ducha abrirse.

Pedí algo de cenar al tailandés de abajo y pusimos un rato la tele, apenas hablamos y apenas bebimos. Estuvimos en silencio viendo una de esas películas en las que no necesitabas pensar mucho y que solo servían para abstraerte.

Cuando terminó, yo estaba medio dormido y eso que no era muy tarde. Sentí como Laura se acercaba a mí y cogió el mando a distancia y empezó a zapear.

—¡Qué guay ha estado la peli! —dije mientras me desperezaba y me reía.

—Síííí, será todo lo que has visto —contestó mientras seguía pasando canales.

En ese momento apareció un canal porno en la televisión con una escena de sexo un poco duro, aunque tampoco mucho. Una mujer rubia de curvas prominentes que follaba con un chico muy delgado y más joven que ella.

—¡Esta escena me gusta! —dije.

—Ya, claro… que tú sabes cuál es.

—¡Sí, que lo sé! Es una mujer que se está follando a su hijastro porque se ha peleado con su marido, el padre del chico. ¡Verás! Ahora se la va a follar encima de la silla de jardín a cuatro patas y luego se van a la piscina hasta que se corre entre sus tetas.

Laura no se lo creía y dejó la escena completa. Cuando terminó me miró.

—¡Tío! ¡Eres un puto guarro! ¡Te sabes las pelis porno!

—Claro, todas, con actores y actrices —le dije con tono de mofa—. No como tú, que eres una sosa follando.

Este tirito fue como el que ella me dio en el coche sobre que no se me levantaba.

Laura me solía contar sus aventuras sexuales y yo a ella las mías. Siempre le decía que tenía que ser más atrevida en el sexo ya que, según me daba a entender, era muy estándar follando. Siempre bromeaba diciéndole que tomase nota de mis polvos para improvisar y sorprender.

—Oye, que yo he cambiado mucho en ese aspecto, ya no soy como antes —me dijo mirándome pícaramente con sus ojos negros—. La gente cambia.

—Laura… por favor… a ti te gusta así y yo no lo critico.

—Te sorprenderían algunas cosas —me dijo mientras mirábamos la televisión de nuevo

—. ¿Qué escena viene ahora, porno-adicto?

—¡Cabrona! —me reí—. Pues no sé, después de esta escena me acabé la paja y me acosté.

—¡Qué guarro! —Laura rio.

—¡VAYA! ¡Que tú no te masturbas cuando te apetece! —le recriminé mientras seguía mirando la película porno.

—No me refería a eso —me dijo mientras señalaba mi pantalón—. ¡Anda! ¡Si funciona!

Mi polla estaba muy dura y yo no me había dado cuenta. Entre la conversación y la película porno me había empalmado, pero claro, yo sabía que no pasaría nada de nada.

—A esto hay que ponerle solución —dijo mientras se hacía una coleta alta en su precioso pelo rizado castaño.

Laura se puso de rodillas frente a mí y empezó a tocar con ansia y a masajear mi polla por encima del pantalón. Yo me empecé a reír.

—¡Anda! Déjate de tonterías y busca otra pelíc…

No me dio tiempo a terminar: sacó mi polla del pantalón y, sin mediar palabra alguna, se la metió en la boca. Se quedó quieta unos segundos mientras miraba mi cara de incredulidad. Luego empezó a subir y bajar a un ritmo frenético.

Apoye mis manos en sus mejillas con cariño, invitando a que parara.

—Laura, el vino…—dije—. No hagas tonterías.

—Solo he bebido un par de vasos… Esto me apetece. Ya veremos mañana.

Enseguida me vino a la cabeza aquella conclusión de hace muchos años donde no quería perder a mi amiga por echar un polvo más y, poco a poco, me volvió aquel frío en la parte de los genitales que me hacía perder lentamente la erección.

—¡Ah, no! ¡De eso nada! —dijo Laura mientras el ritmo de la mamada se volvía mucho más frenético y profundo—. Esta vez no dejaré que esto pase.

Los ruidos de mi polla ensalivada en su boca eran demasiado excitantes para ignorarlos y además Laura había cogido mi mano y la había puesto sobre su cabeza para que yo marcase el ritmo.

La agarré de su coleta y empecé a acelerar un poco el vaivén, pero sin abusar.

—¡Joder! Así se folla una boca—dijo con mi polla ensalivada entre sus manos—. Hoy nos vamos a desquitar.

—No vas a poder aguantarlo —contesté con una ligera sonrisa en mis labios.

—Prueba —dijo mientras me pajeaba con la mano y me miraba a los ojos—. ¿Qué tal si te pido que me trates como a una de tus amigas? —ese *amigas* sonó con retintín.

—Vale, pero vamos a hacer algo —le expliqué. —Como no sé hasta qué punto puedo llegar contigo, elige una palabra, y en cuanto la digas, pararé[42].

—Ok, la palabra es *gatillazo* —sonrió y mi polla volvió a desaparecer entre sus labios.

—¡Qué cabrona eres! —le dije mientras agarraba su coleta de nuevo y la instaba a tragarla más profundamente.

Agarré mi polla con una mano y su coleta con la otra. Mientras tiraba hacia arriba de ella y se la sacaba de la boca me puse de pie y empecé a golpear su cara con ella salpicándole con su propia saliva.

Laura sacó la lengua sin dejar de mirarme a los ojos y se la restregué volviendo a mojarla bien. Agarré mis huevos y se los metí en la boca y, mientras me los succionaba suavemente, yo

seguía rozando mi polla por toda su cara.

Ya solo con aquello no me podía creer el cambio que Laura había dado en lo que a sexo se refiere. Era impensable.

—Arriba —le dije con tono cortante indicando que se levantará.

Le di la vuelta y la acerqué contra mí. Mi falo rozaba su culo y mis manos se perdieron dentro de su camiseta buscando sus tetas que tenían los pezones muy duros ya. No había sujetador bajo ella.

—Saca la lengua.

Mojé todos mis dedos con su propia saliva. Mientras, su mano no dejaba de acariciar mi entrepierna jugando con mis huevos y masturbándome suavemente.

Volví a buscar sus tetas por debajo de su camiseta ancha con mis dedos ahora mojados y pellizqué sus pezones.

Un ligero gemido salió de sus labios.

Apreté con más fuerza.

—¡Ah, cabrón! —dijo con voz mezcla de placer y de dolor.

Le quité la camiseta y sus preciosas tetas quedaron al aire. Las empecé a devorar con muchas ganas. Me había puesto muy caliente, como hacía tiempo que no lo estaba.

Empecé a rozar sus pezones con mi barba de tres días y eso hacía que los gemidos de Laura crecieran.

—Me encanta eso, Andrés. ¡Chupa!

La cogí de la coleta de nuevo y tiré hacia atrás con delicadeza dejando su cara hacia arriba mientras la besaba con un profundo y húmedo beso.

Mientras, mi otra mano bajó hasta su pantalón corto de licra y empezó a acariciar su terso culo alternado las caricias con agarres intensos.

Solté su coleta y esa mano bajó también hasta su culo agarrando y abriendo sus glúteos con fuerza; y cada vez que lo hacía, un gemido que casi rozaba el grito salía de los labios de Laura.

Su pantalón enseguida llegó al suelo.

Me senté en el sofá de nuevo quedando el culo de Laura a la altura de mis ojos. Empecé a besarlo y a morderlo suavemente mientras mis manos seguían con el masaje salvaje de su trasero, abriéndolo y cerrándolo mientras yo disfrutaba de las vistas.

Un aroma muy conocido empezó a salir de su entrepierna y sus muslos se empezaron a humedecer.

—Ven aquí. Ponte encima de mis piernas.

—¿Me vas a azotar? —me dijo con la voz temblorosa, pero con una sonrisa en los labios.

—Solo un poquito —volví a sonreír.

Laura se tumbó lentamente sobre mis piernas sin dejar de mirarme a los ojos. Le acaricié el cuerpo desde su cabeza hasta sus pantorrillas, centrándome bastante en su culo y en su espalda.

Mientras, con mi otra mano seguía masajeando por debajo sus preciosas tetas y sus pezones erectos. Cada vez que mis dedos pasaban por su culo lo apretaba con ansia y su piel se erizaba por si su castigo caía en cualquier momento.

En una de esas caricias, cuando noté su respiración más agitada puse mi mano tensa y azoté sus dos glúteos a la vez con bastante fuerza.

—¡Cabr…! —un gemido casi ahogado salió de su garganta justo después.

Acto seguido, le acaricié con la yema de los dedos la zona enrojecida consiguiendo hacerla estremecer con un fuerte escalofrío que hizo que todo su cuerpo vibrara.

Otro manotazo sonó por encima de la película porno que seguía reproduciéndose de fondo y un *AH* más fuerte retumbó en toda la habitación, seguido de su masaje y caricias pertinentes. Las marcas rojas de su culo eran evidentes.

—¡Dios! ¡Me gusta! —dijo con la voz temblorosa—. Nunca pensé que sentiría esto así. Más, por favor.

—¡Silencio! —le dije con voz seria pero susurrando—. Has dicho que puedo hacerte lo que quiera, así que confórmate con lo que haya.

Me observó de reojo y su intensa mirada rebelde, la que siempre la había caracterizado, se había tornado en una mirada dulce, sincera, abierta y sumisa, pero con una sumisión de confianza y de seguridad que me encantó; y mi cuerpo vibró con ella.

Los azotes se volvieron más constantes e intensos. Notaba como con cada uno de ellos su cuerpo temblaba y se encogía y, cuando acto seguido lo acariciaba, se quedaba relajado.

Con cada golpe de disciplina, un gemido de placer. Con cada caricia, unas gotas de humedad que caían de su entrepierna a mis piernas.

—Más fuerte, por favor —susurraba mientras abría un poco más las piernas.

Casi sin darme cuenta cada golpe estaba siendo reverberado en su coño y las vibraciones, así como las sensaciones, repercutían en él.

La mano me dolía ligeramente, pero me daba igual. La intensidad de los azotes bajó por eso. Además, no quería hacerle daño, pero la cadencia subió a la vez que sus gemidos. Su precioso culo, ahora totalmente enrojecido, empezó a vibrar.

—¡Me corro! ¡Me estoy corriendo! —gritaba—. ¡Pégame, jod… Andrés! ¡Dame más! ¡Ahí, sobre mi coño!

Decidí darle con todas mis fuerzas, no lo pensé… ¡Y menos mal que no lo pensé!

Después de diez azotes a toda velocidad e intensidad, sus caderas empezaron a convulsionar, así como sus nalgas. Una humedad inesperada salió de su coño mojándome ligeramente las piernas mientras ella seguía corriéndose encima de mí.

Sus gritos descontrolados, con mi nombre de por medio se fueron apagando tornándose a jadeos y gemidos con respiraciones entrecortadas.

Estuve acariciando sus castigadas nalgas muchos minutos durante los que no soltó mi polla en ningún momento. Notaba su respiración en mi cuerpo mientras estaba hecha una bola encima de mí, y eso me gustaba.

Poco a poco fue reincorporándose. Se acercó a mi cara y me besó dulcemente mientras me acariciaba la cara.

—¡Qué pasada! —me dijo—. Me dicen hace una semana que esto me iba a pasar y no lo creería.

—Me alegro de que te guste —contesté mientras me levantaba—, pero ven, que esto no se ha acabado.

La cogí de la mano y la insté a levantarse. Los dos desnudos nos dirigimos hacia mi dormitorio.

Al pasar al lado de la mesa donde cenamos, cogí la botella de vino y me llené un vaso al que di un largo sorbo. Me calentó la garganta. *Lo voy a necesitar* susurré para mí mismo.

Laura me quitó el vaso de las manos y lo dejó encima de la mesa, se arrodilló y, casi sin venir a cuento, empezó de nuevo a hacerme una felación profunda y acompasada.

Notaba como sus labios rozaban la base de mi polla y se mantenían allí unos pocos segundos. Repetía una y otra vez aguantando la respiración. Su boca se iba llenado de saliva y la mamada se volvía cada vez más húmeda y placentera.

Agarré sus dos manos que estaban sobre mis piernas y las levanté por encima de su cabeza, cogí el cinturón de mis pantalones, que estaba apoyado en uno de los taburetes y, juntado sus muñecas, las até con él.

Eso me permitió tener sus brazos siempre controlados con una mano mientras con la otra agarraba su deshecha coleta y le penetraba la boca gustosamente.

Los sonidos de saliva hacían que mi polla quisiera entrar hasta el fondo, pero no me atrevía al no saber los límites que su garganta aguantaba.

Poco a poco la intensidad fue subiendo y noté que no había problema con ello, así que las embestidas eran ya violentas, haciendo que la saliva chorrease por sus tetas hasta sus propias piernas.

Tiré un poco más del cinturón hacia arriba para evitar que bajara la tensión de su cuerpo mientras Laura empezó a subir la intensidad todavía más con sus ojos negros clavados en los míos compartiendo lascivia y vicio.

Notaba ya que me iba a correr en breve y no poco, ya que la sesión previa de los azotes me había tenido excitadísimo en todo momento, y esta mamada tan brutal estaba haciendo lo mismo.

De repente, Laura sacó mi polla de su boca, me miró y dijo algo que me descontroló por completo.

—Esta perrita quiere su leche.

Puse una de mis manos en su nuca, apoyé mi polla en sus labios y apreté hasta llegar de nuevo al fondo de su garganta, follándomela esta vez como si de un coño se tratase.

—Ya viene Laura. Te toca trágatelo todo.

Empujé mi polla lo más dentro que pude y allí la dejé quieta mientras ella mantenía su mirada clavada en la mía y mi primer chorro de semen salió en el fondo de su garganta. Laura se lo tragó sin problemas.

Retrocedí un poco y volví a embestir su boca hasta que salió el segundo hilo de lefa, que volvió a beberse. Luego se la saqué de nuevo y me masturbé frente a su cara echando más cantidad de semen que cayó por todo su rostro y sus labios, resbalando hasta sus tetas.

—¡Qué rica! Dame más, Andrés —decía sacando la lengua y asintiendo con la cabeza —… quiero mucha más.

—Cómetela —susurré de forma entrecortada—. Te la has ganado.

Agarré mi polla y empecé a frotarla por toda su cara, arrastrando los restos de esperma hacia su boca.

Ella se lo comía todo con muchas ganas y eso hacía que me excitara más. Cuando terminó solté sus brazos, todavía en alto, le ayudé a ponerse de pie y la besé aún con mi respiración entrecortada.

—¿Llegaremos al dormitorio algún día? —preguntó Laura.

—¿Para qué? ¿Tienes queja del tour sexual por la casa?

—Ninguna —me dijo mientras sonreía—. Ni mucho menos —y me besó.

Se sentó en uno de los taburetes que había alrededor de la mesa y yo en otro. Desnudos, despeinados y sudando. Cogió la copa de vino y bebió.

—Hazte bien la coleta, por favor. Te queda genial.

—Para que te coma la polla como tú quieres, ¿no? —me contestó.

—No. Siempre te ha quedado muy bien. Sabes que te lo he dicho muchas veces.

Se la rehízo.

La luz de uno de los focos que había encima de la mesa del comedor incidía en su cara y en su pelo. Estaba preciosa, con un brillo del sudor en su piel que destellaba luces anacaradas incluso teniendo una piel morena. Me acerqué por detrás y besé su hombro mientras ella bebía vino. Se estremeció y su piel se erizó de nuevo.

—Estoy super sensible aún del orgasmo de antes. Además, me siento en la silla y como tengo el culo tan irritado de la sesión de azotes me dan unas sensaciones extrañísimas, pero a la vez placenteras. Ahora puedo entender un poco mejor qué pueden llegar a sentir los aficionados al sado.

Me reí.

—Esto no es sado, el *spanking*[43] es una práctica de muchas que se llevan a cabo en el sado.

—¡Ya, gilipollas! Me refiero a que, si esto me ha pasado a mí que no lo practico puedo entender su punto de vista.

—Te he entendido, Laurita. Solo me metía contigo —le contesté besando su cuello otra vez.

De nuevo un escalofrío le recorrió la espalda y, al notarlo viendo que su piel se erizaba, seguí rozando mis dedos por sus piernas y mis labios por su nuca.

Jadeó y un *ufff* salió de su boca.

Seguí besándola y giré el taburete para que estuviera de nuevo desnuda frente a mí. Besé aquellos perfilados y dulces labios que siempre besaba, pero hoy de otra manera totalmente diferente. Había conseguido ver a Laura como una amante además de como una amiga y era una sensación preciosa.

Bajé mis labios hasta introducir uno de sus pezones en mi boca, lo succioné con fuerza y mi lengua empezó a hacer remolinos llenos de saliva sobre ellos. Su respiración volvió a ser fuerte y jadeante.

—Ya te lo he dicho… ¡Así, joder!... pero me encanta que comas las tetas —dijo mientras agarraba mi cabeza y la apretaba contra ellas—. Muérdeme los pezones.

Lo hice suavemente.

—¡Más fuerte, cabrón! —dijo entre jadeos mientras tiraba de mi pelo suavemente.

Su otra mano dejó el vino sobre la mesa y comenzó a pellizcarse el otro pezón y yo pude tomar nota de hasta que intensidad podría llegar, mi sorpresa fue que se pellizcaba muy fuertemente.

Apreté un poco más.

—¡Así, hijo de puta, así! —dijo mientras mi lengua lamía la punta de estos entre mis dientes—. ¡Joder! Así, así.

Su mano había pasado a mi polla y la pajeaba suavemente mientras mis caderas se movían para indicarle que lo hiciera más fuerte. Ella acercó su mano a su boca y la ensalivó, la acercó a mi glande, que dejo totalmente húmedo, y agarrándola de nuevo, se la acercó a su coño usándola a modo de masturbador.

Notaba su clítoris, abultado y grande latiendo en mi glande. Ella se rozaba con él a su gusto mientras yo seguía centrado en sus tetas y sus pezones. Empecé a notar como mi polla se

llenaba de sus fluidos y como su clítoris crecía hasta tomar un tamaño considerable. Eso llamó mi atención y mi boca fue resbalando desde tus tetas hasta llegar a su entrepierna.

Se recostó hacia atrás en el taburete apoyando la espalda en la mesa y acerqué dos taburetes más, uno a cada lado para acomodar sus piernas en ellos y que quedasen bien abiertas frente a mí que ya me encontraba de rodillas.

La luz que antes caía sobre la cara de Laura ahora iluminaba su coño con un monte de Venus muy abultado, como todo lo demás en su entrepierna.

Me lamí los dedos y empecé a acariciar los alrededores de su vagina, jugando con cada una de sus partes y haciendo que sus jadeos volvieran a ser intensos y, de repente, mojé mis labios con mucha saliva y besé su precioso coño como si de su boca se tratara. Un beso intenso, con un poco de lengua al principio, que buscaba tanto su clítoris como su entrada del placer.

Succionaba un poco su punto dulce entre mis labios y eso provocaba palabras de lujuria que Laura no podía contener dentro de ella y que tenía que sacar fuera como si de algo malo se tratase.

—Andrés, chúpamelo —decía jadeando—. Cómemelo hasta que me corra, por favor.

Yo solo podía seguir succionando y lamiendo mientras mi boca se llenaba de ella, de eso que tanto me gusta a mí. Tragaba y bebía todo lo que de allí salía.

Las manos de Laura se apoyaron en mi cabeza y me acariciaban suavemente el pelo. Quería que el punto de atención fuese su precioso y caliente clítoris que yo mojaba con mi lengua sin parar.

—Hazlo como si me fueses a hacer un chupetón… Fuerte y sin parar.

Yo abrí los labios abarcando todo su clítoris y los alrededores. Dejé que mi boca se llenase de saliva y empecé a succionar lentamente. De vez en cuando iba cerrando mis labios hasta que solo quedaba el clítoris entre ellos y succionaba con mucha fuerza. Ese era el momento en el que las palabras *ah, cabrón* se escuchaban en la habitación con gemidos y gritos.

Así una vez, otra y otra vez hasta que noté que en mi barbilla empezó a mojarse de más. Laura se estaba corriendo poco a poco con un fino hilo constante de líquido que salía de su coño.

Ese fue el momento en el que succioné más y con más ganas mientras que sus caderas empezaron a moverse arriba y abajo forzando el roce de todo su coño contra mí.

Brotes de corrida salieron de su entrepierna llenando toda mi cara. Su espalda se arqueó, retirándose de mí, mientras su mano fue a parar a su entrepierna clavando tres de sus dedos dentro y con ellos empezó a penetrarse con violencia.

Cada vez que hacía eso, un chorro de placer salía disparado hacia mi cara.

—¡Ahora te toca comer a ti, Andrés! Es todo para ti… Bebe —decía entre gemidos y palabras masculladas que no se entendían mientras seguía sin parar de masturbarse frente a mí.

Así lo hice, y esas palabras quedaron para siempre a fuego en mi cerebro. Abrí la boca y recibí ese flujo de placer que salió con fuerza de su coño y que olía a frutos secos, lo que por ahí llaman *squirt* y que a mí me gusta llamar corrida sin más.

Con su otra mano sujetaba mi cabeza justo enfrente de su entrepierna para que no me perdiera nada.

—¡Joder! Qué bien, Laura… Dame.

—Toma. Como a ti te gusta —decía mientras las últimas convulsiones de placer dejaban caer los últimos hilos del néctar que exprimió para mí.

Laura sabía todos y cada uno de mis gustos sexuales. Como he dicho, es mi mejor amiga y comparto todo con ella. Lo que no sabía es si después de esta situación íbamos a seguir con la

misma relación, pero bueno, ya se vería.

En ese momento se quedó sin fuerza en las piernas y resbaló del taburete, cayendo de rodillas frente a mí. La sujeté como pude, abrazándola fuerte y sintiendo su cuerpo junto al mío respirando y jadeando los dos a la vez. Eso hizo que mi polla se pusiese otra vez dura al sentir su piel junto con el calor de su entrepierna.

Allí de rodillas estuvimos abrazados un buen rato. Mis caricias subían y bajaban por su espalda y terminaban en su aún caliente y rojo culo, en el que me centraba largos momentos mientras mis labios simplemente descansaban sobre los suyos. Cuando me quise dar cuenta, sus caderas se movían hacia adelante y atrás rozando levemente nuestros genitales.

La cogí fuertemente de la cintura y la giré poco a poco hasta que mi pecho se unió como el velcro a su espalda. Fue ese el momento en el que mi polla se acomodó entre sus redondos glúteos y con un vaivén descontrolado empezó a rozarme fuerte con el culo.

Con algo de brusquedad, apoyé mi mano sobre su espalda y empecé a empujarla indicándole que echara su cuerpo contra el suelo y con sus caderas levantadas. No dejó de rozarme y de empaparme con su aún mojada entrepierna en ningún momento. No perdía oportunidad.

Cuando su entrepierna quedó totalmente levantada, agaché mi cabeza y se lo lamí durante unos minutos intentando ensalivarlo lo máximo posible. Cuando lo conseguí, agarré mi polla y la metí sin miramientos hasta el fondo de su coño, caliente, mojado y palpitante.

—¡Hijo de put….!

—Aguanta, Laura —la interrumpí.

En ese momento, ella se echó hacia adelante casi sacando mi polla de su coño y manteniéndola dentro solo unos centímetros. La agarré de las caderas y la volví a embestir con fuerza unas cuantas veces, quedándome quieto de nuevo con mi verga metida hasta el fondo.

—¡Fóllame fuerte! —gritó.

La agarré de la coleta que todavía se mantenía misteriosamente bien recogida y, de un tirón violento, la incorporé hasta que su cabeza llegó a la mía. Acerqué mis labios a su oído mientras que con la otra mano apretaba fuertemente uno de sus pechos.

—Me voy a desquitar… prepárate — le advertí.

—Fóllame, por favor. Reviéntame —suplicaba entre gemidos.

La empujé bruscamente para que volviera a ponerse a cuatro patas y empecé a penetrarla fuertemente, pero a un ritmo lento, una embestida dura y paraba. Otra embestida, y volvía a parar. Un fuerte azote, o dos, en su redondo culo. Otra embestida… A cada una de ellas la acompañaba un gemido, un suspiro, un grito o una palabra soez.

—Andrés, por favor, no pares. Más fuerte.

Yo quería seguir a mi ritmo, pero Laura se desesperaba así que comencé a subir el tempo y la intensidad tanto de las embestidas como de los manotazos que se llevaba en su terso culo, que volvía a estar rojo y caliente como en la sesión de *spanking* anterior.

—Así, joder. Mi coño… está chorreando.

—¡Cómo me gusta que grites, Laurita! ¡Grita!

Ella empezó a mascullar insultos y palabras que fueron cambiando a gemidos y gritos descomunales.

Mientras, agarré sus dos brazos tirando de ella hacia atrás por lo que su torso se apoyó en el suelo y sus caderas quedaron perfectamente levantadas.

Esto me ayudaba a hacer que el ritmo fuera mucho mayor aún porque, al tirar de sus

brazos hacia mí, el golpe de mi polla en su coño era más intenso. Además, mis huevos sonaban muchísimo al golpear contra ella, y eso me ponía tanto que infligía más fuerza.

El ritmo comenzó a ser frenético, los gemidos de placer de Laura seguían mezclándose con múltiples *sí*, *cabrón*, *fóllame* o *reviéntame*, que es una de mis expresiones favoritas.

La intensidad era tal que, cuando tiraba de sus brazos en cada embestida, su torso se levantaba casi una cuarta del suelo, pero su cara, su preciosa cara, seguía apoyada de lado en él. Un espejo frente al aparador me permitía verla.

Pude ver que, del placer que Laura experimentaba, su lengua permanecía en todo momento fuera de su boca, dejando caer hilos de saliva sin control, sus ojos estaban completamente en blanco y el sudor del momento hacía que su piel brillase de nuevo bajo los focos halógenos.

El olor a sexo inundaba la habitación por completo y, en esa postura, los efluvios de su coño anegaban mis fosas nasales.

Cuando vi esa cara descompuesta, bella y placentera, que mostraba que su clímax era constante, decidí que era el momento de darlo todo. Así que solté sus brazos, agarré con todas mis fuerzas sus caderas y empecé a penetrarla con toda la energía que me quedaba.

—Me corro, me corro, me corro, me corroooo. ¡Joder! —gritó de una manera casi ininteligible—. No puedo parar de correrme, no puedo. Reviéntame el coño. Así, cabrón, así.

Eso hizo que volviera a azotarla mientras yo empecé a gritar que me iba a correr.

Con la velocidad a la que estaba penetrando a Laura mientras ella seguía corriéndose, eyaculé de tal manera que el primer chorro se salió de su coño y empezaron a oírse sonidos muy húmedos en su entrepierna. Noté que había empezado a masturbarse rozando su clítoris con mucha fuerza.

Sin bajar el ritmo, seguí llenando su coño de mi corrida mientras con cada arremetida salía un poco más de semen.

—¡Llénamelo! Llename de leche el coño, por favor —gritó mientras las contracciones de su entrepierna se tornaron en una vibración constante—. Sí, sí, síííííííííííííííííííííííííí...

Todo su cuerpo vibraba en ese momento mientras se oía un grito infinito de placer.

Ese último *sí*, tan largo, tan agonizante y tan lleno de lascivia hizo que Laura cayera completamente al suelo bocabajo teniendo las últimas convulsiones de su precioso orgasmo con la mano aún puesta en su clítoris. Dejé que disfrutara. No la molesté, no la acaricié, no dije nada. Solo la dejé allí con su temblor y su placer.

Unos minutos después, se incorporó como pudo temblando todavía, cogió mi polla y se la metió en la boca y se puso a jugar con su lengua.

—Esto es mío. Es para mí. Mi recompensa —dijo mientras se volvía a meter mi falo en la boca con una cara entrega, sumisión y placer.

Lo sacaba y lo miraba. Lo lamía de la base a la punta y lo rozaba con sus perfilados labios rojos mientras seguía todavía con su otra mano en el coño. Se las miró y también las lamió.

Después pasó a mis huevos que también chupó y succionó un buen rato mientras me masturbaba suavemente. Gota de lefa que salía, gota que bebía.

—Ya está todo limpio, Andrés… Por si acaso tenemos que empezar otro asalto… por cierto… ya no tienes más *GATILLAZOS* conmigo, ¿eh?

AMOR Y SEXO.

Envidia. Envidia y mala es lo que sentí cuando Andrés me pasó el relato con su amiga Ángela.

¿Por qué lo digo? Porque yo me siento como ella, descubriendo cosas que nunca me había imaginado ni pensado y es envidia por no haber sido yo la primera.

Quizás podáis pensar que no es motivo alguno, pero el día que tuve mi punto de inflexión con Andrés me sentí una mojigata sexual que no había aprovechado una parte bastante importante de su vida.

—Más vale tarde que nunca, ¿No?

—No te voy a quitar la razón, Carmen. Aunque estoy hecha un lío. Entre que yo no he manejado sentimientos de este tipo nunca y que él tiene las ideas tan extremadamente claras… no sé qué hacer.

—Pues disfrutar, tía. ¿Qué vas a hacer? *Carpe diem*… aprovecha. Disfruta y folla todo lo que puedas y mañana ya se verá.

—Anda, hija. Menos mal que es tu primo —le dije mientras bebía un sorbo de café de mi taza.

—*Cuanto más primo.*… —dijo con sorna—. Oye, que mi primo está muy bien. Es guapísimo, tiene éxito… Aprovecha y quítale esa lacra de mosquita muerta que tiene.

Si tú supieras pensé. ¿Sería Carmen su prima de aquel relato? Aunque me dijo que se llamaba Sara perfectamente podría haber cambiado el nombre para que no se enterase nadie.

En mi cabeza solo estaba esa palabra casi prohibida que tenemos todos y menos cuando hay una relación tan especial de por medio: *Amor*

El camarero de la terraza de la cafetería donde tomábamos café nos trajo la merienda.

—Madre mía como está el camarero.

—Sí que es guapo, sí —le contesté—. Podríamos follárnoslo entre las dos y dejarlo seco.

Carmen dejo caer sin querer los cubiertos que venían junto con el *croissant* de Nutella de la sorpresa al escucharme decir aquello. Se quedó mirándome fijamente.

—¿Qué? ¿Lo dices en serio? —se echó a reír nerviosamente—. No me creo que fueses capaz de eso.

—Ni yo, jajajaja. Era solo una broma.

Empecé a cortar mi tarta y mientras me metía un trozo en la boca por mi cabeza pasaron imágenes de Andrés metiéndome la polla a cuatro patas encima de una de aquellas mesas y al camarero follándome la boca mientras la gente nos miraba.

Prácticamente nunca había tenido pensamientos de ese tipo y si los había tenido siempre era con gente que no conocía. Ahora quería que Andrés apareciera en todos.

Después de una larga tarde de conversaciones sobre el trabajo, Andrés, la vida social, Andrés y otras cosas como Andrés, llegó la hora de la despedida.

Al abrazar a Carmen note como sus dos enormes pechos estaban calientes y se rozaban con los míos. De repente en mi imaginación estábamos Andrés, Carmen y yo en la cama y mientras

él estaba a horcajadas sentado encima de las tetas de su prima corriéndose en su cara yo le comía el coño y lo saboreaba.

Me retiré de manera un poco brusca.

—No sé qué te pasa hoy, Vanessa, pero estás muy rara.

—Creo que me estoy poniendo enferma —contesté.

Carmen acercó su mano a mi frente.

—Si, estás un poco caliente.

¿Solo un poco? volví a pensar. ¿Y si le pedía a Andrés hacer un trío con él y con Carmen? Conociéndolo le encantaría, pero quien no estaba segura de tentar esa *bicuriosidad*[44] era yo.

——— RELATO ———

Ella me lo pidió.

Yo no quería porque sabía que tarde o temprano iba a empezar a sentir algo por mí y era buena chica.

Ángela era una muchacha de la parte sur de Granada. Me identificaba mucho con ella porque ambos nos habíamos criado en pueblos pequeños y nos gustaba eso. Odiábamos las grandes ciudades y las aglomeraciones de gente. Nos gustaban las cosas sencillas, aunque yo viviese en la capital actualmente.

La conocí por casualidad, hablando sobre gastronomía en las redes sociales, pero viendo que era la típica mujer que se encariñaba a las primeras de cambio con cualquiera que le ofreciese un poco de conversación decidí poner algo de tierra de por medio y dejar más tiempo entre conversación y conversación para evitar malentendidos.

De vez en cuando le dejaba caer que yo no quería relaciones. De hecho, a ella, y no sé por qué, es de las pocas personas a quien le he contado mis verdaderos sentimientos actuales y de qué manera siento el amor.

En una de nuestras conversaciones me enteré que su familia tenía un apartamento de verano muy cerca de donde vivo y que solía venir bastante por aquí. Una vez incluso sabiendo que estaba por la zona evité, con excusas baratas, quedar con ella por lo que ya os he comentado.

Ángela era —y es— una mujer con poca experiencia en el sexo, así me lo contaba. Una mujer tímida en ese aspecto además de conservadora. Yo nunca me mostré retraído con el tema y al parecer eso le fascinaba.

Un día le envié unos de mis relatos eróticos porque me dijo que era apasionada de la lectura. Le encantó… o eso me dijo. A lo mejor fue por compromiso, pero Ángela no me parece de esas chicas que dicen las cosas por quedar bien.

Con el tiempo le envié algunos más y mentiría si os dijera que no la he imaginado cohibida y enrojecida leyendo mis relatos mientras su mano acariciaba su coño hasta correrse con mucha vergüenza… jadeando… gimiendo y con la boca entreabierta con sus ojos verdes medio cerrados, abriéndose en el instante de correrse… intentando ahogar los gemidos de sus orgasmos bajo una mordida de labios… quedándose temblorosa en el sofá con el móvil en la mano aun con el texto a medio leer.

Tanta llegó a ser nuestra confianza que en su último cumpleaños le regalé una de mis cosas favoritas que, a estas alturas, ya imaginaréis qué es. Exacto, un juguete sexual.

Esta vez se trataba de un *Tenera*[45] de una marca que suelo comprar siempre a la que me aficionó Martika, la dueña del sex-shop donde siempre solía ir. ¿No os he hablado de ella? Ya lo haré.

Después de unas semanas sin hablar con Ángela, subí una fotografía a unos de mis *reels*[46] de Twitter donde se hablaba del *cunnilingus hawaiano* y ella, viendo la ilustración, me comentó que no le gustaría morirse sin probar eso… Me contuve para no soltarle un *ven que te voy a comer el coño hasta que te corras* y menos mal que lo hice porque volvieron a salir los *solo es sexo* o *sexo sin relaciones.*… y como no, cambié de tema.

—Yo es que no encuentro a nadie. Solo te conozco a ti y el resto que me tiran la caña me dan asco.

—Alguno habrá, Ángela.

—Que me gusten no.

—Pero para que te hagan el *cunnilingus hawaiano* no hace falta que sea un novio, conque te atraiga físicamente…

—Estamos en las mismas, Andrés —contestó mientras decía para mí que ese pensamiento era un poco anticuado—. Yo no sé llevar solo una relación de sexo… al final me termino pillando.

La comprendía perfectamente porque yo había sido así tiempo atrás… y en cierto modo lo sigo siendo. Solo he conseguido separar sexo de amor porque estoy enamorado de una persona con la que sé que nunca voy a poder volver a estar y el resto de mujeres que pasen por mi vida solo van a ser sexo mientras siga pensando en mi *amor pasado*.

—Bueno, a ver si encuentras a alguien —le dije— ... ojalá, de verdad —reiteré mientras venía a mi cabeza la canción de *Buena chica* de Los Secretos.

—¿Cómo llevas la pandemia? ¿Te han puesto ya la vacuna? —cambió de tema.

—No, todavía no… creo que tardará porque no soy factor de riesgo.

Estuvimos hablando largo y tendido sobre cómo iban nuestras vidas… pero no podía quitarme la idea de la cabeza de que Ángela se masturbaba con mis relatos, así que le mandé otro.

—¡Qué ganas de leerlo, Andrés! —me dijo

—Ya me contarás qué te parece. Espero que lo disfrutes —le dije con retintín.

—Vale, ya te diré… cambiado de tema…—titubeó— La semana que viene voy por Rincón de la Victoria.

No sabía qué contestarle, pero, en fin. Ya teníamos confianza y como siempre decíamos las cosas claras el uno al otro decidí no dar excusas esta vez.

—Pues ya va siendo hora que nos conozcamos, ¿no? ¿Quedamos para que pruebes esa pizzería de la que te hablé?

—¡Sí! Quiero probar esa *pizza tricolore* que me enseñaste en la fotografía. No me la quito de la cabeza

[…]

Quedé con Ángela en la puerta de la iglesia de Rincón de la Victoria. Era una tarde ya calurosa de principios de mayo. Llegué con el coche y la vi sentada a lo lejos en uno de los bancos que había en la plaza. Iba vestida con una blusa negra transparente que dejaba ver sus hombros con un *palabra de honor* negro y con un ligero escote.

Un peinado clásico con una cinta de felpa le sujetaba el pelo y unos labios rojos que,

sabiendo de dónde venía y cómo era, no me cuadraban con su forma de ser, pero le quedaban extraordinariamente bien. Se veía muy *sexy*.

Sus vaqueros apretados dejaban notar sus grandes curvas que estaban, para mi gusto, PERFECTAS.

Además, tenía las gafas de ver puestas. Recordé que una vez le dije que le quedaban muy *sexys. Armas de mujer* pensé, pero de sobra yo sabía que no iba a pasar nada.

Ya empezamos, volví a decir para mí con tono tedioso ya que no llevaba ninguna gana de intimar con ella; solo de conocerla y de echar un buen rato… en fin, tendría que sortear ese tema como pudiese en caso de que saliera a la luz.

—¡Dame dos besos, Angelita! Ya tenía yo ganas de conocerte en persona —le dije nada más llegar.

Ella, totalmente cortada, me dio los dos besos y un abrazo.

—Es verdad… tanto hablar por las redes sociales y aún no nos conocíamos—decía bajando la mirada— Ya era hora —dijo con su acento granadino.

—¡Te has puesto las gafas *sexys*! —se echó a reír y se puso roja—. Te quedan estupendas, ya te lo dije.

—La verdad es que te hice caso y me he acostumbrado. Mucho más cómodas que ponerme a diario las lentillas.

La cogí del brazo y empezamos a caminar en dirección a la pizzería mientras hablábamos de lo que habitualmente solíamos hablar.

Una vez allí nos sentamos en la mesa que había reservado esa misma mañana y estuvimos conversando toda la velada: Trabajo, familia, problemas, pandemias, lectura, cine, música, recetas de cocina... de todo un poco. De vez en cuando dejábamos salir algún detalle sexual, sobre todo en referencia a mis relatos, pero nada importante… eran más que nada *detalles de humor picantes*

Cuando estábamos tomando el postre, ella unas canolas de chocolate y yo mi amado tiramisú, le dije:

—¡Qué rico está este postre, por favor! Es que me gusta mucho el tiramisú. Es de mis platos favoritos.

Ángela empezó a reírse y casi se atraganta

—¿Qué te pasa? ¿De qué te ríes? —le pregunté.

—Iba… iba a... —titubeó—. Iba a decirte que postre bueno el que te iba a dar yo si tú quisieras en mi apartamento… que me he venido sola, jajajajajaja —su risa era nerviosa—, pero como ya sé qué opinas sobre el tema me callo.

—¡Anda, hija! Y pensar que el pervertido de los relatos era yo… esa frase es buena para el título de uno. Me lo apunto para futuras referencias.

Nos reímos los dos, uno más nervioso que el otro.

— Ángela, ya sabes que…

— No, no —me interrumpió—. No te preocupes, sé lo que piensas y no quiero incomodarte.

—Tranquila, no me incomodas, ni mucho menos, solo que me caes tan bien que no quiero malentendidos.

Terminamos el postre y regresamos a la plaza de la iglesia. Me ofrecí a llevarla a casa en coche y declinó. La verdad es que vivía justo al lado… igualmente la acompañé a la puerta, le di dos besos y le dije que la llamaría al día siguiente para volver a quedar.

Regresé a casa muy pensativo y me encontré a una amiga y nueva vecina. Le conté que acababa de instalarme y la invité a pasarse por la pequeña fiesta de inauguración que iba a dar con unos amigos. Me despedí y entré en casa.

Esa noche soñé con Ángela.

Soñé que me sacaba la polla del pantalón debajo del mantel de la pizzería mientras hablábamos y me pajeaba delante de todo el mundo sin que nadie se diese cuenta mientras ellas ella me miraba a los ojos con sus gafas *sexys*. Después le metía una mano entre y las piernas y la masturbaba hasta que se corría intentando no romper a gritar delante de todos.

Soñé como me dejaba correrme encima de sus piernas, mientras sus ojos solo pedían más y más con mucho vicio, un vicio que yo sabía que nunca iba a tener.

Soñé como me la follaba a cuatro patas en el rellano de su escalera y de cómo retumbaban los gemidos y gritos en el portal de su casa. Mi polla entraba y salía de su coño sin parar hasta no poder aguantar más y correrme sobre su espalda.

Desperté.

Eso sí, me desperté tan caliente que me tuve que masturbar dos veces pensando en ella para volver a conciliar el sueño.

¿Es que algo había cambiado? No, para mí no, yo solo quería sexo, pero ella no. Ella quería algo más.

Sobre medio día, Ángela me llamó por si quería que quedásemos a comer. Le dije que no ya que tenía cosas que hacer, entre ellas comprarle un regalo, pero sí que acepté ir a tomar un café a su casa.

Me comentó antes de vernos por primera vez que había algo que quería darme y pensando que era un regalo quise corresponderle con otro.

Sabía que ella siempre había estado un poco cohibida con el tema del sexo y por ser tan *clásica* en esos aspectos, pensé que le iba a regalar otro juguetito sexual más.

Sinceramente y aunque no lo creáis, lo hacía para que ella explorase un poco más este aspecto y así, quizás y solo quizás, abriese un poco más su mente y conseguir separar el sexo del amor… aunque lo veía realmente difícil.

Fui a ver a Martika y le conté la situación para que entendiera qué necesitaba.

—¿Te acuerdas del *Tenera* que me llevé?

—¡Sí! ¡Cómo no! Para tu amiga no sexual.

—Exacto. Para ella.

—A ver que yo me aclare.

—Le regalas juguetes sexuales y solo sois amigos.

—Sí.

—Habláis solo de sexo y no os acostáis.

—Así es.

—Ella ha venido hasta aquí y habéis ido a cenar, has tenido fantasías y sueños con ella y aun así no te vas a acostar con ella incluso cuando te ha dicho que le gustaría pero que temes que se vaya a enamorar de ti.

—Lo has clavado, Martika.

—Ya veo —suspiró con tono de hastío—. Creo que tengo lo que necesitas.

Ella siempre sabía acertar en este tipo de momentos. Le dije que fuese un buen regalo y me preparó un kit con varios juguetitos sexuales, algunas telas de seda para *soft bondage*[47], una

colección de lubricantes, antifaces, un precioso juego de *spanking*[48] en cuero negro, así como algunas pinzas para jugar en las zonas donde quisiera.

Envolvió todo meticulosamente en una gran caja dorada para regalo adornada con un precioso lazo lila y morado. La metió en una bolsa y me la entregó.

Me dirigí a casa de Ángela.

Cuando llegué a su piso sobre las cuatro de la tarde, nos saludamos con dos besos y nos sentamos en su sofá desde donde se podía ver el mar, el precioso mar del que estoy tan enamorado

Ángela había preparado el café y había traído pastitas y dulces de una confitería muy conocida de la zona. Echamos una tarde muy amena y entretenida hablando de nuevo de cine y de literatura que tanto nos gustaba a los dos.

—Bueno, ¿qué es eso que querías darme?

—¡Ah, es verdad! Casi lo olvidaba… —no sonó muy convincente—. Cuando yo te diga cierras los ojos, ¿vale?

—¡Hecho! —contesté.

Se levantó y se dirigió hacia una de las habitaciones de la casa. A los 3 minutos aproximadamente me dijo que cerrara los ojos.

Así lo hice, sin hacer trampas. Notaba como ella pasaba por delante de la ventana por el cambio de claridad que se apreciaba a través de mis parpados. Noté también un ligero olor dulzón como a flores que venía como en una brisa.

—¿Estás preparado? —preguntó.

—Jajajaja, claro que sí.

—Espero que te guste. Abre los ojos.

Muy pocas veces en la vida me han conseguido dejar sin palabras, pero una de ellas fue aquella tarde de café en casa de Ángela. No reaccionaba, no sabía qué hacer, qué decir o cómo actuar. Mi mente no creía lo que estaba pasando, por un lado, pero por otro me lo esperaba.

La visión fue de Ángela a unos cinco metros de pie frente a mí completamente desnuda. Con un antifaz puesto y con las manos ofreciéndome un sobre que tenía escrita la palabra *ÁBRELO* en él.

Yo no sabía si irme, si taparla, si follármela sin mediar palabra, si enfadarme… estaba absolutamente descolocado.

Cogí el sobre y lo abrí:

Querido Andrés:

Espero que te guste mi regalo que no es tan solo un regalo para ti sino también para mí.

Ya sabes cómo soy y qué opino sobre el sexo; que no sé separarlo del amor y es por eso por lo que he decidido hacer esto, para ver si soy capaz de dar un pasito más en lo que a mi vida sexual se refiere.

Si no quieres aceptar la oferta tan solo tienes que irte y mañana intentaremos seguir como siempre, aunque será difícil.

En el momento que escuche la puerta cerrarse me vestiré y te llamaré para disculparme y tratar de explicártelo con toda la vergüenza del mundo.

Por el contrario, si decides aceptar mi regalo solo decirte una cosa: Estoy en tus manos.

Siempre tuya.

Ángela.

Me pareció algo excepcionalmente valiente a la vez que bonito. ¿Cómo una chica como ella y con sus ideas siempre claras decide hacer algo así? Yo, que no tengo vergüenza ni sé lo que es, me costaría hacerlo.

Durante unos momentos estuve de pie frente a ella, con mis ojos clavados en su cara, en su cuerpo, sin saber qué hacer, qué decir ni cómo actuar.

Por fin me decidí.

Me acerqué a ella puse mi mano sobre sus hombros y los acaricié bajando mis dedos por sus preciosas tetas y apreté levemente sus pezones. Un ligero suspiro salió de sus labios mientras temblaba con una mezcla de nerviosismo y excitación.

Acerqué mi boca a la suya. Besé sus labios los cuales había vuelto a pintar de rojo para ser mi regalo de sexo y vicio.

¿Podría de verdad hacerle todo lo que quisiera? Aunque ella había leído mis relatos no creo que pudiese aguantar todo lo que podría pensar en hacerle la primera vez. Decidí ser comedido.

Cuando separé mis labios de los suyos acerqué mis dedos a su boca metiéndolos y jugando con su suave lengua. Una vez húmedos los volví a pasar entre sus pezones que se pusieron muy duros.

Los pellizcaba levemente entre mis dedos haciendo que su respiración se agitase por momentos. Sentía su cálido aliento sobre mi cara.

Mi pantalón y mis calzoncillos ya estaban en el suelo. Me había dejado la camiseta y mi polla se había puesto bien dura en gran parte por el olor a flores y su aroma.

Mis manos no paraban de jugar con sus turgentes pechos y cada vez que pellizcaba uno de sus pezones su respiración agitada crecía y su cuerpo volvía a vibrar.

Mientras, mi boca se llenaba de sus enormes tetas. Las lamía y succionaba sus pezones mientras mis manos acariciaban su cintura, su estómago y bajan hasta su culo. Agarraba sus glúteos con fuerza, clavando mis dedos en ellos, abriéndolos hacia afuera y apretándolos con ansia, aunque decidí tomarme mi tiempo. Tiraba de ellos hacia arriba y los dejaba caer de nuevo y era cuando su respiración, que quedaba detenida unos segundos, volvía a aparecer jadeante.

La azoté con ambas manos, uno en cada glúteo y otro gemido con una mordida lateral del labio apareció en su cara. Seguí azotándolos y mis dedos aparecieron marcados en su piel blanca ahora bastante enrojecida.

Me puse detrás de ella y volví a agarrar sus pechos desde aquella posición mientras besaba su cuello.

Abrí el kit de juguetitos que me había preparado Martika y cogí una de las cintas de seda negra que había dentro. Le recogí el pelo con ella. Le quedaba espectacularmente bien junto con el antifaz. Recordé que ella no podía ver nada por lo que necesitaba hacerla sentir todo lo que pudiese.

Levanté sus brazos por encima de su cabeza y sus pechos botaron voluptuosamente. Ahí pude ver plenamente sus enormes y preciosas curvas y su cuerpo perfecto. Su piel era muy blanca, pero se tornaba dorada con el brillo del sol de media tarde. Acaricié su cintura y su culo de nuevo y eso le hizo volver a estremecerse.

Até sus muñecas con otra de las cintas de seda negra. Esta era algo más larga. No apreté demasiado, pero rápidamente Ángela creo que intuyó que no debía de moverlas a no ser que yo se lo indicase.

Me puse de nuevo detrás de ella y volví a mojar sus pezones con mi saliva que había

puesto en mis dedos. Mientras seguía masajeando sus preciosos pechos con una mano, agarré mi polla con la otra y empecé a masajear y a restregarla por su culo.

Ángela movía sus caderas por inercia queriendo sentir lo máximo posible mi polla en su piel.

Le abrí un poco las nalgas y entremedias de ellas puse mi rabo que rozaba su precioso y recién depilado coño. Empecé a frotarme: primero suave, después a un ritmo medio hasta que el movimiento se hizo brusco y los golpes de los choques de nuestros cuerpos sonaban por todo el salón.

Los gemidos de Ángela seguían creciendo y su cuerpo temblaba cada vez más.

Tuve que separarme de ella porque sin darme cuenta estaba a punto de correrme y no quería. Se había mojado tanto que mi polla chorreaba.

Lo que yo quería era utilizarla a mi antojo, pero lo que más deseaba ante todo era que ella disfrutase infinitamente más que yo para que descubriera un mundo de posibilidades en el sexo y abriera su mente a todas las nuevas experiencias que podría encontrar si así lo hacía.

Me puse delante de ella y bajé sus manos atadas a la altura de su coño mientras la besaba. Puse mi polla entre sus delicados dedos y empecé a mover las caderas para masturbarme con ellos. Pero ella seguía quieta, no se movía.

—Cógeme la polla con las manos y rózala con tu coño.

Sin decir nada obedeció. Lo hizo y empezó a gemir más fuerte. Mientras se la acercaba notaba como el calor que emanaba en su entrepierna calentaba mi glande. Se notaba muy caliente y los suaves movimientos contra su clítoris eran igual de placenteros para ella como para mí.

Después de un buen rato de agradable masaje retiré mi falo de entre sus manos y con mi pie le indiqué que abriera las piernas más aún hasta que su coño quedó ligeramente abierto. Estaba rosado por los roces que ella se había infligido como *castigo placentero* usando mi polla a su antojo.

Mojé mis dedos con saliva y empecé a acariciar la parte de alrededor del su clítoris muy suavemente. Un gemido más fuerte se escuchó. Su entrepierna latía y ardía mientras temblaban sus piernas.

—Así —le dije—. Estás aquí solo para disfrutar, gemir, gritar y correrte. No te cortes.

Asintió con la cabeza.

—¡Qué bien! —susurró por lo bajo.

—No lo digas para ti. Grítalo. Dímelo.

—¡Ay! ¡Qué bien, Andrés! —gritó esta vez.

Me arrodillé delante de ella y pensé: *y mejor que va a estar*.

Mojando mis dedos apoyé dos de ellos en la entrada de su coño y apreté poco a poco hasta introducirlos por completo. Los dejé allí un momento e igual de lentamente los saqué. Repetí la acción y cada vez fui subiendo la velocidad por lo que la intensidad y la fuerza también subían.

Con la punta de mi lengua empecé a rozar su clítoris y su cuerpo vibró hasta el punto de que sus rodillas casi se doblan sin poder mantenerse de pie, pero en ningún momento dejé de meterle y sacarle los dedos.

Sus jadeos empezaron a ser intensos y los ruidos de su entrepierna se volvieron más mojados. Eso me animaba a seguir subiendo la intensidad.

Mis dedos corazón y anular casi no se veían de la velocidad a la que entraban y salían de

su coño y Ángela empezó a gritar descontroladamente de placer.

Su coño empezó a humedecerse más y sus fluidos mojaban ya mi brazo. Retiré mi lengua de su coño y me centré en masturbarla como se merecía: con toda mi atención.

—Ya… ya… me voy a correr —dijo suspirando mientras empezó a mover sus caderas en círculo.

—¿Qué? No te oigo, Ángela.

—¡QUE ME ESTOY CORRIENDO, ANDRÉS! —gritó excesivamente fuerte con la voz temblorosa.

—Eso es. Dilo.

—Me corro… me corro… me corrooooooo, ¡AH! —volvió a gritar mientras por debajo el antifaz empezaron a caer lágrimas.

Entre gemidos y temblores, trataba de mantenerse de pie… pero no lo consiguió y fue cayendo poco a poco sobre sus rodillas.

Su orgasmo continuaba ya en el suelo con suspiros y gemidos mezcla de llanto, risa y placer.

Su cuerpo comenzó a vibrar de una forma totalmente diferente y descontrolada mientras seguía de rodillas en el suelo a mi lado. Yo la abrazaba fuertemente desde atrás con un brazo mientras seguía acariciando su entrepierna con la otra mano, pero de una forma mucho más gentil y suave.

Un leve movimiento de vaivén de delante hacia atrás comenzó. Iba creciendo lentamente hasta que el roce se volvió intenso de nuevo.

—Me corro otra vez… ¡Otra vez! ¡Andrés, me corro otra vez! ¡Qué rico! —no paraba de decir mientras sus manos atadas agarraban mi cabeza por encima de la suya acariciándola.

No había pasado ni un minuto desde el orgasmo anterior.

Noté como se abultaba su coño y su clítoris entre mis manos. Sentí cómo unas ligeras gotas de placer salieron de él mientras ella terminaba rendida y sin fuerzas tumbada en el suelo.

Se quedó completamente inmóvil mientras los gemidos se iban ahogando poco a poco.

Ángela, encima de la alfombra, continuaba teniendo la respiración agitada, con gemidos y espasmos de su orgasmo que aún seguía en su entrepierna. Me levanté y la miré allí en el suelo tumbada de lado, echa una bolita de jadeos y placer. Mientras, los temblores seguían dando los últimos coletazos de deleite sexual.

Todavía sin terminar de correrse yo había cogido de la caja del sex-shop un nuevo juguete. Esta vez un vibrador con estimulador de clítoris además de un bote de lubricante.

Le puse las pilas y lo dejé encima de la mesa.

—Ponte de pie.

Le ayudé a levantarse mientras jadeaba y la besé acompañándola a sentarse en el sofá. Su cara quedó frente a mi polla que estaba muy dura después de haberme comido su coño.

Se la acerqué a la boca y con mis dedos llenos de su sabor, le abrí los labios y se la metí. Me quedé quieto a ver que hacía. No hizo nada. No se movió. Solo sentí como poco a poco se llenaba más de saliva. Es verdad que podía hacerle lo que quisiera y eso lo demostraba.

Con mis manos empecé a mover su cabeza de adelante hacia atrás muy lentamente y ella succionaba ligeramente para que el roce fuese mayor. Llena ahora de mi polla, disfrutaba de aquella boca de labios rojos. Solo tenía ganas de llenarla de semen y de correrme en su cara sin ningún miramiento. Así le demostraría que realmente hacía lo que quería con ella. Pero me contuve, quería seguir disfrutando de Ángela a mi modo.

Cuando se la sacaba de la boca intentaba seguirla con sus labios para continuar con la mamada, pero yo con la mano le indicaba que volviese para atrás.

—Cada vez que retire mi polla de tu boca, saca la lengua y espera con ella fuera —le ordené con tono suave.

A los pocos segundos se la volvía a meter. Repetí lo mismo varias veces hasta que se la retiré completamente y le empujé suavemente en los hombros para que se reclinara del todo sobre el sofá. Le abrí las piernas y su precioso coño, enrojecido por el orgasmo quedo al descubierto.

Me senté en el suelo frente a su vagina, la rocé con la yema de los dedos y la lamí de nuevo por fuera. Sus gritos de placer quedaron ahogados.

Cogí el vibrador y le puse una buena cantidad de lubricante tanto en la parte del *dildo* como en el estimulador del clítoris. Lo empecé a pasar por su coño y dio un pequeño brinco… supongo que estaba frío, pero pronto se calentó.

Mientras acariciaba su entrepierna de arriba hacia abajo con el consolador, con mi otra mano le abrí ligeramente los preciosos labios exteriores de su vagina. Apoyé en la entrada de esta el juguete y empujé suavemente para meterlo. Entró con mucha facilidad ya que seguía lubricado de la sesión de placer anterior.

—Así, perfecto —se me escapó en voz alta.

Con cada milímetro que entraba lentamente en su coño, sus jadeos y sus gritos de placer más crecían.

—¡Qué locura! ¡Qué rico está! ¡Qué pasada! ¡Métemelo! ¡Me arde, Andrés! —el lubricante era efecto calor.

Me sorprendieron sus expresiones, pero gracias a ellas me di cuenta de que se había dejado llevar casi completamente, liberando su mente a lo que pudiese pasar conmigo.

Encendí la vibración del juguete sin pensármelo y la puse al máximo. Decidí tener poca compasión esa vez y buscar otro orgasmo rápido.

—¡Qué es esto, por dios! ¡No puedo más! ¡Me va a explotar el coño! ¡Viene otra corrida! —gritaba con tono desesperado.

Comencé a meterlo y sacarlo, primero lento y luego, conforme noté que aguantaba la intensidad, subiendo el ritmo hasta lo que me permitía mi brazo. Un grito constante llenó todo el salón sin cesar en ningún momento, nada más que para tomar aire.

El vibrador desaparecía completamente dentro de ella y cada vez que entraba y salía, Ángela se volvía loca de gusto, tanto que la expresión de su cara estaba desencajada por el placer, cayendo un hilo de saliva constante que recorría su mejilla chorreando hasta sus grandes tetas.

Las palabras eran inentendibles mientras sus caderas no paraban de moverse de forma opuesta a las penetraciones del aquel juguete fálico y vibrante haciendo que las embestidas fuesen más fuertes y completas.

Sus caderas empezaron a subir arqueando toda su espalda mientras volvía esa preciosa frase que salía de entre sus labios

—¡No puedo, más! ¡Mi coño!

—¡Así! ¡Córrete! —le grité mientras le pellizcaba sus tetas con la otra mano—. ¡Córrete para mí, zorra!

—¡Me corro! ¡Ay, qué es esto! ¡Qué pasa?

Mientras sus glúteos apretaban toda su cintura hacia arriba, un increíble chorro de corrida

salió de su coño impactando contra mi cara. Corriendo abrí la boca y la acerqué a su clítoris mientras no dejaba de penetrarla a máxima intensidad lamiendo a toda velocidad esa perla rosada que sobresalía abultada en la parte superior de su coño.

—Se me sale todo… creo que me estoy…

—¡Corriendo! Te estás corriendo…—la corté para que no dijera lo que no era—. Esto es lo que esperaba de ti.

—Se me salen los chorros, Andrés —me hizo gracia esa expresión —Noooo… que se me sale todo.

—¡Échalo! ¡Dámelo! Ni se te ocurra parar ahora.

Ángela dejó de luchar contra ello y con cada torsión de sus caderas, otro chorro salía despedido y un grito de desesperación pervertida retumbaba en el salón, pero, más aún, retumbaba dentro de mi cerebro que intentaba guardar cada segundo de aquel espectáculo tan impresionante que me estaba ofreciendo.

Sus gemidos se volvieron gritos mientras solo se escuchaban las palabras repetidas una y otra vez: *Mi coño, joder, mi coño. Me corro*

—¡Quítalo! ¡No puedo más!

No quise hacerle *sufrir* más por ser su primera vez conmigo así, pero si por mí hubiese sido le hubiera seguido masturbando un buen rato más hasta que le doliese cada centímetro de su vagina de puro placer.

—¡Cabrón! ¿Qué me has hecho? —Intentaba disimular sus palabras, pero no podía. Empezó a llorar otra vez—. ¿Qué me has hecho…?

Me senté a su lado y la abracé hasta que se le pasaron los espasmos y cesaron sus lágrimas.

Cuando dejó de llorar le desaté las manos y casi sin darle tiempo a recuperarse la puse a cuatro encima del sofá con las rodillas apoyadas en el asiento y sus manos agarrando en el respaldo de este. En esa postura le volví a comer el coño un buen rato hasta que acerqué mi polla y empecé a rozarme con su entrepierna de nuevo.

—Métela —decía susurrando.

—¡Que me digas lo que quieres en voz alta! —la azoté a modo de castigo

—¡Ay! ¡Que me la metas! ¡Métemela! ¡Ya! ¡Fóllame ya!

—Eso me gusta más.

Cogí las pinzas de la caja de regalos y se las puse en los pezones y enseguida se la metí sin delicadeza. Empecé a penetrarla a un ritmo fuerte, tanto que cuando embestía sonaban mis piernas contra su culo y los ruidos húmedos de su coño iban en aumento. En ningún momento había dejado de estar mojada.

La agarré de las caderas y seguimos follando así un buen rato.

Me gustaba esa postura con ella.

Su precioso culo redondo y blanco rebotando contra mi polla y mis huevos, me parecía una imagen impresionante que quería guardar en mi mente para siempre. Ángela se adecuó muy bien al ritmo haciendo que las embestidas fueran más fuertes.

La agarré del pelo y de un brazo y me volví más salvaje.

—Me gus… —susurró de nuevo callándose lo que iba a decir—. ¡Me gusta tu polla, Andrés! —rectificó gritando.

—Eso es. Que yo te escuche.

—¡Sí! ¡Lo que quieras, Andrés! Métemela más fuerte.

Empecé a notar como mi rabo se iba cargando y estaba a punto de correrme.

Se la saqué y la obligué a sentarse en el sofá mientras yo seguía de pie con mi verga frente a su cara aun con el antifaz puesto.

Empecé a pajearme con una intensidad considerable. Se la volví a meter en la boca. Quería correrme dentro de ella y llenar su lengua con mi leche. Quería que saborease todo lo que había conseguido provocarme, pero en ese momento a mi mente vino la frase de su carta: *HAZME LO QUE QUIERAS*.

Saqué mi polla de entre sus labios y cogí sus manos indicándole que me pajease cerca de su cara. Cuando estaba a punto de correrme le quité el antifaz.

Quería que viese mi polla eyaculando frente ella mientras me masturbaba, que sintiera también todo mi orgasmo como yo había sentido el suyo.

Cuando abrió los ojos le dije:

—Mira… ¡Me corro! Quiero que lo veas. Esto es todo para ti.

Enseguida lo entendió y me pajeó más fuerte y más rápido.

Pensando que apuntaría a sus pechos o a su cuerpo como en mi sueño de la noche anterior hizo una de las cosas que más me gustan: abrió la boca y dejó que todos los chorros de leche que salieron de mi polla cayeran sobre su cara, sobre su pelo y sus hombros, así como en sus labios.

Me la agarré y terminé de pajearme para sacarme hasta la última gota de dentro dejándolas caer adrede en su boca.

Cuando dejé de correrme, Ángela puso mi polla entre sus tetas moviéndolas con las manos arriba y abajo mientras no dejaba de mirarme a la cara y de sonreír. Caí desfallecido a su lado. Igual que había hecho ella un rato antes sobre la alfombra. Nos abrazamos y la besé.

Pasamos ese fin de semana probando todos y cada uno de los juguetes que le había traído y parece ser que le gustó el regalo porque se los llevó y me cuenta que los usa casi a diario.

Lo que más le gustó fue la pala de los azotes la cual probó varias veces ese fin de semana, pero esa ya es otra historia que os contaré otro día.

¿Creéis que Ángela consiguió separar el sexo del amor? Mientras ella quiera seguiremos intentándolo.

EL ENCUENTRO EN MADRID.

LA CAMA, LA BAÑERA Y LA TERRAZA

—¿Qué tal con Carmen?

—Muy bien. Hemos echado la tarde juntas hablando de nuestras cosas.

—Últimamente estáis quedando mucho las dos. Parece que habéis retomado la amista de antaño desde que nos reencontramos todos en la fiesta de antiguos alumnos.

—Pues sí. La verdad es que no había congeniado con nadie así desde que era más joven —le contesté a Andrés mientras cogía agua de la nevera—. Ahora que lo pienso nunca he tenido una buena amiga y de confianza a quien contarle mis cosas. Sí, algunas sí, pero no para confiarle las cosas importantes de verdad.

Andrés se levantó del sofá y se dirigió al despacho, se sentó en el sillón y encendió la pantalla del ordenador.

—Me alegro. Siempre debemos tener a alguien así. Alguien a quien contarle las cosas buenas que nos pasan y también las malas… ¿Le has dicho algo sobre que tenemos una relación?

—Pues claro. Aunque no te he consultado, perdona… Quizás no querías.

—Vanessa, no se trata de si yo quería o no. Es una decisión tuya. Carmen es un encanto y yo la quiero mucho, la verdad —dijo suspirando—. Tengo envidia de vuestra amistad. Es algo que hace mucho que no tengo con nadie… desde que perdí el contacto con Salvador.

—¿Carmen es Sara de tu historia *Primos*? —pregunté directamente sin cortarme.

—No. A Carmen la quiero de otra manera. Con Sara apenas hablo. Nos distanciamos cuando se casó. De vez en cuando nos ponemos al día, pero nada más. ¿Por qué? —preguntó algo extrañado.

—Nada, me dio esa sensación.

—Si fuera ella ya te lo habría dicho ¿Qué te pasa? Te noto rara.

—No lo sé. Cuando estaba hablando con tu prima he tenido unas sensaciones y pensamientos que no había tenido antes.

—¿Como qué? —noté como Andrés dejaba de mirar el ordenador y me prestaba toda la atención del mundo.

—Pues cuando tu prima se despedía de mí noté sus tetas contra las mías y me vino un *flash* donde estábamos tú y yo con ella haciendo un trío y… ¡No te rías! —su sonrisa era muy agradable y sincera, pero a mí me molestaba.

—No me río… me gusta que tengas esas fantasías —dijo mientras se sentaba a mi lado en el sofá y me cogía las dos manos acariciándolas—. Es síntoma de que te estás liberando en ciertos aspectos de tu forma de pensar.

—Pero yo no soy lesbiana.

—Ni yo gay y alguna vez he tenido sueños homosexuales donde en una orgía se la chupaba a otro hombre… no quiere decir nada. Son fantasías, sueños, pensamientos…

—Sí, pero me he confundido por un momento y llevo rallada desde entonces —le dije sin apenas mirarle a los ojos.

Andrés cogió mi barbilla, levantó mi cabeza y me miró de tal manera que lo pude sentir en el fondo de mi mente.

—Mira. Estoy muy a gusto contigo. Tenemos una relación que me gusta mucho y en la que me encuentro muy cómodo… —sonreí mientras me decía esto—, pero vaya, que si tanto te pica la curiosidad la llamo para que venga y…

—¡Gilipollas! ¡Vete a la mierda! —le dije entre enfado y risas mientras le daba un tortazo en el hombro.

—De verdad, no le des más vueltas, Vanessa. Los *sueños, sueños son* —afirmó—. ¿Mantita y peli?

—Mantita y peli… pero luego sexo.

—Vale, te lo compro.

——— RELATO ———

En una de las peores épocas personales de mi vida (todos tenemos épocas malas, digan lo que digan y es normal) me encontraba en una vorágine de excesos por un lado y defectos por otro.

No es que yo me haya excedido mucho en líneas generales, pero es verdad que hubo un ligero tonteo con ciertas adicciones, pero sobre todo buscaba mucho sexo.

No es algo de lo que sentirse orgulloso ni tampoco para avergonzarse, sino que simplemente en un momento de la vida en el cual aprendí muchísimo en experiencias y en las cosas que se deben hacer, pero sobre todo las que no se deben hacer.

En aquel entonces coincidió que yo estaba muy activo en mi *cuenta B*[49] de Twitter. De hecho, a ese tiempo lo llamo *la época "Twitter"*.

En esa cuenta solía compartir imágenes y vídeos pornográficos de mis filias, que a estas alturas ya sabréis cuáles son y que sigo defendiendo que no son nada raro ni malo. Nada del otro mundo, aunque algunas personas puedan creer que sí.

Estas fotos y vídeos muchas veces eran propios, o de encuentros sexuales que mantenía con mujeres que conocía por esta red social, siempre con sus consentimientos y sin que se pudiera reconocer quiénes éramos.

Solíamos tener algunas conversaciones por privado para ver si *nos cuadrábamos*, luego las conversaciones pasaban a *sexting*[50] y al final, si ambos lo decidíamos así, quedábamos en algún lugar del mapa a media distancia entre nuestras ciudades para pasar algunos días de desenfreno sexual.

Intentaba no quedar con chicas que estuviesen demasiado cerca porque claro, he llegado a encontrarme de todo: Casi todas las mujeres sabían para lo que quedábamos y comprendían que una vez terminado el encuentro volveríamos a nuestras vidas, aunque repitiésemos.

Otras mujeres tenían la cabeza hecha un lío y llegaban a obsesionarse. Con esas personas cortaba por lo sano y así no había posibilidad de que me encontraran.

Gracias a esta fase *Twitter* encontré a una chica, una de las personas a quien va dedicado este libro y que me salvó de muchas cosas. A ella mi amor incondicional para siempre, gracias *Chica Encanto*.

[…]

Al principio de esta fase siempre estaba un tanto receloso a la hora de quedar ya que soy una persona que necesita un mínimo de confianza y complicidad para acostarse con alguien, aunque no lo parezca en los relatos, pero a base de hablar con las mujeres que iba conociendo adquiría esa confianza de la que hablo.

Sabía que en muchas ocasiones la información personal que nos pasábamos era mentira. Hasta yo lo hacía. Jamás comentaba en qué localidad vivía, aunque siempre decía algún pueblo de la provincia de Málaga.

Supongo que así me autoengañaba y sentía que mentía un poco menos… eso sí, nunca he mentido en nada más: ni en mis gustos, ni en lo que quería o buscaba, ni en mi físico ni en nada que pudiera desembocar en una inesperada situación desagradable si se producía el encuentro.

Muchos de esos momentos los tengo grabados o fotografiados, siempre con el consentimiento de mis parejas sexuales y siempre que alguien me ha dicho que preferiría que los borrase por cualquier circunstancia, así lo he hecho.

Soy excesivamente responsable en esos asuntos tan delicados

Es un tema muy serio tanto a nivel personal y de confianza como a nivel legal. Si algunos de esos contenidos se difundieran accidentalmente por ahí no me lo perdonaría.

Una de las primeras personas con las que hablé y que más confianza me dio fue Eva. Una chica de Madrid, castiza y con las ideas muy claras a mi entender.

Eva y yo congeniamos enseguida y las conversaciones fueron subiendo de tono conforme pasaban las semanas. Además de fotografías masturbándose o enseñándome su cuerpo me mandó algunos audios que grababa mientras se tocaba pensando en mí y se corría a gritos diciendo muchas expresiones calientes… todo muy *Dirty Talk*[51] como también sabéis que me gusta.

Le conté que no estaba seguro de quedar en Madrid con ella porque no me terminaba de lanzar y más después de algunos gatillazos sexuales que había tenido, sobre todo por mi situación actual.

Ella trataba de convencerme, gracias a dios, diciendo que ya le pondríamos solución y que había muchas más formas de arreglarlo:

—Mira —dijo Eva—. Quedamos en un hotel en Madrid. Yo llego antes de que lo hagas tú. Me pongo cómoda. Me doy una buena ducha y me pongo una toalla encima… ¡SOLO una toalla! Cuando llegues y te abra la puerta de la habitación, la dejo caer, me doy la vuelta, me agacho a recogerla y si quieres ahí mismo me puedes comer el coño.

—Eso me gusta, Eva…, pero ¿no me ducho primero? —pregunté a modo de broma.

—Tú cómeme el coño y cuando me corra, nos vamos a la ducha los dos. Allí te comeré la polla tan profundamente como pueda y si me pongo muy muy cerda prometo que...

—Tengo la polla muy dura. Solo con el roce del pantalón siento que me voy a correr —la interrumpí.

—Enséñamela Andrés, quiero verla.

Grabé un vídeo de un par de minutos con el móvil mientras me masturbaba y jadeaba diciéndole unas cuantas palabras calientes y se lo mandé.

—Bufff, Andrés, como me pones, escucha… escucha como estoy.

Eva me envió un audio donde se escuchaba un ruido húmedo. Era su coño siendo penetrado por el consolador rosa que se acababa de comprar gracias a mis recomendaciones.

La llamé por teléfono:

—¿Qué? No has podido esperar a que nos viésemos para estrenarlo, ¿eh?

—Me voy a correr, Andrés. No puedo más. De imaginarme esa polla tuya reventándome el culo y corriéndose encima de mis tetas… llenándome toda. Mándame un vídeo corriéndote, por favor.

Colgué la llamada y le hice una videollamada:

—Toma, zorrita —le encantaba que la insultasen—, esto es para ti.

Eva encuadraba como podía su coño con el móvil para que se viera bien, precioso, rosado y muy húmedo. Me entraban ganas de lamer la pantalla para intentar saborear cada una de las gotas de los fluidos que mojaban su entrepierna.

—Me corro, Andrés. ¡Me corro! —gritó mientras enfocaba su cara mientras tenía un fuerte orgasmo.

Sabía que eso me encantaba: observar su cara de placer mientras se corría.

Empecé a masturbarme con toda la fuerza que podía y una corrida abundante y espesa salió disparada de mi polla llenando la cámara del móvil varias veces.

Mientras el líquido espeso resbalaba por la pantalla y yo aun temblaba Eva seguía gritando:

—¡Hijo de puta! ¡Joder qué corrida! Es como si me diese a mí. Me corro, nene.

Después hubo un silenció y desconecté la videollamada que, además había estado grabando y se la mandé por WhatsApp.

—Toma, un regalo, por ser tan putita…

—Madre mía, Andrés. Me tiembla todo, tío… ¿quieres correrte otra vez? —me preguntó con calentura.

—Claro que sí, ¡vamos!

—Dame un segundo que voy a limpiar el *Osci*[52].

[…]

La recepción del hotel Eurostar de la Ciudad de la Imagen de Madrid era modernista, pero sin salir de la estética estándar para aquellos establecimientos.

El *hall*[53] era amplio con grandes ventanales y muy luminoso. La mayor parte de la decoración del conjunto era gris claro a excepción de la zona de atención al cliente que destacaba por su color madera de tono rojizo. Las puertas y algunos detalles más eran de color más claro.

Me dirigí a la recepción y una muchacha joven y rubia me atendió amablemente:

—Hola, tenía una reserva para hoy. Me llamo Andrés Pérez.

—¡Ah, sí! Su esposa ha llegado hace una hora más o menos

¿Mi esposa? pensé. No entendía por qué se inventó que era mi esposa si allí no nos conocía nadie, pero realmente me daba igual. No dejaba de ser una excusa más.

—Su llave, señor. Habitación 213

—Muchas gracias —contesté con una sonrisa medio forzada.

De camino al ascensor, al igual que durante todo el viaje en tren, mi mente era una vorágine de pensamientos y sensaciones.

Pasé de la excitación al miedo, del miedo a la duda, de la duda a la valentía y así varias veces.

Para relajarme durante el viaje me puse los auriculares y escuchaba los audios de los

orgasmos que Eva me había enviado y más de una vez estuve tentado de ir al baño a hacerme una buena paja para aliviar tensiones, pero ella me hizo prometerle que durante la semana previa a vernos no me iba a masturbar ni a correrme… palabras literales: *Quiero que traigas los huevos bien cargados de leche para mí… que quiero mi biberón bien lleno*. Solo de pensar aquello mi polla iba a estallar.

Dentro del ascensor mientras subía a la segunda planta, empecé a temblar. Otra vez aquella mezcla de emoción, de nervios, de excitación y de pánico recorría todo mi cuerpo y mi cerebro, pero ¿Qué iba a hacer ya? ¿Irme? No.

Necesitaba estar con Eva y hacer realidad todas las fantasías que dijimos que haríamos cuando nos viésemos.

Frente a la amplia puerta de la habitación me dispuse a llamar, pero no me dio tiempo. Esta se abrió y a medio camino de su apertura se detuvo. Una imponente mujer salió de detrás de ella.

Para mi gusto, Eva era preciosa.

Tenía el pelo cortado a capas, castaño y con mechas rojas. Le llegaba a la altura de sus pechos. Era de estatura similar a la mía. Sus ojos, vivos y brillantes, eran negros y profundos, y dependiendo de la luz llegaban a parecer grises.

Bajo la toalla anudada al pecho que llevaba puesta, tal y como prometió, se intuían dos enormes tetas muy turgentes que se dejaban medio asomar por encima de esta. Al estar ceñida a su cuerpo se notaban sus prominentes curvas, sobre todo las de sus anchas caderas que solo me permitían fijarme en ellas.

De repente la toalla calló al suelo y vi su impresionante figura llena de sinuosidades. La visión en directo de Eva me provocó un estado de estupor que no me dejó nada más que tragar saliva y volver a abrir la boca del asombro.

De repente hizo un ademán con las manos, contorneando su figura a la altura de las caderas subiéndolas hasta los y pechos… como señalando su cuerpo y diciendo: *Esto es lo que hay ¿Te gusta lo que ves?*

Avanzó de puntillas un par de pasos hacia donde yo estaba saliendo al pasillo complemente desnuda. Me miró y me dio un gran y húmedo beso. Tiró de mí hacia adentro agarrando el cinturón de mis pantalones y la puerta se cerró.

—Dame tu teléfono —me dijo.

Se lo di sin rechistar. Mientras, no dejaba de mirar su precioso culo cuando se alejaba de mí; la seguía con la mirada por toda la habitación donde quisiera que fuese, observando sus movimientos y el vaivén de sus enormes tetas desnudas.

—No te quedes ahí, pasa y siéntate… ¡Ahí no, en la silla que hay en el centro de la habitación! —me gritó riéndose cuando fui a sentarme en el sillón.

Vi como apoyaba mi teléfono en la mesa acomodándolo entre un cenicero y un porta lápices del hotel. Lo puso a grabar. Se acercó a la televisión y encima de ella había puesto una cámara de vídeo que también puso a grabar.

Encima del escritorio un portátil con *webcam* y en la mesita de noche más alejada su teléfono funcionando también.

Se acercó poco a poco y me dijo:

—No te vas a perder nada de esto. Lo vamos a grabar todo para que luego lo disfrutemos los dos… como a ti te gusta… y a mí también —sonrió.

Algo crujió en mi cerebro a la vez que también algo desapareció: mis miedos y dudas...

…y me dejé llevar.

Me levanté de la silla pausadamente mientras Eva me miraba a la cara. Aún no había salido de mi boca ni una palabra desde que dejé la recepción.

Me acerqué con paso firme donde estaba ella. Suavemente puse una de mis manos alrededor de su cuello y la otra encima de su hombro y la miré a los ojos. Una sonrisa se dibujó en sus preciosos y perfilados labios rojos.

La besé.

Lo hice con mucha pasión, con mucha lengua y con muchas ganas. Un fino hilo de saliva unió nuestros labios.

Al retirarme, mientras se acababa aquel precioso beso, succioné su lengua con fuerza.

Le di la vuelta mientras, sin prisa, dejé salir mi polla del pantalón porque que la presión era ya demasiada. No me había dado cuenta, pero llevaba empalmado desde que Eva abrió la puerta de la habitación. Empecé a rozarme suavemente con su culo mientras nuestras respiraciones se agitaban.

Una de mis manos había bajado a sus tetas y las masajeaba con ímpetu, primero una, y luego otra, pero a un ritmo lento para poder disfrutar lo máximo posible. Intentaba abarcar las dos, pero era imposible, por eso retiré la otra mano de su cuello y le agarré ambas.

Eva se echó un poco hacia adelante haciendo que mi polla rozara mucho más su culo mientras. Yo seguía apretando sus tetas con mis manos y ella puso las suyas encima de las mías para indicarme cómo y de qué manera le gustaba que lo hiciera.

—Métemela por el culo si quiere ya. No hay problema —dijo susurrando y jadeando de excitación.

De un leve empujón la retiré de mí y poniéndome enfrente de ella de nuevo la cogí de las dos manos mientras la besaba con ternura. Noté como ambos temblamos y suspiramos sintiendo el calor de nuestras exhalaciones.

Me acerqué junto con ella donde se encontraba mi móvil grabando mientras nuestros labios seguían unidos, no se querían separar.

Seguíamos temblando.

—Ponte de rodillas —dije algo tajante, pero con cariño.

Eva así lo hizo mientras sus ojos se clavaban en mi polla. Intentó acercar su boca abierta, pero yo me retiraba notando el aliento tibio de su respiración en mi entrepierna.

En tanto ella seguía de rodillas yo empecé a quitarme la ropa lentamente y la iba dejando en la silla de al lado. Primero el abrigo, luego el jersey, después la camisa… *Ella ha estado completamente desnuda todo este rato y yo no me he quitado ni el abrigo* pensé.

—Ten cuidado no tapes la cámara del móv...

Le tapé la boca y con la mano le hice un gesto para que se callara.

—Entendido… vale —me dijo con una sonrisa amplia mientras sus ojos se entornaban.

Cuando me quedé completamente desnudo le acerqué la polla a la cara y le rocé suavemente los labios con ella. Mi glande rozaba su frente y mis huevos quedaban a la altura de sus labios, notando su suavidad en ellos.

Me encantaba y me ponía caliente en exceso.

Eva cerró los ojos mientras suspiraba profundamente por la excitación que tenía.

—Abre la boca.

Así lo hizo.

Introduje mi polla poco a poco entre sus labios húmedos y noté como un hilo de saliva

tibia chorreaba por su comisura mientras movimientos muy cortos y extremadamente lentos de succión se iban sucediendo uno tras otro, sin apenas entrar en su boca. Solo metía el glande y lo sacaba. Así estuve durante unos minutos mientras sus ojos brillantes se clavaban en los míos.

Cada vez que hacía este movimiento mi respiración se aceleraba un poco más.

—Ahora puedes hacer lo que quieras —le dije con la voz temblorosa al igual que mis piernas.

Eva enseguida colocó las manos en mi culo y siguió con ese movimiento lento y pausado solo que, muy poco a poco, casi sin notarse, fue subiendo la intensidad de la mamada, así como la cantidad de polla que se metía en la boca.

—Avísame si te vas a correr.

—Sabes que siempre lo hago… es una falta de respeto no hacer…

—¡Calla! —gritó levemente. Y de un golpe seco se metió mi polla casi entera en la boca.

—¡AHHHH, joder! —fue lo único que pude gritar.

Eva intentaba tragar saliva, pero sin retirarla del todo de su boca. Siguió con el ritmo pausado anterior y yo notaba como poco a poco mis piernas perdían fuerzas y mis huevos se llenaban.

Me senté en la silla y Eva me dio mi teléfono.

—Graba —dijo sacándosela de la boca solo para ordenármelo—. Grábame mientras te la mamo.

Estaba más atento al móvil que a la mamada, haciendo algunos planos para que su cara y mi polla se vieran bien y, a causa de esa distracción, mi excitación disminuyó y con ella la erección. Uno de mis peores temores se acercaba, ya que cuando esa desconcentración llegaba, solía tener un gatillazo. Igual me pasaba algunas veces cuando me iba a poner el condón.

Eva lo notó y de repente subió el ritmo de la felación a unos niveles bastante intensos. Unos sonidos húmedos y excitantes salían de su garganta mientras mi polla se acomodaba bien en ella.

—¡GRABA! —me ordenó entre ruidos obscenos y saliva—. Quiero ver luego mi cara de puta.

Mi rabo había vuelto a ponerse duro y de nuevo Eva bajó la intensidad.

—Uffff, Eva. Como me gusta que te pongas así… así… de…

—¿Así de cerda? ¿No es tan difícil? Dilo sin tapujos.

—Sí, así de cerda. Me encanta decírtelo —en directo resultaba un poco más difícil hacerlo.

Ella seguía y seguía. A su ritmo. Un ritmo constante. Impertérrito.

Notaba como mi polla se iba poniendo más gorda y como ese escalofrío previo a correrme iba llegando a mi entrepierna.

—Creo que me voy a correr.

—¿Crees? —volvió a sacársela de la boca.

—Me voy a correr seguro.

Se levantó de un pequeño salto, me besó tiernamente mientras me sujetaba la cara y me dio un manotazo cariñoso en la polla.

—Ven.

Cogió mi mano invitándome a seguirla mientras con la otra me sujetaba la polla y me pajeaba con cada paso de forma sutil.

—Túmbate ahí… bocarriba. Quédate quieto.

Así lo hice dejando mi cabeza a los pies de la cama y mis piernas sobre las almohadas de la parte del cabecero.

Mientras, Eva había cogido una silla y la había acercado donde estábamos ahora poniendo la videocámara encima encuadrando correctamente la escena.

—Así se grabará bien todo el polvo—dijo mientras se aseguraba que todo estaba correctamente en su sitio.

De un salto se tumbó a mi lado y, mientras la miraba con deseó se acercó y me volvió a dar un precioso y largo beso que disfruté con ganas. Su boca estaba cálida y sabía a mi polla.

La besé con muchas más ganas mientras se incorporaba un poco separando sus labios de los míos. Me puso una de sus enormes tetas en la cara que empecé a lamer con ganas.

Incorporándose un poco más juntó aquellos enormes pechos con sus manos y mientras los pellizcaba puso ambos en mi boca la cual abrí todo lo que pude. Empecé a succionarlos con mucha fuerza.

—Así, cabrón. Cómetelas. Te gustan, ¿verdad? —decía en voz baja casi suspirando—. Te vas a hinchar de comer.

Al escuchar esto chupé con más ganas todavía y uno de sus pezones se salió de mi boca. De esa manera me pude concentrar solo en una de ellas, pasando mi lengua por su areola. La endurecí para que rozará más.

Cuando noté suficientemente duro el pezón le di un pequeño mordisco lo que hizo que un *uffff* saliera de la boca de Eva.

—Así se comen unas tetas, cabrón —sacó el pezón de mi boca—. Ahora la otra.

Sin rechistar hice lo mismo y empecé a comerle y succionarle su otro pecho mientras ella se iba subiendo a horcajadas sobre mi polla.

Volvió a sacar su pezón de mi boca e inmediatamente metió sus dedos entre mis labios.

—Mójamelos. Mucho —ordenó.

Seguía mirando a Eva con un aire de incredulidad mientras llenaba de abundante saliva sus dedos.

Cuando pensó que era suficiente, los sacó y volvió a meter su pezón en mi boca. Su impresionante pecho izquierdo tapaba casi toda mi cara.

Bajó su mano humedecida por mí hasta mi polla y enseguida empezó a rozarla suavemente mientras la mojaba.

Notaba el roce en su coño húmedo y pensaba que en cualquier momento la iba a agarrar y a metérsela.

Pero no.

Intenté coger su culo para subir el ritmo del roce y enseguida me quitó las manos, haciéndome entender que quería que le dejara hacer a ella.

Eso hice.

—Te vuelvo a decir lo de antes: Si te vas a correr, dímelo.

Asentí con la boca entreabierta debido al placer que estaba sintiendo.

Eva arqueó la espalda sentada ahora sobre mi polla, pero sin metérsela. Sus grandes tetas se movían voluptuosamente en una vista que, para mí y a día de hoy, sigue siendo inolvidable y hace que mi entrepierna reaccione siempre que lo recuerdo.

No pude aguantar apenas cinco minutos de aquella brutal fricción de mi polla contra su coño, pero justo antes de decirle que estaba a punto de acabar, ella gritó:

—¡Aguanta, aguanta, que me estoy corriendo! No puedo más, Andrés.

Echándose hacia adelante y apoyando sus manos en mi pecho los movimientos circulares de sus caderas para que el roce fuera mayor aún, se volvieron muy violentos y por un segundo estuve a punto de correrme yo.

De repente y justo antes de su clímax, Eva se levantó de golpe e hizo una de las cosas que me prometió: Correrse en mi boca.

A horcajadas sobre mi cabeza me puso el coño encima de mis labios abiertos, empezó rozarse contra ellos y también contra mi nariz de una forma salvaje. Sus fluidos me empapaban la cara casi por completo y su olor penetrante y ácido solo conseguía ponerme más cachondo.

—¡Saca la lengua, Andrés! ¡Que me corro! Venga, cómeme el coño, hijo de puta.

Con una de sus manos sujetaba mi cabeza para que no se moviera y con la otra ella se acariciaba el pelo o se pellizcaba los pezones con fuerza.

Al final con las dos manos me agarró por la nuca y apretó mi cabeza contra ella todo lo que pudo para que mi lengua rozase en el lugar que ella quería y mi nariz quedaba perfectamente situada en su clítoris cuando se movía.

—¡Ahí! ¡Ahí! Justo ahí, Andrés —gritaba y gemía—. No… puedo… parar… de… correrme… en… tu… boca —gritaba rítmicamente con cada embestida de sus caderas haciendo pausas entre las palabras.

Una serie de convulsione violentas de sus piernas, seguido de jadeos incontrolables llenaron la habitación y el calor extremo que emanaba de lo más profundo de su coño se dejó caer por mi cara en forma líquida mientras las últimas convulsiones de su orgasmo terminaban.

Poco a poco fue tumbándose hacia atrás encima de mí. Como su cabeza quedó a la altura de mi polla siguió jadeando con mi rabo metido en la boca.

—Cabrón… hijo de puta… cerdo… —musitaba sin apenas entendérsele por tener la boca llena.

Se quedó quieta un rato, solo respiraba. Incluso llegué a pensar que se había quedado dormida y yo no quería moverme para no romper su momento de clímax y placer.

Poco a poco se giró sobre sí misma poniéndose bocabajo y reptó entre las sábanas hasta que su rostro llegó donde estaba el mío, húmedo y rojo por el roce de su entrepierna.

—¿Qué te ha parecido mi coño?

—Está delicioso. Tienes un coño precioso y delicioso ¿Puedo repetir? —le dije subiendo un poco la cabeza para darle un beso en los labios. Había empezado a acariciarme y a rozarme muy suavemente la polla con su pierna.

—Es mi primer *facesitting*[54] y me ha parecido una puta maravilla.

—Pues imagínate a mí con lo que me gustan… —contesté.

—Sí que vamos a repetir —me dijo riéndose mientras me besaba una y otra vez—. Tengo cuatro días enteros para follarme esa cara cada vez que me apetezca.

—Sabes que, si por mí fuera, sería lo único que haríamos: Maratones de sexo oral.

—Nonono, yo necesito sentir tu polla dentro, Andrés. Quiero follar y me la metas a cuatro patas y por el culo también.

—Sabes que por el culo no es una cosa que me guste especialmente, pero haré un esfuerzo —contesté con una sonrisa.

—¡Menudo esfuerzo! —rio—. Si en mi culo entran las cosas con una facilidad increíble.

Pero ella sabía que era verdad, que a mí el sexo anal no me iba mucho… aun sí que quería probarlo con Eva y más después del *facesitting* tan perfecto que acababa de hacerme.

Nos repusimos un poco y fuimos a bañarnos. Primero entró ella y preferí dejarle un poco de privacidad.

Enseguida se abrió el grifo y se empezó a escuchar cómo el agua caía en la bañera. Estuvo una media hora dentro y el agua no dejaba de caer. Pensé que se lo estaba tomando con calma o que se estaría masturbado quizás hasta que me dijo con voz fuerte:

—¿Es que no piensas venir? ¿No me dijiste que sabías hacer una cosa con la ducha o yo qué sé?

Mi polla, aún bastante gorda después de que la rozaran con aquella intensidad volvió a ponerse dura mientras yo pasaba los vídeos a mi ordenador portátil para vaciar la memoria de los móviles y de la videocámara. El fin de semana iba a ser largo y teníamos mucho que registrar todavía.

Empecé a grabar con mi *smartphone* cómo me masturbaba a la vez que enfocaba también a la pantalla del ordenador donde se reproducía uno de los vídeos de la mamada que Eva me había hecho.

Pausé el vídeo y con el móvil en la mano me dirigí al baño mientras me seguía masturbando intentando que mi polla saliera en la grabación.

Cuando entré, Eva estaba tumbada en la bañera mientras el grifo la llenaba y se formaba una ligera espuma. Sus enormes pechos sobresalían del agua y Eva ya se los acariciaba suavemente y se pellizcaba los pezones.

—Pensaba que te habías olvidado de mí, —dijo Eva mientras yo me sentaba en uno de los asientos del baño—, pero veo que no— añadió mirando mi polla la cual tenía en mi mano.

La apreté con fuerza y comencé a moverla, como esos gestos que hacen en las películas porno a modo de látigo. Noté como se endurecía de nuevo.

Acerqué el asiento aún más a la bañera y cogí la ducha. Desenrosqué la alcachofa dejando solamente la manguera y abrí el grifo.

Regulé la temperatura del agua para que fuese tibia. La presión del chorro era mucho mayor así, sin el teléfono. Lo dirigí hacia sus pezones mientras ella seguía pellizcándolos.

—Ufff, qué bien —gemía suspirando mientras se endurecían más por la sobrexcitación.

Su otra mano empezó a bajar desde su pecho y se hundió poco a poco en el agua. La detuve con la mía y le insté a que me cogiera la polla acompañándola al ritmo que yo quería que me masturbase. Su mano húmeda se sentía perfecta.

Bajé la manguera de la ducha hasta su entrepierna por debajo del agua. Con mis dedos tentaba intentando notar la presión del chorro e intuir donde golpeaba en el cuerpo de Eva para así dirigirlo justo encima de su clítoris. Los movimientos del chorro eran circulares para que el estímulo fuese más intermitente.

—¡DIOS! —gritó—. ¡dios, dios, dios, dios…! —volvió a decir mientras apretaba mi rabo con su mano dejando de pajearme.

Para hacerla enfadar retiré el chorro.

—¡Eres un cabrón, Andrés! No te pares, joder… —me dijo mientras apretaba más aún mi polla— Y yo haciéndolo con la ducha de mi casa, pero sin quitarle lo de arriba.

Me dolía que apretase tanto mi polla, pero a la vez era muy placentero. El límite entre el dolor y el placer es extremadamente delgado.

—Vale, pero te digo lo que me dijiste a mí antes: *Cuando te vayas a correr me lo dices*.

—¿Para qué? ¿No irás a dejar de masturbarme? Si hace eso te mat...

No le di tiempo a decir nada más cuando volví a poner el chorro de nuevo en su coño

volviendo a apuntar a su parte superior, donde sabía que más le gustaba, o eso concluí yo, ya que viendo los vídeos que me solía mandar masturbándose siempre lo hacía en el clítoris.

Nunca se penetraba con los dedos o usaba consoladores a excepción de algún succionador y un vibrador. Pero siempre por fuera.

Eva comenzó a temblar de nuevo mientras se agarraba con una mano al filo de la bañera y con la otra seguía apretándome la polla.

Cuando el placer le dejaba pensar me pajeaba un rato, pero enseguida venía otra oleada de disfrute sexual que casi la hacía soltarse.

Levantó las dos piernas fuera del agua apoyándolas en los bordes de la bañera, vertiendo una gran cantidad de ella por el suelo.

Su mano se soltó de mi polla.

Su boca se abría en exceso y dejaban salir toda clase de gritos y jadeos de placer deliciosos con los ojos cerrados. Luego los abría de golpe y sus labios cambiaban a forma de O. Más tarde se los mordía o sacaba la lengua desencajando el gesto por las sensaciones placenteras.

Se agarró las tetas con fuerza y empezó a masajearlas con ímpetu influyéndoles un movimiento de vaivén muy erótico olvidándose completamente de masturbarme.

Eva arqueó aún más la espalda y sus ojos se clavaron en los míos, muy abiertos, como su boca, la cual seguía soltando gemidos al ritmo de los vaivenes de su cuerpo.

Su cabeza se movía de arriba hacia abajo a modo de afirmación, como si quisiera decirme que era justo ahí, en esa pequeña parte de su precioso coño donde quería que se concentrase todo.

—Ya… ya, Andrés ¡Me corro! ¡YA!

—Prepárate —y sonreí.

Ella seguía mirándome y sus ojos empezaron a tornarse blancos al volverse hacia atrás del placer.

Justo en ese momento puse mi dedo pulgar en el agujero de la manguera por donde salía el agua haciendo el chorro mucho más concentrado y potente, consiguiendo una presión muchísimo más fuerte que antes.

Eva empezó a gritar de una manera impetuosa, que fue de menos a más. El volumen de sus gritos llenaba todo el baño y seguro que se escuchaba por todo el hotel, pero le daba igual.

Gritaba y gemía sin control y sus movimientos en la bañera se volvieron violentos vertiendo mucha más agua en el suelo, y, aunque el ajetreo era brutal, sus caderas siempre encontraban el contacto máximo con el chorro de agua ahora más fino y con una fuerza increíble.

—¡Ay! ¡Qué bien! ¡Ahí, justo ahí! —gritaba a todo volumen.

—Así me gusta —le susurraba mientras me masturbaba mirándola.

—¡Ahora! ¡Ahoraaaaaaaaaaaaaa…! —gimió ahogando poco a poco aquel chillido—. ¡Yaaa! ¡Yaaaaa! ¡Me corro, cabrón… ME CORROOOOoooo!

Sus piernas, aún apoyadas en los bordes de la bañera, hicieron fuerza para ubicar siempre su coño frente al caño de agua hasta que la hipersensibilidad fue tal que tuvo que apartarse tapándose la entrepierna completamente con una de sus manos.

No aguantaba ningún roce y cada vez que intentaba acariciarse suavemente un fuerte espasmo se lo impedía debido a la intensidad de las sensaciones que tenía concentradas en su clítoris, el cual se había hinchado mucho.

Eva no me quitaba los ojos de encima, jadeando entrecortadamente y, poco a poco, se iba quedando relajada con grandes suspiros. Al hinchar su pecho de aire con cada respiración, sus

tetas sobresalían del agua dejando ver sus pezones también hinchados y duros.

—¿Dónde coño has aprendido a hacer eso? —me preguntó Eva aún jadeante.

—He practicado conmigo mismo —sonreí orgulloso.

—¿Contigo? ¿Cómo? No me cuadra.

—Pues a ver. Es una larga historia:

»Desde joven descubrí en la piscina de la urbanización de mis abuelo que, si acercaba mi polla al chorro de las paredes, en pocos minutos me corría—le fui contando mientras volvía a sentarme en la silla—. Incluso se lo conté a mi prima y le pregunté si a ella le apetecería probarlo.

—¿A tu prima? —me preguntó con cara de asombro mientras empezaba a poder acariciarse el coño de nuevo.

—Sí, de hecho, follamos muchas veces —contesté orgulloso—. Como te decía, me dijo que no sabría cómo hacerlo, así que una de las tardes ya casi de noche y sin luz nos metimos en la piscina

»Puso su coño en el chorro y dijo que le gustaba mucho mientras yo la abrazaba por detrás, le acariciaba las tetas y rozaba mi polla contra ella. Era un no parar y si no era uno era el otro.

»De hecho ahí descubrí cuanto me gustaba que me acariciaran el culo mientras me corría.

—¡No tienes tú peligro ni nada!

Eva se dio la vuelta en la bañera y se puso bocabajo a modo de *relax*. Su redondo culo sobresalía a ras del agua y empecé a acariciarlo con las yemas de los dedos.

—El caso es que mi prima Sara me comentó que si el chorro tuviera aun poco más de fuerza estaría mejor, así que me acordé de cuando regaba en la casa de mi familia en el pueblo. Como hacía tanto calor y no quería salir fuera de la sombra para rociar todo el jardín, si hacía más pequeño el agujero de la manguera con el dedo, la presión era mayor y llegaba más lejos.

»Eso hice en la piscina, tapé el agujero con el pulgar y pasó lo que tenía que pasar: que cada noche a las 11 o las 12 bajábamos a escondidas a la piscina a correrno los dos una y otra vez sin esfuerzo.

—Vaya vaya… ¿y lo de la bañera?

—Bueno, pues simplemente lo adapté a casa—contesté—, solo que viendo que la presión no era suficiente algunas veces, me las ingenié.

En ese momento me levanté y mi polla estaba de nuevo erguida por los recuerdos de aquellas noches de verano con Sara y la conversación sobre sexo.

—¡Joder, Andrés! Estás siempre empalmado.

Me fui riéndome hacia el salón cogiendo el móvil que había dejado apoyado en el mueble del lavabo grabando aquel precioso e intenso orgasmo.

Lo conecté al ordenador y guardé el último vídeo en el disco duro borrándolo del teléfono para volver a dejar más espacio en la memoria.

—¿Te importa que monte un minivídeo tuyo corriéndote? Lo quiero subir a Twitter y etiquetarnos los dos.

—¿Se me ve la cara? —preguntó Eva mientras salía del baño envuelta de nuevo en una toalla y secándose el pelo con la otra.

—Sí, se ve, pero yo la tapo, tranquila.

—¿La tuya también la tapas? —dijo extrañada—. Vale, entonces sí.

—Claro, a mí me gusta exhibirme, pero no quiero que nadie me pueda reconocer.

Mientras seguía secándose, abrí el vídeo en el ordenador y empecé a elegir la escena para recortarla ya que Twitter permite vídeos de más de 2 minutos.

Visionándolo, de nuevo me empalmé al ver a Eva corriéndose y gritando conmigo al lado, con mi mano metida en la bañera. Mientras se reproducía me cogí la polla y empecé a pajearme lentamente casi sin darme cuenta.

Gemido tras gemido, movimiento tras movimiento y escena tras escena no me percaté, pero ya estaba masturbándome intensamente echado para atrás en la silla.

—¡Esa! Esa escena es la mejor.

Me sobresalté porque no sabía que Eva estaba justo detrás de mí, incluso me dio un poco de vergüenza por estar masturbándome, así que solté mi polla.

Me giré en la silla y le pregunté:

—¿Esa donde sales arqueando la espalda?

—Sí esa, desde 30 segundos antes hasta que me corro —me contestó mientras se ponía de rodillas a mi lado—. ¡Esa! Justo esa.

Y se metió mi polla en la boca sin decir nada más ni dar explicaciones.

—Uffff, Eva. Qué bien comes polla.

—Dale al *play* y disfruta… pero ya sabes: Av…

—Te aviso cuando me vaya a correr —dije con tono burlón intentando imitar su acento castizo madrileño…, pero no lo conseguí.

Aproveché y abrí dos vídeos en vez de uno, así podría disfrutar de Eva de tres maneras diferentes: Una corriéndose en la bañera, otra corriéndose en mi boca y la otra mientras me hacía una lenta y deliciosa mamada.

Apoyando una de mis manos en su cabeza para acariciársela mientras sentía en ella el movimiento de subida y bajada, sujetaba su pelo para ver todo bien.

Con mi otra mano acariciaba sus suaves hombros y sus tetas, pero para ello tuve que inclinarme hacia adelante y Eva, empujando mi pecho hizo que mi espalda se quedara de nuevo pegada en la silla.

La miraba con mucho cariño y sobre todo agradecimiento por tratarme como me estaba tratando debido al *miedo escénico* que Eva sabía que me daban estos encuentros al principio.

La intensidad de la mamada subía y ya notaba que en breve iba a tener mi primera corrida. Mi respiración se agitaba. Mi polla se hinchaba cada vez más.

—Me voy a correr —le dije suavemente mientras le acariciaba la cabeza.

—¿Seguro? —preguntó sacándosela un momento de la boca.

—Seguro.

Se levantó cesando la felación y se sentó en la mesa donde estaba el portátil aun reproduciendo los vídeos. Abriendo mucho las piernas y acariciándose el coño me dijo:

—Te toca comer otra vez.

¡Cómo sabía Eva lo que me gustaba ese tipo de lenguaje tan directo! Lo que me gustaba mandar a mí, pero también que me mandasen, y sobre todo que me ordenaran eso: Comerle el coño.

Aunque un poco frustrado por no haberme corrido, acerqué la silla donde estaba ella totalmente desnuda, empecé a besarle las piernas, subiendo poco hasta el interior de sus muslos.

Primero los lamía para llenarlos de saliva y después pasaba mis labios suavemente por ellos mientras el delicioso aroma de su entrepierna ya llenaba todo mi sentido del olfato.

Más hacia el centro me encantaba *morder* con mis labios los labios de su coño y mientras

los tenía atrapados entre ellos, comenzaba a pasar mi lengua, para, después de un buen rato meterla en su vagina todo lo que podía.

Después de introducirla y sacarla una buena cantidad de veces de su agujero y llenarme la boca de sus fluidos pasaba al clítoris. Primero con mi lengua ancha y blanda, con lamidas amplias y lentas de arriba hacia abajo para ir endureciéndola poco a poco y haciéndola más fina e ir moviéndola de lado a lado a toda velocidad.

Así, cuando los jadeos crecían, lo succionaba con fuerza moderada un buen rato mientras la lengua seguía haciendo lo mismo.

—Como sigas… así, me voy a volver… a correr —decía entre jadeos.

—¿Eso es un problema?

—Sí… joder, sí… porque me voy a correr por tercera vez y tú… ¡Joder! Ahí, Andrés… —no le dio tiempo a más—, ahí justo ahí. Me corro en tu boca… ¡OTRA VEZ CON TU BOCA, CABRÓN!

Abracé sus caderas con fuerza para hacer más fuerte las succiones y lamidas y provocaron que sus piernas se abrieran totalmente.

Enseguida agarró mi cabeza con las dos manos y me empujó apretándome aún más contra ella:

—Chupa, chupaaaa. No pares… no puedo parar. ¡NO PARES! ¡CHUPAAAAAAAAA…! —gritaba mientras sus caderas se movían arriba y abajo para conseguir una sensación mayor contra mi boca.

Unas cuantas gotas de deliciosos fluidos salieron de su vagina y, mientras seguía gritando, estas cayeron sobre mi cara chorreando poco a poco por mis mejillas para llegar a la comisura de los labios las cuales lamí para saborear su elixir.

Mientras, el roce del coño de Eva en prácticamente toda mi cara iba decreciendo… se dejó caer sobre la mesa, bocarriba, mientras sus curvas seguían temblando al ritmo de los espasmos de su entrepierna.

—Apag… apaga. Apágala… la cámara… la cama… apágala.

Miré encima de esta y me llevé la sorpresa de que había puesto a grabar todo de nuevo. Yo pensaba que estaba obsesionado con hacer vídeos de mis encuentros sexuales, pero a ella le pasaba igual. Luego me confesó que lo hizo por mí, aunque dejó muy claro que también porque quiso.

Agarré la cámara y lejos de apagarla me puse a grabar a Eva desde los pies subiendo lentamente por su cuerpo:

—Estas son las pantorrillas de una mujer que se acaba de correr —Eva se reía fuera de cámara mientras yo narraba describiendo las imágenes que veía—. Estos son los muslos húmedos de una chica a la que acaban de comerle el coño hasta tener un precioso orgasmo.

—Y este—dijo ella mientras separaba las piernas con dos dedos se abría bien la entrada de la vagina—, es el coño aun tembloroso de una chica a la que acaban de comérselo como pocas veces lo han hecho.

Se veía su clítoris aun enrojecido en inflamado

—Dale un besito —dijo Eva cogiéndome de la mano

Me acerqué, lo besé y lo lamí muy profundamente y lo succioné sonoramente mientras mi lengua pasaba de lado a lado.

Me retiré lentamente y seguí subiendo hasta llegar a sus tetas.

—Estas son una de las mejores tetas que me he podido comer nunca —dije mientras las

acariciaba suavemente—. Y, esta es la chica que me ha hecho disfrutar con mucha intensidad del sexo —comenté finalmente al llegar a su sonriente, redonda y ruborizada cara.

—Gracias —contestó Eva mientras me daba un beso y lamía mis labios dejando de grabar.

—De nada, pero… tienes mucha cara —recriminé intentando poner un rostro serio sin conseguirlo y esbozando una leve sonrisa.

—Es verdad —sabía perfectamente a lo que me estaba refiriendo—. No te has corrido todavía.

—*Jum* —musité con resignación mientras cruzaba los brazos.

Eva fue casi gateando hasta la cama y se tumbó en ella aún un tanto jadeante.

—No te he dejado que te corras porque se me quedó grabada una cosa que me dijiste una vez —me dijo mientras se atusaba el pelo—. Me contaste que cuando te masturbabas o follabas, muchas veces te gustaba parar justo antes de correrte y dejar pasar un rato. Luego repetir la misma jugada varias veces y así conseguir correrte mucho más al final.

—Lo que viene siendo lo contrario a *más vale una vez rojo que ciento amarillo* —cité a modo de analogía.

—Eso —respondió—, por eso te digo que me avises cuando te vayas a correr.

Sonreí mientras abría la ventana del balcón de la habitación.

El frío se colaba entre las cortinas y a mí me gustaba. Me hacía sentir muy vivo al encogerse los músculos de mi cuerpo. La erección desapareció con esa sensación térmica.

—Qué fresquito —dijo Eva mientras se tapaba con una sábana—. Me encanta… Parece que está nublado, ¿no?

—Sí. Hay *chiriviri*[55].

—¿Qué haces?

—Nada —contesté.

—¿Cómo que nada? ¿Qué grabas con la cámara? ¿Qué has visto fuera? Vas a gastar batería y luego no vamos a tener carga para nosotros mientras follamos.

—¿Quién te ha dicho que no estoy grabando nada de follar? —le contesté mientras la miraba y sonreía.

—A ver… enséñame qué estás graba… —se quedó sin habla—. Anda que avisas, hijo… ¡Cómo te gusta!

En hotel tenía forma de una herradura y en la parte de atrás donde lindaba la zona de la piscina y el *solárium*, convergían todos los balcones del establecimiento.

La zona de ocio estaba vacía por ser invierno y, además, la ocupación era bajísima.

En uno de los balcones frontales al nuestro había una pareja follando bajo la ligera lluvia y los gemidos se oían desde nuestra habitación.

Ella estaba de pie apoyando su torso contra la barandilla del balcón y él chico se encontraba detrás penetrándola con un ritmo recio y constante. Con el movimiento de balanceo los pechos de la chica de pelo corto y rojo se vislumbraban detrás del cristal opaco de la terraza.

—Joder, menuda follada se están pegando… ¡Con el frío que hace! Se escuchan las embestidas desde aquí —dijo Eva mientras me cogía la polla y empezaba a pajearme.

De ver a la pareja follar enseguida se me volvió a poner durísima y es que mi lado *voyeur* es uno de los que más excitación me producen.

—Como me gusta pajearme[56] viendo a otros follar… o que me pajeen en este caso ¡Qué

pasada!

Mientras, Eva también había empezado a tocarse y mojaba sus dedos con la saliva de mi boca

Entretanto, yo no perdía detalle con la cámara: a ratos grabando el polvo en público de aquella pareja y a ratos a Eva de rodillas comiéndome la polla de nuevo.

—Ven —le dije mientras salía al balcón.

Coloqué la cámara encima de la mesa que había en la terraza y encuadré el ángulo para que grabase la esquina contraria a esta quedando justo detrás de nosotros la pareja exhibicionista.

—¡Qué vergüenza! —comentó Eva con un tono medio excitado y medio cortado—. Pero por otro lado me da mucho morbo.

Ayudé a Eva a apoyarse en la barandilla del balcón y le abrí las piernas. Me puse de cuclillas a la vez que me masturbaba fuertemente.

Mi lengua acabó dentro de su coño en un segundo. La lamí con ganas y mucha saliva para lubricarlo bien porque lo que yo ya quería era metérsela de una vez.

Me levanté y me puse frente a ella poniendo mi polla entre sus piernas; justo rozando su clítoris por debajo y con movimientos de vaivén usaba el interior de sus muslos como si fuera un coño.

El ritmo crecía y los gemidos también. Nuestras caras estaban muy cerca y no dejábamos de besarnos con mucha pasión.

En uno de esos movimientos y debido tanta humedad, casi sin quererlo, mi polla entró de golpe dentro de Eva. Corriendo la saqué y le dije que iba a ir a por un condón, pero Eva me dijo que no había problema.

En esa posición, de pie, uno frente al otro y con mi polla metida en su coño, me agarré a su culo para marcar el ritmo que crecía por momentos. Miraba a la cámara a ver si todo estaba en su sitio y se estaba grabando bien. Seguíamos bombeando sin parar.

Al estar frente a frente, cuando mis caderas iban hacia atrás, las de Eva también y cuando iban hacia delante se encontraban con las de ella, chocando ambas y frenando en un golpe muy sonoro y excitante.

Los fluidos de Eva chorreaban por sus piernas y de vez en cuando, cuando se me hacía la boca agua al notarlos, se la sacaba, me arrodillaba y se los lamía para llenar mi boca de su sabor.

—Qué cerdo eres — y me besaba profundamente—. Tu boca sabe a mí. Ufff… qué rico.

—Eres tremendamente D-E-L-I-C-I-O-S-A —le dije.

Mientras, ambos mirábamos a menudo a la otra pareja que aún seguía en el balcón y que se habían percatado de nuestra presencia.

Él chico levantó los brazos a modo de triunfo y de saludo y yo le devolví y saludo… La vergüenza de Eva era evidente, pero no podíamos parar de follar ni de mirarlos mientras ellos seguían a lo suyo.

De repente se la saqué y me coloqué detrás de ella, empujé con suavidad su espalda para que se inclinara hacia delante mientras yo la cogía de los brazos.

Su cara quedó enfrente de la cámara y se la metí lentamente en su chorreante coño, no sin antes aprovechar para lamerlo unas cuantas veces, para saciar mi sed.

Los movimientos se tornaron cada vez más enérgicos y el choque de nuestras caderas provocaba que las tetas de Eva se balancearan a un ritmo frenético.

—¡AhhaaaAAA! ¡Cabrón! ¡Más fuerte! —gritaba mientras se soltaba una mano para acariciar su culo que llevaba algún azote ya—. Tu polla, Andrés… quiero polla.

—¡Toma! Aquí tienes —me había puesto muy cerdo por su culpa—. Te voy a llenar entera de lefa.

Eva se echó más hacia adelante y se apoyó en la silla donde estaba la videocámara la cual ya solo grababa su cara con la boca abierta además de sus tetas mientras se movían.

Después de un rato así notaba que me iba a correr en breve y que iba a estallar con cada embestida ya que esa posición me sobre estimulaba demasiado.

—Me voy a correr, Eva. No puedo aguantar más.

—Córrete cariño, pero hazlo así —gritaba con la voz temblorosa.

Se sacó la polla del coño y se puso de rodillas sin yo ni si quiera esperármelo. Acercó la silla con la videocámara y apoyando las manos en mis piernas mientras acariciaba también mi culo empezó a hacerme una mamada bastante profunda.

Yo sabía que a ella los faciales no le gustaban, pero ¿Quién era yo para impedir que hiciera lo que le apetecía? Quizá en el último momento la sacase y apuntase a sus tetas, pero no fue así.

Sin manos, Eva siguió chupándola a un ritmo alto mientras hilos de saliva caían desde su boca hasta sus tetas. Acariciaba mi culo y algún roce se escapaba donde a mí me gustaba.

Apoyé una de mis manos en su cabeza y le acaricié el pelo mientras intentaba conseguir no correrme todavía, pero debido a la intensidad, a los estímulos previos y sobre todo al juego de lengua que Eva ejercía sobre mi glande, no lo conseguí:

—¡Aquí viene, Eva! —le grité desesperado mientras ella bajo ligeramente el ritmo—. Cómetelo todo, zorrita.

Me corrí dios sabe cuánto en el primer chorro y ni yo mismo me esperaba aquella cantidad.

Eva entreabrió un poco sus labios para dejar salir parte del espeso líquido blanco que cayó sobre sus tetas, pero el segundo chorro fue aún más abundante, así que ella, empezó a tragar y tragar, oyéndose ese ruido característico al engullir cada vez que lo hacía.

Yo me quedé quieto porque no quería incomodarla con alguna embestida más fuerte de la cuenta, pero ella seguía con un ligero movimiento de vaivén que hacía que yo no pudiera parar de correrme y de eyacular en su boca.

Una de las veces que se la sacó de unos abundantes chorros de leche cayeron sobre su cara y enseguida se la volvió a meter.

—Traga, joder, traga. —le dije con un tono suave a la par que desesperado—. Bébetelo… —y enseguida dejé de correrme.

Me sentía mareado y tanto placer y enseguida noté el helor del invierno en mi espalda enfriando mi sudor.

Miré hacia abajo y clavé mis ojos en los de Eva que allí seguía, inmóvil con mi polla aún en la boca la cual acariciaba pasando su lengua por ella.

—Así, déjala bien limpia, putita —salió del fondo de mí.

Eva se levantó con la cara aun llena de semen y me miró diciendo *gracias por la comida*. Aquello me excitó muchísimo y enseguida otra erección me levantó la polla otra vez.

Evité que Eva entrase de nuevo en la habitación y la puse otra vez en cuatro, pero esta vez mirando hacia nuestros vecinos y follamos otra vez. Esta vez hasta correrme dentro de ella teniendo otro gran orgasmo casi a la vez.

Durante el fin de semana hubo muchas más anécdotas, pero quizá os las cuente en una segunda y tercera parte, porque las experiencias dieron para eso y más.

Además, guardo todos los vídeos para poder repasarlos una y otra vez y contaros lo que pasó con todo lujo de detalles.

Por cierto: coincidimos con nuestros vecinos en la zona de *Spa*, incluso cenamos juntos. Hablamos largo y tendido y bueno… digamos que una noche vinieron a nuestra habitación… y nosotros otra a la suya. A vuestra imaginación lo dejo.

LA MULTA.

Aunque Andrés y yo ya llevábamos bastante tiempo de relación muchas veces me costaba comprender según qué cosas de las experiencias que había vivido.

Ahora que lo conocía mucho más y que él ya no era un secreto para mí, siempre había algo en alguna conversación o en alguna de sus historias que me sorprendía y que no me cuadraba con la persona que ahora sabía que era.

Una de esas cosas era su pudor y su afán por su privacidad.

Andrés siempre intentaba *no dar un ruido* y se esforzaba por no destacar sobre nada ni nadie llevando muchas veces esto un poco al extremo.

Además, su privacidad era de las cosas más importantes y nunca quería que nadie supiese nada de su vida más allá de lo que él permitía y no me refiero ya a lo referible al sexo, sino a todo en general.

Por eso cuando me hacía transcribir relatos como este que os dejo no paraba de sorprenderme lo que le gustaba exhibirse.

Su parte exhibicionista es muy elevada. Siempre le ha gustado follar en sitios públicos o delante de otras personas en según qué circunstancias. De hecho, os habréis dado cuenta ya con escenas como la que vivimos en restaurante.

—No es igual, Vanessa. Aquella vez te metí mano en un restaurante. Estábamos en un reservado, con las luces tenues y la mantelería de la mesa nos tapaba casi íntegramente.

—¡Pero si te metiste debajo de la mesa a comerme el coño!

—Ya, pero no es lo mismo que quieras follar a las doce del mediodía en agosto en la playa rodeados de gente.

—Es que me da mucho morbo… y es por tu culpa —le dije a Andrés mirándole a los ojos más seria de lo habitual.

—Pues no. No quiero. No es algo que debamos hacer… además nos pueden multar si nos pillan —dijo ya con tono de enfado.

—¿Quién nos va a multar si nos pilla follando?

Andrés empezó a reírse y me dijo:

—Prepárate que esta noche toca relato.

Eso ya hizo que me quedara tranquila y se me olvidara lo de querer follar en la playa, aunque cuando nos bañamos en el mar unos cuantos roces mientras nos besábamos no nos los quitó nadie.

——— RELATO ———

Cuando Sandra y yo nos encontramos, inmediatamente nos caímos bien… muy bien. Habíamos estado mucho tiempo conociéndonos a través de las redes sociales ya que teníamos amigos en común. Al final nos dimos los números de teléfono para comunicarnos mejor.

No recuerdo en qué momento nos conectamos y empezamos a hablar, sinceramente.

Ella, de Jaén, era trabajadora social. Se ocupaba de casos de chicos y chicas jóvenes que estaban excluidos socialmente o con posibilidad de ello.

Siempre estábamos hablando de recetas de cocina, de temas laborales (suyos, sobre todo) o de los viajes que nos gustaría hacer por el mundo alguna vez en nuestras vidas. La verdad es que coincidíamos en muchas cosas y en muchos gustos personales. Pasábamos horas y horas hablando por *Telegram*[57].

Con el paso del tiempo y cuando la confianza creció teníamos conversaciones subidas de tono y nos contábamos nuestras fantasías eróticas: las que habíamos cumplido y las que nos quedaban por cumplir.

Ella tenía 34 años y estaba separada. Tenía dos hijas a las que quería con locura y a las que yo apreciaba bastante sin haberlas visto siquiera, pero de tanto hablar de ellas y contarme sus anécdotas me parecía conocerlas desde siempre… hasta llegué a pensar que era bonito eso de tener hijos.

No me malinterpretéis, sé que es bonito además de sacrificado, pero no cuadraba con mi estilo de vida actual el tener niños, pero sin embargo ADMIRO (en mayúsculas) a las personas que deciden hacerlo.

Es loable.

—¿Sabes que viene la exposición *Van Gogh World* a Andalucía? —se escuchaba a Sandra al otro lado del teléfono.

—¡Sí! —le contesté emocionado—. Estoy pensando en darme una escapada para ir a verla.

—Es que recuerdo que me dijiste que te gustaba mucho Van Gogh…

—Sí, de pintores es mi favorito. No es que tenga muchos más, pero este sin duda es el que más me gusta.

—Yo soy más de otro tipo de exposiciones. Me gusta más la escultura, pero Van Gogh me llama muchísimo la atención —me dijo Sandra mientras se escuchó de fondo la campana del microondas.

—¿Qué? ¿Haciéndole la cena a las locas?

—No, que va… Me estoy calentando yo la mía. Mis hijas están este fin de semana con su padre. Se han ido a Isla Mágica[58].

—¡Ah! Genial. El *finde* entero tranquilo.

—Sí, por fin. Necesitaba tiempo para mí.

—¿Y qué has estado haciendo para relajarte?

Un sonido en mi móvil me indicó que había recibido un mensaje por *Telegram*. Era una foto de Sandra donde se le veía desnuda en la cama tumbada bocarriba y las piernas abiertas. Se agarraba con fuerza una de sus enormes tetas y con la otra se estaba metiendo en el coño un consolador. Sus ojos estaban clavados en la cámara del móvil.

—¡Qué pena no es estar ahí! Podría ayudarte con ese juguetito… bueno… *juguetazo*.

—Llevo dos días corriéndome sin parar. Necesitaba esto. Vente y me ayudas.

Era muy directa y ni siquiera nos conocíamos en persona.

—¿Por qué no has llamado a algún amigo para follar?

—No. Luego es un coñazo el tener que estar con indirectas para que se vaya. Además, no me quedan amigos… sexuales, por llamarlos de alguna manera.

—Ya, eso me mata a mí también. Eso de que no sepan coger las indirectas…

—Luego te mando un par de vídeos que he grabado corriéndome para que los disfrutes. Baja el volumen que grito fuerte.

Pasó una media hora y me volvió a sonar el móvil. Eran los vídeos de Sandra donde se veía colocada a cuatro patas delante de la cámara y se masturbaba con su nuevo juguetito. Como me dijo ella, se notaba que tenía muchas ganas de correrse.

Pasé los vídeos a la televisión y cogí el masturbador que ella me había regalado por mi cumpleaños. La llamé por videollamada y me puse a pajearme mientras me miraba y yo hacía lo mismo.

Su culo redondo en primer plano en la enorme pantalla televisión acompañado de aquellos gemidos y sonidos al masturbarse con tanta fuerza hicieron que me corriera enseguida.

Sin darme cuenta había gritado su nombre imaginando que echaba mi leche sobre sus preciosos labios rojos, llenándole la cara y su bonito pelo rubio.

También imaginaba sus ojos verdes llenos de lascivia mirándome mientras lamía toda la lefa que había salido de mi polla.

—Anda… córrete un poco. Madre mía que forma de temblar —por un momento había olvidado que Sandra seguía allí.

—¿Ya te has limpiado la cara? ¡Qué velocidad! —Sandra entendió que me refería a lo que me había imaginado mientras me masturbaba.

—Si estuviera ahí no necesitaría limpiarme nada. Me lo comería todo.

—Mmmmmm eso me encantaría. ¿Vamos a por otra?

—¡Vamos, pequeño!

Sandra me llamó al día siguiente y me dijo si quería que fuéramos juntos a la exposición virtual de la que estuvimos hablando. Iba a ser en el Puerto Deportivo del río Guadalquivir.

—… así por fin nos conocemos y si te apetece podemos acostarnos.

—Prefiero que no hagamos el amor —le dije algo cortante—, prefiero follar.

—Imbécil… me habías asustado… no entiendo algunas de tus bromas todavía —dijo mientras se reía.

—Vale, pues vamos viendo el tema de las entradas y del hotel. Mejor pillarlo céntrico, ¿No?

—Hay uno a las afueras de Sevilla, en Alcalá de Guadaira que se llama Al-Kalat… habitaciones para adultos, *jacuzzi*, sillones tántricos, opción de habitación *sado* con juguetes… ¿Te animas? —me preguntó.

—Me gusta… te encargas tú del hotel y yo de las comidas y cenas además de las entradas ¿Vale? —a mí me gustaba organizar en los viajes el tema de los restaurantes y las comidas.

—¡Hecho! —dijo Sandra con tono satisfecho.

De esa forma quedamos para ese fin de semana en vernos directamente en Sevilla, en la estación de autobuses de Santa Justa. Yo la recogería con mi coche y nos iríamos al hotel el jueves y el sábado disfrutaríamos de la exposición y de una visita a Sevilla que siempre tiene cosas por descubrir.

Aunque a mí me gustaría estar todos esos días encerrado con ella en ese hotel follando, tenía que encontrar más planes, así que busqué buenos sitios para comer, cenar y visitar durante esos días.

Cada semana que pasaba y se acercaba más la fecha, más nervioso me ponía. *Siempre igual* pensaba. Pero, ¡qué le iba a hacer! Así era yo y ya no iba a cambiar.

Llegué con mi coche a la estación y allí estaba ella: alta, muy alta, mucho más que yo que

no lo soy especialmente. Con un cabello rubio que brillaba excesivamente bajo el fuerte sol que cubría Sevilla a las doce del mediodía.

Una blusa blanca semitransparente dejaba entrever sus enormes tetas que ya tenía sobradamente vistas por teléfono y videollamadas, pero que en persona impresionaban mucho más. No era comparable a los vídeos y en directo eran mil veces mejor. Sus ajustados vaqueros dejaban intuir una silueta con unas curvas muy prominentes.

Sus labios carnosos y pintados con carmín rojo vivo contrastaban con su piel blanca.

Aparqué en doble fila y cuando bajé del coche me dirigí hacia ella que echó a correr hacia a mí mientras yo cerraba las puertas con el mando. Me dio un abrazo muy fuerte y largo.

—¡Eres altísima! —exclamé realmente sorprendido mientras me ponía de puntillas para burlarme de ella—. Nunca pensé que 15 centímetros significaran tanto —remarqué mientras la miraba hacia arriba.

—Te lo dije… te dije que soy realmente alta y además me he puesto tacones —contestó mientras se quitaba las grandes gafas que tapaban buena parte de su cara dejando ver sus preciosos ojos verdes claros.

—¡Qué bonita eres, Sandra! —me salió casi sin pensarlo.

—Gracias —se ruborizó mientras apartaba la mirada y me volvía a abrazar mientras nos besábamos lentamente y con mucho cariño—. ¡Ay! Las ganas que tenía ya de *desvirtualizarte*[59] … bésame otra vez que me ha encantado.

Cuando terminó aquel largo y dulce beso cogí su maleta para meterla en mi coche y mientras nos dirigíamos hacia él me di cuenta de que por donde pasaba todas las personas se quedaban observando a Sandra, hombres y mujeres. Era una persona preciosa que te hacía querer mirarla sin parar y que, mientras lo hacías, te sacaba una sonrisa.

—Menos mal que no me he puesto tacones para conocerte, si no tendría que ponerme de rodillas para darte un beso —dijo riéndose mientras miraba a sus zapatos rojos con aquellos tacones gigantes.

—Hija de puta —le dije mientras me reía a carcajadas.

—¡Ay! ¡Qué ganas tenía de conocerte en persona, Andrés! De verdad, no te haces ni idea —volvió a decir con tono de ilusión de una cría pequeña mientras entraba en mi coche.

Tuvo que deslizar el asiento bastante más atrás de donde estaba.

—Y yo, Sandrita. Tenía muchas ganas ya… tanto teléfono, tanta conversación por internet…

—Tanta paja y tan lejos… —dijo muerta de risa dejándome un poco descolocado.

Sin apenas terminar de decirlo se acercó de nuevo a mí y me volvió a besar mientras suspiraba y se escuchaba un ligero gemido. Su lengua y la mía se encontraron fugazmente y se rozaron, al principio suavemente y luego con mucha más intensidad.

Nos besamos durante otro buen rato y cuando terminamos le pregunté que dónde quería ir primero.

—¡Al hotel! —exclamó—… primero al hotel… —repitió sonriendo mientras sus ojos verdes se clavaron en mí con una mirada pervertida.

—Tenía un sitio buscado para comer, se llama *Alimentari* y me han dich…

—¡Al hotel!... por favor.

—Entendido —arranqué el coche y empecé a conducir.

Al-Kalat estaba a media hora y desde que empezamos a rodar, Sandra no paraba de

acariciarme el cuello y la cabeza.

De vez en cuando yo la miraba, de arriba abajo. Me quedaba un largo rato observando sus tetas, aunque lo disimulaba con mis gafas de sol. Ella me sonreía de vuelta y suspiraba.

—¿Te gusta lo que ves?

—Ya sabes que sí. En persona eres infinitamente mejor.

—Me alegro —me dijo mientras se abría la blusa quedando casi al descubierto sus enormes tetas dentro de un sujetador negro de tiras. Dejaba más bien poco a la imaginación.

No podía dejar de mirar sus grandísimos pechos los cuales se acariciaba suavemente con las yemas de los dedos. Tenía que estar muy pendiente de no tener un accidente porque mis ojos no se podían retirar ni un momento de uno de sus pezones que estaban siendo rozados suavemente por sus dedos.

—Uffffffff… Impresionante —pude balbucear—. Eres sencillamente impresionante.

Sandra agarró una de mis manos y la dirigió a su cuerpo e hizo que apretara con fuerza una de sus tetas mientras un gemido salió de su boca con los labios entreabiertos.

Mi polla en ese momento dio un brinco dentro del pantalón y se puso más dura de lo que ya llevaba todo el viaje.

Sandra empezó a acariciarme la entrepierna con fuerza mientras mi mano masajeaba sus dos perfectas y enormes tetas con firmeza. Yo intentaba mantener la vista en la carretera, pero sin mucho éxito.

—Te tengo muchas ganas, Andrés. Tanto verte por videollamada y ahora por fin voy a poder disfrutar de tu rabo en directo.

Mi cabeza era una vorágine de sentimientos la mayoría muy pervertidos. Ya me estaba imaginando todo lo que iba a hacerle, aunque intenté frenar esos pensamientos porque me había propuesto dejar fluir la situación todo lo que pudiese.

Sandra sacó mi polla del pantalón y se recostó encima de mis piernas. Sin mediar palabra se la metió en la boca y se quedó quieta un rato mientras jugaba con su lengua haciendo movimientos sobre mi glande.

Notaba su suave lengua realizando rapidísimos círculos mientras mi respiración se volvía entrecortada.

—Hostias, Sandra. Para, por favor.

De un movimiento brusco acompañado de una fuerte succión se la terminó de meter completamente en la boca.

Mientras su cabeza subía y bajaba notaba sus gruesos labios recorriendo toda mi polla de arriba hacia abajo a un ritmo muy lento.

—Como sigas así me voy a correr… Para, por favor, para… que estamos llegando al hotel.

Se reincorporó y me besó en los labios mientras se guardaba sus tetas como podía ya que llegábamos a la entrada. Yo no me había dado cuenta, pero seguía con la polla fuera.

El hotel Al-Kalat estaba construido y diseñado imitando una miniciudad de temática árabe teniendo la mayoría de las habitaciones una decoración basada en el antiguo Egipto.

En la entrada principal había una barrera automática bajada que impedía el acceso. Una pantalla quedaba a la altura de la ventanilla del coche donde se leía *Leyendo matrícula, un momento por favor*. Pensé que por esa razón en la reserva te pedían el número.

Bienvenido/a, puede dirigirse a su habitación, volvió a leerse en el monitor mientras mostraba un *minimapa* donde señalaba la ubicación de la misma.

Más que habitaciones de hotel aquello parecía una urbanización de pequeñas viviendas adosadas con su garaje privado. Todas estaban juntas a excepción de tres estancias individuales que quedaban al fondo del recinto amurallado.

Cuando llegamos a la puerta de la *Master Suite*, así se llamaba, la puerta automática del garaje ya se estaba abriendo. Metimos el coche dentro y aún quedaba espacio para otro más si hubiera hecho falta.

—Joder, que bien organizado todo, ¿no?

—Pues sí, la verdad es que es todo muy *discreto*. Tengo ganas de ver la habitación tan misteriosa que has elegido. Como no me querías decir nada y te empeñaste en reservarla tú al final…

—Si cumple las expectativas de las fotos y las opiniones de internet debe de estar muy bien…

Sandra salió del coche cogiendo su maleta y se apresuró a entrar en la habitación porque tenía mucha curiosidad por ver cómo era ya que le pedí que no mirase nada. Una puerta unía la chochera y el recibidor.

—¡Oh! ¡Madre mía! —se escuchó gritar a lo lejos mientras yo aún sacaba del maletero un par de bolsas junto con mi equipaje—. ¡No veas! —volvió a repetir.

Entré a la habitación y vi una estancia enorme que era el salón perfectamente decorado con adornos egipcios dorados y negros: esculturas de pirámides, sarcófagos, figuras de dioses egipcios, cuadros de papiros… todo ello bañado por luces rojizas que daban seis u ocho lámparas de sal.

En medio del salón había dos enormes sillones de cuatro plazas cada uno dejando entre los dos una mesa de cristal donde las patas de esta eran cuatro pirámides de color negro. En el centro había una cesta de bienvenida con fruta, chocolates y una botella de cava en un enfriador con hielo que la mantenía bien helada.

En el lateral de la izquierda se encontraba una cocina de americana donde tenías todo lo necesario para no salir de la habitación si no querías.

Me dirigí al frigorífico y dejé unos cuantos *packs* cervezas y refrescos que había llevado y unas cuantas botellas de agua.

Al fondo y tras una gran puerta corredera incrustada en la pared estaba el dormitorio con una cama redonda gigante que quedaba custodiada por columnas con forma de obeliscos. Estos tenían como decorado algunos pañuelos transparentes de color rojo.

El techo era entero de espejo y permitía ver todo lo que quisieras desde cualquier ángulo y así no perderte nada de lo que pasara.

En uno de los laterales del dormitorio había una elevación cuadrada enorme imitando a una pirámide a la que se accedía subiendo dos escalones y dejaban en alto un *jacuzzi* gigante en el que cabían por los menos 4 o 5 personas. Sandra estaba asomada viendo los *amenities*[60] e inspeccionando los mandos del hidromasaje.

Al ver los chorros no pude evitar acordarme de las tardes en la piscina con… ya sabéis quién. Me pasaba siempre que veía uno.

Al lado del *jacuzzi* estaba el baño en otra estancia separada a la que entré:

—Voy a darme una ducha que con el calor de Sevilla y el que tú me das la necesito mucho.

—Vale, yo voy a deshacer la maleta.

Tardé menos de cinco minutos en terminar, me enrollé una toalla a la cintura y cuando salí del baño escuché aún las burbujas del *jacuzzi*.

Sandra ya estaba dentro relajándose y tomando un baño.

—Te veo bien —le dije sonriendo mientras me acercaba y me sentaba en el borde.

—Alucinante, Andrés. ¿Sabías que los *jacuzzis* me encantan? Me pienso quedar aquí dentro todos los días hasta que nos vayamos.

—¿Todos? ¿No vas a hacer nada más? —le dije mientras metía mi mano debajo de agua y le acariciaba sus tetas que recibían uno de los chorros de hidromasaje.

—Bueno… —dijo mientras me miraba a los ojos y se ponía de pie mostrando su precioso y redondeado cuerpo mojado— algo más haremos, ¿no?

Me quitó la toalla que seguía alrededor de mi cintura y agarrándome la polla siguió por donde lo había dejado en el coche solo que esta vez no hubo interrupciones llegando hasta el final.

[…]

Los días en el hotel pasaron volando y ya era hora de volver a la realidad. El fin de semana había sido intensísimo, uno de los mejores que tengo en el recuerdo.

Solamente salimos de la habitación para ir a la exposición, comer y cenar, aunque alguna vez ni para eso.

Como Sandra no había cerrado el billete de vuelta del autobús le propuse quedarnos en el hotel hasta las 8 de la tarde pagando un *late checkout*[61] y luego llevarla yo a Jaén. Total, un día más que menos estando de vacaciones no es nada.

Le pareció bien y mientras salíamos del recinto ya en el coche Sandra suspiraba y decía cosas como *no me quiero ir*, *quiero quedarme ahí a vivir* o *¿cuándo vamos a volver?*

Yo no podía parar de reír y, cada vez que lo hacía, parecía una niña pequeña cruzando los brazos y poniendo cara de enfadada, algo que al contrastar con su altura se volvía cómico.

Sobre las nueve de la noche y a mitad del camino paramos a cenar en el restaurante *TresCulturas* en Lucena donde, además, conseguí probar uno de los postres que hasta la fecha más me han gustado, la *Tarta Alegría*.

—Andrés, qué bien me lo he pasado contigo ¿Repetiremos?

—Si quieres repetimos ahora… he visto un hotel aquí al lado… —dije mientras mi mano se deslizaba debajo de la mesa para acariciar sus muslos.

Sandra me miraba intensamente con sus grandes ojos verdes que me hacían temblar. Me recordaban los apasionados días que habíamos pasado, de cómo se clavaban en los míos cada vez que follábamos en alguna postura cara a cara. De cómo con sus manos cogía mi mentón y me decía gimiendo *¡Mírame! ¡Mírame mientras me corro!* Entonces los abría mucho y empezaba a gemir y gritar sin apartar su mirada de la mía.

—Calla, que mañana trabajo y no puedo faltar.

—Bueno, tranquila, ya prepararemos algo pronto —le dije sacando la mano de su entrepierna y lamiéndome los dedos.

Cuando Sandra vio lo que hice se acercó a mí y me besó dulcemente pasando su lengua por mis labios.

Volvimos al coche cogidos de la mano, parando cada pocos pasos para volver a besarnos y suspirar como críos de quince años, pero era normal, las hormonas, las ganas y la tensión

sexual —ya resuelta— seguían ahí.

Sandra ha sido, y es, una de las mujeres con las que mejor me entiendo, tanto a nivel sexual como a nivel personal y humano. Es una de mis mejores amigas.

Entramos en el coche y nos dirigimos de nuevo a la carretera. Una canción que me encantaba poner para follar sonó en ese momento en el reproductor de música. Sin darme casi cuenta tenía la mano en las piernas de Sandra otra vez y las acariciaba suavemente.

Sandra, me cogió de la muñeca y acercó mis dedos a su coño que estaba abultado y caliente. Mientras su falda se subía por encima de la cintura, con dos dedos empecé a frotar su clítoris suavemente de lado a lado. Sus piernas se abrieron aún más:

—Así, así. Me encanta... —gemía susurrando.

—Es lo que tiene ver cómo te masturbas y que me enseñes lo que te gusta.

—Pues ya sabes lo que toca ahor…

No le dejé tiempo a decir nada más. Le metí los dos dedos dentro del coño que estaba muy mojado mientras gritaba *¡Así!* cada pocos segundos.

Mis dedos empezaron a entrar y a salir lentamente y los sonidos de los roces empezaron a sonar mojados.

—Te voy a poner chorreando el asiento —dijo entrecortadamente.

—Así tengo un recuerdo tuyo en el coche.

Activé la *velocidad de crucero*[62] mientras seguía masturbándola y sus gemidos iban en aumento.

—Para… por favor. Para en algún lado. Necesito tu polla. La necesito dentro.

Descubrí en eso días que cuando Sandra decía eso o algo similar, había que hacerlo o podía haber consecuencias… deliciosas y sexuales consecuencias.

Cogí la siguiente salida de la carretera a unos dos kilómetros de Martos[63]. Vi un camino que se adentraba entre unos olivares que parecía muy poco transitado por la cantidad de vegetación crecida que había y más a esas horas.

Al lado de un árbol se encontraba un rellano donde aparqué apagando las luces y las ramas de hojas verdes que colgaban de él camuflaban bastante el coche. Sandra no había dejado de masturbarse suavemente mientras intuía sus ojos verdes mirándome. Eran sobre las once de la noche

Antes incluso de apagar las luces y el motor y mientras abría un poco las ventanillas, se había abalanzado contra mí volviendo a poner su cabeza sobre mis piernas buscando rápidamente sacar mi polla del pantalón: la escena se repetía como al principio, solo que esta vez sus caderas estaban levantadas sobre su asiento a cuatro patas y mientras yo, con una mano acariciaba su pelo suave y con la otra apretaba su culo con ansias.

Cada vez que abría sus glúteos se escuchaba un gemido y mi polla acababa totalmente mojada en su boca.

Levanté su cabeza y eché los respaldos de los asientos completamente hacia atrás y el de las plazas traseras también.

—Hostias… este coche se hace cama —dijo mientras gateaba para llegar a la parte trasera.

Mientras lo hacía hubo un momento que su culo quedó a la altura de mi cara y aproveché para acercar mi boca entre sus piernas y meter mi lengua dentro de su coño.

Lo succioné con fuerza mientras la mano de Sandra jugaba con su clítoris con

movimientos circulares dando un pequeño azote sobre él de vez en cuando.

Cuando hacía eso, un temblor se notaba en mi lengua debido al placer.

—Ven, Andrés. Ven ya.

Me dirigí donde estaba ella mientras me iba quitando la ropa como podía. Mi pantalón se quedó enganchado en uno de los zapatos dejándome en una posición bastante cómica.

—Estas cosas con los pantalones de chándal no pasan —me reí.

Conseguí sacarlos y completamente desnudo llegué donde se encontraba Sandra, bocarriba y con las piernas ya completamente abiertas. Me detuve a ver el espectáculo.

A Sandra le pasaba como a mí, le gustaba mucho masturbarse y correrse mientras la observaban. Siempre intentaba hacer partícipe de su orgasmo a la otra persona, ya fuese cogiendo su mano y masturbándose con ella o bien te decía *cómeme los pezones mientras me corro*. Cada vez se le ocurría algo distinto y esa variedad sexual era una de las cosas que más me gustaban de ella.

Cuando frotaba con fuerza su coño alternando con penetraciones de dos o tres dedos, hacía un movimiento de caderas circular levantándolas hacia arriba haciendo fuerza con sus pies. Eso me volvía loco. Tanto que yo había empezado a pajearme mientas la miraba.

—¿No te he dicho que vengas? —volvió a decir con tono autoritario.

Mientras me colocaba para metérsela, de camino volví a lamerle el coño unos segundos y así aprovechar y llenarme la boca de su sabor.

Me encantaba ese sabor.

Cuando me puse encima colocó sus piernas sobre mis hombros. Eran grandes comparadas con las mías. Entre sus pantorrillas, las cuales besaba y mordía, se asomaba mi cabeza.

Con los movimientos de mis caderas empecé a rozarle el coño de arriba abajo cambiando el movimiento de lado a lado cada cierto tiempo.

—No seas cabrón, Andrés. Métemela ya, la quiero dentro… ¡Ya, por favor!

Con una mano cogió mi polla y la apoyó en la entrada de su vagina, con la otra me agarró del culo y apretó hacia ella. Estaba tan mojada que entró de un golpe, para nada seco, sin esfuerzo y todo ello acompañado de un suspiro de placer.

Me quedé parado, la fui sacando poco a poco y cuando estaba a punto de salirse apreté de nuevo con fuerza y la volví a meter súbitamente. Repetía y repetía ese movimiento cada vez con menos tiempo entre penetraciones.

—¡Más duro! ¡Por favor! —no sabía si hacerlo porque temía hacerle daño—. ¡Más fuerte, Andrés!

Así lo hice y un golpe fuerte se escuchó mientras un grito de placer retumbó dentro del coche.

—¿Te gusta así, cerda? —le encantaba que la llamase así.

—¡Así! ¡Hasta el fondo! —seguía gritando acercando su boca a la mía. Nuestras lenguas jugaban la una con la otra intercambiando mucha saliva.

En esa postura mi boca podía jugar con sus tetas. Empecé a mojarle los pezones y a mordisquearlos suavemente. Cada vez que lo hacía se ponían más duros.

Las rudas penetraciones y golpes iban creciendo y el ritmo dejó de ser entrecortado para ser más constante.

—Me pones muy cerdo, Sandra.

—No… —gemía— no te pongo cerdo. ¡Eres un cerdo! … y un cabrón… y un hijo de

puta… —decía cada frase acompañando a cada una de las penetraciones.

Me voy a correr, Sandra… es demasiado.

—En mis tetas… lo quiero todo en mis tetas.

Le saqué la polla deprisa porque no aguantaba más y la puse entre sus dos gigantes y suaves pechos mientras se las sujetaba con fuerza para hacerme una *cubana*[64] con ellas. Mientras, Sandra se empezó a masturbar.

Después de unas cuantas embestidas entre sus senos y cuando sentí que me iba a correr saqué mi polla de entre ellos y me masturbé apuntando a sus tetas hasta que me corrí rozándome la zona del frenillo con sus pezones.

—Así, toma… —gritaba yo— toma leche.

La corrida no fue abundante porque llevábamos muchos días follando sin parar como animales, pero fue muy placentera.

—Así, Andrés. Báñame.

—Haces que me corra en nada — le dije jadeando.

—Eso es bueno, así puedes correrte más veces.

Mientras me decía eso, yo le limpiaba el semen con unas toallitas húmedas que siempre llevaba en el coche.

Mi respiración seguía entrecortada por el placer que aún estaba sintiendo mientras me pajeaba muy suavemente ya que tenía la zona muy sensible todavía.

Normalmente, después de correrme se me bajaba bastante la erección, pero esta vez no fue así.

—¿Y esto?

—¿Qué?

—Esto —dijo mientras me retiraba mi mano de la polla y la cogía ella. —Mira qué polla tan mala que no se relaja ni un segundo.

Me eché a reír mientras Sandra se la metía en la boca y me empezaba a hacer una mamada moviendo su cabeza hacia adelante y hacia atrás.

—Ufff, despacio, rubia… despacio que aún está sensib… ¡JODER! ¡Cabrona!

Sandra había succionado con fuerza mientras me acariciaba los huevos y la sensación fue tan intensa que mi primer gesto automáticamente fue de intentar sacarla de su boca, pero no me dejó.

Yo estaba de rodillas y ella tumbada de lado. Con una mano le acariciaba su precioso cuerpo que se encontraba con las piernas abiertas. Había empezado a frotarse el coño otra vez.

—Ven —dijo Sandra—. Vamos fuera.

Ese tono autoritario lo conocía sobradamente y corriendo salimos del coche dejando la puerta trasera abierta.

Se dirigió a la parte delantera y se tumbó apoyando su espalda sobre el capó mientras levantaba las piernas en alto quedando estas en forma de V. La cogí por los tobillos y le comí el coño un rato para dejarlo otra vez bien mojado, aunque no es que le hiciera falta.

—Fóllame así —dijo con vox de excitación.

Me agarré la polla con una mano mientras con la otra seguía sujetando una de sus piernas. Se la metí muy despacito mientras nuestros gemidos se escuchaban en medio de aquel campo.

Cuando la tenía dentro cogí de nuevo su otra pierna y junté las dos mientras las rodeaba

con los brazos, haciendo que su coño se quedara más estrecho y rozase mucho más mi rabo.

—Joder… qué bien. ¡Cómo me gusta tu coño! —le dije mientras empezaba a meterla y a sacarla.

Sandra se agarraba con ambas manos sus dos enormes tetas que en aquella posición parecían gigantes. Estas se movían acompasadamente cada vez que le daba una embestida.

Poco a poco fui subiendo el ritmo y sus caderas se movían a la vez que yo lo hacía. Notaba como el vaivén de sus pechos también se incrementaba.

Solté uno de mis brazos y con la mano empecé a apretarlos mientras Sandra no paraba de gritar de placer encima del coche.

Aunque era de noche su figura se intuía con la claridad de la luna además de algunas farolas lejanas que permitían distinguir aquel espectáculo de mujer.

En ese momento y a lo lejos del camino se vieron dos faros de un coche. Sin intención de parar seguimos follando esperando que cambiara de trayectoria.

A mí personalmente no me importa, mi fetiche exhibicionista salió y subí el ritmo mucho más para correrme antes de llegaran, pero Sandra se echó a reír, se quitó y corrió hacia el coche. Se metió en la parte de atrás aún con los asientos bajados y se tapó con una manta que siempre estaba ahí.

Yo también entré y me intenté poner los pantalones que estaban dados la vuelta después del incidente al quitármelos y a duras penas lo conseguí.

Mientras el coche pasaba nos quedamos quietos, Sandra bajo la manta y yo en el asiento del conductor al que había podido volver a poner el respaldo en su sitio

El otro vehículo paró al lado de nuestro coche y enseguida reconocí un todoterreno de la Guardia Civil del SEPRONA[65].

Mierda, pensé a la vez que intentaba aguantar la risa. Sandra sin embargo no podía resistirlo y ya lo hacía nerviosamente.

—Buenas noches —dijo uno de los agentes acercándose a la ventanilla abierta del lado del conductor—. ¿Se han perdido? —preguntó bajando la mano que había usado para hacer el saludo pertinente.

—No, que va… estábamos… emmmm… descansando un poco del viaje.

—Descansando, ¿eh? —el agente alumbró con la linterna dentro del coche donde yo estaba y después donde estaba Sandra—. Documentación, por favor… de ambos.

Sandra me pasó su bolso mientras me decía que su *carnet* estaba en la cartera grande y yo le entregué el mío.

Después de una pequeña conversación con el agente… resumiendo: Dos multas de 400 euros.

Quedamos muchas más veces para follar y alguna que otra en la calle recordando como nos pilló la Guardia Civil.

EL TRÍO DE DOS.

Pasaban los días y no podía quitarme de la cabeza mis últimas fantasías bisexuales con Carmen que empezaron unas semanas antes, incluso había soñado recurrentemente con tener relaciones lésbicas con una compañera del trabajo.

Me despertaba muy caliente, sudorosa, con la respiración agitada y más de una vez con la mano mojada entre las piernas.

Quedé con una sexóloga que solía colaborar a veces en el periódico. Quería plantearle mis dudas y mis inquietudes sobre el tema ya que cada vez que se lo decía a Andrés le restaba importancia.

No es que yo estuviera preocupada o tuviera miedo descubrir la bisexualidad, lo que quería saber es a qué era debido y de qué manera tenía que abordar aquellos sentimientos que no sabía gestionar.

Esa mañana la pedí libre en la redacción y me dirigí al despacho de Amaya, la psicóloga especializada en sexología.

Nada más llegar me recibió en su despacho:

—¡Qué sorpresa verte por aquí! Cuando me dijiste que necesitabas verme me alegré mucho. ¿En qué andas metida ahora?

—En rutina… noticias aburridas, política, noticias amarillistas que son las que venden… ya vendrán tiempos mejores…

—Bien, bien… trabajo que no falte —contestó Amaya mientras se sentaba en su sillón detrás de la mesa—. Pues tú dirás en qué te puedo ayudar.

—Pues mira, aunque no lo creas tengo una consulta que hacerte…, pero es personal.

—Uy, eso no sé si deberías de hacerlo conmigo… —Amaya me dejó un poco desorientada con la respuesta—. Tú y yo nos conocemos y una psicóloga no debe tratar a gente a la cual conoce.

—Ah, no lo sabía —contesté un tanto confusa.

—Sí. El problema —comentó haciendo el símbolo de *entre comillas* con los dedos—, es que no sería imparcial… te pongo un ejemplo:

» Imagina que vienes a pedirme ayuda para gestionar tus sentimientos de una ruptura sentimental. Si yo te conociera, seguramente en mis directrices y opiniones que después debo transmitirte a ti, no sería imparcial y me pondría de tu lado. Eso es lo que hace un amigo, no un profesional.

—Entiendo… —bajé la mirada con un poco de decepción con lo que me dijo, pero tenía cien por cien de razón.

—Mira, vamos a hacer una cosa. Dime qué te pasa como si fueras una amiga. Cuéntame la situación y si veo que no debo seguir tratando el tema te lo digo y te recomiendo algún compañero o compañera que crea que pueda ayudarte.

—Perfecto.

Durante unos veinte minutos le expliqué de manera resumida toda mi historia con Andrés

desde que nos volvimos a encontrar en la fiesta de antiguos alumnos.

Sin omitir nada, pero sin detalles extremadamente íntimos, le conté lo suficiente para que entendiera dónde estaba yo y cuál era mi posición: Las historias, como lo espiaba al principio, como fuimos teniendo sexo, la relación que tenemos ahora, el tema de las transcripciones de los relatos…

Amaya me escuchaba con atención y en un momento de mi monólogo me invitó a sentarnos en el sofá que estaba enfrente de su escritorio y preparó café.

Después de mi soliloquio de casi 45 minutos terminé con un … *y eso es todo… bueno, casi todo.*

—Vale… te voy a decir algo antes de empezar a darte mi opinión:

» No hay problema en que hablemos de esto en un principio. Te voy a decir cosas muy generales. Si crees que en algún momento necesitas profundizar más en ello sí que deberás visitar a alguien diferente a mí. ¿Te parece?

Asentí con la cabeza.

—Bien… —prosiguió— Lo que estás sintiendo es la cosa más normal del mundo. Has salido de tu rutina sexual y emocional y estás experimentando una serie de sentimientos que no has tenido antes y tu cerebro no sabe gestionarlos todavía, ya que no ha tomado decisiones previamente sobre este asunto.

» De hecho, una de las cuatro fantasías recurrentes en nosotras es el sexo lésbico o bisexual y eso no significa para nada una definición de nuestra orientación sexual.

» Si nunca has tenido dudas de tu orientación afectivo-sexual y en la mayoría de los casos te sientes atraída por hombres, lo más seguro es que seas heterosexual.

» Otra cosa diferente sería si tus dudas han estado siempre ahí y tus fantasías las sintieras mucho más intensas de lo habitual.

» Normalmente, este tipo de situaciones se dan en edades más tempranas que es la edad del autodescubrimiento y del desarrollo sexual. A mí por ejemplo me pasó a los 19 años más o menos. A los hombres les pasa lo mismo, solo que ellos son más *testosterónicos* a la hora de gestionarlo y por eso lo ven como incluso algo más tabú.

» Escuchar las historias y relatos de Andrés, mezcladas con la relación de pareja que estáis teniendo actualmente, va a hacer plantearte si serás suficiente para él y sus necesidades en función a lo que sabes de su vida y de su pasado, lo cual te ha contado con toda sinceridad y confianza por lo deduzco de tu explicación anterior.

» Esto no quiere decir que Andrés quiera que tú seas una historia más, o que seas alguien que recree sus experiencias pasadas. Tú eres una persona nueva en la que ha decidido confiar de todas todas. Así lo veo yo según lo que me has contado.

» Tú conoces todo sobre él y su vida, hasta en el ámbito sexual. Crees que debes compensar sus experiencias para no sentirte menos que sus relaciones anteriores, pero si te das cuenta estás creando nuevas situaciones e historias con él que nunca antes ha experimentado y sigue queriendo estar contigo.

» Un hombre muy sexualmente activo no significa que sea un hombre muy feliz… y *hasta aquí puedo leer.*

—O sea, que, resumiendo, es más normal de lo que parece.

—No. Más normal de lo que parece no. Es completamente normal. También hay algunas connotaciones sociales y el rol de la mujer en ellas, de cómo estamos encasilladas en ciertos aspectos y como nos dictan la manera en que debemos sentirnos… pero eso es harina de otro

costal que opino que no es tu caso.

—Entonces ¿Crees que debería visitar a algún o alguna colega tuya?

—Lo que te propondría es que pienses en la conversación que hemos tenido y si te surge alguna pregunta me la hagas. Si ves que sigues teniendo esas dudas o entras en conflicto con lo que sientes, ya tomamos una decisión sobre ello, ¿te parece?

Fui a la tienda de abajo una vez salí de la consulta de Amaya e hice que le enviaran una caja de bombones y una botella de vino porque no quiso aceptar que le pagara la consulta, pero la verdad es que salí con las cosas bastante claras. Decidí que seguiría sus consejos al pie de la letra.

[...]

—*Ralladísima* me ha tenido el tema, Carmen.

—Jajajaja… ya te vale… a ver… eso de cuanto más primo más me arrimo es verdad, pero Andrés no es mi tipo… tú sin embargo… *yo te daba*[66] —me dijo Carmen mientras tomaba una cucharada de helado de vainilla.

—¡Ay, calla, calla! A veces me como la cabeza yo sola —me reí nerviosamente.

—Así que… tú y mi primo… ¡Anda que no! Lo vaticiné en la fiesta. Y, ¿cómo fue?

—Pues… lo típico… después de la fiesta coincidió que vino a vivir a mi edificio y una cosa llevó a otra —sonó el teléfono. Era Andrés. Salvada por la campana.

—Hola, Andrés… pues nada, aquí estoy con tu prima… contándole las fantasías sexuales que tengo con ella.

Carmen se sonrió mientras comía otro poco de helado y una de las mujeres de la mesa de al lado se dio la vuelta torciendo el labio con gesto de desaprobación

—Me tengo que ir, Carmen. Andrés me ha preguntado si puedo transcribir unas cosas que necesita para mañana en el trabajo.

—Tranquila, nos terminamos esto rápido y nos vamos.

Cuando llegué a casa de Andrés él estaba ya en el sofá preparado. Había encendido una cámara de vídeo para grabar su siguiente historia sexual y esta vez lo haríamos mientras follábamos usando un par de juguetitos nuevos que le compré hacía unos días.

——— RELATO ———

Cuando era algo más joven y aún no tenía una gran experiencia en el sexo me buscaba la vida para tener escapadas con mis amigas sexuales.

Solía investigar sitios para poder pasar unos días tranquilo con ellas y, si me gustaba el lugar, lo solía visitar luego yo solo para relajarme si me hacía falta.

Uno de esos lugares lo encontré a los pies de un lago a unos setenta kilómetros de la capital malagueña. Era un recinto hotelero con murallas alrededor imitando una fortificación medieval mientras que dentro encontrabas un conjunto de casas individuales (eran villas) con su parcela independiente, su piscina privada y todo ello como he dicho a los pies de ese lago.

En la entrada del mismo tenía una casa enorme donde se encontraba la recepción, un pequeño supermercado y el restaurante que, además, era buenísimo.

Me encantaba aquel lugar en medio de la naturaleza a 30 minutos en coche de cualquier zona urbana. Quizá penséis que está un poco apartado, pero teniendo el restaurante y la tienda (que no estaba mal surtida), no hacía falta salir de allí para nada.

—He encontrado un sitio impresionante, Ana. Creo que te va a gustar.

—¿Dónde?

—Mira —le dije mientras le enseñaba las fotos de la web—. Mira que piscina —sonó con tono pervertido.

Ana me miró con sus grandes ojos verdes grisáceos y sonrió.

—¡Vaya sitio, no!

—Me ha encantado. Si quieres este fin de semana vamos a verlo y si nos gusta nos cogemos tres o cuatro días para irnos a descansar.

—Y a follar.

—Jajajajaj sí, y a follar —repetí a modo de afirmación.

—En la piscina.

—En la pisciiiiiiina —reiteré entre risas con tono de hastío cómico.

Ese fin de semana, tal y como planeamos, fuimos a visitar el lugar. Aunque muchas veces las fotografías difieren bastante de la realidad, esta vez no. Todo era perfecto. El lugar de ensueño y la ubicación de ensueño nos hicieron tomar la decisión allí mismo y alquilarlo durante 3 noches a un mes vista.

Además, nos quedamos a comer allí para probar el restaurante y la verdad es que nos encantó.

Ya de vuelta a Málaga, Ana no paraba de decirme las ganas que tenía de pasar esos días conmigo los dos solos y que iba a comprar cositas para la ocasión… como decía ella para que sea lo más inolvidable posible.

El día anterior a irnos a la villa y mientras Ana trabajaba, —era enfermera—, me fui al sex-shop que me había recomendado mi amiga Evelyn y que, más adelante, se convertiría en mi tienda de productos sexuales habitual.

Entré al establecimiento y conocí a Martika, la dueña, quien con el paso del tiempo se convirtió en amiga y consejera en muchos aspectos de mi vida, no solo en los que a su trabajo se refería.

Gracias a ella aprendí muchísimo sobre los juguetes sexuales: los tipos de *dildos*, las mejores marcas de vibradores, anillos estranguladores, arneses, etc. En su establecimiento solamente había productos de primeras marcas.

Totalmente contrario a otros sex-shops que he visitado, este era muy luminoso, decorado en color amarillo tráfico con los detalles en violetas. Las ventanas, translúcidas gracias a pegatinas de vinilo blancas daban una sensación de tranquilidad y comodidad, llenaban de claridad toda la tienda, pero a la vez permitían una buena privacidad.

El local era muy grande y tenía una distribución de los productos bastante diáfana y raleada, permitiendo una amplia visión de todo y sabiendo de un solo vistazo donde estaba cada cosa.

—Hola, ¿qué tal? ¿Puedo ayudarle en algo? —me preguntó Martika mientras yo miraba el estante de una de las marcas que distribuía.

—Hola, ¿eres Martika?

—Sí, soy yo… ¿tú eres…?

—Mi nombre es Andrés. Me ha recomendado tu tienda mi amiga Evelyn. Dice que me vas a poder ayudar.

—¡Ah, sí! Evelyn. Hace pocos días estuvo por aquí. Era el cumpleaños de una amiga suya y quería regalarle algo.

—Sí, me lo dijo. Por eso he venido. Dice que como tus consejos y tu tienda no hay nada igualable —contesté mientras sonreía y miraba uno de los consoladores más grandes que había en el expositor.

—Y, ¿en qué te puedo ayudar, Andrés? —preguntó con un tono gracioso mientras se colocaba un mechón de cabello pelirrojo detrás de la oreja.

—Pues verás… este fin de semana me voy con mi pareja de escapada y necesito hacerle algún regalo para disfrutar los dos.

—Vale, cuéntame más de ella. ¿Qué le gusta en el sexo? ¿Penetración, estimulación externa, interna…?

Me pareció muy directa y en otro caso quizá me cohibiría, pero pensé que por su trabajo era lo mejor y lo más práctico. *Creo que nos vamos a llevar bien* pensé.

—Pues sé que le encanta recibir sexo oral y en la penetración disfruta mucho a cuatro patas y fuertecito —le dije mientras un cosquilleo me recorrió la entrepierna—. Además, le encanta estar lubricada porque me lo ha dicho muchas veces, ya sea con saliva, aceites o lubricantes.

—Perfecto, sígueme —me dijo Martika mientras echó a andar hacia el fondo del establecimiento—. ¿Os gusta el porno? ¿Soléis verlo?

—Sí, yo lo veo con ella y sin ella. Solemos grabarnos algunas veces y luego lo vemos juntos.

—Me gusta… y me gustas —me quedé un poco cortado—. Sois abiertos en el sexo y me gusta que hables tan directamente y sin tapujos. Eso me dice mucho del tipo de persona que eres.

—¿Sí? ¿Cómo soy?

Martika hizo una larga descripción de mí que ni yo mismo habría hecho. Acertó en todo y describió mis fetiches, mis gustos, mis filias y mis casi fobias en los cinco minutos en que tardó en meter unos cuantos juguetes sexuales en una preciosa caja de color amarillo metalizado con un lazo morado, como los colores de su tienda.

—Además, tienes un lado oculto que no le muestras a todo el mundo y que a ella aún no se lo has mostrado del todo. Has hecho, o sabes más de lo que dices o aparentas… eso sí, tienes pinta de ser fiel hasta la médula —terminó por añadir.

—Diez sobre diez. Ahora lo digo yo: Tú también me gustas… creo que nos vamos a llevar bien —sonreí a la vez que le preguntaba cuánto debía pagarle.

Mientras pasaba la tarjeta por el datáfono, Martika me había ido dando unos documentos donde venían las instrucciones de uso y cuidado de varios juguetes que, por cierto, ni me había dado cuenta de cuales eran.

—Oye, no he visto los juguetes —le dije mientras me reía.

—Ahí está parte de la gracia. Es un regalo para ambos. Ya me contarás cuando abras la caja. Además, si no te gusta alguno o ninguno te devolveré el dinero sin tener que devolverlos.

—Eso no pasará.

—Lo sé —sentenció mientras me guiñaba un ojo con complicidad.

Mientras abandonaba la tienda, que me había encantado, por cierto, iba pensando en qué sorpresas me podía encontrar cuando abriera la caja. Ya estaba soñando despierto con lo que iba a hacer con Ana usando los juguetes que había dentro ella.

Llegué al sótano de aparcamientos de mi edificio y escondí la llamativa caja en el doble fondo del maletero del coche y luego subí a casa.

Al abrir la puerta escuché la voz de Ana que ya había llegado a casa. Hablaba por

teléfono. Se iba a quedar esa noche conmigo para salir temprano y no tener que ir a recogerla al día siguiente. Pasé por su lado y le acaricié la cabeza a modo de saludo dándole un beso en su sedoso pelo y me dirigí al baño a darme una ducha y a prepararme para el día siguiente.

Aproveché y me rasuré completamente para estar más cómodo. Siempre que me rasuraba, al ducharme después me ponía muy cachondo de notar esa suavidad, de hecho, empecé a masturbarme, pero paré enseguida porque quería reservarme para el día siguiente.

Cuando salí ya con ropa de andar por casa me encontré a Ana en el mismo sitio despidiendo ya la llamada y cuando colgó soltó un resoplido largo y sonoro:

—Has oído, ¿no? —me pregunto con tono de frustración.

—No, pasé al baño a ducharme y no he escuchado nada… entre la afeitadora, la música y el ruido de agua…

—Tania, que lo ha dejado con Fernando —contestó con tono serio.

—Bueno… cosas que pasan —contesté mientras me sentaba en el sofá a su lado.

—¡Me flipa! —dijo algo sobresaltada y con tono de mosqueo—. Me deja alucinada el pasotismo que tienes algunas veces para las cosas.

—No es pasotismo, Ana. Es que son cosas que pasan. Todos los días nace gente, rompen parejas, despiden a trabajadores y se pierden mascotas, hay infidelidades… Lo único que podemos hacer es estar al lado de nuestros amigos que están sufriendo en esa situación y apoyarlos.

—Joder. Pensé que es que te daba igual.

—Para nada, pero no podemos tampoco hacer un mundo de un grano de arena de algo que pasa miles de veces al día.

—No, si llevas razón en eso —me dijo Ana mientras abría el frigorífico para ver que encontraba para cenar—, solo que me jode porque es mi amiga.

—Es lo normal ¿Y qué ha pasado?

—Nada y todo. Quiero decir... no ha habido nada raro por parte de nadie, ni discusiones, ni cuernos, ni nada… simplemente se acabó.

—Bueno, creo que es la causa más común. Se acaba el amor por el motivo que sea y lo mejor es terminar lo antes posible. Dejar todo claro, pasar el luto y a seguir cada cual con su vida, ¿no?

—Qué fácil lo haces ver, Andrés.

—Es solo mi pensamiento. Otra cosa es como actuemos luego.

—Ya… La verdad es que Tania está bastante jodida… y bueno, tengo una mala noticia: Le he dicho que se venga con nosotros el sábado y el domingo a la villa.

—No —le dije algo serio—. Que se venga todos los días. La casa tiene dos dormitorios y dos baños. ¿Qué más da?

—Te quiero —me contestó mientras me miraba con la mirada tierna—. De bueno eres tonto.

—De eso nada —sonreí—. Esta me la pagarás con creces— le dije mientras Ana llamaba a Tania para decírselo.

Al momento me llegó un SMS con un simple *Gracias* escrito en la pantalla. Era de Tania.

A la mañana siguiente pasamos a recogerla. La encontramos de pie en la acera del portal de su casa. Vivía a unas pocas calles. Bajamos del coche que dejamos parado en segunda fila y mientras Ana iba a darle un abrazo yo cogí su maleta y la metí en el maletero. Recordé que la caja del sex-shop estaba allí. Se me había olvidado sacarla.

A Tania le resaltaba el azul de sus ojos el evidente rojo de haber estado llorando y sin dormir toda la noche. También le di un abrazo.

[...]

—¡Vaya sitio bonito habéis encontrado! —dijo Tania.

—¿Verdad? Creo que se va a convertir en uno de mis sitios favoritos —comentó Ana.

—Sí, con diferencia —contesté mientras íbamos al restaurante a comer algo. Ya eran las 2 de la tarde.

Habíamos llegado y nos habíamos instalado deshaciendo las maletas para estar lo más cómodos posible. Coloqué el ordenador portátil encima de una pequeña mesa del salón con dos altavoces que me había llevado y puse algo de música.

Fui a la tienda y compré algunas botellas de alcohol y refrescos además de un buen cargamento de hielo. Aunque yo casi no bebo y Ana tampoco solía beber mucho, sospeché que esa noche las penas de Tania se iban a ahogar en una buena dosis etílica.

La comida del restaurante me sorprendió de nuevo. Nos sorprendió a todos realmente. Además, encontré a Tania bastante afable y entera dadas las circunstancias mientras degustábamos una tapa del plato típico de allí que era choto al ajillo.

Después pedimos el famoso *plato de los montes*[67]. Los dueños del restaurante nos hicieron hincapié para que lo probásemos.

Los postres caseros eran casi lo mejor y en especial el arroz con leche.

El camino hasta la casa que habíamos alquilado era adoquinado y ancho, con un bordillo a ambos lados que lo delimitaban perfectamente de los jardines que rodeaban todo. Además, frondosos árboles daban una sombra agradable ya que hacía bastante calor para ser aún primeros de mayo.

Ana se quedó en la tienda comprando algunas cosas para la merienda y Tania y yo nos dirigimos a la casa para hacer café.

—Gracias, Andrés.

—¿Otra vez me lo vas a decir?

—Sí, has… bueno, habéis sacrificado un fin de semana que teníais para los dos por aguantar a una petarda *depre* como yo.

—Tania. Eres la mejor amiga de Ana… y creo que con eso lo digo todo.

—Gracias, de verdad —me dijo mientras me daba un abrazo.

—¡EH! ¡Que corra el aire por ahí! —gritó Ana que ya venía detrás de nosotros—. ¿Me despisto un momento y ya te arrimas a mi novio?

Tania se reía a carcajadas mientras que yo hacía el ademán de acariciarle todo el cuerpo ansiosamente, pero de una forma burda y torpe a modo de broma.

Nos reímos durante todo el camino de vuelta a la casa y al llegar Ana y Tania decidieron darse un baño en la piscina.

Yo me fui al dormitorio a echarme un rato en la cama porque estaba un poco cansado. Así además podrían hablar ellas abiertamente de todo el tema de su ruptura sin tenerme a mí de por medio.

A la piscina se accedía por un amplio ventanal corredero en el salón, aunque en la cocina también había un acceso.

Desde los dos dormitorios se podía ver la piscina ya que las ventanas estaban dirigidas

hacia ella, embocando ambas en orientación este, lo que las hacía bastante frescas y más con la solería de loza que había en el suelo. Todo muy rústico pero mezclado con toques más modernos.

Entré en mi dormitorio y cerré la puerta. Me quité la ropa y me quedé completamente desnudo. Me senté en una de las sillas junto a la mesa buscando alguna película en la televisión antes de meterme en la cama y corrí las cortinas para que no entrara demasiada claridad.

Mientras lo hacía vi como Ana y Tania iban hacia la piscina ya con los bañadores puestos. Mi novia llevaba solo la parte de abajo mientras que Tania llevaba ambas partes. Miró varias veces hacia todos sitios y en especial a la casa hasta que también se quitó la parte de arriba del bikini.

Tenía unas tetas realmente bonitas que brillaban al sol por la blancura de su piel. Eran muy turgentes y eso se notaba al andar.

La parte de abajo el bikini era tipo brasileño y gracias a sus amplias curvas le hacían una figura espectacular. Su culo era grande y redondo y se movía hipnóticamente mientras andaba hacia la piscina.

Ana ya estaba en la tumbona bocarriba mientras Tania empezó a ponerse protector solar por todo el cuerpo. Frotaba con fuerza sus piernas, sus tetas y sus brazos para que la crema se absorbiera lo mejor posible. Cuando terminó de echarse en todo el cuerpo quedó con un brillo aún más cautivador.

Ana le indicó que le echara crema a ella también en la espalda y en su culo que a mí tanto me gustaba y que siempre que podía azotaba. Empezó a recibir su dosis correspondiente de crema mientras Tania se agachó haciendo que su trasero pareciera aún más grande dejando poco a la imaginación.

No me había dado cuenta, pero ya llevaba un rato con una erección importante mientras espiaba a mi novia y su amiga y me empecé a masturbar. Total, sin no voy a follar este finde. Ya no tengo que reservarme. Pensé.

Me imaginaba que el culo de Tania tenía mi polla entre sus glúteos y que hacía un movimiento de subida y bajada mientras Ana miraba expectante a la vez que se tocaba suavemente la entrepierna. Pensaba que con la crema que se había echado todo resbalaría mucho más y que sería una pasada… Lo pensaba tan fuerte que casi podía oler la crema desde donde estaba.

En ese momento Tania se dio la vuelta y volví a la realidad pensando en que podría verme.

Ya te vale, crack. Masturbándote mirando a tu novia y su mejor amiga en la piscina, me dije a mí mismo en voz baja.

Me acosté y me dormí.

Aquella tarde tomamos café, pasamos a las copas y cenamos varios sándwiches que preparamos en un momento. Además, todo estaba lleno de chucherías, frutos secos, helado y chocolate.

Durante la noche hablamos de muchas cosas. Tania pasó por todos los estados posibles entre la risa y el llanto; y cada vez que lloraba yo le daba uno o dos bombones.

—Así da gusto —decía con la lengua ya trabada por el alcohol.

—Sí. Andrés es demasiado bueno… creo que es una de las pocas personas que sabe entender a las mujeres.

—No —contesté un poco tajante—, no se trata de entender a una mujer… se trata de saber entender un sentimiento… da igual de quien venga.

—¿Ves? Un sol — reafirmó Ana sirviéndose otra copa de ron con cola.

A eso de las tres de la mañana decidimos por unanimidad irnos a dormir.

Ana tuvo que ayudar a su amiga a llegar a la habitación ya que apenas podía caminar… no bebió en exceso, pero no estaba tampoco acostumbrada.

—¿Ya se ha acostado?

—Y dormido. Ha sido tumbarse en la cama y quedarse frita.

—Me alegro. A ver si descansa que vaya cara traía esta mañana la pobre.

—Sí —contestó Ana mientras cerraba la puerta del dormitorio.

Yo había empezado a desvestirme y Ana también.

Cuando me di la vuelta para ponerme el pijama…:

—Me arde el coño, Andrés. Estoy cerdísima desde hace un rato —me dijo mientras me cogía la polla y me la empezaba a acariciar y a besar el cuello con ansia.

—Pues date una ducha fría que tenemos compañía.

—La compañía se ha quedado profundamente dormida y no creo que se despierte hasta mañana.

—Ana —le dije sonriendo—, como te gusta follar en situaciones así.

Terminé de decir esas palabras y mi novia se había puesto de rodillas y había comenzado a besarme la polla que ya estaba dura. Le encantaba cogerla entre las manos, humedecerse los labios con saliva y darle besos que cada vez eran más fuertes hasta que en uno de ellos se la metía en la boca empezando una mamada.

Yo acompañaba su cabeza con mis manos mientras le acariciaba el pelo.

Me gustaba sacársela de la boca, masturbarme durante unos segundos y pasársela por la cara y los labios mientras que esos ojos verdes me miraban con lujuria. Luego soltaba mi polla y ella seguía con la felación, a ratos sin manos y a ratos con ellas.

—Vamos a la piscina. Apaga las luces y vamos a follar allí.

—¿Estás segura? Nos puede ver Tania si se despierta.

—Vamos, por favor... y si se despierta que se vuelva a dormir.

—O que mire… —le dije yo con sonrisa mientras me masturbaba un poco más.

—¡Si, claro! Ya que se una también.

—No, eso no —le dije en tono serio pero burlón.

—¿No te gustaría follarte a las dos a la vez?

—Ana, si no puedo apenas con una, ¿voy a poder con las dos?

Empezamos a reírnos y salimos a la piscina. Me dirigí a una columna de la pérgola donde se encontraba la zona de la barbacoa y apagué los focos que le daban al agua un tono de color turquesa precioso. También apagué las luces exteriores de las farolas.

—Llevo pensando lo de follar en la piscina desde que vi las fotos —me dijo Ana mientras me hacía sentarme en el peldaño más superior de la escalera romana.

—Pues vamos a follar… toma —le dije agarrándome la polla mientras me pajeaba lentamente.

Ana volvió a chupármela. Mientras lo hacía, me masajeaba los huevos y también los lamía. De vez en cuando se paraba con la polla metida en la boca y jugaba con su lengua enroscándola en mi glande fuertemente y haciendo movimientos en espiral.

De tanto hacerlo su boca se llenaba de saliva que caía fuera por el lateral de sus labios

En ese momento se encendieron los chorros de la piscina y el agua se agitó un poco más.

Levanté a Ana en brazos y la senté en el bordillo. Su coño quedaba a la altura perfecta: a

la de mi boca. Empecé a lamérselo. El sabor del cloro con el de sus fluidos me traían recuerdos.

—Me encanta comerte el coño, Ana —estaba delicioso y siempre se lo decía. Tenía un sabor riquísimo y me pasaba mucho tiempo haciéndoselo.

—Así, mójalo con mucha saliva. Méteme la lengua, por favor. Así… —susurraba.

Era una cosa que a ella le encantaba: que endureciera mi lengua y se la metiera y se la sacara como si de una polla se tratase.

Ana levantó las caderas y comenzó un movimiento de sube y baja que hacía que su coño me rozara prácticamente toda la cara. Mientras, su mano masajeaba su clítoris o bien agarraba mi cabeza para situar mi boca donde más le gustaba, aunque yo ya sabía de sobra dónde era.

Al incorporarme un poco para llegar lo mejor posible a su entrepierna noté como uno de los chorros de agua impactaba cerca de mi rodilla, así que me coloqué de tal manera que diese sobre mi polla.

Esos chorros se podían cambiar de dirección porque tenían una parte móvil en forma de bola que lo permitían, así que los puse justo en mi frenillo. La presión era fortísima y tenía que quitarla cada poco tiempo si no quería correrme enseguida.

Ana seguía acariciando mi cabeza mientras gemía siguiendo con su movimiento satisfactorio. De vez en cuando se retiraba de mí y me miraba. Se rozaba unos segundos el clítoris con los dedos y volvía a poner mi boca en su coño.

Empezó a moverse de atrás hacia delante para golpear su entrepierna con mi boca que tenía la lengua fuera y ya salivaba en exceso. Mientras, pellizcaba uno de sus preciosos pezones, síntoma inequívoco de que se iba a correr.

—¡Me vengo ya, Andrés! ¡Ay! Me voy a venir ya, joder.

Subió el ritmo del roce con mi lengua hasta que empecé a notar pequeños espasmos de su coño en mis labios. Una sensación ácida llenó mi boca que no era otra cosa que el sabor de su orgasmo.

—Así cerdo, así. Trágate todo —a Ana le gustaba en exceso el *Dirty Talking*[68] igual que a mí—. Así, así. Saca la lengua y lame todo. Deja todo bien limpio, cabrón.

Y yo, además de encantado como también soy muy obediente así lo hice.

Una vez que cesaron sus gemidos y sus temblores de placer, Ana se metió en el agua y nos abrazamos.

—Me encanta correrme con tu boca.

—¿Quieres correrte otra vez?

—Sí, pero dame unos segundos que me recupere.

—No. Ven —le dije mientras la abrazaba por detrás y la levantaba flotado en el agua.

Agarré mi polla, se la metí desde atrás, pero estando los dos completamente de pie. Luego levanté sus piernas con mis brazos, cosa realmente fácil en el agua, y empecé a moverme muy lentamente.

—Me encanta clavarte la polla. Qué apretado está tu coño hoy, Ana.

Ella me rodeaba el cuello con sus brazos como podía mientras yo empecé a subir el ritmo de la penetración.

El agua se empezó a agitar y se escuchaba como las pequeñas olas que se habían empezado a formar con los movimientos chocaba contra los bordes de la piscina.

—¡Qué bueno, Andrés! ¡Así!

Se me ocurrió algo. En esa misma postura y sin sacarle la polla, me acerqué con Ana a

una de las paredes de la piscina, puse su coño frente a uno de los chorros y seguí penetrándola lentamente.

—¡HOSTIAS, JODER! —gritó cuando notó aquella presión constante en el clítoris—. ¡Hostias! ¡Qué cabrón!... Mi coño —gemía intentando ahogar los gritos—, mi coño, Andrés. Me encanta. Quiero más.

Dejé el movimiento de penetración y me quedé completamente quieto. La acerqué aún más al chorro para que la presión creciera y empezó a gritar. Tuve que taparle la boca con la mano mientras con el otro brazo rodeaba su cuerpo para sujetarla.

Sus piernas cada vez se abrían más y empecé a notar el chorro yo también en mi polla sobre estimulando toda la zona de mi entrepierna. Los jadeos de Ana no paraban de crecer. Pensé que en cualquier momento los inquilinos de las casas cercanas del recinto iban a salir a mirar qué pasaba, pero era un momento en el que ya nos daba igual.

Los movimientos espasmódicos de Ana eran ya casi incontrolables y mi polla se salió de su coño que estaba muy sensible.

Para no cortar el orgasmo, acerqué su clítoris todo lo que pude al chorro y la agarré de sus tetas mientras pellizcaba sus pezones duros como piedras. La empecé a penetrar con tres dedos a toda la velocidad que podía.

—¡Hijo de p…! ¡Hijo de PUT…!

—Dilo. Dímelo bien —le decía al oído mientras sentía sus jadeos cerca de mi cara.

—¡HIJO DE PUTA! ¡CABRÓN! Reviéntamelo, Andrés. Quiero más.

Metí otro dedo dentro del coño de Ana quien cogiendo mi mano empezó a moverla a placer a la vez que convulsionaba mientras se corría. El ritmo de masturbación lo marcaba ella y era muy fuerte.

Poco a poco fueron cesando las sacudidas y todo terminó en un precioso temblor mutuo mientras nos besábamos y nos acariciábamos ambas espaldas bajando hasta nuestros culos.

—Quiero una piscina con chorros, Andrés —decía entrecortadamente con los ojos cerrados.

—Pues como no la ponga en el balcón, no sé yo… aunque siempre podemos poner una bañera con chorros.

—Quiero una P-I-S-C-I-N-A con C-H-O-R-R-O-S —repitió.

Nos quedamos un rato más en el agua mientras terminábamos de relajarnos. Tres cuartos de hora después ya nos habíamos secado, vestido y metido en la cama.

A la mañana siguiente me levanté temprano, sobre las 8 para pasear cerca del lago donde se ubicaba la casa. Al pasar por la piscina sonreí al recordar lo que sucedió la noche anterior y pensé que tendríamos que esperar para usar los regalos que había comprado y que ni yo sabía aun lo que eran.

Cuando llegué a la villa olía a café y pan tostado. Ana había preparado el desayuno.

—¿Aún sigue dormida la borracha?

—La borracha está aquí —contestó directamente Tania saliendo del baño mientras se secaba el pelo con una toalla.

—¡VAYAAAAAAAA! ¡YA ERA HORAAAAAAAAAA! —chillé intentando que le molestaran mis gritos a causa de la resaca.

—Grita lo que quieras. Aún no ha habido alcohol que a mí me dé resaca —me dijo sonriendo con mucho mejor humor que el día anterior.

—¿No la ves tú más animada, Andrés? —me preguntó Ana mientras me daba una taza de

café y un beso en los labios.

—Sí… bastante mejor —reafirmé mientras me venía a la mente su culo redondo que espié la tarde anterior.

—Hoy de comer haremos carne, ¿no? Podríamos hacer una barbacoa…

—Como queráis, contesté.

—¡Sí! … por favor… —exclamó Ana mientras me miraba y me guiñaba un ojo.

A mí personalmente no me apetecía porque no tenía ganas de pringarme de cocinero, pero bueno, todo sea porque Tania estuviera lo más animada posible.

Cuando desayuné me dirigí al supermercado del recinto donde me encontré con el recepcionista.

Hablamos un rato y me dijo que iba a ir al pueblo cercano y que si quería podía traerme pan y aceite de allí que eran deliciosos. Le dije que sí, que me vendrían muy bien para la barbacoa y además le encargué unas cuantas garrafas para mí.

Una vez comprado todo volví a la casa.

Tania estaba ya en la piscina tomando el sol haciendo *topless* ya sin tapujos. Para mí era buena señal porque eso denotaba que estaba más relajada y más cómoda.

Ana seguía en la casa preparándose para darse un baño también.

—¡Andrés, Andrés! ¡Ven! —me dijo Ana casi susurrando haciendo que me apresurara con un gesto de la mano—. Ven, ven…

—¿Qué te pasa?

—¡Qué Tania nos vio anoche! —me reí—. ¿De qué te ríes? ¡Que nos vio anoche follando en la piscina! ¿No te molesta?

—¿A mí? ¿Molestarme? Me da igual, Ana. Ya sabes que eso a mí me la sopla… casi que me gusta... ¿No te da morbo a ti?

—Ufff, yo ahora estoy incómoda, la verdad.

—A ver... No habrá visto ni oído nada que no haya hecho ya… no sé.

—Ya… realmente no me ha molestado que me lo diga… ha sido la forma en cómo me lo ha dicho —contestó Ana agachando la cabeza con vergüenza.

—¿Y eso? —pregunté extrañado.

—Palabras textuales: *Vaya follada os pegasteis anoche en la piscina, cabrones. Os pusisteis bien cerdos. No me perdí detalle…* y más cosas.

La verdad es que me sorprendí un poco, pero no le di más importancia

—Esta noche haremos menos ruido ¿vale? —me reí abiertamente—, y dile que la próxima vez se acerque, así podrá ver todo con mucho más detalle.

Ana me pegó un guantazo flojo en el hombro a modo de recriminación y al estar sin camiseta sonó bastante fuerte. En ese momento Tania entró por la puerta.

—Joder, vaya hostia le has soltado, Ana. ¡Qué burrita eres!

—¿Has visto, Tania? Así todos los días —dije riéndome mientras frotaba la zona donde me había golpeado.

—¡Andrés! No mientras que te doy otra.

—Venía a ver por qué tardabas tanto en salir a la piscina.

—Ya voy —dijo Ana aun un poco sobresaltada por la conversación mientras cruzaba la puerta.

Salieron las dos y Tania se dio la vuelta y entró de nuevo al salón.

—¡Se me olvidaba la crema! —dijo sonriente—… Y no te preocupes que la próxima vez

pido permiso y miro más de cerca —me guiñó un ojo.

Me había escuchado, pero lejos de sentir vergüenza le sonreí y pensé que era más de lo que aparentaba en lo que a sexo se refiere. Me recordaba un poco a mí.

—Anda, tira *pa'* la piscina, ¡mirona! —le grité mientras ya iba camino de las hamacas.

Mientras Ana y Tania tomaban el sol yo comencé con todos los preparos de la barbacoa y prendí la leña para ir consiguiendo unas buenas brasas. Además, puse a macerar en una salsa de yogur y *curry* algunos de los muslos de pollo que habíamos comprado.

Entretanto, Tania entró a la piscina a darse un baño y Ana empezó a preparar la mesa para comer. Mientras disfrutaba del baño yo la miraba de reojo, disimulando gracias a mis gafas de sol y me fijaba en sus tetas que sobresalían por encima del agua.

Cuando nadaba de un lado a otro su precioso culo brillaba debido a la crema solar que se había vuelto a echar. Me parecía uno de los culos más grandes, redondos y bonitos que había visto en mucho tiempo. Sus caderas eran acordes a su cuerpo y mi fetichismo por las pantorrillas esbeltas y rollizas hacía que solo pensara en meterme en la piscina y frotarme con todo su cuerpo resbaloso y brillante.

—¿Dónde está tu cabeza? —me preguntó Tania mientras yo miraba hacia la casa totalmente absorto en mis pensamientos pervertidos.

—Perdona… estaba pensando en algo y me quedé embobado.

—No sería en esta piscina, ¿no?

—Ahora que lo dices… —dije con ironía intentando disimular con psicología inversa—. ¿Te despertamos o qué?

—No, no. Que va. Todo me daba vueltas y tuve que levantarme para ir al baño. Aproveché para fumarme un cigarro en la ventana y os vi —agachó la cabeza—… os vi muy bien vistos.

—Jajajaja, lo siento… Bueno… no lo siento realmente, a mí me da igual. No me incomoda y menos contigo...

—¿En serio? A mí me daría mucha vergüenza, la verdad. No sé… si me pasara con Ana por ejemplo estaría como está ella hoy conmigo… bastante cortada.

—Los tíos somos de otra manera para estos temas… es más, muchos tenemos un lado exhibicionista bastante pronunciado —le contesté mientras les daba la vuelta a algunas piezas de carne en la lumbre.

—¿Tú lo tienes? —preguntó apoyándose en borde de la piscina con los brazos. Parecía interesada en la conversación.

—Sí, bastante, la verdad.

—Ummm, interesante… muy interesante, aunque no veo a Ana en ese aspecto igual que tú.

—No te creas ¿eh? También le gusta, pero para nada como a mí. Por eso no saco ese lado con ella. Tiene otros fetiches distintos… es lo bonito: En la variedad está el gusto —aclaré mientras sonreía.

—No me parecías la clase de persona que habla tan abiertamente de sexo con los demás.

—Me encantan este tipo de conversaciones. Las tengo mucho con amigos y amigas… son… no sé…

—¿Excitantes?

—Sí. Y estimulantes… aunque depende de con quién. Además de que se aprenden muchas cosas, sobre todos si las charlas son con gente experimentada.

—¡Genial! Me parece a mí que escondes en ese aspecto más de lo que aparentas.

Me reí y me di la vuelta para seguir vigilando la carne que estaba casi apunto.

—¿Quién sabe? —añadí mientras encogía un poco los hombros y me servía un vaso con agua helada con hielo.

—¡Andrés! ¿Por qué no te das un baño mientras yo termino el resto de la carne? Estás sudando —me preguntó Ana que ya había vuelto con un par de jarras de sangría muy frías.

—¡Sí! Lo necesito estoy ardiendo —me di cuenta de que la expresión, por lo menos en mi cabeza, sonó peor de lo que era.

Me enjuagué el sudor en la ducha de la piscina y me metí en el agua con las gafas de sol aún puestas. Mientras bajaba las escaleras puse mi vaso en el borde de la piscina y me senté en el último escalón. El agua me llegaba justo al cuello y en la espalda me daba uno de los chorros de agua. Sonreí.

—¡Joder! ¡Qué buena está! —Ana se giró y se rio.

—¿Ana? —preguntó Tania muerta de risa.

—También, pero me refería a ti… digoooooo al aguaaaa… al agua… ¡Ay! en qué estaría yo pensando —dije siguiendo la broma.

—¡Eh! Que me meto en el agua y…

No podía parar de reír porque Ana era fácilmente irritable en ese aspecto.

—Tranquila, nena. Sabes que solo tengo ojos para ti —y era verdad, aunque seguía sin poder quitarle los ojos de encima a Tania.

Se acercó y me dio un vaso de sangría con mucha fruta y un beso.

—Cuidado con los chorros… —me dijo dejándome un poco sorprendido.

—¿Qué chorros? —me preguntó Tania cuando Ana volvió a la zona de la barbacoa.

—Los de la piscina… que depende donde apunten pueden provocar orgasmos —le respondí sin cortarme un pelo.

—Ufff… como en la ducha.

—Efectivamente… como en la ducha… y si apuntas bien mientras tienes una polla metida dentro, pues pasan cosas como la de anoche… —afirmé.

—¡Ay, si lo llego a saber! Y yo sin chorros me tuve que contentar solamente metiéndome los dedos mientras os miraba.

—¡TANIA! —gritó Ana muerta de vergüenza.

Esa contestación sí me dejó casi sin palabras y solo pude sonreír. Las gafas fueron mi salvación de que me pillara mirándole el culo mientras Tania salía de la piscina, pero no me salvaron de la erección que tenía. Tuve que ponerme a nadar hasta que se me pasó.

Durante un rato estuve dándole vueltas a qué podría significar esa contestación y llegué a la conclusión que fue una simple respuesta a la conversación sobre sexo que tuvimos y no iba con más intención que la de soltar una broma que hiciera enfadar a Ana.

—Yo me voy a echar un rato la siesta en el dormitorio —dije una vez recogida la mayoría de las cosas de la mesa donde comimos.

—Yo también… tengo sueño de tanto comer —dijo Ana.

—Pues yo me doy un baño y también me echaré un rato en la cama.

Esta va a correrse con los chorros de la piscina, pensé para mí mientas imaginaba a Tania masturbándose con los dedos usando uno de los caños.

Ya en la cama volvió a salir el tema de Tania y su pillada de la noche anterior.

—¿Cómo se te ocurre decir eso, Andrés?

—¿Por qué no? Yo lo haría.

—Eso lo sé yo. Tú eres un cerdo… mi cerdo, eso sí.

—Jajajaja… yo solo digo que, seguro que cuando nos vio, con la borrachera que llevaba se masturbó viéndonos follar ¿Y qué?

—¿A ti te gustaría que yo me masturbara viendo follar a otra pareja?

—¿En serio tengo que contestar a eso, Ana? —le dije mientras le acariciaba las caderas estando abrazados en la cama haciendo la cucharita—. Pues claro que me gustaría y más si me lo cuentas después.

—¡Qué tonta soy por preguntarte eso…! ¡A TI!

—Parece mentira que no me conozcas ya.

Empecé a acariciar el coño de Ana y mis dedos llegaron enseguida ya humedecidos a su clítoris. Le rozaba justo donde yo sabía que a ella le gustaba. Con movimientos lentos, circulares y sin apretar mucho fui jugando con él hasta que poco a poco su respiración se agitaba más y más, señal de que debía subir el ritmo.

Ana siempre quería sexo antes de la siesta… sexo *ligero* que ella pedía preguntándome: *¿Me duermes?*

Saqué mi polla y la puse entre sus piernas desde atrás rozándole por fuera su entrepierna mientras mi otra mano seguía masturbándola.

—Más fuerte, más rápido —me susurraba mientras sus caderas ya habían empezado a moverse para rozarse conmigo.

—Así, ya viene —seguía susurrando—. Me corro cariño.

Suspiró agitadamente durante un rato y cayó totalmente dormida con una preciosa sonrisa después de su orgasmo.

Antes de la siesta habíamos tomado casi como costumbre el correrno. Era perfecto para descansar más profundamente.

Dormimos un par de horas y cuando me desperté Ana no estaba en la cama. Me levanté y miré por la ventana a ver si estaba en la piscina y tampoco.

Cuando salí del dormitorio encontré a Ana tendida en el sofá del salón viendo la televisión.

—¿Ya? No veas que siesta te has pegado.

—Ufff me ha sentado genial…

—Tania ha ido al supermercado a comprar. Ahora viene.

—Vale.

—¿Sabes que has dejado rallada con lo que me has dicho que seguro que se masturbó mirándonos? Le he preguntado.

—¿Tú? No me lo creo —me dejó sorprendido. ¿Y? A que sí… —afirmé.

—Sí. Me dijo un poco seria.

—No te enfades, Ana. No signifi…

—No me molesta —me interrumpió—. Parece ser que a ella le van esos rollos voyeristas como a ti. ¿Te gustaría que nos mirara esta noche follando?

—No —dije tajante.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Vaya respuesta, Andrés.

—Es sencillo, Ana. A ti esas cosas te van menos que a mí y para que hagas un esfuerzo

innecesario para hacer algo que no te agrada del todo… pues no me gusta. No me parece bien. Además, precisamente por ser tu amiga casi seguro que la situación se vuelve rara… contigo, eso sí. Conmigo no.

—Pero es que yo quiero…

—Ya, seguro.

—Me ha dado bastante morbo —me dijo mirándome a los ojos—, pero por otro lado me da vergüenza. Es que me ha contado que le has dicho lo de los chorros de la piscina y dice que los ha probado… y de imaginármela corriéndose en el mismo sitio que yo me ha excitado bastante.

—A ver, Ana ¿Qué quieres?

—Follar contigo esta noche mientras Tania nos mira.

—Pues pregúntaselo.

—Dice que sí —contestó enseguida quedándose callada.

—Ana. Te lo voy a preguntar una vez y solo una vez ¿Estás segura de esto? Si eso sucede pueden pasar muchas cosas.

—¿Cómo qué?

—Pues como de que te guste la experiencia y quieras repetirla más veces. Como que te guste la experiencia y además quieras probar más cosas o como que tu amistad con Ana acabe por esto. Sé que es solo un tema sexual y una experiencia nueva, pero hay que ser consciente de lo que puede pasar.

—Ya.

—Por mi parte —continué con la charla—, no va a cambiar nada ni hacia ti ni hacia ella. Ya lo sabes.

—Por eso quiero probar… porque lo sé y creo que con quien mejor que contigo y con ella.

—Muy bien… ahora tienes que poner los límites.

—Mirar. Solo quiero que nos mire mientras follamos. Si se quiere masturbar no me importa.

—Me parece bien. Déjaselo muy claro a Tania.

Se escuchó la puerta abrirse y esta llegó con un par de bolsas de chucherías, más chocolate y fruta.

—Así que quieres vernos follar, ¿no? —pregunté sin tapujos mientras Ana me miraba totalmente incrédula.

—Sí… otra vez —contestó Tania con una ligera sorna.

—Bueno, pues hablad las dos y dejad las cosas claras que yo aún no veo a Ana convencida del todo.

—Yo sí y no suelo fallar con ella.

—Eso es verdad. La conoces mejor que yo.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —cambió de tema.

—Claro, dispara.

—No me equivocaba contigo cuando te dije que en el sexo escondías algo más de lo que aparentabas, ¿verdad?

—Así es…, pero hasta aquí puedo leer —aunque en un futuro hablamos bastante más sobre el tema.

—Me parece bien.

Ana se acercó a mí por la espalda y me abrazó. Intuí sus nervios ya que parecía temblar en algunos momentos, pero de repente su mano bajó a mi polla por dentro del pantalón y empezó a acariciarme vigorosamente.

—Quiero follar ahora.

Me giré y la besé con muchas ganas mientras la abrazaba tiernamente para demostrarle que confiaba en ella. Funcionó y se tranquilizó.

—¿Puedo mirar como folláis, por favor?

Ana asintió y cogió de la mano de su amiga a la cual acompañó junto al sofá más pequeño.

—¿Dónde quieres que me ponga? —preguntó Tania.

—Siéntate aquí y disfruta mirando —le dijo mientras le dio un beso en la mejilla.

Ana retiró la mesa del salón y puso el sofá más grande frente al otro, a unos seis o siete metros de separación.

La situación me encantaba y yo estaba extremadamente excitado.

—Ahora vengo —dije de repente levantándome y casi echando correr.

Recordé la caja que Martika me había preparado con los juguetes sexuales y fui a por ella. *Ya que lo hacemos, lo hacemos bien* pensé.

Corriendo llegué a la casa de nuevo y me temblaban las piernas de la emoción. Encontré a Tania tumbada en el sofá con un cojín al lado mirando la situación un tanto desconcertada. ¿Quién le iba a decir hace dos días al cortar con Fernando que hoy iba a estar viendo a sus dos amigos follar delante de ella?

Puse la caja encima de la mesa y la abrí.

—¿Qué es esa caja, Andrés?

—Quieta ahí. Ni te muevas. Esto es una sorpresa —*sorpresa incluso para mí*, pensé.

La caja era impresionante: Varios geles lubricantes, 1 vibrador con estimulador de clítoris, otro más grande con una vibración mucho más fuerte, 1 *dildo* mediano, un anillo vibrador para hombres y 2 esposas unidas por correas de cuero negro. Además, había dos antifaces y un *plug* anal. Lo mejor de todo era una nota que ponía: *Que lo disfrutéis. Los consoladores tienen pilas puestas y hay más de repuesto en la cajita blanca de cartón.*

Cogí el vibrador doble y un bote de lubricante y se lo dejé a Tania al lado mientras le guiñaba el ojo. Luego cogí la caja y la llevé donde estaba Ana.

—Esto era un regalo para los dos y nuestro finde…, pero como ahora somos tres habrá que compartirlo, ¿no?

A Ana se le iluminó la cara con una sonrisa placentera mucho más tranquila que antes. La situación parecía ir relajándose poco a poco.

—Cómo me gustan los juguetitos, nene —dijo mientras cogía el *plug* anal y el vibrador grande—. Toma. Pónmelo —ya los había abierto y todo iba muy rápido.

Me dio el *plug* a la vez que me besó en la boca. Su lengua húmeda y tierna se introdujo en mi boca, jugó con la mía y se separó dejándome su sabor en los labios.

Ana se puso en cuatro en el sofá con las rodillas bastante separadas en la parte del asiento y apoyaba sus brazos en el respaldo.

Su precioso culo estaba tapado por la parte de abajo del bikini que tampoco es que dejase mucho a la imaginación.

Le bajé la braga hasta las rodillas y empecé a rozar acariciar sus glúteos con la yema de los dedos apretando ligeramente de vez en cuando y separándolos para dejar ver toda la zona de

su culo y su entrepierna. Yo ya me había quitado la ropa y estaba completamente desnudo.

—Quédate así —le dije al oído.

Detrás de mí un ruido me sobresaltó: Era Tania que había sacado del blíster de plástico el consolador y el lubricante. Por un momento y con el ansia de querer meterle el *plug* en el culo a Ana se me había olvidado que su amiga estaba ahí.

Me acerqué donde estaba para coger el otro bote de lubricante. La miré y ella a mí. Me agarré la polla y me masturbé frente a ella unos segundos a la vez que Tania bajaba la mirada y clavándola en mi rabo completamente empalmado. Su mano había acabado debajo de su falda mientras se acariciaba el coño suavemente y su respiración se agitaba poco a poco. Sonreí y volví con Ana.

Me agaché justo donde estaba ella y empecé a besar sus glúteos y a lamerlos a la vez que le daba pequeños mordiscos de las ganas de metérsela que tenía, pero quería esperar y disfrutar de aquella situación tan caliente. Al apoyar mi cara sobre su culo aprovechaba y miraba a Tania.

Después acerqué mi boca a su entrepierna en esa postura tan excitante en la que se encontraba. Notaba el calor de su coño el cual ya rozaba con mis labios.

Sacaba la lengua un poco y lamía toda la zona que sabía a sus fluidos que tanto me gustaban y que me hacían volverme tan cerdo siempre. Empecé a lamerle desde la zona del clítoris hasta el culo y mi lengua se entretenía bastante allí porque en breve el *plug* iba a acabar dentro.

Seguí comiéndole el culo un buen rato y de vez en cuando la penetraba con la lengua dejando entrar dentro saliva para lubricarla bien.

Apoyé el juguetito en él y lo empecé a empujar poco a poco hasta que entro con facilidad, tanta que me sorprendió. El tope con forma de corazón y que tenía un cristal del mismo color amarillo del sex-shop hizo su función.

—Ummm, que bien. Como ha resbalado —dijo Ana jadeando mientras la seguía masturbando con los dedos.

Me senté en el suelo y apoyé mi cabeza en el asiento del sillón metiéndola entre sus piernas que aún seguían mu abiertas, pudiendo ver con claridad su coño bastante abierto por donde asomaban sus labios menores y su clítoris bastante abultado que ella llevaba ya un rato frotando. Arriba se dejaba ver el brillo del *plug* dentro de su culo.

—Baja, siéntate aquí. Ponme el coño en la boca —le dije mientras le agarraba de las caderas con ambas manos y acomodaba toda su entrepierna en mi cara.

Nada más sentirlo abrí los labios y lo succioné notando como este vibraba dentro de mi boca. Mientras lo hacía, con mi dedo índice apretaba y movía el tope del *plug* para que se excitara más esa zona.

—Come… come, nene. ¡Come coño! —Ana ya empezó con su lenguaje soez.

Mientras, sujetaba con una mano mi cabeza y me la acariciaba. Los movimientos de delante hacia atrás eran suaves y delicados.

Notaba como se humedecía cada vez más y mi boca se inundaba de ella y de sus sabores. Cada vez sonaba más húmeda su entrepierna y yo me masturbaba con más fuerza y decidí bajar la intensidad porque a ese ritmo acabaría enseguida.

Ana empezó a moverse más rápido haciendo que el roce fuera más intenso y mi cara se mojara casi por completo. Mientras, yo apretaba con más fuerza el *plug*, tirando a veces un poco de él hacia afuera y volviéndolo a soltar.

—Me corro. Me voy a correr —gemía Ana mientras a lo lejos se escuchaba la respiración

entrecortada de Tania—. No aguanto más… me corro en tu cara, cabrón. ¡Toma, toma!

No podía ver a Tania desde mi posición. Solo veía el coño de Ana que, cuando en su movimiento de vaivén se retiraba hacia atrás, me permitía ver su cara llena de placer y sus tetas moviéndose al ritmo de sus caderas.

Me imaginaba a Tania al otro lado con las manos aún metidas en sus bragas masturbándose tímidamente mientras miraba a Ana corriéndose, quedándose absorta en su orgasmo y sintiendo envidia de su amiga que estaba corriéndose en la boca de su novio… pero más lejos de la realidad.

—¡Ya! ¡Ya! Chupa, Andrés… chúpame así —gemía mientras quedaba exhausta después de correrse.

Un fino hilo de saliva me caía por las mejillas porque se me había hecho la boca agua con su sabor.

Ana se dejó caer lentamente a un lado del sillón con la respiración aún muy agitada. Levanté la cabeza y vi a Tania totalmente desnuda y recostada en el asiento.

Apoyaba una pierna en la parte de arriba del respaldo y la otra prácticamente en el suelo.

Se acariciaba a ratos su precioso y abultadísimo coño rosado y a ratos se metía dos dedos mientras con la otra mano se rozaba el clítoris de arriba abajo. Luego cambiaba la dirección de lado a lado y cuando sentía sobre excitación se relajaba dándole pequeños golpecitos. Sus gemidos eran intensos y sus jadeos muy calientes.

No perdía detalle y mientras Ana estaba tumbada de lado en el sofá disfrutando aún de su orgasmo, ella la miraba y después me miraba a mí que me estaba pajeando mientras acariciaba a mi novia.

Me gustaba ver esa cara de lascivia que ponía mientras se penetraba con sus dedos con rabia. Me ponía muchísimo cuando se los sacaba mojados, se los metía en la boca para saborearse y llenarlos con mucha saliva para volvérselos a introducir violentamente lo que desembocaba en un grito y más gemidos.

Le indiqué con la mirada y un gesto de la cabeza que usara el lubricante de encima de la mesa, pero ella negó con la cabeza mientras se volvía a lamer los dedos metiéndolos muy dentro de su boca lo que hacía que la piel blanca de su cara se volviera roja.

Cada vez que volvía a meterse los dedos en el coño echaba su cabeza hacia atrás mientras sus ojos se ponían blancos por un momento debido al placer.

Se va a correr enseguida si sigue a ese ritmo pensé…, pero, ¡qué va! Tenía aguante porque se conocía bien sexualmente y sabía racionar su placer.

Cogió el consolador de encima de la mesa y se lo metió en la boca hasta casi desaparecer por completo. Lo dejaba en el fondo de su garganta un rato hasta quedarse sin respiración y ponerse más roja aún por falta de oxígeno. Parecía excitarle mucho. Su otra mano no paraba de frotar su coño con un precioso vello rubio del que tiraba algunas veces.

Noté como Ana se movía a mi lado y dándose la vuelta me retiró la mano de mi polla y la cogió ella.

—Me toca —dijo mientras me masturbaba suavemente con los dedos húmedos por haberse estado acariciando la entrepierna mientras se recuperaba.

A los pocos segundos dejó caer un hilo de saliva sobre mi rabo introduciéndoselo en la boca muy poco a poco.

Sentí el fondo de su garganta, cosa que nunca había pasado porque, aunque Ana hacía unas mamadas fantásticas prefería hacerlas de otra manera.

—¡Hostias! ¡Qué bien! ¡Qué caliente está tu garganta! —grité mientras miraba a Tania quien se conoce que se calentó más y empujaba el consolador más fuerte aún dentro de su boca.

Los ruidos húmedos que salían de la garganta de Ana me hacían excitarme de más y cuando subió el ritmo le supliqué que bajara la intensidad porque si no me iba a correr ya.

Se sacaba la polla de la boca, la cual salía excesivamente húmeda y resbaladiza y la acariciaba suavemente con la punta de los dedos. Luego la agarraba cerca de mis huevos, los cuales se llevaban su parte del suave masaje y se golpeaba los labios y la cara con ella, acariciándosela completamente como en las películas porno.

Nunca había visto así de excitada a Ana y haciendo ese tipo de cosas. Yo, gracias a eso, estaba sumido a una nube de placer pervertido que me encantaba y se acercaba más a mis gustos sexuales de lo que habitualmente conseguía con ella.

Me fijé en que cada vez que Ana se golpeaba la cara con mi polla, miraba a Tania y le sonreía, y esta le devolvía la sonrisa normalmente seguida de un gemido que cada vez más iban en aumento.

No podía dejar de mirar a la amiga de mi novia, con ese pelo largo rubio que estaba perfectamente colocado sobre el cojín donde apoyaba su espalda. Esas tetas tan grandes que se balanceaban con una voluptuosidad salvaje cuando movía sus impresionantes caderas con unas curvas más que prominentes.

Sacó el consolador de su boca y lo encendió. Se lo acercó a coño y lo apoyó justo encima de su clítoris.

—¡JODER! ¡Cómo vibra esto! —exclamó mientras se lo acercaba a la cara de para poder ver y pulsar varias veces el botón que lo bajaba de intensidad— Así, asíííííí sí, joder… qué bueno —decía mientras se frotaba.

Su voz se había agudizado bastante por la excitación y me encantaba oírla.

Ana mientras cogió el otro consolador y me lo dio. Sacó mi polla de su boca unos segundos y dijo:

—Échale lubricante.

A tientas lo busqué en la caja que había dejado encima de la mesita de al lado para no perderme nada del espectáculo tan delicioso que estaba viviendo. Lo cogí, enganchando sin querer el antifaz de satén negro que había también dentro.

Esta vez fui yo quien se la sacó de la boca a Ana y le restregó la polla por toda la cara mientras le ponía el antifaz.

—Esto me gusta cada vez más —me dijo mientras se hacía una coleta en el pelo.

Cuando terminó de colocárselo volvió a centrarse en la mamada profunda y con succiones intensas que me estaba regalando, mientras yo ponía una buena dosis de lubricante en el vibrador.

—Toma, zorrita.

Le di el consolador y no tardó ni un segundo en metérselo en el coño y encenderlo empezando a jadear con mi polla en la boca mientras decía algunas cerdadas que no se entendían.

Me di cuenta de que Tania no perdía detalle alguno de lo que Ana hacía y tenía el coño muy mojado. La velocidad de su masturbación se volvió frenética.

—Me voy a correr —entendí leyéndole los labios, pero sin articular sonido alguno —¡Me voy a correr… mucho! —volvió a gesticular con los labios mientras abría más aún la boca y sus ojos.

Yo asentía con la cabeza y me di cuenta de que tenía la lengua fuera, como si quisiera

alcanzar el coño de Tania con ella.

Se sacó el consolador que la había estado penetrando violentamente hasta el momento y empezó a frotarse el clítoris de lado a lado con fuerza también.

Apoyó los pies en el respaldo del sillón y levantó las caderas. Empezó a gritar sin control y esta vez sí que se escuchó ese *me corro* muchas veces uno detrás del otro que hasta día de hoy sigo recordando perfectamente.

—¡Aquí viene!

Un tremendo caño de corrida femenina salió de su coño a una presión espectacular que me llegó a mojar los pies. El segundo chorro cayó en la mesa donde estaba la caja de los juguetes sexuales y yo mojé mi mano en ellos y la lamí desesperadamente intentando que Ana no lo notase.

Cuando Tania vio eso empezó a gritar más fuerte mientras soltaba el vibrador y se terminaba de masturbar con la mano, pero esta vez apuntando hacia donde yo estaba, aunque el último no llegó ni a la mitad del camino.

Tanto me gustó que me empecé a correr sin darme cuenta mientras Ana tenía la polla dentro de la boca y no me dio tiempo ni a avisarle.

—¡Mmmmmm! —se escuchaba —¡MMMMMMMMM! Sonaba con más fuerza mientras hacía por tragarse todo… y lo consiguió

—¡Oh, así! ¡Traga, puta! —gritaba sin apenas moverme mientras seguía mirando a Tania con el coño aun chorreando corrida a la vez que volvía a chupar su consolador. Ana abrió más la boca y cuando notó que casi no salía lefa se la volvió a meter hasta el fondo de la garganta.

Cuando ambos terminamos de correrno s y mi polla perdió casi toda su erección, Ana se quitó el antifaz y con una sonrisa preciosa me dijo:

—Anda que avisas.

—Lo siento, es que ha pasado algo que ha hecho que me corra casi sin querer.

Ana miró a Tania mientras me acariciaba los hombros. La vio tumbada en el sillón con la lengua fuera relamiendo sus labios y miró el suelo viendo la cantidad de *squirt* que había en él.

—Mira aquí —le dije señalándole la mesa donde había llegado

—Joder, Tania… vaya manera de correrte… ya tenía yo ganas de verlo y me lo he perdido

—Tranquila… —decía entre suspiros entrecortados— va a haber más.

—Normal que Andrés se haya corrido, y mucho. Es uno de sus mayores fetiches. Yo nunca lo he conseguido… no todas podemos… suertuda.

Ana se levantó y se acercó a Tania mientras le dio un beso en los labios y le acariciaba su cuerpo aun temblando. Pasó sus manos por su cuello, su cara y sus tetas. También le acarició el interior de los muslos un buen rato.

No me extrañaba ya que Ana era bisexual, aunque lo que más le gustaba eran los hombres según ella. Además, era muy dada a numeritos *lésbicos* cuando salíamos de fiesta y a mí me gustaba. Siempre he pensado que el sexo y la sexualidad son sinónimos de libertad y esos actos a mi modo de entender lo eran.

Mientras ella iba a por un poco de agua al frigorífico Tania se dispuso a limpiar todo ese líquido que había salido de su coño.

—Ni se te ocurra. Ya limpiaremos al final del primer asalto —le recriminó Ana—. Ven —le dijo mientras la cogía de la mano y la acercaba a nuestro sillón.

La imagen de las dos cogidas de la mano entrelazando los dedos y de sus coños aún muy

mojados viniendo hacia donde yo estaba hizo que mi polla reaccionase y me volviese a empalmar otra vez.

Ana ubicó un gran cojín en el brazo derecho del sofá y le dijo que se tumbara apoyándose en él y se pusiera cómoda. Me levanté y fui a por una botella de agua para tenerla cerca.

Cuando volví me senté entre Ana y Tania. Las dos sonreían.

—¿Qué? —pregunté mientras las miraba a ambas.

—Nada… que tienes una cara de felicidad que no veas.

—Hacía mucho que no veía una corrida femenina en directo, y más de esa envergadura.

—Qué pena que no te haya dado en la cara, ¿no? —me decía Ana con algo de retintín simpático.

—Pues sí.

—Le podemos poner solución —dijo Tania con la mano en el coño que ya había empezado a acariciarse.

—Túmbate así —me dijo Ana señalándome de qué manera lo tenía que hacer.

Me tumbé bocarriba en el sofá y mi cabeza quedó entre las piernas de Tania. Al estar ella un poco más elevada gracias al cojín en que se apoyaba, la vista de su coño rosado era hipnótica y excitante. Además, olía perfectamente su aroma que era de puro sexo y placer.

Mientras ella seguía masturbándose y mirando hacia abajo, creo que para ver qué cara ponía, Ana empezó de nuevo a meterse mi polla en la boca y me estuvo haciendo una deliciosa mamada que acompañaba con su mano en el movimiento de subibaja. Lento, con una cadencia perfecta y una succión fuerte noté como cada vez se ponía más dura.

—Ana, métetela. Necesito sentir tu coño. ¡Venga, fóllame! —le dije con tono desesperado.

Se dio la vuelta y se puso a horcajadas sobre mí polla, de manera que podía ver su culo aun con el *plug* metido. Ese culo tan redondo y bonito que tanto me gustaba se sentó sobre mi polla y empezó a subir y bajar lentamente mientras yo agarraba sus glúteos y los azotaba hasta dejarlos rojos.

Un ruido acuoso empezó a sonar en el coño de Tania. Miré hacia arriba y el ritmo pausado había comenzado a ser más intenso. Tenía la boca abierta y su lengua sobresalía de ella como si no la pudiera controlar. Por ella resbalaba saliva que caía sobre sus enormes tetas que ahora tenían los pezones muy duros y las cuales apretaba y pellizcaba de vez en cuando para estimularlos.

Alcé una de las manos y le acaricié los muslos y las pantorrillas…

—¡Ah! ¡Ufff! —salió de su boca mientras notaba un ligero temblor que le recorría todo el cuerpo.

Yo no podía parar de sonreír y mirarla a los ojos.

Sin esperármelo, Tania sacó sus 3 dedos de su coño y empezó a frotarse con ellos la entrepierna haciendo que se mojara mucho más. En ese momento me acercó la mano a la cara y empezó a restregarme todos sus fluidos por ella mientras me abrió los labios y me dejó probar su coño. Era delicioso.

Sus dedos dentro de mi boca jugaban con mi lengua y yo los chupaba succionándolos todo lo que podía para quedarme con todo el sabor posible que me permitían.

Tania mientras, se metía los dedos de la otra mano y cuando estaban muy mojados los cambiaba por los de la anterior y me volvía a llenar la boca de su sabor. Así estuvimos jugando un rato.

—Pónselo en la boca —dijo Ana mirando hacia atrás—, que se hinche de comer el cabrón.

Yo asentía con la cabeza mientras miraba a Tania quien se reincorporó un poco y se puso a follarme la boca con su coño mientras me sujetaba del cuello con una mano. Con la otra no dejaba de acariciarse el clítoris o de pellizcarse los pezones.

Ana se dio la vuelta y las dos quedaron cara a cara mirándose, la cogió del culo acercándola hacia ella y comenzó una lucha de lenguas que desembocó en una gran cantidad de saliva cayendo sobre mi pecho.

—Te sabe la boca a coño, cabrona. Me encanta como sabes —dijo Ana empezando con su lenguaje sucio a la vez que subía el ritmo al que me cabalgaba.

Yo solo podía disfrutar de aquel delicioso sabor que se mezclaba con el olor a sexo y el perfume de Tania. Era afrutado y fresco.

Ana cogía de las caderas a Tania y le marcaba el ritmo del roce sobre mi cara completamente chorreando y la presión sobre la misma.

Ese cúmulo de sensaciones solo hacían ponerme cada vez más cachondo sin saber cuánto tiempo iba a poder aguantar aquello sin correrme, pero no fui el primero:

—¡Me voy a correr… ahí lo tienes! —gritó Tania—. ¡Aquí viene! ¡Abre la boca, Andrés!

—Córrete en su cara, Tania. Llénasela entera, zorra.

—Sí. Aquí viene. Toma Andrés, cómetelo —repetía entre jadeos.

Tania retiró su coño de mis labios levantando sus caderas y dejándome ver como salían unas primeras gotas que llegaron a parar a mi frente. Se metió el consolador que tenía en la mano y empezó un ritmo impresionantemente frenético de penetraciones hasta que lo sacó del todo y prosiguió frotándose el coño con toda la mano de lado a lado mientras hacía fuerza con sus caderas hacia delante.

La primera salpicadura de corrida fueron unas pocas gotas que me cayeron directamente en la cara cayendo algunas en mi boca. Aquel sabor tan reconocido para mí hizo que quisiera más.

Me agarré a sus piernas y levanté el torso para que mi cara y mi boca estuvieran lo más cerca posible de su coño.

—Toma… aquí viene más. Cómetelo, por favor, —repetía suplicando.

—¡MADRE MÍA! —es lo único que pude decir cuando el primer chorro me impactó en toda la cara llenándome el torso y mojando el coño de Ana también.

Tania solo gritaba sin control mientras contraía los músculos pélvicos para que saliera todo.

—Sigue Tania, joder —decía Ana—. Córrete más. Ahógalo.

Las palabras de Ana cuando se ponía así de cerda podrían parecer un tanto burdas, pero a mí lo único que me hacían era ponerme más cachondo, por eso subí más la boca y le metí la lengua en el coño haciendo que la siguiente eyaculación fuera más abundante que la primera.

No podía dejar de lamer y de embadurnarme todo el cuerpo y la cara con las manos.

—Ahora yo —dijo Ana cuando Tania cayó hacia atrás recostándose de nuevo en el cojín y en el sillón—. Me toca correrme.

Ana acercó su coño a mi cara y empezó a frotarse con ella aprovechando toda la lubricación que el *squirt* de su amiga le brindaba con una intensidad tal que en tan solo unos pocos segundos se empezó a correr. Yo saqué mi lengua como sabía que a ella le gustaba y enseguida su orgasmo llegó.

Cuando este terminó empezó a acariciarme el cuerpo que estaba totalmente lleno de la corrida de Tania y empezó a pasarme las manos manchadas de *squirt* por toda la cara y la boca.

—Come, cabrón. Ínflate de coño... cerdo hijo de puta.

Tania sonreía por las expresiones de Ana cuando cesaron sus temblores de placer:

—Anda hija… qué a gusto te quedas diciendo esas cosas tan guarras.

—No lo puede evitar… le encanta y a mí me pone muchísimo —contesté yo por ella.

—Calla, perra, que me das mucha envidia corriéndote de esa manera… me encantaría que me pasara alguna vez.

—Entrenaremos, cariño. Lo seguiremos intentando —le dije dándole un beso mientras ella me pasaba la lengua por los labios.

—¡Qué bien te ha sabido siempre el coño, Tania!

¿Había escuchado bien? ¿Qué acababa de decir Ana?

—¿CÓMO? Explícame eso —grité.

—Bueno, Tania y yo nos conocemos desde siempre y hemos probado cosas juntas ¿A que sí, Tania?

—A mí no me metáis en vuestras conversaciones —contestó mientras seguía acariciándose la entrepierna suavemente y suspirando de vez en cuando.

—Ya te lo contaremos, nene. Ahora prepárate para la segunda sorpresa que te tenemos preparada.

—¡Ah! ¡Así que teníais esto hablado? Soy un iluso. Y siempre lo seré

—Sí, bueno, sobre la marcha… cuando fuiste al coche lo acordamos… que por cierto… ya me explicaras lo de la caja amarilla que has traído del coche… eso no me lo esperaba…

—Vale, pero ¿cuál es la segunda sorpresa?

—Como aún no te has corrido en el segundo asalto, vamos a hacerte una mamada a dos bocas… ¿Te parece bien? —me preguntó sabiendo que era una de mis fantasías que me quedaban por cumplir.

[…]

El fin de semana como imaginaréis fue intenso y largo… de hecho a las pocas semanas volvimos a repetir los tres disfrutando mucho más al estar bastante más relajados y tranquilos.

Como dijo Tania en varias ocasiones: *Ha sido la mejor terapia para olvidar a mi ex.*

EL DISCURSO, EL FIN... Y LO QUE SIGUE.

De espaldas a Andrés y completamente desnuda tenía mis tetas contra las paredes frías de aquel cuarto de baño del salón de exposiciones del hotel. Mis pezones, que estaban muy duros, se rozaban contra las juntas de los azulejos y eso hacía que se me erizara todo el cuerpo.

Mientras Andrés me la metía desde atrás y me agarraba de las caderas para que cada embestida fuera más profunda que la anterior yo me acariciaba el coño y a veces me metía un par de dedos mientras sentía su polla entrando y saliendo. Luego esos dedos llenos de mí se los metía en la boca a él para que disfrutase de mi sabor.

Después le besaba.

Me encantaba saborearme y desde que lo descubrí lo hacía siempre que follaba o me masturbaba.

Andrés me mordió en el hombro mientras sentía su aliento en el cuello. Su respiración era muy agitada, desesperada y desenfrenada… gemía fuerte y me decía cosas muy cerdas al oído:

—Tienes un coño perfecto. Me encanta follarte pensando en que nos pueden pillar. Date la vuelta.

Andrés me la sacó y yo me metí su polla en la boca para hacerle disfrutar y volver a probarme. La lamía y la mamaba con fuerza, porque sabía que en cada succión fuerte Andrés se sobrestimulaba y gritaba, aunque en aquella situación intentaba no hacerlo. Yo me propuse que se le escapara algún grito.

De frente ahora los dos, él cogió una de mis piernas y la levantó quedando colgada de su brazo. Se agarró la polla con la otra y me la metió de golpe.

Permaneció parado unos segundos y la fue sacando poco a poco. Cuando estaba a punto de salirse me la volvía a meter con mucha fuerza. Entonces se escuchaba ese ruido de humedad que hacía que Andrés se desbocase y empezara a subir la intensidad. Así estuvo un buen rato hasta que empezó a meterla y a sacarla a toda velocidad.

Notaba como sus huevos me golpeaban el coño por la zona de abajo y eso me estimulaba mucho más.

—Muérdeme los pezones, por favor… fuerte, Andrés —dije bajándome más el vestido mientras me agarraba una de mis tetas ofreciéndosela a la altura de la boca.

Casi grité cuando lo hizo, pero el dolor se transformó inmediatamente en placer al soltarlo y me lo succionó fuerte. Mientras, con la lengua los masajeaba de lado a lado.

Mi coño estaba chorreando. Un río de dentro de mí me empapaba hasta las rodillas y los golpes secos que se escuchaban antes ya no lo eran.

Andrés la sacó y volvió a darme la vuelta poniéndome en la posición que él quería. Hacía mucho que no le veía tan excitado.

Me hizo levantar una de las piernas y apoyarla en la taza del WC. Se arrodilló y empezó a lamerme el coño y el culo un buen rato dejándome toda la zona llena de saliva.

Se agarró el rabo y me volvió a follar desde atrás. Noté que sus piernas le empezaban a temblar.

—¿Te vas a correr? ¿Eh? Dime ¿Te vas a correr? —le jadeaba en su oído—. ¡DÍMELO!

—Sí, Vanessa. Me voy a correr… quiero llenarte el coño de lefa… quiero que te chorreen las piernas de mi semen.

—Hazlo. Córrete, cabrón.

Las penetraciones se hicieron más intensas hasta que de repente la introdujo todo lo que pudo y se quedó parado mientras gritaba una y otra vez mi nombre…

—Joder, Vanessa. Joder, Vanessa… Vanessa… ufff Vanessa ¡Qué corrida! —seguía diciendo cada vez que un chorro de su corrida salía acabando dentro de mí.

—Está caliente, Andrés… la noto joder. Me chorrea tu leche.

Sabía que le encantaba que le dijera ese tipo de cosas mientras se estaba corriendo… y a mí también decirlas.

Cuando terminó de eyacular la saqué muy lentamente, me arrodillé y me la metí en la boca.

La mezcla de sabores que tenía en la polla de su semen y mi coño me encantaban. Los saboreaba y limpiaba cada milímetro hasta dejarla bien limpia… algunas veces se la he limpiado tanto que se ha vuelto a correr.

Esa sensación en mi boca me hacía perder la cabeza.

—Joder, nene. Qué rico estás.

—No-puedo-hablar-ahora… —susurraba Andrés con la respiración muy entrecortada.

—Ya tenemos nuevo relato ¿A que sí? Y, eso de que no puedes hablar… tú veras… en menos de 5 minutos tienes que salir a presentarme.

Me besó tiernamente, se agachó para recoger mis bragas del asiento que había frente a nosotros y me las enseñó.

—¿Por qué no vas sin bragas?

—¿Quieres?

—Sí —me contestó mientras me agarraba el culo por encima del vestido que ya me había vuelto a poner.

—Vale… pero si tampoco llevo sujetador.

—Perfecto.

A los pocos minutos de reponernos alguien llamó a la puerta y desde fuera se oyó una voz:

—Todo listo. Cuando quieran pueden salir y comenzar.

En el salón de eventos del Gran Hotel Miramar de Málaga había unas cien personas. De ellas, unas veinte eran periodistas compañeros o representantes de prensa de editoriales y algunas plataformas.

En primera fila estaba Carmen y algunas de las mujeres que formaban parte de las historias de Andrés, aunque eso nadie lo sabía. Para los demás eran amigas mías que habían venido a apoyarme en ese gran día.

También había venido Martika a la que debo bastante parte de mi felicidad personal y mi plenitud sexual al igual que Amaya con la que seguí manteniendo una relación muy estrecha, aunque nada que ver con la consulta que le hice en su día.

La verdad es que estaba bastante acostumbrada a las miradas y a hablar en público, pero aquella vez era distinto.

Todo era distinto.

Mi vida había cambiado mucho con toda esta vorágine de acontecimientos… todo ello en

poco más de un año.

Me sentía muy feliz por todo: mi trabajo, mi relación con Andrés, mi vida social. Lo dicho, muy feliz por un lado y asustada por otro como suele ser normal en estas situaciones, aunque había decidido disfrutar de cada segundo de todo bueno que me estaba pasando.

—¿Estás lista? —me preguntó Andrés mientras me agarraba de la cintura entretanto mirábamos a la gente desde detrás de las cortinas.

—Siempre.

Una vez que Andrés hubo terminado sus escuetas pero intensas palabras a modo de presentación sobre mí y sobre el libro, avancé con paso firme, pero con los nervios a flor de piel.

Andrés avanzó hacia mí y a medio camino entre las cortinas y el atril, nos paramos y nos abrazamos. Me besó en la mejilla y avancé donde estaba el facistol que el hotel había preparado. Martika se ocupó de toda la decoración y, como no, todo era amarillo con toques violeta. Quedó elegante y atrevido.

Un gran *stand* publicitario con la portada y el título del libro que iba a presentar y una foto mía a tamaño real en una pose que no me hacía especial gracia estaban en uno de los lados. En el otro lateral una torre de ejemplares de la novela construida en forma de pirámide. También había una mesa donde se iba a realizar la firma de libros.

En la entrada había una pancarta con un ejemplar gigante del libro dando protagonismo a la portada donde se podía leer: *La vida oculta de Andrés* por Vanessa Soriano Arias con el eslogan *La novela sexual que despertó mi vida.*

Nunca nos hubiéramos esperado que todo esto llegase donde había llegado: Un lanzamiento tan grande de las de historias que tiempo atrás Andrés me contaba a modo de terapia mutua.

Tampoco nos hubiéramos esperado que al haber maquetado el libro que transcribí y di forma llegara al punto en donde estábamos.

Mucho menos que plataformas audiovisuales se interesasen por la novela para hacer una serie de tres temporadas. La primera serie que sería categorizada como X exclusivamente para público adulto.

Lo que más me gustaba de todo aquello, y es de lo que va este libro: *Nada es lo que parece*.

El libro y los relatos eran de Andrés (ahora había algunas en la que yo aparecía), pero yo era la autora a efectos reales.

Los lectores creían que cada una las mujeres que aparecían en las historias trataban de mí. Ni mucho menos.

Nadie creería que Andrés era mi pareja y teníamos una relación cerrada y así era.

Lo mejor era que todo eso era parte del juego y que probablemente daría para una segunda parte de la historia y escribir otra novela además de descubrir toda la verdad, pero ¿la gente pesaría que era cierto o formaba parte de mi creación?

—Queridas y queridos amigos. Antes de nada: vosotros —comencé mi discurso.

» Antes de nada, gracias.

» Vosotros sois los que os merecéis las primeras gracias y debéis ser los primeros mencionados —me tembló un poco la voz y un aplauso de las dos primeras filas se escuchó por unos segundos.

» Sin vosotros, vuestro apoyo y sin vuestro amor y cariño, nada de esto… bueno… nada de mí sería igual ni se habría desarrollado de la misma forma.

» Hace poco más de un año no tenía ni idea de cómo mi vida iba a cambiar. No sabía nada de cómo era yo realmente, de quién era o quién quería ser. Me había acomodado en todos los sentidos: laboral, sentimental, familiar y socialmente… y me encontraba bien, no os mentiré

» Tenía todo lo que quería, había llegado dónde deseaba… o eso creía yo… hasta que volví a ver a una persona que lo cambiaría todo y revolucionaría mi cerebro hasta el último rincón. Esa persona ha hecho que me replantee todo casi desde cero y ahora, aunque sigo en mi camino de autodescubrimiento personal, me sigue ayudando día a día en todas y cada una de mis etapas.

» No es que esa persona haya obrado un milagro. No es que sea alguien que tenga todas las respuestas a los misterios de mi vida, pero cada vez que le hablo de mis problemas, de mi situación o de mis sentimientos sus palabras me hacen replantearme todo de nuevo hasta encontrar el camino que me ayuda a afrontar esa situación. Yo, a eso lo llamo *complementarse.*

» No tiene por qué ser tu pareja o el amor de tu vida. Puede ser tu padre, una amiga, un primo, una abuela o tu mejor amigo… incluso una misma. Que alguien despierte en ti las preguntas adecuadas para hallar las respuestas correctas es otro nivel. Que te ayuden a recorrer tu propio camino, ese que has elegido tú en cada paso que das.

» Habrá piedras, habrá tropiezos, habrá saltos y querrás coger atajos que no llegarán a ningún sitio, pero cuando llegues al punto final, mirarás atrás y dirás *no ha sido para tanto porque he estado bien.*

» Esa persona me ha hecho ver el mundo desde otro punto de vista, desde mi perspectiva particular y propia sin tener que dejarme llevar por modas, por tendencias ni por cosas similares.

» Gracias, Andrés —otro aplauso intenso llenó la sala mientras saludaba detrás de mí—. Y gracias a él por animarme hasta el final en esta aventura loca de escribir un libro de lo que menos me esperaba.

» Ahora podéis pensar si queréis que Andrés es el protagonista real del libro o simplemente me lo he inventado —todos rieron—. Solo nosotros dos lo sabemos.

» Muchas gracias. A comer y a divertirse.

Me fui hacia donde esta Andrés y le besé con toda la pasión que tenía en el corazón mientras dos lágrimas caían de mis ojos. Las limpió con sus pulgares.

—Te quiero.

—Te quiero —contesté—… y gracias.

Bajamos las escaleras y saludamos a todo el mundo. Después la prensa nos hizo algunas preguntas sobre el libro y muchas sobre nosotros que contestamos sin pudor y casi sin ocultar nada a excepción de la pregunta estrella *¿Es Andrés el protagonista real de la historia?* a lo que siempre contestábamos con un rotundo sí dejando siempre una puerta abierta a que imaginaran lo que quisieran.

—Vaya, vaya, vaya… —dijo una voz conocida mientras nos dábamos la vuelta—. Si al final yo tenía razón.

Era Carmen que nos abrazó fuertemente a los dos a la vez.

—¡Prima! Siempre has tenido algo de bruja.

—Eso es cierto, pero ¿quién me iba a decir que esto llegaría a un punto como este? Prensa, vosotros juntos, un libro porno…

—No es porno, Carmen —dijo Andrés—. Es literatura erótica.

—¡No, perdona! —exclamó—. La literatura erótica no es tan directa ni tan clara. Esto es porno… bien escrito porque lo ha escrito una mujer, pero porno.

—¡Ay, si supieras la verdad! —dije entre risas.

Las historias, mis noches de espía en el piso de su primo, cómo había surgido el libro… incluso aquellas fantasías lésbicas con ella. Ya no tenía secretos y eso me liberaba… podía hablar abiertamente con ella de lo que fuese.

—Bueno, vamos a comer algo.

—Sí que tengo hambre.

Andrés puso la mano en mi cintura y me tembló todo el cuerpo. Mi mente y mi cuerpo estaban a flor de piel por tal cúmulo de sensaciones, sobre todo felicidad y plenitud por el momento que estaba viviendo y por todo lo que quedaba por venir.

[…]

—¿Nos vamos y hacemos el amor?

—Vámonos.

F I N

ENCUESTA PICANTE

¿Te atreves?

https://elsecretodevanessa.com/opina

¿Quieres valorar El secreto de Vanessa?
La encuesta tiene preguntas calientes sobre qué has hecho al leer el libro.
Aunque también puedes elegir la entrevista estándar.
Tú eliges y me ayudarías mucho con ello.

LOS JUGUETES DEL LIBRO.

Lush		https://www.lovense.com/r/xp9wfz?t=m1
Domi		https://www.lovense.com/r/njqv3h?t=m1
Osci 2		https://www.lovense.com/r/954hjz?t=m1

Agradecimientos especiales a la casa LOVENSE por sus productos que me ayudaron en el autodescubrimiento de muchas cosas.

B.S.O. DEL LIBRO.

Soy melómana empedernida y pocos momentos en mi vida hay que no asocie a una canción, tantos los buenos, como los no tan buenos.

Os dejo un listado de las canciones que he ido escuchando a lo largo de estos años de escritura de relatos y que tantos recuerdos y sensaciones me traen.

- Someone like you – Adele.
- Lick it up — Kiss.
- Still loving you – Scorpions.
- Fix you – Cold Play.
- Tina Turner – The Best.
- Wonderful tonight – Eric Clapton.
- Unestoppable – SIA.
- Screen behind the mirror – Michael Cretu.
- River of tears – Eric Clapton.
- Anybody seen my baby – Rolling Stones.
- All about that bass – Meghan Trainor.
- With a little help from my Friends – Joe Cocker.
- Rainbow in the dark – DIO.
- Comfortably numb – Pink Floyd.
- Girls just wanna have fun – Cyndi Lauper.
- Garabatos – Fito y Fitipaldis.
- Butterflies and hurricanes – MUSE.
- Crímenes perfectos – Andrés Calamaro.
- Tin Pan Alley – S. R. Vaughan.
- Nothing else matters – Metallica.
- Perdóname – Amaral.
- Abre la puerta – Triana.
- Santa Lucía – Miguel Ríos.

GRACIAS POR LEER

[1] Se llamaba quintos a los jóvenes que al cumplir la mayoría de edad en España se iban a hacer el servicio militar obligatorio. Se refería a los nacidos en el mismo año o similar.

[2] Juego en el que quien perdiese tenía que besar a una de las personas que estaba jugando.

[3] Anglicismo que significa *zona de amigos* o *zona de amistad* que refiere a una relación interpersonal en la que sólo una de las dos tiene tendencia a enamorarse, no así la otra.

[4] Lovense Domi es un vibrador muy potente tipo Hitachi

[5] Trastorno Obsesivo Compulsivo

[6] Anglicismo que literalmente significa “chorro”. En términos de sexo hace alusión a las eyaculaciones femeninas que pueden llegar a tener algunas mujeres.

[7] dios irá en esta novela siempre en minúscula porque así me lo pidió Andrés.

[8] Persona que espía o mira a escondidas a otras personas en situaciones eróticas para excitarse sexualmente.

[9] Término usado para el chico que mantiene relaciones con la parte femenina de una pareja en solitario, no tríos, pero donde el marido (cuckold) puede estar presente, observando sin participar.

[10] Es un término creado para abarcar un grupo de prácticas y fantasías eróticas, cuyas siglas significan: **B**ondage; **D**isciplina y **D**ominación; **S**umisión y **S**adismo; y **M**asoquismo

[11] El beso negro también es conocido como “beso polaco”, “beso de colibrí” o “annilingus”. Consiste en estimular el ano de tu pareja mediante la lengua o labios para dar placer sexual.

[12] El monte de Venus es una prominencia redondeada que cubre el hueso púbico.

[13] Beso en la boca que se realiza generalmente con altas dosis de lengua y saliva.

[14] Juego generalmente realizado en una piscina donde un jugador con los ojos cerrados debe encontrar a los demás mientras él grita “MARCO” y los demás contestan “POLO”

[15] Práctica sexual basada en caricias íntimas que no implican habitualmente penetración. Puede incluir un amplio repertorio de

posibilidades: besos, roces cuerpo con cuerpo, roce de genitales, la masturbación con roces, etc.

[16] En español "sentarse en la cara": Práctica sexual, en la cual uno de los integrantes de la pareja se sienta sobre la cara del otro, de forma frontal o inversa con respecto a esta, normalmente para poner los genitales en su boca y conseguir sexo oral de forma intensa.

[17] Objeto con forma de pene en erección que se utiliza para obtener placer sexual, especialmente al introducirlo en la vagina o el ano.

[18] El término *lounge* es un género de música variación del jazz caracterizado por presentar ritmos sensuales y desprovistos de una instrumentación recargada y se usa mucho como música de ambiente de relajación.

[19] Son dos pequeñas depresiones que algunas personas tienen en la zona lumbar. Concretamente, se trata de dos hendiduras que se perciben en la parte más baja de la espalda, justo encima de la parte alta de los glúteos.

[20] Juguete sexual de tipo vibrador con forma de bala que se introduce en la vagina o en la parte de fuera de este. Destaca que se puede manejar de forma remota.

[21] Conocida también como “vagina en lata” es un masturbador masculino con forma de vagina hecho normalmente con silicona quirúrgica.

[22] Fist es un anglicismo que significa puño por lo cual el fisting es el acto sexual consistente en la introducción parcial o total de la mano en la vagina o en el recto, ya sea uno mismo u otra persona.

[23] Una persona que se identifica como *bicuriosa* es aquella que está abierta a entablar relaciones románticas o sexuales con personas de distintas identidades de género

[24] Usuario de la red social Twitter que usa su cuenta para fines sexuales ya sea con afán de exhibirse o publicar contenidos de carácter sexual.

[25] Sé que dios se debe escribir en mayúsculas, pero yo me niego rotundamente a hacerlo como dije al principio.

[26] Cantante del grupo *Tahúres Zurdos*

[27] Primera parte del dicho popular: *Los secretos en reunión son de mala educación.*

[28] Local de ocio nocturno del centro de Málaga

[29] Expresión coloquial que se usa para referirse al sexo.

[30] Dibujo de origen budista que representa situaciones del universo.

[31] Vídeos de sexo casero

[32] Clubs de intercambios de pareja.

[33] Juguete sexual que ha sido diseñado para ser insertado en el recto para obtener placer sexual. Son parecidos a los dildos o consoladores, pero suelen ser más cortos y tienen el final acampanado o ensanchado para evitar su inserción total.

[34] Juguete sexual de tipo vibrador con forma de bala que se introduce en la vagina o en la parte de fuera de este. Destaca que se puede manejar de forma remota

[35] Joven atractivo sexualmente para una persona de mediana o de avanzada edad.

[36] Vulgarismo que se usa para referirse a una mujer, especialmente si es hermosa.

[37] Pieza pequeña de pan llamada así en la zona de Málaga.

[38] Voz inglesa que significa galletas.

[39] Carne del cocido que normalmente se sirve de tercer plato y que está compuesta de jamón serrano, jarrete, gallina o pollo, tocino y en muchos casos con chorizo y/o morcilla.

[40] Se traduce como “versátil” y es una persona que ejerce tanto roles dominantes o activos como roles sumisos o pasivos, dependiendo del momento y de la persona con la que se relaciona en esa situación.

[41] Persona, normalmente mujer, que procura, encubre o facilita una relación amorosa o sexual entre dos personas.

[42] Esta práctica se denomina palabra de seguridad en prácticas BDSM e indica que se quiere parar de hacer todo de forma inmediata.

[43] El *spanking* es una práctica sexual en la que cada uno de los sujetos adopta un rol de dominador o dominado para obtener placer sexual mediante el castigo físico, normalmente azotes.

[44] Término para una persona, por lo general alguien que es heterosexual, que es curiosa o abierta acerca de participar en actividades sexuales con una persona cuyo sexo difiere del de sus parejas sexuales habituales.

[45] Succionador de clítoris con vibración de tipo satisfyer de la marca Lovense.

[46] Son videos verticales de pantalla completa que pueden durar hasta 90 segundos.

[47] El Bondage es una práctica erótica basada en la inmovilización del cuerpo de una persona. Las ataduras pueden hacerse en una parte del cuerpo o en su totalidad, utilizando cuerdas, cintas, telas, cadenas, esposas o cualquier otro elemento que pueda servir como inmovilizador. Añadirle *soft* (voz inglesa que significa suave) es para indicar que se hace de forma muchos menos agresiva.

[48] Administración de golpes en las nalgas, con o sin instrumentos, como castigo corporal. Consiste en golpear una o más veces las nalgas, ya sea con la mano, con un instrumento o con la pelvis, denominado también "azote" o "disciplina"

[49] Cuenta privada enlazada en la descripción del perfil público, pero no acepta a cualquiera y así se asegura de tener intimidad. Generalmente son de carácter sexual y se usa para este fin, aunque no tiene por qué.

[50] También conocido como *sexteo* es el envío de mensajes sexuales, eróticos o pornográficos, por medio de teléfonos móviles y ordenadores, ya sean vídeos, fotos o conversaciones.

[51] Dirty Talk: Lenguaje sucio

[52] Dildo con vibración muy potente de la marca Lovense.

[53] Voz inglesa que significa recibidor.

[54] La traducción al español de este término sería ‘sentarse en la cara’ y se trata de una posición para practicar el sexo oral. La idea es que la mujer con vulva posicione sus genitales encima del rostro de otra para que esta le pueda hacerle sexo oral.

[55] Expresión andaluza que significa lloviznar o llover aguanieve.

[56] Pajearme: Masturbarme

[57] Aplicación de mensajería instantánea muy similar a WhatsApp.

[58] Parque de atracciones muy conocido de Sevilla

[59] Desvirtualizar a una persona es conocerla en la vida real.

[60] Detalles que se colocan en las habitaciones para dar la bienvenida a los huéspedes. Los artículos de cuidado personal, suelen reponerse a diario y los huéspedes los llevan como souvenir del viaje.

[61] El late check out es un servicio hotelero que permite dejar más tarde la habitación con respecto al horario habitual.

[62] Función por la cual puedes poner una velocidad constante en el coche sin tener que usar los pedales.

[63] Población de la provincia de Jaén.

[64] Masturbación en la que se introduce el pene entre los pechos de la pareja y se frota emulando el coito hasta llegar al orgasmo.

[65] Siglas de **Se**rvicio de **Pro**tección de la **Na**turaleza que es una especialidad de la Guardia Civil de España, encargada de velar por la conservación de la naturaleza.

[66] Expresión que significa que mantendría relaciones sexuales con la persona a la que se refiere

[67] El plato de los montes es un plato combinado propio de la gastronomía de Málaga que contiene habitualmente lomo en manteca *colorá*, acompañado por numerosas frituras, generalmente patatas fritas, chorizo, huevo frito, morcilla y pimientos fritos y migas.

[68] Lenguaje sucio y soez que suele ser extremo y que se dice durante el sexo.